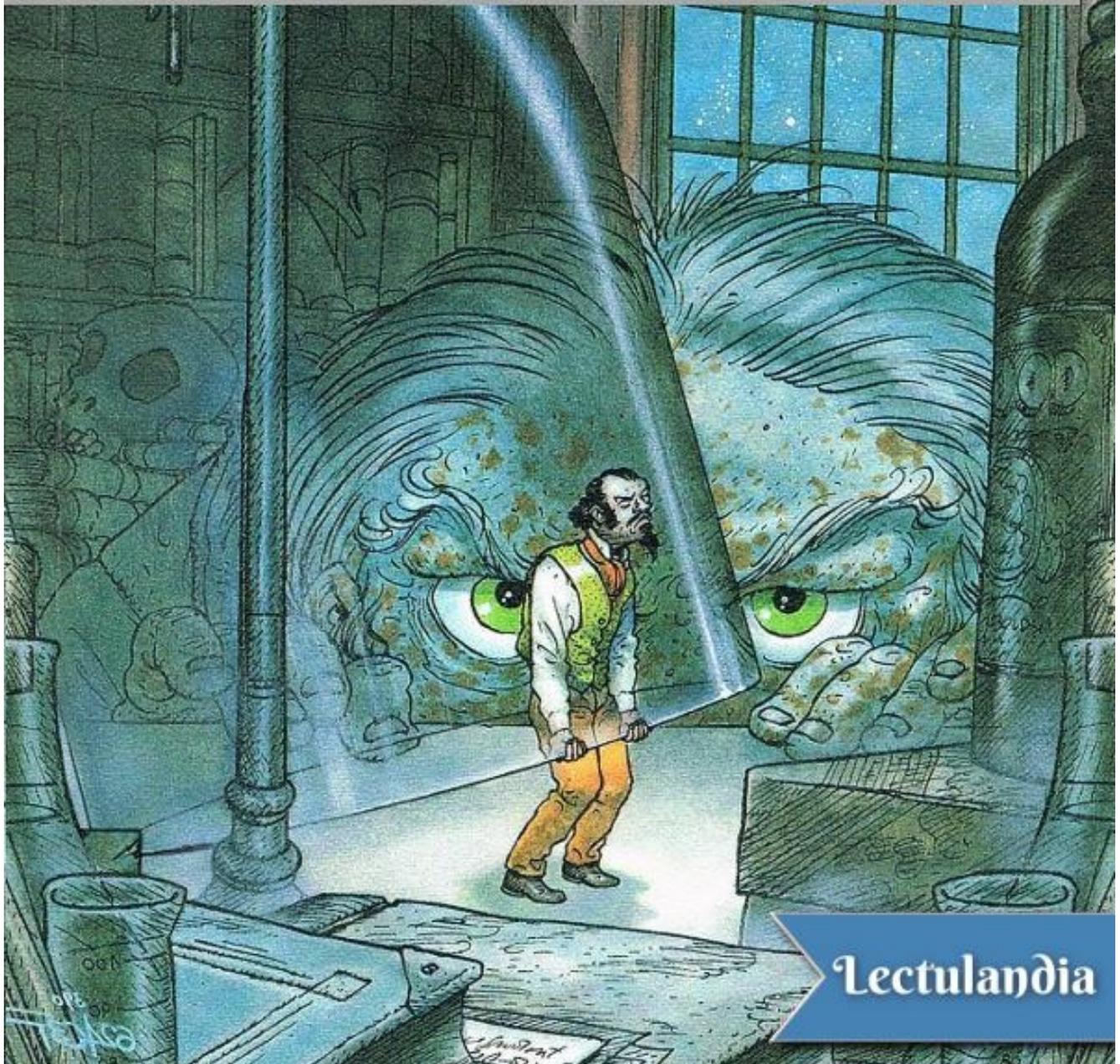


James P. Blaylock
HOMÚNCULO

Premio Philip K. Dick 1987.

Algo más que una novela de ciencia ficción: un libro que Robert Louis Stevenson no hubiera dudado en firmar.



Lectulandia

En el más oscuro rincón de un callejón del Londres victoriano, el jorobado loco Narbondo y su ayudante devuelven los muertos a la vida.

Al acogedor calor de una tabaquería, los filósofos callejeros del Club Trismegisto se estremecen de temor mientras escuchan los desvariados recuerdos de uno de sus colegas.

En las mohosas y húmedas ruinas de un cementerio en lo alto de una colina, el único sonido que altera la quietud de la noche es el raspar de una pala contra las podridas maderas de un ataúd largo tiempo olvidado.

Y, por encima de la bruma londinense, surcando incansable el estrellado cielo, un dirigible sigue su viaje de décadas, tripulado por un esqueleto e impulsado por la voluntad de un hombrecillo —un homúnculo— con la habilidad de conducir a los hombres a la locura...

Con esta irónica, mordaz y apasionante novela, que ganó a su publicación el premio Philip K. Dick a la mejor novela del año publicada en paperback, James P. Blaylock se sitúa a la cabeza de los escritores más imaginativos de ciencia ficción. Dotado de un enorme sentido de la fantasía, es autor también de la novela *The Digging Leviathan*, y de *La Tierra de los sueños*, aparecida en la colección de fantasía de esta misma editorial.

Lectulandia

James P. Blaylock

Homúnculo

Ciencia ficción - Grandes Éxitos (Ultramar) - 103

ePub r1.0

RS 26.11.13

Título original: *Homunculus*
James P. Blaylock, 1986
Traducción: Domingo Santos
Ilustraciones: Antoni Garcés
Diseño de portada: Antoni Garcés

Editor digital: RS
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Viki
Y, esta vez,

*A Tim Powers,
por montones de buenas ideas,
una interminable amistad y mucha alegría.*

*A Serena Powers,
que merece más que este humilde volumen.
William Hazlitt envía sus disculpas a
Jenny Bunn.*

Qué delicada especulación es, después de beber tazas enteras de té y dejar que los vapores asciendan hasta el cerebro, sentarse a considerar qué habrá para cenar..., ¡huevos y torrezno, un conejo con cebolla, o una excelente chuleta de ternera! En una situación así, Sancho se decidió por una pierna de ternera; y su elección, aunque él no pudo evitarla, no debe ser desestimada.

WILLIAM HAZLITT
«De viaje».

Me gustaría citar más, pues, aunque actualmente somos unos excelentes compañeros, no podemos escribir como Hazlitt. Y, pensando en ello, los ensayos de Hazlitt serían un libro de bolsillo imprescindible en un viaje así, lo mismo que un volumen de los poemas de Ashbless; y en cuanto a Tristram Shandy, puedo garantizar una agradable experiencia.

ROBERT LOUIS STEVENSON
«Excursiones a pie».

Prólogo

Londres, 1870

Por encima del canal St. Georges, nubes densas como lana trasquilada se arqueaban como un arco tensado desde Cardigan Bay, rodeando la parte superior de Strumble y Milford Haven, y ocultaban las estrellas de Swansea y Cardiff. Más allá de Bristol se hacían más escasas y dispersas, y eran arrastradas a lo largo de una avenida celeste que caía desde el cielo hasta las sombras de las colinas de Cotswold y la crecida del río Támesis, y luego se alejaban hacia el este en dirección a Oxford y Maidenhead y Londres. Las estrellas parpadeaban y se desvanecían, y la luna nueva se inclinaba, delgada y pálida, bajo ellas, un creciente de vela de una nave oscura, arrastrada a barlovento de las islas estelares sobre profundas mareas siderales.

Y, en la estela de la luna, flotaba una sombra ovalada, empujada por los caprichos del viento, que se decantaba hacia el sudeste desde Islandia a través del Atlántico norte, cayendo gradualmente hacia el Gran Londres.

Dos horas antes del amanecer, el viento sopló a rachas sobre Chelsea, y el cielo estaba tan claro como agua embotellada, con las nubes muy al oeste y al este sobre el invisible horizonte. Hojas y polvo y trozos de papel giraban en la oscuridad a través de Battersea Park y las barcas de recreo amarradas a lo largo de la orilla de Chelsea, en torno a la torre de St. Luke's y sumiéndose en la oscuridad. El viento, ignorado por la mayor parte de la durmiente ciudad, fue maldecido por una figura jorobada que conducía un carro bajando desde el Chelsea Embankment hacia Pimlico, un destartalado vehículo con una lona embreada atada encima de una abultada y poco natural carga.

Miró por encima del hombro. El extremo de la lona chasqueaba al viento. No debería estar suelta, pero el tiempo era precioso. La ciudad empezaba a agitarse. Los carros de los fruteros y verduleros ambiciosos resonaban ya en torno al mercado, y las silenciosas barcas cargadas de ostras salían de Chelsea Reach en dirección a Billingsgate.

El hombre tiró de las riendas de su caballo, saltó a los adoquines y ató con fuerza la lona. Un pútrido hedor brotó de debajo de ella. El viento era del nordeste, a sus espaldas. Éste era el precio de la ciencia. Puso un pie en el estribo para volver a subir, y se inmovilizó presa de un repentino temor, mirando hacia un hombre con la boca y los ojos muy abiertos de pie en el embarcadero allá delante, con un carretón de mano lleno de harapos. El jorobado le lanzó una siniestra mirada, la mayor parte de la cual se perdió en la noche. Pero el pordiosero no lo miraba a él; estaba mirando al cielo, donde, ensombreciendo el extremo de la luna encima de su cabeza, flotaba la imprecisa silueta de un gran dirigible, bajo el que se balanceaba una góndola. Un zumbido rítmico llenaba el aire, apenas audible pero penetrante, como si resonara en

la cúpula del cielo nocturno.

El jorobado saltó a su asiento, fustigó a su sorprendido caballo, y avanzó a buena marcha junto al estupefacto pordiosero, reduciendo su carretón a astillas con un certero golpe contra un saliente de piedra. Con el viento y el zumbido de los propulsores del dirigible empujándole, el jorobado giró bruscamente en Nine Elms Reach y desapareció en Westminster, mientras el dirigible derivaba a poca altura allá arriba, desviándose hacia el West End.

A lo largo de Jermyn Street las casas estaban oscuras y los callejones vacíos. El viento hacía golpear los postigos sueltos y las puertas no cerradas, y agitaba fuertemente el nuevo letrero de madera que colgaba delante de la Captain Powers' Pipe Shop, consiguiendo finalmente soltarlo a primera hora de la gris mañana y arrojarlo dando tumbos a lo largo de Spode Street. La única luz aparte el débil resplandor de un par de farolas de gas procedía de la ventana de una buhardilla al otro lado de la calle, una ventana que, vista desde el interior de la tienda del capitán Powers, hubiera revelado la existencia de lo que parecía ser un pájaro prehistórico mostrando el ridículo pico de caucho de un pterodáctilo malicioso. Más allá, un rostro con gafas, medio frunciendo el ceño, examinaba un antropoide de caucho con evidente insatisfacción. No era el antropoide, sin embargo, lo que le molestaba; era el viento. Algo en el viento le hacía sentirse inquieto, crispado. Había demasiado ruido en él, y los ruidos eran para él algo ominoso, amenazador. Justo en el momento en que los gritos de la ventosa noche menguaron y se estabilizaron y dejaron de notarse, algo susurrante —una hojosa rama rota de un alcanforero en St. James Square, o el arrastrar de una hoja arrugada de algún grasiento periódico— rozó el cristal de la ventana, haciendo que diera un salto de temor pese a sí mismo. Era demasiado pronto para irse a la cama; el sol lo alcanzaría pronto. Cruzó hasta la ventana, abrió el batiente y asomó la cabeza a la noche. Había algo en el viento..., un seco agitar de alas de insectos, un zumbar de abejas... No podía nombrarlo. Alzó la vista al estrellado cielo, maravillándose de la ausencia de niebla y de la marfileña luna que colgaba en el cielo como una percha, lo bastante brillante, pese a su tamaño, como para que los fantasmas de las chimeneas y los aguilonos flotaran sobre la calle. Cerró el batiente, volvió a su banco y al desarmado caparazón de un pequeño motor, sin darse cuenta del alejamiento progresivo del zumbar de insectos ni de la sombra ovalada que cruzaba por el pavimento abajo, arrastrándose hacia Covent Garden.

Todavía no eran las cuatro, pero los fruteros de todo tipo atestaban ya el mercado, empujando y abriéndose camino entre verduleros, pordioseros, mendigos, misioneros y gatos. Carros y carretones llenos de verduras eran instalados juntos a lo largo de tres lados de la plaza, cargados con cebollas y coles, guisantes y apios. En el lado oeste de la plaza había cajas y cestos de plantas en macetas y flores: rosas, verbena,

heliotropos y fucsias, todas ellas emitiendo una fragancia que despertaba momentáneos recuerdos, atisbos de lugares al compás del resonar general y de la multitud que se extendía a lo largo de Bow Street y Maiden Lane, que se perdían casi inmediatamente entre un centenar de otros olores en conflicto. Carros tirados por mulos y carretones empujados a mano atestaban las cinco calles que partían de la plaza, y las muchachas que vendían flores, con ramilletes de eglantinas, competían con las mujeres que vendían manzanas, gritando por entre los carros, mientras todo el mercado relucía parpadeante a la luz de las farolas de gas y de un millar de velas clavadas en patatas y en botellas y en los montones de cera fundida encima de los carros con los frenos echados y en el alféizar de las ventanas bajas, una luz amarilla que danzaba y moría y llameaba de nuevo en el viento.

Un misionero alto y carcomido por la edad que hacía publicidad de sí mismo como Shiloh, el Hijo de Dios, permanecía de pie temblando, envuelto en su tela de saco y cubierto de cenizas, gritando frases admonitorias cada pocos segundos como si aquello le ayudara a mantenerse caliente. Arrojaba folletos a los rostros al azar, tan ignorante de las maldiciones y codazos que recibía como ignorante era la multitud de su parloteo acerca del apocalipsis.

La luna, amarilla y pequeña, se estaba hundiendo por Waterloo, y las estrellas iban apagándose ya una a una cuando el dirigible pasó por encima del mercado, luego se desvió levemente sobre el Victoria Embankment en su camino hacia Billingsgate y Petticoat Lane. Durante unos breves segundos, mientras los gritos se extendían y miles de rostros miraban hacia el cielo, la góndola de costados color pizarra que oscilaba bajo su masa se vio iluminada contra la muriente luna y el resplandor que ésta arrojaba a las nubes. Su crujir y estremecerse les llegó arrastrado por el viento, mezclado con el zumbido de los girantes propulsores. Dentro de la góndola, con el aspecto para todo el mundo de que estaba pilotando la propia luna, había una figura rígida con un sombrero ladeado aferrando el timón, las piernas plantadas separadas como para contrarrestar los movimientos del océano. El viento agitaba su raída chaqueta, empujándola hacia atrás y revelando la curva oscura de una caja torácica vacía de carne, con la marfileña luz lunar brillando en los crecientes de aire entre los huesos. Sus muñecas estaban amanilladas al timón, el cual a su vez estaba sujeto a un puntal entre dos ventanillas sin cristales.

La góndola se enderezó, la luna desapareció detrás de los tejados, y el dirigible hubo pasado, zumbando inexorablemente hacia el este de Londres. Para el misionero, la visión del dirigible era un presagio escrito con letra clara, más definitivo de la inminente condenación de lo que hubiera podido ser el paso de un cometa. Su negocio creció considerablemente, y había conseguido rodearse de una docena de conversos antes de que el sol empezara a asomarse por el cielo oriental.

Con el amanecer, el dirigible fue divisado encima de Billingsgate. La maltrecha

góndola crujía en el viento como el casco de un barco navegando sobre lentas olas, y su extraño ocupante, asegurado al maderamen de su misteriosa y oscilante aguilera como un percebe a una roca bañada por las olas, miraba sin ver los carros de los pescateros y las carretas tiradas a mano repletas de cestos con mariscos y anguilas, cuyo olor arrastraba el viento hacia el este a lo largo de Lower Thames Street, bañando la Aduana y la Torre con el olor a algas y sal y marea baja. Un vendedor de calamares, quitándose el gorro y frunciendo el ceño al amanecer, agitó pesaroso la cabeza al paso del dirigible, se llevó dos dedos a la frente como saludando al extraño piloto, y se volvió de nuevo para ocuparse de los inmóviles ocupantes de su cesto, tres por un penique.

Petticoat Lane estaba demasiado activa para darse mucha cuenta del extraño aparato que, iluminado ahora por el sol en vez de por la luz reflejada de la luna nueva, había perdido algo de su misterio y portento. Algunas cabezas se volvían, algunas personas señalaban, pero el único hombre que giró sobre sus talones y echó a correr fue un hombre de ciencia vestido de tweed. Había estado regateando con un vendedor de giroscopios y calzado desechado acerca del supuesto conocimiento del vendedor ambulante de la existencia de un huevo de cristal, robado de una tienda de curiosidades cerca de Seven Dials, y que se rumoreaba que era una ventana a través de la cual, si el huevo era sostenido de una forma determinada a la luz del sol, un observador con el tipo de vista adecuado podía contemplar un paisaje de cuento de hadas en las inmediaciones de una ciudad marciana de piedra rosa que se alzaba por encima de una herbosa pradera y sinuosos y plácidos canales. El vendedor de giroscopios se había encogido de hombros. No podía serle de mucha ayuda. Ciertamente, había oído rumores de su aparición en alguna parte del West End, vendido y vuelto a vender por sumas fabulosas. ¿Disponía él de aquel tipo de suma? Y, después de todo, lo que un hombre de ciencia necesitaba era un buen giroscopio, para estudiar y demostrar las leyes de la gravedad, de la estabilidad, del equilibrio y del giro. Pero Langdon St. Ives había sacudido la cabeza. No necesitaba ningún giroscopio; y, sí, tenía una cierta suma a su disposición, de una pequeña parte de la cual estaba dispuesto a desprenderse de buen grado a cambio de auténtico conocimiento.

Pero el zumbido del dirigible y los gritos de la multitud cortaron en seco sus palabras, y al momento estaba corriendo por Middlesex Street llamando a voces a un cabriolé, y luego torciendo el cuello para mirar por la ventanilla del carruaje mientras éste se dirigía hacia el este, siguiendo la lenta estela del dirigible fuera de la East India Dock Road y perdiéndolo finalmente cuando se elevó en una corriente ascendente de aire y fue engullido por un blanco banco de nubes que avanzaba hacia Gravesend.

1

El West End

El 4 de abril del año 1875 —treinta y cuatro siglos después del día en que Elías partió hacia las estrellas en el supuestamente llameante carro, y ochenta y tantos años después de la cuestionable afirmación de que Joanna Southcote sufría de hidropesía antes que de la immaculada concepción del nuevo mesías—, Langdon St. Ives estaba de pie en medio de la lluviosa noche en Leicester Square e intentaba sin éxito encender un empapado cigarro. Miró hacia Charing Cross Road, entrecerrando los ojos bajo el ala de su empapado sombrero de fieltro y observando la aproximación de... alguien. No estaba seguro de quién. Se sentía estúpido con los elegantes zapatos y los pantalones a rayas que se había visto obligado a llevar en la cena con el secretario de la Real Academia de Ciencias. En su propio laboratorio en Harrogate no tenía que preocuparse por vestir a la moda. El cigarro estaba empezando a ser irritante, pero era el único que tenía, y que se maldijera si no aprovechaba lo mejor de él. Renegó alternativamente del cigarro y de la llovizna. Esta última llevaba cayendo —más bien flotando— desde hacía horas, y confundía a St. Ives el que no se decidiera a llover realmente o abandonara aquel fingimiento y cesara por completo.

No había sitio en el mundo de la ciencia para la mediocridad, las medias tintas, los cigarros mojados. Finalmente, lo arrojó por encima del hombro a un callejón, palmeó su gabán para ver si el fajo que llevaba debajo todavía estaba ahí, y echó un vistazo a su reloj de bolsillo. Casi eran las nueve. El arrugado mensaje en su mano, lleno por completo por una cuidada letra escrita a mano, prometía una cita para las ocho y media.

—Gracias, señor —le sorprendió una voz a sus espaldas—. Pero no fumo. Lo dejé hace años. —St. Ives se volvió en redondo, chocando casi con un caballero que se apresuraba por el adoquinado protegiéndose con un periódico. Pero no era él quien había hablado. Más allá, saliendo indolentemente de la boca de un callejón, había un encorvado hombre con unos mechones de empapado pelo asomando por el perímetro de una estropeada gorra Leibnitz. Su mano extendida tendió a St. Ives el desechado cigarro como si fuera una pluma estilográfica—. Me hace sentirme irritado —estaba diciendo—. El humo, quiero decir. Dicen que es algo a lo que un hombre termina acostumbrándose, como el marisco o los callos. Pero están equivocados. Al menos, están equivocados en lo que a Bill Kraken se refiere. Pero tiene usted buena puntería, si me permite decirlo. Me golpeó en medio mismo del pecho. Si hubiera sido una serpiente o un tritón, ahora tendría que lamentarme por el pobre Kraken. Pero no lo era. Era sólo un cigarro.

—¡Kraken! —exclamó St. Ives, genuinamente asombrado y cogiendo el ofrecido cigarro—. ¿El Kraken de Owlesby?

—El mismo, señor. Desde hace tiempo. —Y, con eso, Kraken miró tras él hacia el callejón, cuyos misterios quedaban ocultos en una impenetrable bruma y oscuridad. En la mano izquierda de Kraken había un pote ovalado con un asa giratoria, envuelto con una larga tira de tela, como si Kraken llevara la cabeza de un hindú. En torno a su cuello llevaba un pequeño cesto cerrado, que, supuso St. Ives, contenía sal, pimienta y vinagre.

—¿Ahora es usted un vendedor de guisantes? —preguntó St. Ives, observando el pote. Permanecer de pie en el aire nocturno lo había puesto nervioso.

—Sí, señor —respondió Kraken, agitando la cabeza—. Por la noche, generalmente en torno a Cheapside y Leadenhall. Le ofrecería una vaina, señor, pero se han enfriado demasiado con la caminata.

Una puerta se cerró de golpe en alguna parte del callejón tras ellos, y Kraken se llevó una mano al oído para escuchar. Hubo otro golpe, seguido muy de cerca por el resonar de un trueno. La gente se apresuró a su alrededor, dispersándose en busca de abrigo cuando un torrente de lluvia, atendiendo a los deseos de St. Ives, barrió la plaza. Era una noche despreciable, decidió St. Ives. Algunos guisantes calientes hubieran ido muy bien. Hizo una seña con la cabeza a Kraken, y los dos hombres se alejaron de aquel lugar, chapoteando en los charcos y riachuelos en dirección a la puerta del Old Shades, justo en el momento en que el cielo parecía cuartearse y abrirse por la mitad como un plato de cerámica y dejaba caer un océano de lluvia en una enorme sábana. Permanecieron junto a la puerta y observaron.

—Dicen que llueve así cada día en el ecuador —señaló Kraken, quitándose la gorra.

—¿De veras? —St. Ives colgó su gabán de una percha y desenrolló su bufanda—. ¿Alguna parte del ecuador en especial?

—A lo largo de todo él —dijo Kraken—. Es una especie de cinturón, ¿sabe?, que nos rodea. Es lo que mantiene unido todo esto, si me sigue. Es complicado. Giramos como una peonza, ¿sabe?

—Cierto —dijo St. Ives, mirando por entre la nube de tabaco hacia la barra, donde un hombre gordo pinchaba bangers con un tenedor. Un humo perezoso se alzaba de las salchichas enroscándose hacia el techo, y se mezclaba con el de docenas de pipas y cigarros. St. Ives sintió que se le hacía la boca agua. Nada sonaba mejor para él como unas buenas bangers. Malditas vainas de guisantes. Vendería su alma por una buena banger, incluso vendería su nave espacial, que descansaba allí, construida en sus cuatro quintas partes, en Harrogate.

—La Tierra no es más que trozos y pedazos puestos todos juntos, ¿sabe? —Kraken siguió a St. Ives a lo largo de un rastro de humo de salchichas hacia la barra, cruzando los brazos delante de su pote—. Y piense en lo que ocurriría si simplemente dejáramos que todo eso girara libre. Como una peonza, ¿sabe?, como he dicho antes.

—Una confusión —dijo St. Ives—. Sería una auténtica confusión.

—Eso es. Todo se iría al diablo. Saltaría en pedazos. Hacia fuera, directamente. Las montañas echarían a volar. Los océanos desaparecerían. Los peces y todas esas cosas saldrían disparados al cielo como fuegos artificiales. ¿Y qué sería de usted y de mí? ¿Qué sería de todos nosotros?

—Bangers y puré de patatas para mi amigo y para mí —dijo St. Ives al camarero, que miraba con reproche el pote de Kraken—. Y dos pintas de Newcastle. —El rostro del hombre era enorme, como la luna.

—Le diré lo que sería de nosotros, si quiere saberlo. Es un hecho muy poco conocido.

—¿Qué? —preguntó St. Ives, observando el rostro lunar del camarero mientras éste cogía dos bangers, lenta y metódicamente, con unos dedos que eran casi en sí mismos salchichas.

—Es un hecho poco conocido que el ecuador, ¿sabe?, es un cinturón..., no de cuero, por supuesto, sino de lo que el doctor llamó una vez entramados elementales. Eso, junto con las latitudes, es lo que mantiene unida esa Tierra nuestra. No tan fuerte como tal vez debería, lo cual está bien para evitar la asfixia. Las mareas demuestran esto..., gracias, señor; Dios le bendiga..., cuando se alzan de este a oeste, avanzando contra esos cinturones, por decirlo así. Y eso es una suerte también para nosotros, como he dicho, o de otro modo el océano simplemente se deslizaría hacia fuera, hacia el cielo. Buen Dios, señor, eso sí son bangers de primera clase, ¿no?

St. Ives asintió, chupándose la grasa de los dedos. Tragó un bocado de la oscura salchicha, acompañándolo con un trago de ale.

—¿Y dice que ha obtenido usted todo esto de Owlesby?

—Sólo fragmentos, señor. He leído algo por mí mismo. Principalmente las obras menos conocidas.

—¿Cuáles?

—Oh, no tengo preferencias, señor. No Bill Kraken. Todos los libros son buenos libros. Y las ideas, si me sigue; en realidad, los hechos son como guisantes en una botella. Sólo que hay tantos. Y la Tierra tiene tantos kilómetros de diámetro. Mi intención es probarlos todos, y la ciencia es por donde he empezado, por así decir.

—Por ahí es también por donde he empezado yo —dijo St. Ives—. Voy a pedir otra pinta. ¿Me acompaña?

Kraken sacó un reloj sin tapa del bolsillo de su chaqueta y le echó una mirada de reojo antes de asentir. St. Ives hizo un guiño y se dirigió de nuevo hacia la barra. Faltaba una hora para el cierre. Un vagabundo vestido con harapos recorría el lugar de mesa en mesa, mostrando ante cada una de ellas el muñón de un pulgar recientemente amputado. Un hombre con traje de tarde estaba tendido en el suelo, de lado, con la nariz pegada contra la pared, y tres taburetes, ocupados por sus jóvenes y

empapados amigos, lo mantenían allí como si fuera un cadáver sumido desde hacía rato en el rigor mortis. Había una llana cacofonía de sonidos, risas y entrechocar de platos e innumerables conversaciones puntuadas a intervalos por una fuerte tos tuberculosa. Había más suelo cubierto por suelas de zapatos y patas de mesas que libre, y lo que quedaba estaba cubierto por serrín y papeles de periódico y trozos de comida. St. Ives aplastó una punta de banger con su tacón mientras serpenteaba entre dos mesas llenas de hombres que cantaban con voz desahogada..., marinos a juzgar por las apariencias.

Kraken parecía estar medio dormido cuando St. Ives colocó unos minutos más tarde las dos pintas sobre la mesa. El agradable y sólido clanc de los vasos llenos pareció revivirlo. Kraken depositó su pote de guisantes entre sus pies.

—Ha sido bastante tiempo, señor, ¿no es verdad?

—¿Catorce años?

—Quince, señor. Fue un mes antes de la tragedia. Usted no era mucho más grande que un bicho pequeño, si me permite decirlo. —Hizo una pausa para beber la mitad de su pinta— Fueron unos tiempos difíciles, señor. Unos tiempos difíciles. No le he hablado a nadie acerca de ellos. No puedo. Me he engañado a mí mismo acerca del futuro; no puedo soportar Newgate.

—Seguro que nada tan malo como eso... —empezó a decir St. Ives, pero fue interrumpido por Kraken, que agitó ampliamente las manos y la cabeza y guardó un momento de silencio.

—Hubo el asunto de las carpas —dijo, mirando por encima del hombro, como si temiera que algún policía estuviera en aquellos momentos deslizándose a sus espaldas—. Usted no lo recuerda. Pero estuvo en el Times, e incluso intervino Scotland Yard. ¡Y estuvieron cerca, por Dios! Hay un pequeño como-quiera-llamarlo, una glándula o algo, lleno de elixir. Yo conducía el carro. En medio de la noche, a mediados de verano, con un calor como el del cañón de una pistola. Salimos del acuario con una buena media docena de ellas, largas como su brazo, y Sebastian apuñaló a los mendigos a no más de quince metros de Baker Street, sobre la marcha, pero con una enorme limpieza. Luego dimos las carpas a una mendiga en Old Pye, y ella las vendió en Billingsgate. Así que algo bueno se sacó de todo ello, al final.

»Pero el asunto de las carpas fue lo menos importante. Me siento avergonzado de decir más. Y no sería correcto dejar que Sebastian cargara con lo peor. No, ni por una milla marina. Fue el otro. Lo he visto más de una vez por encima de la verja en el cementerio de Westminster, a última hora de la noche también, él en un carro en el camino, y yo y Tooley Short con las palas en las manos. Tooley murió en Horsemonger Lane Gaol, gritando como un loco, con la mitad de su cara despellejada como un pescado escamado.

Kraken se estremeció y acabó su vaso, y guardó silencio mientras contemplaba el

poso como si ya hubiera dicho suficiente..., demasiado, quizá.

—Fue una pérdida cuando Sebastian murió —dijo St. Ives—. Daría algo por saber qué fue de sus cuadernos de notas, y no digamos lo demás.

Kraken se sonó la nariz con la mano, luego alzó su vaso y lo miró a trasluz, como si contemplara su vacío estado. St. Ives se levantó y fue en busca de otra ronda. El camarero con cara de luna sirvió dos nuevas pintas, deteniéndose entremedio para coger un poco de puré de patata con una ennegrecida banger y llevársela a la boca, frunciendo el rostro y haciendo chasquear los labios. St. Ives hizo una mueca. Hacía una hora una banger le había parecido paradisíaca, pero cuatro bangers más tarde no había nada más desagradable de contemplar. Llevó los dos vasos de vuelta a la mesa, murmurando acerca de la mutabilidad del apetito y observando a través de la puerta que la lluvia había cesado.

Kraken lo recibió con una sonrisa de anticipación, y casi inmediatamente dio cuenta de media ale y se secó la espuma de su boca con la manga de la camisa. St. Ives aguardó.

—No, señor—dijo Kraken finalmente. —No son los cuadernos de notas lo que lamento, puedo decírselo—. Y entonces se detuvo.

—¿No? —preguntó St. Ives, curioso.

—No, señor. No los malditos papeles. Al diablo los papeles. Están escritos con sangre. Todos ellos. En buena hora me libré de ellos, digo.

St. Ives asintió expansivamente, llevándole la corriente. Kraken se inclinó sobre la mesa, agitando un dedo hacia St. Ives, con el cestito de condimentos en su cuello oscilando debajo de su rostro como la góndola de un globo medio deshinchado.

—Es esa maldita cosa —susurró Kraken— lo que hubiera debido matar.

—¿Una cosa? —St. Ives se inclinó también hacia delante.

—La cosa en la caja. La vi alzar el cadáver de un perro del suelo y hacerlo danzar hasta el techo. Y hubo más que eso. —Kraken hablaba en voz tan baja que St. Ives apenas podía oírle en el ruido general—. Los cuerpos que yo y Tooley Short trajimos. Fueron más de uno los que salieron por su propio pie. —Kraken hizo una pausa evaluando el efecto y sorbió el resto de su ale, volviendo a dejar el vaso con un ruido sordo sobre la mesa de roble—. No, señor. No lamento los papeles. Y, si me lo pregunta, le diré que Nell era tan inocente como una muñeca de porcelana. Quería al joven amo, y lloro al pensar que dejó tras él a un niño pequeño, pero por Dios que todo el asunto no tenía nada de natural, ¿no? Y lo más vergonzoso de todo es que Nell no acabó con ese maldito doctor después de que ella le hiciera eso a su hermano. Eso es lo que lamento, y no dejo de pensar en ello.

Kraken hizo ademán de levantarse, como si ya hubiera dicho todo lo que tenía que decir. Pero St. Ives, aunque impresionado por algunos extremos del relato de Kraken, sujetó su manga para impedir que se pusiera en pie.

—Tengo una nota del capitán Powers —dijo, tendiéndole a Kraken la arrugada misiva—, pidiéndome que me reúna con un hombre en Leicester Square a las ocho y media.

Kraken le miró parpadeante un momento, luego volvió a atisbar por encima del hombro, hacia la puerta, y echó una ojeada al pub, con la cabeza ligeramente inclinada.

—De acuerdo —dijo; y volvió a sentarse. Se inclinó de nuevo hacia St. Ives—. Tropecé con el hombre del Capitán allá en Covent Garden, en el mercado fue, hace tres días. Y él mencionó la... —Kraken hizo una pausa e hizo un voluminoso guiño a St. Ives.

—¿La máquina?

—Ajá. Eso es. La máquina. No afirmo saber lo que es, ¿sabe?, pero he oído hablar de ella. Así que el Capitán me dirigió a usted, y dijo que nosotros dos podíamos hacer algún tipo de negocio.

St. Ives asintió, sintiendo que su pulso se aceleraba. Palmeó sus bolsillos de forma ausente y halló un cigarro.

—¿Ha oído hablar de ella? —Encendió una cerilla y la llevó al extremo del cigarro, chupando fuertemente—. ¿A quién?

—A Kelso Drake —susurró Kraken—. Hace casi un mes. Tal vez seis semanas.

St. Ives se echó hacia atrás en su silla, sorprendido.

—¿El millonario?

—Así es. De sus mismos labios. Trabajé para él, ¿sabe?, y oí más de lo que él suponía..., y más de lo que yo deseaba. Son mala gente, esos millonarios. No hay más que corrupción. Pero obtendrán el fruto del pesar. Amén.

—Que así sea —dijo St. Ives—. Pero ¿qué hay de la máquina..., la nave?

—Está en un burdel, quizás en el West End. Eso es todo lo que sé. Posee una docena. Una veintena. De burdeles, quiero decir. No hay nada deshonesto a lo que no le haya echado una mano encima. Es propietario de una fábrica de jabón en Chingford. Puedo decirle de qué hacen el jabón, si quiere. Se volvería usted loco.

—Un burdel que puede estar en el West End. ¿Es eso todo?

—Hasta lo último.

St. Ives estudió la revelación. No valía mucho. Quizá nada en absoluto.

—¿Sigue trabajando usted para Drake? —preguntó, esperanzado.

Kraken negó con la cabeza.

—Me echó. Me tenía miedo. Yo no era como los demás. —Se sentó erguido, lanzando a St. Ives una firme mirada—. Pero eso no quiere decir que no haga algún que otro negocio con mis amigos, ¿sabe? No, señor. No es así. En absoluto. —Observó a St. Ives, que estaba sumido en sus pensamientos—. No Bill Kraken. No, señor. Cuando le hago a un hombre un favor, al otro lado de la ciudad, en medio de la

lluvia, ¿sabe?, me digo: «Mantén tu nariz delante de tu cara. ¡Deja que llueva!». Ése es mi lema cuando hago un trabajo como éste.

St. Ives volvió en sí mismo y tradujo las palabras de Kraken. Le tendió dos billetes de una libra y estrechó su mano.

—Me ha hecho usted un servicio, amigo. Si eso resulta, habrá más para usted. Acuda a la tienda del Capitán en Jermyn Street el jueves por la tarde. Habrá una reunión de algunos de nosotros. Si puede traer más información, descubrirá que no soy mezquino.

—De acuerdo, señor —dijo Kraken, levantándose y cogiendo su pote de guisantes. Arregló la tela que lo envolvía y la ató fuertemente en torno a la boca del pote—. Estaré ahí. —Dobló los dos billetes y los deslizó dentro de su zapato, luego se dio la vuelta sin más palabra y se apresuró a salir.

El cigarro de St. Ives no quería seguir encendido. Lo miró fijamente por un momento antes de reconocerlo como la cosa empapada que había recogido de manos de Kraken una hora y media antes. Parecía estar siguiéndole. El hombre sin pulgar avanzó hacia él. St. Ives le tendió un chelín y el cigarro, cogió su gabán del perchero, comprobó el bulto en el bolsillo interior —en realidad una hoja de papel enrollado—, y salió a la noche.

La Powers' Pipe and Tobacco Shop se hallaba en la esquina de Jermyn y Spode, con largas ventanas maineladas a lo largo de las fachadas sur y este, de modo que un hombre —el capitán Powers, por ejemplo— podía sentarse en su silla Morris detrás del mostrador y, girando la cabeza unos pocos grados, ver a todos aquellos que iban y venían por cualquiera de las dos calles. La noche del cuatro de abril, sin embargo, era difícil ver mucho a través de la absoluta oscuridad de la nublada y lluviosa noche. El débil resplandor arrojado por las dos farolas de gas visibles, ambas en Jermyn Street, era casi simbólico. Y la luz que brotaba de las ventanas iluminadas aquí y allá a lo largo de la calle parecía reacia a avanzar y permanecía flotando en torno a sus fuentes, como temerosa de la húmeda noche.

El capitán Powers podía oír el sonido de los pasos que se aproximaban por el pavimento mucho antes de que el transeúnte apareciera en uno de los dos círculos amarillos de acera iluminada, luego desapareciera bruscamente en la noche, con las pisadas alejándose, clop-clop, hasta sumirse en el silencio. Las casas al otro lado de la calle estaban habitadas por gente discreta, mucha de la cual entraba ocasionalmente en la tabaquería en busca de una bolsita de tabaco o un cigarro. Sin embargo, hubieran sido malos tiempos para el Capitán, de no ser por su pensión. Había permanecido en el mar desde que tenía doce años y había perdido su pierna derecha en una refriega a veinticinco kilómetros al sur de Alejandría, cuando su chalupa se hundió en el Nilo, hecha pedazos por ladrones del desierto. Había salvado un solo

colmillo de marfil, y veinte años más tarde William Keeble el juguetero le había hecho una pierna artificial con él, la mejor, con mucho, de todas las que había llevado. No sólo le encajaba perfectamente, sin despellejarle la poca pierna que le quedaba, sino que además estaba hueca, y llevaba dentro de ella una pinta de licor y dos onzas de tabaco. En caso necesario podía fumarse la pierna entera, podía apretar un botón en la parte superior y manipular una placa oculta, del tamaño de media corona, que se deslizaba hacia atrás para revelar la cazoleta de una pipa. Un tubo ascendía por la parte interior de sus pantalones y chaqueta, y podía caminar y fumar simultáneamente. El Capitán sólo lo había hecho así una vez, principalmente debido a su extraña fascinación con la idea de que Keeble lo había construido así para él. Las sorprendidas miradas de los transeúntes, sin embargo, habían parecido contradecir la prudencia de revelar en público la maravillosa naturaleza de la cosa. El capitán Powers, canoso por el clima marino y estoico por treinta años de disciplina ante el mástil, era en el fondo un conservador. Dignidad, ése era su lema. Pero la amistad le impedía hacerle saber a Keeble que no sentía auténticos deseos de ser visto fumándose su pata de palo.

De hecho, la casa de Keeble se hallaba directamente frente a la tienda de Powers. El Capitán miraba por encima de la cabeza de su compañero a la lámpara que ardía en la buhardilla de la tienda. Más abajo había otra habitación iluminada..., el dormitorio de Jack Owlesby; y, a la izquierda, otra más aún, el dormitorio, muy probablemente, de Winnifred —la esposa de Keeble—, o de Dorothy, la hija de Keeble, en casa por una quincena ahora tras terminar la escuela.

Su compañero carraspeó como si fuera a hablar, así que el capitán Powers dejó que su mirada descendiera de la ventana al rostro de su amigo. Había una inconfundible expresión de nobleza en él, de realeza incluso, pero era el rostro de Theophilus Godall, del Bohemian Cigar Divan en Rupert Street, Soho, un rostro que en este momento estaba aspirando el humo de una vieja pipa de espuma de mar. Tallado a ambos lados de la cazoleta había el escudo de armas de la familia real de Bohemia, una casa desde hacía tiempo dispersa tras huir caída en desgracia del país. La pipa tenía, no obstante, una enorme y peculiar historia antes de pasar a manos de Godall, y, ¿quién sabía qué tipo de aventuras había vivido desde entonces?

—Estuve con el coronel Geraldine —estaba diciendo Godall— en Holborn. De incógnito. Era tarde, y la noche había demostrado ser improductiva. Todo lo que habíamos conseguido era gastar demasiado buen dinero en champán malo. Habíamos mantenido una discusión inútil con un tipo que tenía una historia prometedora acerca del herbolario suicida de Vauxhall Bridge Road. Pero el tipo, es decir, el segundo tipo, el herbolario, resultó que ya estaba muerto. Se había colgado hacía seis meses con los cordones de sus propios borceguíes, y el primer tipo resultó carecer por completo de interés. Desearía decir que tenía buenas intenciones, pero las únicas

intenciones que tenía era beberse nuestro champán.

»Antes de que se marchara, sin embargo, entraron dos hombres de lo más extraordinario. Evidentemente de camino hacia su trabajo. Pero ninguno de los dos tenía el menor color en él. Su piel era idéntica a la de la barriga de un sapo. Y no tenían la menor noción de dónde estaban. Ni la más mínima. Había una especie de expresión aturdida en ellos, como si hubieran sido drogados, diría uno. De hecho, eso es lo que pensé de inmediato. Geraldine habló con el más grueso de los dos, pero el hombre no respondió. Le miró en perfecto silencio. No insubordinadamente, entienda. No hubo nada de eso. Simplemente, no había en él el menor asomo de consciencia.

El Capitán sacudió la cabeza y golpeó las cenizas de su pipa contra un cuenco de latón. Miró al reloj de debajo del mostrador..., casi las diez y media. La lluvia había cesado. No podía ver ninguna gota caer cruzando el iluminado cristal de la farola de la calle. Unos pasos se aproximaron lentamente, arrastrándose, por Jermyn Street. Se detuvieron. El capitán Powers guiñó un ojo a Theophilus Godall, que asintió ligeramente. Los pasos se reanudaron, giraron para cruzar la calzada en dirección a la casa de Keeble. Era posible que se tratara de Langdon St. Ives, que acudía a Keeble para discutir con él su caja oxigenadora. Pero no, St. Ives hubiera entrado directamente al ver luz. Ahora estaría hablando ya con Kraken, y el ambiente estaría lleno de astronaves alienígenas. Era alguien distinto.

Una sombra jorobada apareció en la acera de enfrente —la sombra de un jorobado, para ser más exactos—, y se apresuró más allá de la farola de gas, sumiéndose de nuevo en la oscuridad; pero el Capitán estuvo seguro de que se había detenido más allá de ella. Lo había hecho durante cinco noches consecutivas.

—Ahí está su hombre al otro lado de la calle —dijo el Capitán a Godall.

—¿Está seguro?

—Sí. El jorobado. Es él, sin lugar a dudas. Permanecerá ahí hasta que yo apague las luces.

Godall asintió y reanudó su historia:

—Así que Geraldine y yo seguimos a esos dos, cruzando media ciudad hasta Limehouse, donde entraron en un pub llamado el Pudín de Sangre. Estuvimos allí el tiempo suficiente como para ver que estaba lleno de hombres como ellos. Nosotros dos teníamos allí el mismo aspecto que hipopótamos. Pero no puedo decir que fuéramos observados por nadie excepto por él —y Godall hizo un gesto con la cabeza por encima del hombro hacia la calle—. Era un jorobado, al menos. Y, aunque no estoy familiarizado con este tipo, Narbondo, es concebible que fuera él. Estaba comiendo pájaros vivos, a menos que esté muy equivocado. La visión de aquello, después del champán y el arenque ahumado, nos despistó, si me sigue, y lo habría olvidado ya por completo si usted no me hubiera contado ese asunto suyo. ¿Todavía

sigue ahí?

El Capitán asintió. Apenas podía ver la sombra que el jorobado, inmóvil como un arbusto, arrojaba contra una pared. Unos nuevos pasos se aproximaron, acompañados por un alegre silbar algo desafinado.

—¡Coja su sombrero! —exclamó el capitán Powers, poniéndose en pie. Cruzó la tienda y apagó la lámpara, sumiendo la estancia en la oscuridad. Allá fuera, avanzando firmemente hacia la puerta de Keeble y llevando su fajo de papeles, estaba Langdon St. Ives, explorador e inventor.

En un instante el jorobado —el doctor Ignacio Narbondo— había desaparecido. Theophilus Godall saltó hacia la puerta, saludó apresuradamente con la mano al capitán Powers y se sumió en la noche, hacia el este, por Jermyn en dirección a Haymarket. Al otro lado de la calle, William Keeble abrió la puerta y dejó entrar a St. Ives, que miró interrogadoramente, con los ojos entrecerrados, la oscura figura que se alejaba apresuradamente de la tabaquería, cuyas luces se habían apagado de pronto. Se encogió de hombros a Keeble. Las acciones del Capitán eran siempre un misterio. Ambos hombres fueron engullidos al interior de la casa de Keeble.

La calle estaba ahora silenciosa y húmeda, y el olor de la lluvia en el pavimento flotaba en el aire de la tabaquería, recordando brevemente al Capitán el rocío y la bruma del mar. Pero en un instante había desaparecido, y la tenue y sutil sombra del mar se desvaneció con él. El capitán Powers permaneció inmóvil allí, mirando, con una perezosa voluta de humo alzándose en la oscuridad por encima de su cabeza. Godall, en su apresuramiento, se había dejado la pipa. Volvería a por ella por la mañana; había pocas dudas al respecto.

Una suave y repentina llamada a la puerta, y el Capitán se sobresaltó... La había esperado, pero la noche estaba llena de temores y del lento desenrollarse de planes. Cruzó la tienda y abrió la pesada puerta, y allá a la débil luz de las farolas de la calle había una mujer embozada en una capa. Se apresuró a entrar. El capitán Powers cerró la puerta tras ella.

St. Ives subió tras William Keeble tres tramos de escaleras y entró en la atestada juguetería. Unos cuantos troncos ardían en una caja de hierro, aventados a la noche exterior a través de una chimenea de terracota, y el fuego era tal que la habitación, aunque grande, era cálida y cerrada, casi demasiado. Pero era alegre, dada la noche que hacía fuera, y el calor servía para evaporar parte del agua de la lluvia que goteaba dentro a través de las rendijas de la pizarra del techo. Un tremendo y extraño helecho ramificado colgaba muy cerca del fuego, bajo la ventana emplomada del aguilón que conducía al tejado, y un minúsculo chorrito de agua, apenas un reguero, corría a lo largo del borde del mal ajustado batiente y goteaba desde el alféizar a la musgosa y medio podrida caja de madera que contenía el helecho. Más o menos a cada minuto, como si el agua de lluvia se acumulara lo suficiente como para alcanzar la altura que

le permitía escapar, una pequeña cascada brotaba del fondo de la caja jardinera y caía con un suave silbido de vapor al fuego.

Las oscuras vigas del techo se inclinaban en ángulo agudo sobre sus cabezas, estabilizadas por varios tirantes que recorrían los seis metros de anchura de la tienda y proporcionaban un camino seguro recorrido por un número indeterminado de ratones que llevaban minúsculos restos de cosas y se afanaban como elfos por entre las maderas. De los tirantes colgaba un número indeterminado de maravillas: animales alados, dinosaurios tallados, máscaras de cartón piedra, extrañas cometas de papel y cohetes de madera, la sorprendida e inclinada cabeza de un simio de caucho, una enorme esfera de cristal llena con incontables figurillas talladas. Las cometas, pintadas con rostros de pájaros y peces de las profundidades, colgaban entre las vigas desde hacía años, y estaban medio oscurecidas por telarañas y polvo y las amarronadas manchas de sucia agua de lluvia. Grandes trozos habían sido mordisqueados por los ratones y los insectos para construir sus hogares entre los restos colgantes.

El suelo de pino rojo, sin embargo, estaba escrupulosamente barrido, e innumerables herramientas colgaban sobre dos bancos de trabajo, desordenadas pero bien dispuestas, hierro y cobre brillando levemente a la luz de media docena de lámparas de madera y cristal. Tosiendo en su manga, Keeble apartó una veintena de conchas marinas de color malva y un caleidoscopio de encima de un banco, luego le quitó el polvo con un cepillo de cerdas, cuyo mango estaba elegantemente tallado con la forma de una alargada rana.

St. Ives lo admiró expresivamente.

—¿Le gusta de veras? —preguntó Keeble.

—Mucho —admitió St. Ives, que era un admirador de la filosofía de William Morris relativa a la belleza y la utilidad.

—Apriétele la nariz.

—¿Perdón?

—La nariz —dijo Keeble—. Apriétela. Déle un empujón con la punta del dedo.

St. Ives obedeció, dubitativo, y la parte superior de la cabeza de la rana, desde la nariz hasta la mitad del espinazo, se deslizó hacia atrás dentro de su cuerpo, revelando un largo tubo plateado. Keeble lo extrajo, desenroscó un tapón en su extremo, tomó dos vasos de detrás de un montón de arrugados planos y sirvió del tubo igual cantidad de licor en cada uno de ellos. St. Ives se mostró atónito.

—¿Qué es lo que ha conseguido? —preguntó Keeble, vaciando su vaso y volviendo a guardarlo.

—El oxigenador. Terminado, creo. Cuento con usted para lo demás. Es lo último del lote. El resto de la nave está lista. La lanzaremos en mayo, si el tiempo es bueno. —St. Ives desenrolló su diseño sobre el banco y Keeble se inclinó sobre él,

observando atentamente las líneas y los números a través de unas gafas sorprendentemente gruesas.

—Helio, ¿no?

—Y clorofila. Pulverizados. Hay una toma aquí, y un mecanismo pulverizador y un filtro aquí. Los mecanismos de relojería se hallan en la base..., siete días de trabajo creo que pueden ser suficientes, al menos para el primer vuelo. —St. Ives dio un sorbo a su vaso y alzó la vista hacia Keeble—. El motor de Birdlip. ¿Puede duplicarlo a esta escala?

Keeble se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo. Se encogió de hombros.

—El movimiento perpetuo es un asunto complicado, ¿sabe?..., algo así como separar un huevo de su cáscara sin alterar la forma de ninguno de los dos, y luego suspenderlos ambos, uno como un tembloroso ovoide translúcido, el otro como un sólido aparente, el uno al lado del otro. No se puede hacer en un día. Y todo esto es relativo, ¿no? El auténtico movimiento perpetuo es un sueño, aunque un sabio llamado Gustatorius afirmara haberlo producido alquímicamente en 1410 en los Balcanes, a fin de hacer girar constantemente las lentes traseras de un caleidoscopio. Una idea maravillosa, pero los alquimistas tienden a ser frívolos, en su conjunto. El motor de Birdlip, de todos modos, está ya en las últimas. Me temo que por su apariencia esta primavera puede que sea la última para él.

St. Ives alzó vivamente la mirada.

—¿Está seguro?

—Sí, por supuesto. Cuando pasó hace cinco años iba bajo, terriblemente bajo, y mucho más al norte que en su paso del 65. Así que tengo la sospecha de que el motor está declinando. Puede que el dirigible caiga en el mar, pero pienso más bien que tiende hacia Hampstead, donde fue lanzado. Hay un elemento en el motor que lo empuja hacia casa; eso es lo que pienso. Un subproducto aleatorio de su diseño, no nada que yo pretendiera intencionadamente.

St. Ives se frotó la barbilla, no deseoso de que la revelación de Keeble lo empujara fuera de su idea original.

—Pero ¿puede ser miniaturizado? Birdlip lleva ahí arriba quince años. En este tiempo yo puedo alcanzar fácilmente Marte, incluso Saturno, y regresar.

—Sí, en una palabra. Mire esto. —Keeble abrió un cajón y extrajo una caja de madera. Las uniones eran claramente visibles, y la caja estaba pintada con símbolos que parecían ser jeroglíficos egipcios: pájaros caminando y anfibios, ojos saliendo de pirámides..., pero no había ninguna señal de bisagras o cierre.

Inmediatamente se le ocurrió a St. Ives que la caja era una botella de algún tipo a prueba de manoseos, quizás un pequeño alambique autosuficiente, y que se le pediría que apretara la nariz de uno de los animales pintados a fin de revelar en su interior un charco ambarino de whisky escocés. Pero Keeble depositó la caja sobre el banco, le

dio un giro de cuarenta y cinco grados o así, y la tapa de la caja se abrió por sí misma.

St. Ives observó mientras la tapa se levantaba y luego caía hacia atrás. De las profundidades de la caja brotó una miniatura auténticamente realista de un caimán, con su largo y dentado hocico abriéndose y cerrándose rítmicamente. Le siguieron cuatro pequeños pájaros, uno en cada esquina, y el caimán hizo chasquear sus mandíbulas y devoró los pájaros uno tras otro, luego sonrió, hizo girar los ojos, emitió un sonido como una bisagra oxidada y volvió a hundirse en su madriguera. Tras una pausa de diez segundos surgió de nuevo, seguido por los pájaros, milagrosamente restaurados y condenados a ser devorados una y otra vez hasta el infinito. Keeble cerró la tapa, hizo girar la caja unos cuantos grados más y sonrió a St. Ives.

—Me ha tomado doce años perfeccionar eso, pero en estos momentos funciona tan bien como el motor de Birdlip. Es para el cumpleaños de Jack. Pronto cumplirá los dieciocho; lleva quince años con nosotros..., y me temo que es el único que ve estas cosas con el tipo de mirada necesario.

—¿Doce años le ha tomado? —St. Ives se mostró decepcionado.

—Podría hacerse más rápido ahora —dijo Keeble—, pero es terriblemente caro. —Guardó silencio unos instantes, mientras volvía a guardar la caja en su cajón—. De hecho, he sido contactado acerca del artilugio..., en realidad de la patente.

—¿Contactado?

—Por Kelso Drake. Parece que tiene sueños de mover fábricas enteras con dispositivos de movimiento perpetuo. No tengo la menor idea de cómo se le ocurrió.

—¡Kelso Drake! —exclamó St. Ives: Casi fue un grito—. ¡De nuevo! —Pero vaciló ante el melodramático sonido de su voz, y el momento pasó. Sin embargo, era una extraña coincidencia. Primero la sospecha de Kraken de que Drake poseía la nave alienígena, y ahora esto. Pero difícilmente podía haber una conexión. St. Ives señaló hacia los planos encima del banco.

—¿Cuánto tiempo entonces, un mes?

—Yo diría que sí —respondió Keeble—. Eso debería ser suficiente. ¿Cuánto tiempo estará usted en Londres?

—Hasta que esto esté terminado. Hasbro se ha quedado en Harrogate. Yo me alojo en el Bertasso, en Pimlico.

Con un guiño a St. Ives, Keeble empezó a desenroscar el mango de un pesado cincel con un hierro de cinco centímetros de ancho. Hubo un bang en el batiente encima de sus cabezas, como si hubiera sido cerrado de golpe por el viento. Keeble dejó caer el cincel, sorprendido, y el inevitable licor dentro del mango se derramó sobre el dibujo del dispositivo oxigenador.

—El viento —dijo St. Ives, estremeciéndose también con el repentino sobresalto. Pero, al mismo tiempo que formulaba la palabra, un estallido de luz iluminó el cielo

nocturno, revelando un sombrío rostro que miraba por encima del alféizar y precipitando un diluvio de repentina e intensa lluvia.

Keeble gritó con horror y sorpresa. St. Ives saltó hacia la retorcida escalerilla que conducía hasta el pequeño aguilón. Hubo una exclamación procedente de arriba —en realidad un grito—, y el sonido de algo arañando las losas de pizarra. St. Ives abrió de golpe la ventana al rostro de la lluvia y salió a la noche, justo en el momento en que una cabeza y unos hombros desaparecían por el borde del tejado.

—¡Lo tengo! —llegó un grito desde abajo, la voz de Jack Owlesby, y St. Ives avanzó, pensando en seguir el mismo camino del hombre. Pero el resbaladizo tejado seguramente acabaría enviándolo a la calle, y podía utilizar con la misma facilidad las escaleras como había hecho Keeble. Mientras volvía a entrar hubo otro grito, y un crujir, y un restallar, seguido por maldiciones y el susurro de vegetación al ser desgarrada.

St. Ives corrió hacia las escaleras, las bajó de dos en dos, pasando junto a una desconcertada Winnifred Keeble en el descansillo del segundo piso. Más gritos lo atrajeron hacia la abierta puerta delantera y a la calle, donde Keeble luchaba con el merodeador, ambos chapoteando hasta los tobillos en el barro.

Las luces se encendieron en la tienda de Powers, luego parpadearon bruscamente y se apagaron de nuevo, luego volvieron a encenderse. Resonaron ventanas a lo largo de toda la calle, y gritos de «¡Dejen descansar!» y «¡Cállense!», pero ninguno más fuerte que los gritos de dolor de Keeble. Tenía a su asaltante sujeto rodeándole el pecho con los brazos, tras haberlo cogido por detrás en el momento en que intentaba huir, y el hombre estaba aplastando los dedos de los pies del juguetero con el tacón de su bota, sin conseguir librarse de él.

St. Ives corrió hacia la pareja bajo la lluvia, gritándole a su amigo que resistiera, mientras el criminal —un revientapisos, seguramente—, tiraba de los dos calle abajo. En aquel momento el capitán Powers salió de su tienda, golpeando el suelo con su pierna artificial y agitando una pistola.

Justo cuando St. Ives se acercaba, pensando en arrojar su gabán sobre la cabeza del ladrón, Keeble lo soltó y retrocedió, saltando sobre un pie hacia el bordillo. El gabán de St. Ives, aleteando como una red de pescador, cayó sobre el barro de la calle, y el hombre desapareció, hundiéndose en la noche de Spode Street. El capitán Powers apuntó su pistola hacia él, pero la distancia era ya demasiado grande para que tuviera alguna posibilidad de acertarle, y el Capitán no era muy certero con su puntería. St. Ives se lanzó tras la figura que huía, saltando a la acera frente a la tabaquería, luego casi chocando con una mujer embozada que apareció bruscamente por una callejuela lateral, como si hubiera tomado un atajo desde Piccadilly. St. Ives se echó hacia la pared, y su caza terminó, pues el criminal desapareció completamente y el ruido de sus pasos no tardó en morir. St. Ives se volvió para

disculpase con la mujer, pero ya no había nada que ver excepto el oscuro tweed de su capa y capucha, alejándose en la oscuridad a lo largo de Jermyn. Un soplo de viento silbó suavemente tras ella, haciendo ondular la superficie de los charcos debajo de las farolas de gas. Y junto con él, inusitadamente frío para la estación, llegaron las últimas y dispersas gotas de antes del amanecer.

El Club Trismegisto

St. Ives siempre se había sentido como en su casa en la tienda del capitán Powers, aunque habría tenido dificultad en decir exactamente por qué. Su propia casa —el hogar de su infancia— no se parecía en lo más mínimo a ella. Sus padres se habían enorgullecido de ser modernos, y no aceptaban ni el tabaco ni el licor. Su padre había escrito un tratado sobre la parálisis, relacionando la enfermedad con el consumo de carne, y durante tres años la carne no cruzó aquel umbral. Era un veneno, una abominación, carroña..., como comer porquería asada, decía su padre. Y el tabaco: su padre se estremecía ante la sola mención de la palabra. St. Ives podía recordarlo de pie sobre una caja de madera debajo de un roble sin hojas, no podía decir exactamente dónde —quizás en el St. James Park—, gritándole a una indiferente multitud los males de la intemperancia en general.

Sus teorías habían declinado de lo científico a lo místico y luego a un puro galimatías, y ahora seguía escribiendo aún artículos, a veces en verso, desde su confinamiento en un confortable y protegido sótano al norte de Kent. St. Ives había decidido a la edad de doce años que la intemperancia en los placeres de los sentidos era, en general, menos ruinosa que la intemperancia a lo largo de líneas más abstractas. Le parecía que nada merecía el perder tu sentido de la proporción y tu humor, y menos que nada un pastel de carne, una pinta de ale y una pipa de latakia.

Todo lo cual explicaba, quizá, por qué la tienda del Capitán le resultaba un lugar completamente agradable. Desde un cierto ángulo era decididamente claustrofóbica y poco iluminada, y no se sacaba ningún provecho examinando el tapizado de los varios sillones y sofás que había apretadamente juntos en la parte de atrás de la tienda. Los muelles que asomaban aquí y allá de los desgarrones en el tapizado, y que arrastraban consigo jirones de algodón, habían sido posiblemente, en su día, ejemplos coronados de su tipo. Y las alfombras orientales esparcidas por el suelo hubieran podido ser dignas de las losas de un templo cincuenta o sesenta años antes.

Grandes botes de tabaco ocupaban gruñentes estantes, separados de tanto en tanto por hileras de libros, todos torcidos y apilados y aparentemente sin tener nada en absoluto que ver con el tabaco, pero siendo, le parecía a St. Ives, su propia excusa..., algo muy satisfactorio. Todo valía cualquier cosa que se quisiera, se decía a sí mismo, y ésa era su propia excusa. Tres o cuatro tapas de los botes de tabaco estaban ladeadas, impregnando el inmóvil aire de la tienda con un aromático perfume.

William Keeble se inclinó sobre uno, metió sus largos dedos en la boca del bote y extrajo un pequeño amasijo de tabaco, que brilló dorado y negro a la luz de gas. Lo atacó en la cazoleta de su pipa, luego miró su interior como sorprendido, apretándolo desde tantos ángulos como le fue posible antes de encenderlo. Había mucho en sus

gestos para atraer a un hombre de ciencia y, por un momento, el poeta dentro de St. Ives luchó con el físico, ambos pidiendo la supremacía.

Los estudios de St. Ives en Heidelberg bajo Helmholtz lo habían puesto en contacto por primera vez con un oftalmoscopio, y podía recordar haber mirado por el maravilloso instrumento el interior del ojo de un compañero estudiante de naturaleza artística, un hombre dado a los largos paseos por los bosques y la contemplación de idílicos paisajes. Justo cuando empezó la operación, el hombre había visto a través de una ventana abierta las caídas ramas de un peral en flor, y una pequeña resaca de la visión que ornamentaba el interior de su ojo, repentinamente traída a la vida por el aparato, danzó como hojas en un breve viento. Por un congelado momento, después de que St. Ives retirara el instrumento, y antes de que un parpadeo cortara en seco la imagen, las flores del peral y un asomo de nube derivando al fondo fueron reflejadas en el cristalino del ojo del hombre. La conclusión que extrajo St. Ives tendía, tuvo que admitirlo, hacia lo poético, y estaba reñida con los métodos del empirismo científico. Pero fue esa sugerencia de belleza y misterio lo que le atrajo tan abrumadoramente hacia el estudio de las ciencias puras y que —¿quién puede decirlo?— le impulsó a recorrer las avenidas que tal vez lo condujeran finalmente a las estrellas.

Los botes de tabaco del Capitán —no había dos iguales, y habían sido reunidos de las más distantes partes del mundo— le recordaban, abiertos como estaban, una tienda de caramelos. La sensación, por lo demás, era apropiada y exacta. Su propia pipa se había apagado. Aquí tenía la oportunidad de ensayar alguna mezcla nueva. Se levantó y miró al interior de un bote de porcelana de Delft conteniendo «Old Bohemia».

—No se sentirá decepcionado con ése —le llegó una voz desde la puerta, y St. Ives alzó la mirada para ver a Theophilus Godall sacándose el sobretodo en el umbral. La puerta de la calle se cerró tras él con un golpe, empujada por el viento. St. Ives asintió e inclinó la cabeza hacia el bote de tabaco como invitando al comentario de Godall. Había algo en aquel hombre, decidió St. Ives, que le daba un aire de mundanidad e indefinida experiencia..., algo en la forma de su aquilina nariz o en la seguridad de su porte—. Fue mezclado originalmente por una reina de la casa real de Bohemia, que fumaba una pipa cada día, exactamente a medianoche, y luego bebía un poco de brandy con agua caliente de un solo sorbo y se retiraba. Posee cualidades medicinales que pueden ser discutidas. —St. Ives no podía ver ya ninguna forma de dejar de fumar una pipa de aquel tabaco. Empezó a lamentar su incapacidad de hacer justicia al resto del ejemplo de la reina, luego vio, con el rabillo del ojo, que el capitán Powers emergía de la parte de atrás de su tienda con una bandeja y botellas. Godall sonrió alegremente y se alzó de hombros.

Detrás del Capitán, con el sombrero en la mano, estaba Bill Kraken, el pelo

enormemente revuelto por el viento. Jack Owlesby entró por la puerta delantera detrás de Godall, elevando el número de personas en la tienda a siete, incluido el hombre de St. Ives, Hasbro, que estaba sentado leyendo un ejemplar de las *Guerras peloponesas* y bebiendo pensativamente un vaso de oporto.

El Capitán se dirigió a su silla Morris y se sentó, con un gesto vago hacia la colección de botellas y vasos en la bandeja.

—Gracias, señor-dijo Kraken, y se inclinó sobre una botella de Laphroaig. —Daré un sorbo, señor, puesto que me lo pide—. Se sirvió sus buenos dos centímetros en un vaso, y lo engulló con una mueca. St. Ives tuvo la impresión de que se hallaba en mala forma..., pálido, desgredado. Atormentado era la palabra precisa. St. Ives lo observó atentamente. La mano de Kraken se estremeció hasta que, con un visible gesto, el temblor lo recorrió de pies a cabeza, mientras el licor hacía efecto y proporcionaba una influencia equilibradora. Quizá su aspecto pálido y tembloroso era producto de la ausencia de alcohol antes que de la presencia de alguna culpabilidad o temor.

El Capitán dio unos golpecitos en el mostrador con la cazoleta de su pipa, y la sala quedó en silencio.

—Me sentí inclinado a creer, como ustedes, que el intruso del sábado pasado era un ladrón, un revientapisos, pero no es ése el caso —dijo.

—¿No? —preguntó St. Ives, sorprendido por la brusca revelación. El también había tenido la misma sospecha. Se estaban produciendo demasiadas cosas como para que todo fuera producto del azar..., demasiados rostros en las ventanas, demasiados nombres repetidos, demasiados hilos comunes de misterio para que él supusiera que no formaban parte de alguna trama mucho más vasta y complicada.

—No —dijo el Capitán, acercando una cerilla a su pipa. Hizo una pausa teatral, mirando de reojo a su alrededor—. Volvió esta tarde.

Keeble asintió. Había sido el mismo hombre. Keeble no olvidaba su nuca, que era todo-lo que había podido ver esta segunda vez. Winnifred estaba en el museo, catalogando libros sobre lepidópteros. Jack y Dorothy, gracias a Dios, estaban fuera en el mercado de las flores, comprando begonias de invernadero. Keeble se había echado a dormir una hora. Había estado trabajando un poco en el motor, y lo había puesto todo —los planos, el pequeño artilugio con el caimán, las notas— en un agujero en el suelo que nadie, ningún otro ser vivo, sería capaz de descubrir. Luego se había echado un poco al mediodía, y había dado la bienvenida a la llegada del parpadeante Morfeo. Un sonido lo había despertado. La ventana de arriba de nuevo. Estaba seguro de ello. Oyó ruido de pasos. El cocinero, que entraba por la puerta de atrás con un pollo, se vio frente al ladrón, y le golpeó en pleno rostro con el desplumado animal antes de coger un cuchillo de trinchar. Keeble había salido con su camisa de dormir y, de nuevo, había perseguido al hombre hasta la calle. Pero la

dignidad exigía que abandonara la caza. Un hombre con una camisa de dormir: era impensable. Y su pie..., aún no se había recuperado del último encuentro.

—¿Detrás de qué iba? —preguntó Godall, jadeando ante la narración de Keeble—. ¿Está seguro de que no era algo de valor?

—Pasó corriendo ante un buen número de cosas de valor —dijo Keeble, mientras se servía un tercer vaso de oporto—. Podría haberse llenado los bolsillos entre la buhardilla y la puerta de entrada.

—Así pues, ¿no cogió nada? —intervino St. Ives.

—Al contrario. Robó los planos para un asasalchichas que puede ser montado en el tejado. Tenía intención de ensayarlo durante la próxima tormenta eléctrica. Hay algo en las tormentas con rayos que me hace pensar inmediatamente en las salchichas. No puedo explicarlo.

Godall, incrédulo, se sacó la pipa de la boca y le miró de reojo.

—¿Nos está diciendo que entró furtivamente en la casa para robar los planos de esa fabulosa máquina de asar salchichas?

—En absoluto. Más bien creo que iba tras algo diferente. Había estado forzando el suelo con una palanca. Me había visto meter los planos en el escondrijo. Estoy seguro de ello. Pero no pudo conseguirlos. Tengo la teoría de que mantuvo el batiente de la ventana abierto con un palo para poder salir de nuevo rápidamente. Pero el palo resbaló, el batiente se cerró de golpe y el pestillo se encajó, y, presa del pánico, cogió el primer juego de planos que encontró y echó a correr, pensando que podría salir antes de que yo despertara. El cocinero lo sorprendió.

—¿Qué puede hacer con esos planos? —preguntó el Capitán, golpeando ahora su pipa contra su pierna de marfil.

—Absolutamente nada —dijo Keeble.

Godall se puso en pie y miró fuera, a los remolinos de polvo y basura que el viento arrastraba a lo largo de Jermyn Street en medio de la noche.

—Apuesto lo que quieran a que Kelso Drake pone en el mercado un artilugio así antes de un mes. No en busca de beneficios, entiendan, no creo que haya muchos beneficios en eso..., sino como una burla, para reírse de nosotros. Entonces, ¿iba tras el motor del movimiento perpetuo?

Keeble empezaba a asentir cuando una llamada en la puerta lo cortó en seco. El Capitán se puso en pie de inmediato, con un dedo en los labios. No había nadie, más allá de ellos siete, en quien pudieran confiar, y nadie, ciertamente, que tuviera nada que hacer en una reunión del Club Trismegisto. Kraken se deslizó discretamente a una habitación de atrás. Godall se metió una mano en la chaqueta, un gesto que sobresaltó a St. Ives.

Al otro lado de la puerta apareció un joven de edad indeterminada, principalmente debido a su desastrosa complejión. Podía tener treinta años, pero era más probable

que tuviera veinticinco: de mediana altura, barrigudo, hosco y ligeramente encorvado. La sonrisa que jugueteaba en las comisuras de su boca era evidentemente falsa, y no servía en absoluto para animar su mirada..., ojerosa y oscura por un exceso de estudio bajo una luz inadecuada. St. Ives tuvo la impresión de que era un estudiante. Pero no un estudiante de nada identificable o práctico, sino un estudiante de artes oscuras, o del tipo que agita morosamente la cabeza, con aire experto, sobre lastimera y cínica poesía, y que ha ingerido opiatos y recorrido las calles a medianoche, sin destino, movido por un exceso de morbosidad y bilis. Sus mejillas parecían casi hundidas, como si se estuviera consumiendo o metamorfoseando en un pez particularmente pintoresco. Necesitaba una pinta de buena ale, un pastel de riñones, y media docena de alegres compañeros.

—Me dirijo a una reunión del Club Trismegisto —dijo, inclinando casi imperceptiblemente la cabeza. Nadie respondió, quizá porque no se había dirigido a nadie en particular, o quizá porque parecía como si no esperara ninguna respuesta. El viento silbaba a sus espaldas, agitando el deshilachado dobladillo de su chaqueta.

—Entre, amigo —dijo el Capitán tras una larga pausa—. Sírvese usted mismo un vaso de brandy y exponga su asunto. Éste es un club privado, ¿sabe?, y nadie con dos dedos de frente desearía unirse a él, si me entiende. Todos somos más o menos perezosos y tenemos poco interés en buscar nuevas manos, por decirlo así, que remienden nuestras velas.

Las palabras del Capitán ni siquiera hicieron parpadear al hombre. Se presentó a sí mismo como Willis Pule, un conocido de Dorothy Keeble. Los ojos de Jack se entrecerraron. Estaba seguro de que la afirmación era una mentira. Estaba familiarizado con los amigos de Dorothy, más aún, estaba familiarizado con el tipo de personas que podían ser amigos de Dorothy. Evidentemente, Pule no era uno de ellos. Dudó en decirlo sólo por un espíritu de hospitalidad —después de todo, era la tienda del Capitán—, pero la misma presencia del hombre se convirtió en una afrenta inmediata.

Godall, con la mano aún en su chaqueta, se dirigió a Pule, que no había tocado ningún vaso pese al ofrecimiento del Capitán.

—¿Qué supone *usted* que somos? —preguntó. La pregunta pareció coger a Pule por sorpresa.

—Un club —tartamudeó, mirando a Godall, luego apartando rápidamente la vista—. Una organización científica. Soy estudiante de alquimia y frenología. He leído a Sebastian Owlesby. Muy interesante.

Pule hablaba nerviosamente, con una voz desgraciadamente aguda. Jack se sintió doblemente insultado..., primero por la mención de Dorothy, ahora por la mención de su padre. Habría que echar a este Pule a la calle. Pero Godall pasó por delante de él, agitando su mano libre y dando las gracias a Pule por su interés. El Club Trismegisto,

dijo, era una organización dedicada a la biología, a la lepidoptería, de hecho. Estaban compilando una guía de campo de todas las mariposas y polillas de Gales. Sus discusiones no tenían ninguna utilidad para un estudiante de alquimia. O de frenología, todo sea dicho de paso, aunque, insistió Godall, era un estudio fascinante. Lo sentían terriblemente. El Capitán hizo eco del sentir general de Godall, y Hasbro se levantó instintivamente y acompañó a Pule hasta la puerta, asintiendo graciosamente con la cabeza mientras lo hacía. Transcurrió un momento de silencio después de que Pule se hubiera ido. Luego Godall se puso en pie, tomó su gabán del perchero y salió apresuradamente.

St. Ives estaba sorprendido de que Godall hubiera echado tan rápida y expeditivamente a Pule, que por supuesto no era el tipo de hombre que querían, pero que quizá fuera bienintencionado. Después de todo, poco daño se podía hacer alabando a Owlesby, aunque las experimentaciones de Owlesby no eran totalmente dignas de alabanza. De hecho, ahora que pensaba en ello, St. Ives no estaba seguro de hacia qué parte del trabajo de Owlesby tenía Pule tanta admiración. Ninguno de los demás pudo iluminarle a este respecto. Al parecer, ninguno conocía a Pule.

Kraken asomó la cabeza desde la habitación de atrás, y el capitán Powers le hizo señas de que volviera a entrar. Godall y Pule fueron olvidados por el momento mientras Kraken, a invitación del Capitán, contaba la historia de sus meses como empleado de Kelso Drake, el millonario, señalando en su relato sus lecturas sobre temas científicos y metafísicos, las aguas profundas sobre las que había navegado cotidianamente. Y lo que había encontrado allí, podía asegurárselo, les hubiera sorprendido a todos. Pero Kelso Drake..., nada acerca de Kelso Drake podía sorprender a Bill Kraken. Kraken no conseguiría nunca que le gustara Drake, ni siquiera por todo el oro que poseía el hombre. Bebió de golpe su escocés. Su rostro se puso rojo. Había sido echado por Drake, amenazado con recibir una paliza. Él iba a ocuparse de ver quién recibiría esa paliza. Drake era un cobarde, un tramposo, un invertido. Que Drake siguiera así. Allá él. Kraken le enseñaría lo que debía aprender.

¿Tenía Kraken alguna noticia de la máquina?, preguntó delicadamente St. Ives. No exactamente, llegó la respuesta. Estaba en el West End, en uno de los varios burdeles de Drake. ¿Era St. Ives consciente de eso? St. Ives lo era. ¿Sabía Kraken en cuál de los burdeles podía estar? Kraken no lo sabía. Kraken no entraría nunca en ninguno de los burdeles de Drake. No podían contenerles a Drake y a él al mismo tiempo. Estallarían. Trozos de Drake caerían sobre todo Londres como una malsana lluvia.

St. Ives asintió. La velada no revelaría nada acerca del vehículo alienígena. Hubiera debido suponerlo. Kraken estaba orgulloso de sí mismo, de la materia de la que estaba hecho. De pronto se lanzó a una vaga disertación sobre la rotación inversa de los propósitos y las finalidades, luego se interrumpió bruscamente para dirigirse a

Keeble.

—Billy Deener —pareció decir.

—¿Qué? —preguntó Keeble, tomado por sorpresa.

—He dicho: Billy Deener. El hombre que entró por esa ventana.

—¿Lo conoce? —preguntó Keeble, sorprendido. El Capitán se envaró en su silla y dejó de tamborilear con sus dedos en el mostrador.

—¡Conocerle! —exclamó el repantigado Kraken—. ¡Conocerle! —Pero no se molestó en aclarar más—. Billy Deener es lo que es, se lo digo. Y si son ustedes listos, no se acercarán a menos de un kilómetro de él. —Y con eso Kraken tendió de nuevo la mano hacia el escocés—. Un hombre necesita un trago —dijo, queriendo dar a entender, supuso St. Ives, los hombres en general, y con la intención de dar ejemplo por todos los que no estaban allí para satisfacer aquella necesidad en particular. Unos momentos más tarde se deslizó en una silla y empezó a roncar tan fuertemente que Jack Owlesby y Hasbro lo arrastraron hasta la habitación de atrás, siguiendo las órdenes del Capitán, y lo tumbaron en una cama, cerrando la puerta tras él a su regreso.

—Billy Deener —dijo St. Ives a Keeble—. ¿Significa eso algo para usted?

—Nada en absoluto. Pero es Drake. Eso está claro. Godall tenía razón.

Keeble pareció palidecer ante la idea, como si él hubiera preferido que no fuera Drake. Era preferible un ladrón vulgar. Keeble se sirvió el poco escocés que quedaba en la botella, luego volvió a dejar ésta en la bandeja con un clanc en el momento en que Theophilus Godall regresaba de la noche, cerrando con cuidado la puerta a sus espaldas.

—Me disculparé —dijo de inmediato— por mi comportamiento..., que no ha sido el que cabría esperar de un caballero, como me considero y como deseo de todo corazón ser considerado. —El Capitán agitó una mano. Hasbro hizo chasquear la lengua. Godall continuó—: Me apresuré a sacar de aquí al señor Pule sólo porque lo conozco. Él, estoy seguro de ello, lo ignora. Sus intenciones no eran buenas, puedo asegurárselo. Anteayer estaba en compañía de ese hombre, Narbondo. —Hizo un gesto con la cabeza al sorprendido Capitán—. Me llamó la atención que ambos se conocieran y, aunque hubiéramos podido hacer hablar un poco más a ese Pule para ver de qué estaba hecho, creí que la idea era un tanto peligrosa, a la luz de lo que percibo como una situación de creciente gravedad. Discúlpeme si actué precipitadamente. El hecho de que saliera tras él fue simplemente un asunto de desear confirmar mis sospechas. Le seguí hasta Haymarket, donde se reunió con nuestro jorobado. Los dos subieron a un cabriolé, y yo regresé aquí tan apresuradamente como me permitía la buena educación.

St. Ives estaba abrumado. Allí había un nuevo misterio.

—¿Un jorobado? —preguntó, girando su cabeza de Godall al Capitán, que le

miró con los ojos torvamente cerrados y asintió—. ¿Ignacio Narbondo? —El Capitán asintió de nuevo.

St. Ives guardó silencio. Al parecer, el bosque se había espesado. Y tan misterioso como el resto era el mero hecho de que el capitán Powers conociera tan bien a Narbondo, que al parecer tuviera los ojos fijos en las maquinaciones del malvado doctor. Pero ¿por qué? ¿Cómo? No era una pregunta que pudiera ser respondida inmediatamente.

Y Langdon St. Ives no era el único desconcertado. Jack Owlesby, quizá, era de todos ellos el que mostraba una mayor y más hosca curiosidad. Apenas conocía al Capitán, el cual, le parecía a Jack, conducía unos negocios muy extraños para un tabaquista. Tampoco conocía demasiado a Godall. Sólo estaba seguro de una cosa..., que se casaría con Dorothy Keeble o se volaría la tapa de los sesos. La más ligera sospecha de que estaba siendo arrastrado contra su voluntad a un maelstrom de intrigas hacía estallar su cólera. La idea de Willis Pule lo aplastaba con unos celos irracionales. Su ventana, se recordó a sí mismo, dominaba la tienda del Capitán. Estaría mucho más atento en el futuro; eso podía asegurarlo.

Era casi la una de la madrugada, y no se había conseguido nada. Como en un buen poema, los avatares de la noche habían suscitado más interrogantes, habían desvelado más misterios, de los que habían resuelto.

Los siete acordaron reunirse de nuevo dentro de una semana —antes si ocurría algo digno de ser examinado—, y se marcharon. Keeble y Jack al otro lado de la calle, Hasbro y St. Ives hacia Pimlico, Theophilus Godall hacia Soho. Kraken se quedó con el Capitán, puesto que era poco probable que se despertara antes del amanecer, pese a los chillidos del viento en las contraventanas y su silbar bajo los aleros.

Una habitación con vistas

Las abiertas puertas de las tabernas y casas de huéspedes a lo largo de Buckeridge Street estaban envueltas en humo, que salía perezosamente de ellas para ser consumido por la niebla de Londres, amarilla y acre en el inmóvil aire. Podía verse a un hombre delgado a través de una de esas puertas, sentado a una mesa en un oscuro rincón, con medio vaso de clarete ante él, recortando osadamente los canales del borde de las medias coronas falsificadas y puliendo los bordes con una pequeña lima triangular. Llevaba trabajando en ello toda la tarde, arrojando incansablemente las azules monedas terminadas en un cesto y cubriendo el montón con un surtido de folletos religiosos que profetizaban una inminente condenación.

No empleaba agentes para vender las monedas, sino que prefería distribuirlas con mayor beneficio y peligro a través de sus fieles..., sus corderos, que comprendían que colaboraban en el trabajo de Shiloh, el Nuevo Mesías. Serían unas buenas monedas, una vez convenientemente doradas, y empujarían hacia delante la obra de Dios. Se acercaba ya el tiempo en que ese trabajo terminaría. El reverendo Shiloh había unido la llegada del apocalíptico dirigible a ese día. Dos veces había pasado a primera hora de la mañana, y la última vez, hacía más de cuatro años, se le había aparecido procedente del oeste, realizado por una muriente luna, con su imposiblemente animado piloto mirando hacia abajo desde los cielos.

Hablando históricamente, los últimos años hubieran debido estar marcados por el desastre y el portento, pero los más recientes meses tenían poco de ello, excepto la coronación de la Reina como Emperatriz de la India y unas inundaciones de poca importancia en Turquía. El próximo mes, sin embargo, sí vería cambios —estaba seguro de ello—, unos cambios que harían tambalear la Tierra sobre su eje y que, sabía Shiloh, revelarían la verdad de su monumental nacimiento y la identidad de su padre natural o innatural. Habían pasado doce años desde que había tenido frente a él a Nelvina Owlesby en un balcón en Kingston, con una madre selva en flor tras ella, protegiéndoles a ambos del sol del mediodía. Ella, en la pasión de un momentáneo remordimiento espiritual, le había confesado la existencia y el destino de la pequeña criatura en la caja. Pero ella era infiel. Se había retractado y había desaparecido en las islas Leeward aquella misma noche, y durante una docena de años él había aguardado para ver si ella le había engañado. Ahora, el día estaba cerca. Y, en la larga noche por venir, mucha gente iba a pagar. De hecho, era más fácil contar a los pocos que no lo harían, dispersos aquí y allá por todo Londres, repartiendo sus folletos, haciendo su trabajo. Benditos fueran todos, pensó Shiloh, arrojando otra moneda al montón.

—Tal como hemos sembrado —dijo, medio en voz alta. Más que nada le hubiera gustado ver la ruina de aquellos que habían condenado a su madre, que la habían

diagnosticado como hidrópica cuando ella sabía que llevaba en su seno al mesías; aquellos que habían negado su propia existencia, que se habían burlado ante la noción de la unión de mujer y dios. Pero todos estaban muertos, hacía ya años..., más allá de su alcance. Y, así, seguía adelante con el trabajo de su padre. Estaba seguro de que el hombrecillo en la caja, el homúnculo poseído por Sebastian Owlesby, había sido su padre. Que los dubitativos tomases siguieran dudando. Las picotas en el infierno no tenían fin.

Recortó ociosamente una nueva muesca con unas tijeras, frotando la resbaladiza moneda con los dedos y contemplando la flotante niebla de la calle. Si había la más ligera posibilidad, la más remota posibilidad, de que el jorobado pudiera resucitar a su madre, Joanna Southcote, cuyo cuerpo yacía bajo la marga del cementerio de Hammersmith; si la carne desaparecida podía ser recuperada, revitalizada... Shiloh apretó las manos contra su cesto, abrumado ante aquel pensamiento. El acto valdría un millar de los cadáveres animados de Narbondo, un millón de ellos. Después de todo, no eran conversos ideales, pero trabajaban sin protestar, sin pedir nada y sin pensar nada en absoluto. Quizá sí *hubieran* conversos ideales. Shiloh suspiró. La última de sus monedas ya estaba limpia.

Se levantó, se envolvió en una oscura y deshilachada capa, terminó su clarete y se dirigió a las torcidas escaleras, devolviendo intensamente la mirada a cualquiera que se atrevía a mirarle. El piso de arriba estaba oscuro excepto la luz de una sola vela de sebo que ardía en un grasiento nicho en la pared. El triángulo oscurecido por el humo que se había formado en la pared encima de ella era la menor de las suciedades que manchaban el yeso.

Shiloh golpeó con el pie la encallada puerta, la alzó tirando de la aldaba, y la empujó un par de palmos hacia dentro antes de que se encallara de nuevo al rozar contra el suelo. La habitación al otro lado estaba desnuda excepto un montón de ropas de cama en un rincón, una ladeada silla de madera, y una pequeña mesa plegable apoyada contra la pared.

Shiloh la cruzó hasta el extremo que daba a la calle y corrió un poco hacia un lado una cortina. Al otro lado estaban los utensilios de un pequeño santuario: un crucifijo de plata, un retrato en miniatura del noble rostro de su madre, y un dibujo del hombre que Shiloh sabía que era su padre, un hombre que hubiera podido danzar en la palma de la mano del evangelista, si Shiloh no hubiera sentido aversión a la danza y el homúnculo no hubiera sido llevado lejos en secreto y lanzado a un interminable vagar durante aquellos últimos cuarenta años. El dibujo había sido hecho por James Clerk Maxwell que, en los meses en que había poseído el llamado demonio, no había tenido ni la más vaga noción de lo que era, no más que el abisinio, agonizando a causa de alguna inexplicable enfermedad degenerativa, que lo había vendido a Joanna Southcote dieciocho años antes y había puesto en movimiento la crujiente y pesada

maquinaria del apocalipsis.

Shiloh alzó las cosas que formaban el santuario, levantó un hábilmente disimulado falso fondo y dejó caer en él las monedas. Luego cogió de allí mismo un saco de monedas terminadas, doradas ya, volvió a colocar el piso y las reliquias, se envolvió de nuevo en su capa y salió. No habló con nadie en su camino a la calle, donde un punzante viento silbaba entre los adoquines y persuadía a casi todo el mundo de quedarse en casa. Un solo transeúnte, un hombre fornido con un bastón y un parche en un ojo, cojeó tras él, sujetando su sombrero con su mano libre para impedir que el viento se lo arrebatara. Shiloh le prestó poca atención mientras se apresuraba hacia Soho.

Las casas cuyas fachadas miraban a Pratlow Street, apiñadas entre Old Compton y Shaftesbury, eran miserables en su abandono. Aunque los años de inclemencias suavizan a veces el rostro de los edificios, traicionando algunos pocos elementos de la historia pasada, algún reflejo del sutil arte de su naturaleza, en Pratlow Street no se habían revelado. Aquí y allá los postigos colgaban inclinados en unas ventanas perpetuamente oscuras, y sus tejas de pizarra estaban sujetas con clavos y tornillos que eran poco más que polvo oxidado. Se había hecho algún débil intento de animar un poco la fachada de alguna tienda con una mano de pintura de color alegre, pero el pintor había demostrado poseer un singularmente apagado sentido de la armonía y, además, llevaba muerto más de veinte años. Sus esfuerzos habían proporcionado a la calle una personalidad más bien extraña y desolada, aunque sólo fuera por el contraste, y la glauca pintura, descascarillada y escamada estación tras estación por la escasa luz solar que penetraba en la penumbra general de la calle, caía en quebradizas laminillas tras cada lluvia.

Quizás era más difícil aún hallar un cristal de ventana que siguiera entero que uno roto, y la única evidencia de industria era la sustitución de los sucios trozos de cristal de algunas ventanas de las plantas bajas por un cristal nuevo y el subsiguiente arrojar los trozos del cristal roto a los adoquines de la calle. El esfuerzo, quizá, se realizaba para facilitar las cosas al tipo de persona que se arrastraría dentro de la casa por la ventana antes que hacerlo por la puerta, un asunto puramente práctico, puesto que pocas de las puertas encajaban en sus oxidadas bisagras, y se hallaban en un estado tan lamentable que disuadían a cualquier hombre honesto de intentar forzarlas.

El efecto del lugar bajo el manto de la humosa niebla era tan absolutamente desanimador que el hombre que entró en ella procedente de Shaftesbury se sorprendió pese a sí mismo.

Bajó el parche de su ojo hacia su nariz, como si fuera simplemente un disfraz y deseara ocultar una fracción más de la calle de su vista. Miró directamente al frente a las rotas piedras de la calzada, ignorando los tirones que le daba un harapiento niño y

las llamadas de oscuras formas encorvadas en las sombras de los ruinosos portales. A media calle abrió con llave una puerta y la cruzó rápidamente, subiendo los peldaños del oscuro y casi vertical pozo de una escalera. Entró en una habitación que miraba a través de un patio vacío a otra casa, cuyas ventanas estaban iluminadas por el resplandor de lámparas de gas. La niebla giraba perezosa en el aire del patio, ahora aclarándose, ahora espesándose, coagulándose a veces, y permitiéndole tan sólo una visión ocasional de la habitación al otro lado..., una habitación donde había un jorobado particularmente encorvado, mirando un diagrama en la pared y sujetando en su mano un escalpelo, cuya hoja brillaba a la luz de las lámparas.

Ignacio Narbondo estudió el cadáver que tenía en la mesa ante él. Era lamentable..., dos semanas muerto, de un golpe en la cara que le había arrancado la nariz y un ojo y había aplastado de tal modo su mandíbula que los amarillentos dientes parecían sonreír a través de una enorme abertura, con las encías alarmanamente hundidas. Conseguiría muy poco animándolo. ¿Qué maldita cosa conseguiría si podía andar de nuevo, excepto aterrorizar a la población? *Podía* mendigar, supuso Narbondo. Eso era. Podía entregárselo al charlatán de Shiloh como un pecador reformado, sumido en los estragos de la sífilis pero caminando de nuevo gracias a un milagro de Dios. Narbondo dejó escapar una risa que era casi un gruñido. El hombre en el edificio de enfrente pudo ver que sus hombros se estremecían. Su lacio y grasiento pelo colgaba en rizos parecidos a gusanos hasta sus retorcidos hombros, que estaban cubiertos por un guardapolvo ocre lleno de manchas de suciedad y sangre seca.

A lo largo de una de las paredes había montones de aparatos químicos: serpentines de cristal, bocalés, ventradas jarras y pesados cubos de cristal, algunos vacíos, otros medio llenos con líquidos ambarinos, uno conteniendo la flotante cabeza de una enorme carpa. Los ojos del pez eran claros, no velados por la muerte, y parecían oscilar sobre sus ejes, aunque esto podía ser un truco óptico del burbujeante líquido en la jarra. Un esqueleto humano colgaba de una cadena de latón en una esquina, y encima de él, perchados a lo largo de una ancha estantería, había enormes frascos de especímenes que contenían fetos en varios estadios de desarrollo.

Un enorme acuario burbujeaba contra la pared opuesta, atestado con elodeas, carriceras y media docena de multicolores kois del largo de un brazo humano. Narbondo dejó de contemplar el cadáver y cojeó hacia el acuario, contemplando cuidadosamente los peces. Metió la mano en un cubo de hojalata y extrajo un puñado de amarronados y serpentinos gusanos, que no dejaban de retorcerse, y los dejó caer en la superficie del agua. Cinco de las kois se lanzaron hacia ellos, agitando las bocas, sorbiendo pequeños amasijos de gusanos. Narbondo contempló por un momento la sexta carpa, que no prestaba ninguna atención a la Comida, sino que

nadaba a lo largo de la superficie, tragando aire, deslizándose hacia un lado, descansando de tanto en tanto y luego empezando a hundirse entre las plantas, para después alzarse una vez más con un gran esfuerzo hacia la superficie.

El jorobado cogió una ancha red de una caja al lado del acuario. Retiró una tapa de cristal, se subió a un taburete y, con un solo y rápido barrido, agarró al agitado pez, metió el dedo medio de su mano libre bajo sus agallas, lo sacó del agua y lo colocó sobre una tabla de corcho a un palmo de la cabeza del cadáver supino, sujetando su cola y su cabeza a la tabla con gruesas tachuelas. El pez se agitó impotente durante los pocos segundos que necesitó Narbondo para abrirlo en canal. Hizo una breve pausa para rociarlo con un líquido de una botella de cristal, luego extrajo sus intestinos y órganos, dejándolos a un lado y barriéndolos después a una caja a sus pies.

Hubo una repentina llamada a la puerta. Narbondo maldijo en voz alta. La puerta se abrió para revelar a Shiloh el evangelista, envuelto en una capa y sujetando su saco de cuero.

Narbondo lo ignoró por completo, con los dedos metidos en el cuerpo del pez, palpando una pequeña y pulsante glándula del tamaño de un guisante en la cavidad donde habían estado sus órganos. Cortó los hilos que la sujetaban, deslizó una fina espátula bajo ella y la alzó a una redoma llena con un líquido ambarino, que tapó con un corcho y depositó junto a los fetos. Arrancó la desventrada carpa de la tabla de corcho y la dejó caer en la caja del suelo, que empujó debajo de la mesa con el pie. Alzó la vista hacia el viejo hombre con una sonrisa socarrona, se dio cuenta de que Shiloh había contemplado sus maniobras con una mezcla de maravilla y aborrecimiento.

—Comida para los gatos —dijo Narbondo, señalando con la cabeza la caja con el pez muerto.

—Un trágico desperdicio —dijo Shiloh—. Los hijos de Dios se mueren por un trozo de pan.

—Alimente a la multitud con ella, entonces —exclamó Narbondo, furioso de pronto ante la hipocresía del viejo. Sacó de nuevo el pez, cogiéndolo por la cola, y lo agitó en el aire, mientras gotas de sangre salpicaban el suelo—. Media docena más de éstos, y podrá alimentar el Gran Londres.

Shiloh guardó silencio, con una mueca ante la blasfemia.

—La gente pasa hambre en esta misma calle..., pasa hambre y muere.

—y yo —gruñó Narbondo— la hago andar de nuevo. Pero tiene usted razón. Es una asquerosa vergüenza. Veamos quién tiene suerte.

Cruzó la habitación, abrió la ventana que daba a la calle y arrojó la carpa al pavimento de abajo. El pez trazó un arco en medio de una lluvia de escamas plateadas. Narbondo vació la caja con las entrañas tras él, casi sobre las cabezas de

dos hombres y una mujer vieja que habían empezado a pelearse ya por el pez. Gritos y maldiciones brotaron de la calle. Narbondo las cortó en seco cerrando de golpe la ventana. Se volvió despectivamente y, sin advertencia previa, arrancó la bolsa de piel de la mano del viejo.

El evangelista dejó escapar una exclamación de sorpresa, se contuvo y se encogió de hombros.

—¿Quién es este pobre hermano? —preguntó, señalando el cadáver con la cabeza.

—Un tal Stephanus Biddle. Hace dos semanas se metió bajo un hermoso coche de caballos. Los caballos lo pisotearon, pobre bastardo. Pero la muerte es la muerte, digo siempre. Reviviremos al holgazán. Mañana al mediodía estará recitando sus oraciones con todos los demás, si es usted tan amable de largarse y dejarme solo. —Narbondo vació la bolsa sobre la mesa, luego inspeccionó una de las monedas—. Debería hacer dinero vendiéndolas usted mismo a los divulgadores en vez de hacérmelo hacer a mí. Está pagando mucho por mi tiempo, ¿sabe?

—Pago por acelerar la recuperación del reino de Dios —respondió el otro—. Y, en cuanto a vender yo mismo las monedas, no tengo ni el deseo de arriesgarme ni la inclinación de mezclarme con criminales de este tipo. Yo...

Pero Narbondo lo interrumpió en seco con una hueca risa. Agitó la cabeza.

—Vuelva mañana al mediodía —dijo, haciendo un signo con la cabeza hacia la puerta. Y, en el momento que lo hacía, ésta se abrió y Willis Pule entró con una brazada de libros; hizo una seca inclinación de cabeza hacia Shiloh y tendió una húmeda mano que, hacía tan sólo un momento, estaba tanteando un prometedor forúnculo en la mejilla de Pule. El evangelista cruzó rápidamente la puerta, ignorando la mano extendida, con una expresión de superioridad y disgusto en su rostro.

Las cortinas de la ventana en el segundo piso del edificio al otro lado del patio se cerraron, sin ser vistas por Pule y Narbondo, inclinados ya sobre la forma inmóvil en la mesa. Un momento más tarde la puerta de la calle de aquel mismo edificio se abrió, y el hombre con el parche en el ojo bajó la media docena de escalones hasta la acera y se apresuró tras los pasos del evangelista que se alejaba en dirección a Wardour Street, en pleno West End.

Langdon St. Ives avanzaba en la penumbra del atardecer. Los efectos vitalizantes de las ostras y el champán que había consumido estúpidamente para comer habían disminuido y habían sido reemplazados por una desesperación general, aumentada por su infructuosa búsqueda de un burdel, entre todas las cosas, que no sería capaz de reconocer ni siquiera aunque tropezara con él. Y había iniciado la embarazosa tarea siguiendo el consejo de un hombre podrido por años de beber, que tenía el convencimiento de que la Tierra llevaba un cinturón a fin de sostener un par de pantalones ecuatoriales.

Era el tener que repetir la misma cantinela hasta el agotamiento lo que lo hacía todo más pesado..., el hacer que el propietario comprendiera que no era sólo saciarse de la forma habitual lo que deseaba, que el acto tenía que implicar de alguna forma maquinaria..., de hecho, una máquina en particular. Dios sabía qué conclusiones eran extraídas de todo ello, qué excesos criminales eran acumulados en aquel mismo momento en el umbral de la tecnología. Más champán, quizás, hubiera sido deseable. Las medias tintas no estaban funcionando. Si estuviera borracho, si se tambaleara, entonces quizá sus orejas no enrojecerían tan salvajemente a cada teatral e idiota encuentro. Y si, en el futuro, se tropezaba con alguno de sus anfitriones potenciales en público, podría achacar todo el sórdido asunto a la bebida. Pero estaba sobrio.

Siguiendo el consejo de un cochero, se acercó a una puerta con una pequeña ventanilla deslizante, llamó tres veces, y retrocedió uno o dos pasos para no parecer anormalmente ansioso. La puerta se abrió pesadamente y un mayordomo uniformado le miró, al parecer ligeramente ofendido. Se parecía mucho a Hasbro, el cual St. Ives deseó de todo corazón que estuviera allí con él en aquella aventura. La expresión del rostro del hombre parecía sugerir que St. Ives, con su pipa y su chaqueta de tweed, debería estar llamando en la puerta de atrás, la del callejón.

—¿Sí? —dijo, arrastrando la palabra hasta convertirla en una especie de monólogo.

St. Ives se tironeó inadvertidamente la falsa barba pegada a su mandíbula, una barba que amenazaba perpetuamente con sucumbir al empuje de la gravedad y caer ignominiosamente al suelo. Parecía bastante firme. Clavó el monóculo en su pómulo, frunciendo ligeramente su ojo libre y mirando de forma directa a través del cristal sin graduar. Adoptó una expresión de despreñada y distinguida condescendencia.

—El cochero —dijo— me indicó que podría hallar una cierta satisfacción aquí. —Se mordió los labios, lamentando casi de inmediato su elección de las palabras. ¿Qué demonios podía entender el hombre por sus deseos de satisfacción? ¿Un desafío a duelo, quizá? ¿Una burda referencia a lujurias satisfechas?

—¿Satisfacción, señor?

—Correcto —dijo St. Ives, haciendo de tripas corazón—. Para decirlo de una forma clara, se me sugirió que usted podría ponerme en el camino de, oh, digamos, una máquina en particular.

—¿Una máquina, señor? —El hombre era enloquecedor. Con una sospecha que inmediatamente se convirtió en certeza, St. Ives comprendió que había sido o estaba siendo burlado, ya fuera por el cochero o por este socarrón hombre con cara de mulo, cuya barbilla parecía haber sido alargada hasta el doble de su tamaño normal con unas tenazas. El mayordomo guardó silencio, observando a St. Ives a través de la medio cerrada puerta.

—Quizá no sepa usted, mi querido amigo, con quien está hablando —dijo St.

Ives. A esto siguió un silencio—. Siento algunos... deseos, podríamos decir, que implican aparatos mecánicos. ¿Capta usted lo que quiero indicarle? —St. Ives le miró con ojos entrecerrados, soltando su monóculo en el proceso. Dio unos golpecitos contra un botón de su chaqueta en su pecho. Se mesó la barba.

—Ah —dijo el repentinamente voluble hombre en la puerta—. La próxima vez, será mejor que utilice la puerta del callejón. Espere un momento. —La puerta se cerró. Se oyó ruido de pasos alejándose. Al cabo de un momento la puerta se abrió de nuevo, y el mayordomo le tendió un paquete. St. Ives lo tomó y lo abrió, incapaz de pensar en ninguna otra cosa que hacer, y se encontró poseedor de un reloj de sobremesa con un par de gárgolas de hierro a cada lado y un cristal ovalado roto.

—Yo no... —empezó a decir St. Ives, y entonces fue empujado desde atrás y echado hacia un lado, a la calle. Un viejo envuelto en una capa ascendió los escalones, pasó junto al mayordomo y desapareció con un gruñido en el interior de la casa. La puerta se cerró con un sonido seco.

Maldita sea, pensó St. Ives, mirando primero el reloj, luego la casa. Empezó una vez más a subir los escalones, pero a medio camino se sintió asaltado por una repentina inspiración. Se volvió, se metió el reloj roto bajo el brazo, fijó el monóculo a su ojo y echó a andar, decidido a abandonar su búsqueda por el momento y acudir en vez de ello a un relojero. En su apresuramiento, casi tropezó con un hombre con un parche en el ojo que avanzaba apoyándose en un bastón en dirección opuesta.

—Lo siento —murmuró St. Ives.

—No ha sido nada —respondió el otro, y al cabo de un momento ambos habían girado sus respectivas esquinas, como dos barcos cruzándose al atardecer.

El corpulento hombre siguió su camino, altamente satisfecho con la aventura del día. Entró en Rupert Street, Soho, y desapareció en la abierta puerta del Bohemian Cigar Divan, palmeándose ausentemente los bolsillos como si estuviera buscando un cigarro.

Villanías

Willis Pule se admiró a sí mismo en el escaparate de una panadería en King Street. El suyo era un rostro inteligente, no apergaminado por la luz del sol ni el viento, y con una amplia frente que hablaba de un cráneo sustancial. Su complexión, era cierto, se veía estropeada por un insidioso acné, que se burlaba de todos sus esfuerzos por erradicarlo. Piedra pómez, lejía, baños de alcohol, nada lo había hecho disminuir. Se había abstenido de comer alimentos que lo agravaran, sin el menor efecto. La roja hinchazón en su mejilla relucía como si estuviera pulida. Hubiera debido empolvarla, pero sudaba tanto que los polvos simplemente se transformarían en churretones.

Apartó los ojos de su piel y contempló por unos instantes su perfil. Había visto las polvorientas habitaciones de los almacenes de las bibliotecas europeas que los historiadores comunes creían que eran una fábula, y había adquirido los conocimientos de la alquimia que aquellos como Ignacio Narbondo habían soñado siempre.

Había sido durante sus estudios que había sabido por primera vez de la existencia del homúnculo. Las referencias a él y a su habilidad databan de la antigüedad, pero eran agotadoramente esporádicas y vagas, unidas por los más tenues hilos de pálidas sugerencias hasta su repentina aparición en Londres hacia algunos centenares de años. El duende de la botella, calumniado por el agonizante capitán de la marina cuyo diario de a bordo narraba la siniestra historia de su declive hacia la locura y la muerte, era sin duda la misma criatura vendida algunos años más tarde a Joanna Southcote por un mercader abisinio, que siguió al capitán de la marina a una temprana e innatural tumba. Había hallado referencias a que la cosa tenía poder sobre la vida y la muerte, sobre el movimiento y la energía, sobre la transmutación de los metales. Había sido la fuente de la inspiración de Newton, de James Maxwell, la ruina de Sebastian Owlesby.

Un rastro de horror parecía seguir a la cosa. Todo cuestión de ignorancia, estaba seguro Pule. Ignorancia y chapucería habían dilapidado los poderes de la cosa, y el que Narbondo lo perdiera finalmente había sido la peor de todas las chapucerías. Pero el jorobado era útil. Todos serían útiles para Willis Pule antes de que hubiera terminado con aquello.

Y las apuestas parecían estar creciendo. Su descubrimiento de que la cosa en la caja había desaparecido después del asesinato de Sebastian Owlesby lo había conducido, siguiendo un claro rastro, hasta William Keeble y, sonrió al pensar en ello, su encantadora hija. Y luego estaba el asunto de una segunda caja y la muy interesante transacción entre Owlesby y la Compañía de Gemas del África Occidental, un mes antes de la muerte de Owlesby. Si no podía sacarse ningún

beneficio de allí, Pule estaba ciego. Malditos fueran Keeble y aquel idiota Club Trismegisto. Había tratado con ambos.

Justo a tiempo, doblando la distante esquina, apareció Dorothy Keeble, sola. El pecho de Pule se aligeró. Sus días de paciente observación no habían sido en vano. Su mano tembló en el bolsillo de su chaqueta, y se dio cuenta de que estaba respirando por la boca. Temeroso del vértigo, se aferró a la barandilla de hierro del escaparate de la panadería e intentó silbar una cancioncilla despreocupada.

—¿Dorothy Keeble? —preguntó, cuando la muchacha estuvo a unos pasos de distancia. Su vestido de punto, rojo oscuro con un lazo marfil, se estrechaba en su cintura de tal forma que a Pule le dio vueltas la cabeza. Ella le miró con curiosidad. Su piel era casi transparente de tan clara, y su pelo, imposiblemente negro, caía en torno a sus hombros en sueltos rizos. Pule se sintió abrumado por el deseo de acariciarlo, de tocar la piel de su rostro que, comparada con la del suyo, era marfil al lado de madera agusanada. Luchó por controlarse—. Creo que tenemos un amigo común.

—¿De veras? —murmuró ella.

—Jack Owlesby —dijo Pule, recitando la mentira que había preparado—. Fuimos juntos a la escuela. Éramos grandes amigos.

—Me alegre conocerle, señor...

—Pule —respondió—. Willis Pule.

—¿Estaba comprando panecillos, señor Pule? No le entretendré, entonces. Le diré a Jack que le he visto. —Fue a continuar su camino, y Pule se volvió para seguirla, bruscamente furioso ante su obvia indiferencia.

—Soy un estudiante de historia arcana —dijo—. He estudiado en Leipzig y Munich.

—Estoy segura de que eso es muy agradable —dijo Dorothy, apresurando el paso—. Se lo diré a Jack. Se alegrará de saber eso. No quiero interferir con sus cosas. —Le dirigió una inclinación de cabeza y luego lo ignoró. Pule echó humo.

—Quizá desee tomar una taza de té conmigo.

—Lo siento terriblemente.

—¿Mañana, tal vez?

—Me temo que no. Muchísimas gracias de todos modos.

—¿Por qué no?

Dorothy le lanzó una mirada de sorpresa.

—¡Qué pregunta! ¿No basta mi simple negativa?

—No, no basta —dijo Pule, sujetando su brazo. Dorothy lo liberó de un tirón, preparada para golpearle con su bolso. La piel de Pule parecía retorcerse mientras permanecía de pie allí, mirándola con la boca abierta en medio de la acera. Farfulló, incapaz de hablar.

—Buenos días tenga usted —dijo Dorothy.

—Me verá de nuevo —exclamó Pule a sus espaldas—. Y también su padre.

Ella aceleró el paso, sin picar el anzuelo.

—¡Espere a que yo haya jugado mi mano! —gritó Pule. Y luego se recompuso. Jadeó en busca de aire, y se reclinó contra los ladrillos de una casa. No servía de nada perder el control ahora. Esperaría. A su debido tiempo, pronto, ella atendería a razones. Contempló una oscura ventana. La visión de su rostro reflejado en ella no lo recompuso. Su pelo estaba revuelto, y su boca, normalmente sensible y reservada, estaba contorsionada ahora en un rictus de odio. Hizo un esfuerzo consciente por relajarse, pero su rostro parecía haberse congelado en un rictus de maníaca pasión.

Un flaco y medio pelado gato salió entonces de debajo de una verja justo delante de él. Pule lo miró con odio. Agarró al gato por el cuello y lo mantuvo sujeto, pataleando, al extremo de su brazo extendido. Se quitó la chaqueta, dejándola caer sobre su brazo derecho para envolver al animal que se debatía, luego se metió el bulto bajo el brazo y echó a andar en dirección al gabinete de Narbondo, con visiones del gato desmembrado parpadeando en su mente como grabados en una bandeja de cobre.

St. Ives cruzó la puerta delantera del hotel Bertasso en Belgrave y subió dos tramos de alfombrados escalones hasta su habitación. El rojo papel de la pared, con estilizadas flores de lis rampantes, casi hizo que su pelo se pusiera de punta. Despreciaba aquella moda actual de la decoración chillona. No era extraño que la sociedad se estuviera haciendo pedazos, rodeándose como lo hacía de falsedades y fealdad. Estaba empezando a sonar como su padre. Pero era enteramente racional..., el estudio empírico lo confirmaba. Los hombres eran producto de aquello con lo que se rodeaban. Y ni siquiera los hombres acaudalados podían librarse de la basura chillona fabricada en serie con la que atestaban sus hogares y casas. Estaba de un humor de perros, se dio cuenta, tras haber hecho el estúpido toda la tarde. El truco del reloj probablemente no funcionaría. Había sido ganado por rufianes de alquiler. Hubiera sido prudente solicitar la ayuda del Capitán, que tenía que admitir que era mucho más mundano que él.

El propio St. Ives sólo se había extraviado dentro de los confines de una casa de prostitución una vez, cuando, mientras estudiaba en Heidelberg, él y un amigo suyo se metieron en un distrito de dudosa reputación tras una noche de juerga. Él no había dicho ni una palabra durante todo el tiempo. La bebida tenía ese efecto sobre él, engrosaba su lengua, le hacía enmudecer. Se había limitado a sonreír estúpidamente, y la sonrisa había sido correctamente interpretada por una flaca vieja vestida con una bata, que le había conducido hasta una habitación llena de mujeres pintarrajeadas.

—Todas eran grandes chicas —había dicho después su amigo artista,

certeramente y con aire satisfecho, mientras ambos regresaban a su piso cerca de la universidad.

—Sí —había respondido St. Ives, incapaz de añadir nada más a su afirmación. Quizás ahí estaba la clave. Si hubiera llegado borracho y con mirada lasciva a la puerta de la casa en Wardour Street, tal vez hubiera sido admitido dentro. Pero ahora tenía que depender de camuflarse como alguien que arreglaba relojes. A la mañana siguiente vería qué pasaba.

Abrió la puerta, y descubrió sobre una mesilla circular al lado de su cama un paquete envuelto, que al parecer acababa de llegar por correo. Lo abrió y sacó un fajo de papeles, unas ciento cincuenta páginas o así de folios cubiertos por una apretada escritura..., una escritura que reconoció. Se sentó bruscamente en su cama. Tenía entre sus manos hojas sueltas de los cuadernos de notas de Sebastian Owlesby, perdidas durante aquellos últimos quince años. Miró el sobre. Había sido enviado desde Londres. Pero ¿por quién? Las hojeó, página tras página.

Kraken no había exagerado. Ni en lo más mínimo. Había exposiciones sobre vivisección, sobre animación de cadáveres. Era, documentada por él mismo, la crónica del declive de Owlesby a la locura..., un relato día a día, describiendo cómo, unas pocas semanas antes de su muerte, había implorado a su hermana que lo matara. Sus experimentaciones habían tomado un giro desagradable, animadas por el egoísta Ignacio Narbondo, hasta que, a finales de mayo de 1861, sus atroces experimentaciones habían exigido el cerebro de un hombre vivo, y Owlesby y un cómplice no identificado habían cortado con unas grandes cizallas la cabeza de un indigente que dormía en St. James Park, y habían llevado su sangrante trofeo hasta su casa en un saco.

Owlesby había estado seguro de que el homúnculo tenía el poder de detener la entropía, de invertir, al menos superficialmente, el proceso de la descomposición, y había arreglado las cosas de modo que pudiera hacer uso de ello a expensas de su propia cordura. Las razones de aquel declive eran vagas. Él mismo tan sólo las había comprendido a medias. St. Ives se sintió convencido de que se trataba de la descomposición del alma de Owlesby, su deslizamiento hacia el mal, lo que había eliminado a martillazos la cáscara de cordura que protegía al hombre hasta que éste empezó a derrumbarse.

Owlesby se había visto sacudido por momentos de racionalidad. Nell debía matarle si se sumía de nuevo en la locura. Había retirado sus intereses en la Compañía de Gemas del África Occidental en forma de una gran esmeralda, la herencia de su hijo Jack, y había convencido a Keeble de que le construyera una caja donde guardarla, una caja casi idéntica al cubo forrado de plomo que contenía al homúnculo.

El cuaderno de notas divagaba. Owlesby caía en la irracionalidad. Se mencionaba

un segundo asesinato, un roce con Scotland Yard, la partida del fiel Kraken y, al final, la necesidad de obtener ciertas glándulas, glándulas jóvenes..., y un pesadillesco viaje, una brumosa noche, a Limehouse. Narbondo había sido arrojado al Támesis y había nadado hasta la orilla opuesta. Owlesby había rezado pidiendo la muerte del jorobado, pero el destino no había sido tan piadoso. Habían tenido que intentarlo de nuevo, quizá darle opiatos a un niño abandonado. Las anotaciones cesaban un día antes de la muerte de Owlesby. St. Ives se sintió horrorizado. Dejó caer los papeles sobre la mesa, como si se hubieran convertido bruscamente en la seca y escamosa carcasa de una sabandija. Al final del diario, escrito por una mano distinta —una mano de mujer—, estaban las palabras: «Le di la caja a Birdlip», y nada más.

St. Ives se sintió asombrado. ¡La caja a Birdlip! Pero ¿qué caja? ¿La caja con la esmeralda? ¿Cuál de las dos, la esmeralda o el homúnculo, estaba a bordo del dirigible de Birdlip? ¿Y quién, aparte él mismo, era consciente del paradero de la caja? Narbondo, ciertamente, estaría interesado. St. Ives pensó en ello. El jorobado sería capaz de matar para saber dónde estaba. ¿Qué tenía que ver todo aquello con Narbondo acechando en las sombras de Jermyn Street, frente a la tienda del Capitán? ¿Nada? Imposible. St. Ives frunció el ceño. Se estaban preparando extrañas cosas, de eso estaba seguro. Pero, por apremiante que pudieran ser el misterio del descenso de Birdlip y el del extraño pasajero del dirigible, St. Ives estaba doblemente decidido a descubrir la nave espacial de la cosa. Si eso fracasaba, regresaría inmediatamente a Harrogate para ultimar su propio aparato con el oxigenador en el que debía estar trabajando Keeble incluso en esos momentos. Después de todo, lo primero era lo primero. Durante quince años Birdlip se había ocupado de sí mismo y, al parecer, de una de las cajas. Podía confiarse en que siguiera así. Pero de todos modos seguía siendo un maldito y tentador misterio. St. Ives llenó su pipa de tabaco, encendió una cerilla y dio algunas chupadas, dejando que las nubes de humo ascendieran hasta el bajo techo y se aplastaran en la bruma general.

—¡Guisantes! —gritó Bill Kraken, dando golpes a lo largo de Haymarket en dirección a Orange Street. Era casi medianoche, y Haymarket y Regent Street estaban llenas con un variado surtido de parrandistas, formado en gran parte por prostitutas en brazos de recién conocidos caballeros, que salían del Argyle Rooms y del Alhambra Music Hall. El tiempo era sorprendentemente cálido. Una especie de vientos alisios habían estado soplando durante tres días, y el aire era tropical y limpio. Un aluvión de estrellas brillaba sobre sus cabezas, y el efecto del clima y el cielo nocturno y el inicio del verano parecían infundir a la ciudad un espíritu animado.

Kraken podía notarlo en sí mismo. Se sentía casi empujado por él, y había permanecido durante toda la mañana leyendo metafísica en un ejemplar de dos peniques de la Recopilación de *filósofos londinenses* de Ashbless que había

comprado en Seven Dials. Los bichos que habían infestado su lomo habían reducido una buena porción del tafilete de la tapa a polvo, pero al parecer habían fracasado en su intento de reducir también a los filósofos. Kraken llevaba el volumen en el bolsillo de su chaqueta. No había forma de decir cuánto tiempo pasaría antes de que descubriera lo que buscaba.

Una enorme luna llena, anaranjada en el cálido cielo, colgaba directamente sobre su cabeza, sonriéndole a la multitud e iluminando las tocas de satén blanco y las capas de seda de las cortesanas y los sucios rostros de los barrenderos que se cruzaban con ellas. La música brotaba de los cafés como si fuera sangre recorriendo su camino por las arterias y las venas del West End, e incluso Kraken, cansado de un día que había añadido kilómetros a sus vagabundeos por Londres, tenía la sensación como si su propia sangre pulsara al calor y el ruido de la calle iluminada por la luna. El aroma del café trazaba volutas más allá de él, y cuatro muchachas francesas, con los ojos muy abiertos y charlando entre sí, salieron alegremente de la puerta de un fumadero turco, pisándole casi. Por un momento consideró la posibilidad de abordarlas. Pero el momento pasó, y era mejor así. ¿Qué iban a decirle a un hombre que vendía guisantes? Nada que él deseara oír; de eso estaba seguro. Pero la noche era cálida y casi mágica con sugerencias, y su misión en beneficio de Langdon St. Ives y el capitán Powers había sido ejecutada fielmente, aunque sin resultado, desde las ocho de aquella misma mañana.

Rió momentáneamente ante su reflejo en el oscuro escaparate de una tienda de sombreros; echó la visera de su gorra sobre su ojo izquierdo, consideró su imagen, luego la inclinó de nuevo hacia atrás con el aire de un hombre satisfecho consigo mismo y ligeramente desdeñoso hacia el resto del populacho. A su lado se materializó el rostro de una sonriente mujer. Debía llevar allí un cierto tiempo, estaba seguro de ello, pero hasta este momento no se fijó en ella. Le hizo un guiño. En el bolsillo de su chaqueta llevaba un frasco plano de ginebra que le había comprado a un vendedor junto al río debajo del Blackfriar's Bridge. Estaba vacía en sus dos terceras partes, o llena en una tercera parte, según como se mirara. Era una buena noche para el optimismo. Kraken le hizo de nuevo un guiño a su reflejo y tendió la botella, alzando una ceja en una silenciosa pregunta.

La mujer asintió y sonrió. No tenía, observó Kraken, ningún diente delantero. Derramó un caliente chorro aromatizado al enebro por su garganta, hizo chasquear los labios, y se giró, devolviéndole el frasco. ¿Qué eran unos cuantos dientes? Algunos de los suyos también habían desaparecido. Tomada en su conjunto, no era del todo desagradable. Es decir, había algo en ella, en sus agradables mejillas mofletudas quizás, o en la forma en que llenaba el atuendo de lana fina que llevaba, casi como si hubiera sido derramada dentro de él procedente de un cubo. Un cubo grande, por supuesto. Había conocido días mejores en algún tiempo distante. Pero

¿no nos ha ocurrido a todos lo mismo?, pensó Kraken, flotando en la socrática sabiduría de los filósofos londinenses.

La mujer le tendió la botella vacía. Tenía una nariz como un melocotón. Sujetó el antebrazo de Kraken en el hueco de su carnoso codo, lo clavó allí, y tiró de él a lo largo de Regent hacia Leicester Square en un acceso de risitas románticas, alzando la tapa del bote de guisantes y metiendo su mano derecha en ellos. Dejemos que coma, pensó Kraken generosamente. Palmeó su brazo.

—¿Sabes algo acerca de las estrellas? —preguntó, buscando un tema adecuado.

—Hay montones —respondió ella, metiendo de nuevo la mano en los guisantes.

—No hay más que unas cuantas —dijo Kraken, y miró hacia el cielo. Sesenta u ochenta. El cielo es un gran espejo, ¿sabes? Es cosa de la atmósfera, eso es, de la luz reflejada del sol, la cual...

—Un espejo, ¿no es así? El cielo.

—En cierto modo sí. El sol, ¿sabes?, y la luna...

—¿Un maldito espejo? ¿La luna? Tú no estás bien, amor, ¿verdad? —Lo condujo Coventry abajo, más allá de una hilera de cafés. Kraken buscó las palabras adecuadas. El concepto era demasiado amplio para alguien menos instruido que él en las artes científicas y metafísicas.

—Es un asunto de astronomía.

—La luna no es más que astronomía —admitió la mujer, vaciando una vaina con los dientes que le quedaban—. Los vuelve a todos locos. —Y señaló con un barrido de su mano toda la calle.

—El «spiritus vitae cerebri» —entonó Kraken, complaciente— es atraído hacia la luna, del mismo modo que la aguja de la brújula es atraída hacia el polo. —Estaba orgulloso de su almacén de citas de Paracelso, aunque sabía que las estaba desperdiciando completamente allí. La mujer dio un achuchón a su brazo, y frunció el rostro tan horriblemente que sus ojos parecieron desaparecer tras la carne de su nariz. Atrajo juguetonamente a Kraken con un dedo curvado.

Ante ellos había una casa iluminada, en cuya puerta colgaba un cartel: «Camas disponibles». Kraken se dio cuenta de que se hallaba en un estadio intermedio entre el deseo y el pesar, mientras era arrastrado escalones arriba y finalmente a una apenas iluminada habitación no mayor que un par de armarios roperos puestos juntos. Tropezó contra una revuelta cama y cayó de bruces sobre su bote de guisantes, cuya tapa salió disparada y golpeó con un clang en la pared opuesta.

Las ropas de la cama pedían a gritos perfume..., todo un frasco. Se alzó.

—Señorita —dijo, mirando a su alrededor en la oscuridad. Una mano lo empujó de nuevo bruscamente hacia abajo. Era retozona, tuvo que admitir Kraken—. Si tuvieras algunas gotas de algo... —empezó a decir, preguntándose si estaba interpretando correctamente el pesado aliento que soplaba en su nuca. Una cálida

mano agarró el cordón que rodeaba su cuello y, mientras él empezaba a levantarse de nuevo sobre sus codos, tiró del bote y lo desprendió de debajo de él..., más bien bruscamente, pensó. Cayó de lado cuando alzó su mano derecha para dejar que el bote pasara por ella. Hubiera tenido que pensarlo antes. Ése era el precio.

Rodó sobre sí mismo para echar una mirada a su compañera a la luz de la luna que apenas iluminaba la habitación. Una mujer de esa estatura... Anticipó una revelación monumental. Pero, erguido sobre él, había un hombre, mordisqueándose lentamente la lengua. Llevaba un sombrero alto en forma de tubo de chimenea, aplastado por un lado y perchado en su cabeza como una caja de cartón. El bote de guisantes estaba alzado por encima de él.

—¡Deener! —exclamó Kraken. El bote descendió violentamente. Hubo un gruñido de esfuerzo por parte del hombre del sombrero. Kraken se echó hacia un lado, protegiéndose el rostro con la mano izquierda. Su muñeca restalló cuando el bote cayó sobre ella, aplastándola contra su mejilla. Kraken rodó hacia la pared. No parecía haber nada en la pequeña habitación excepto la maldita cama..., ningún lugar donde protegerse.

El hombre agarró el bote por su cordón, haciéndolo oscilar y lanzándolo contra la frente de Kraken, y retirándolo para lanzar otro golpe. Su boca abierta parecía estar gruñendo, y Kraken observó en un momento de congelada claridad las gotitas de saliva que salían disparadas de su boca en un pequeño arco mientras el hombre echaba la cabeza hacia atrás con el impulso de su siguiente ataque.

Kraken lamentó, en medio de una bruma, que su propia cabeza pareciera haber interrumpido bruscamente la trayectoria del bote, y, a través de unos ojos repentinamente velados por un chorro de sangre brotado de su frente, contempló con desprendida sorpresa cómo Billy Deener, muy lentamente, extraía una pistola de su chaqueta, la amartillaba, y le apuntaba firmemente con ella.

El ser que se enfrentaba a un soñoliento William Keeble mordisqueaba la punta de un ostentoso cigarro. A Keeble no le gustaba su aspecto. De hecho, le gustaba menos que cuando le visitó la vez anterior. Lo más irritante era su opulento aspecto, un aire que traicionaba una especie de presunción y superioridad benthámica, que exclamaba su propia satisfacción por todos sus poros y su débil insatisfacción con, en este caso, William Keeble, que se había visto sorprendido con su camisa de noche y su gorro de dormir, y así se hallaba automáticamente por debajo del otro.

Kelso Drake se sacó el cigarro de la boca y separó los labios en una untuosa sonrisa condescendiente. Llevaba una chaqueta MacFarlane y un sombrero de seda, y estaba seguro de que ambas cosas habían abandonado Bond Street hacía menos de una semana. Keeble se sintió estúpido con su puntiagudo gorro de tela..., doblemente estúpido, pues se trataba del gorro en el que Dorothy había bordado un cómico rostro,

con un ojo mucho más cerca de la ladeada nariz que el otro, una excentricidad que daba al conjunto de puntadas una expresión como de guiño lunático. Drake no comprendía nada de aquello. Keeble podía verlo claramente con una sola mirada.

Los deseos del industrial no habían cambiado. Estaba preparado para ofrecerle a Keeble una suma de dinero —una suma sustancial— por los planos del motor, por la patente. Keeble no estaba interesado en absoluto. Drake entrecerró los ojos. Dobló la suma. A Keeble no le importaba el dinero. Al diablo el dinero. De pronto se sintió enormemente sediento. Sobre la mesa del salón había un colmillo de morsa, tallado de modo que tenía el aspecto del animal que lo había llevado. Keeble imaginó retorcer su estúpida cabeza y vaciar su turboso contenido. Pero tendría que ofrecerle un vaso a Drake, y no estaba dispuesto a hacerlo. Malditos fueran Drake y todos sus negocios. El y su idea de fábricas textiles movidas por motores de movimiento perpetuo ponían enfermo a Keeble. La sola idea de una fábrica textil —una fábrica de cualquier tipo— ponía enfermo a Keeble. La utilidad práctica en general lo ponía enfermo, y la artificial utilidad práctica de la visión utilitaria de Drake instilaba en él una inexplicable mezcla de indiferencia y odio que le hacían ansiar su cama y un vaso con los cuales arrojar a Drake a la no existencia.

Drake mordisqueó su cigarro, haciéndolo girar en su boca, con los ojos fruncidos hasta convertirlos en estrechas ranuras. No se trataba, insistió, de una oferta simplemente casual. Tenía ciertos métodos. Tenía enormes recursos. Podía ejercer presión. Podía comprar y vender a Keeble una docena de veces. Podía arruinarle. Podía hacer eso; podía hacer aquello; podía hacer lo otro. Keeble se encogió de hombros en su ridículo gorro. El reloj en la pared opuesta a la mesa del salón hizo sonar de pronto la hora, con un tono lastimero y sordo, completamente fuera de lugar con los pequeños monitos que aparecieron sonrientes de su madriguera en el interior del reloj para golpear con sus diminutos martillos un pulpo de hierro con forma de campana.

Drake lo miró con el ceño fruncido y retrocedió ligeramente. La puerta a sus espaldas se abrió, y Dorothy, con una expresión turbada en su rostro, entró, deteniéndose con repentina sorpresa al ver la espalda del desconocido. Keeble le hizo una seña con los ojos hacia la escalera, pero Dorothy no había dado todavía medio paso hacia ella que Drake se volvió, con una amplia sonrisa que traicionaba sus amarillentos dientes. Cerró con brusquedad la boca al ver la involuntaria mueca de Dorothy e inclinó ligeramente la cabeza, haciendo un floreo con su sombrero.

—Kelso Drake, madam —dijo, haciendo rodar su cigarro de uno a otro lado de su boca—. Encantado de conocerla. Dorothy asintió y se dirigió hacia las escaleras, al tiempo que decía por encima del hombro:

—Encantada —de una forma ciertamente no muy educada. Su padre volvió a hacer un gesto con la cabeza hacia la escalera en rápidas y pequeñas sacudidas,

deteniéndose bruscamente cuando Drake se volvió de nuevo y le miró con expresión interrogadora. La mirada se convirtió al instante de nuevo en una sonrisa sardónica, como si el rostro de Drake se moldeara de una forma natural de aquella manera movido por una larga práctica.

—¿Qué estaba diciendo? —le preguntó el juguetero—. Momentáneamente... — hizo una pausa y fingió buscar la palabra, luego dijo teatralmente— me distraje.

—Estaba usted despidiéndose —respondió secamente Keeble—. Ya tiene mi respuesta. No queda lugar para la discusión.

—No, supongo que no. De todos modos, no me gustan las discusiones. Son una pérdida de tiempo. Tiene usted una hija muy hermosa. Encantadora, me atrevería a decir. Tiene usted tres días.

—No necesito tres días.

—El jueves, digamos. Y permanezca sobrio. Este asunto requerirá todos sus esfuerzos, sea cual sea el resultado. —Y, con eso, Drake alzó su bastón y barrió hábilmente el gorro de dormir de la cabeza de Keeble, se volvió, y cruzó la abierta puerta. Subió a una berlina que le aguardaba y desapareció.

Keeble permaneció inmóvil por unos instantes, como si su sangre se hubiera solidificado. Su cuello y su rostro ardían. Sin volver la cabeza, recogió el gorro allá donde había caído sobre la mesa del salón. Una puerta se cerró con un ruido sordo arriba. ¿Había escuchado Dorothy? ¿Había sido testigo de la partida de Drake? Keeble miró hacia arriba por la escalera, con una sonrisa forzada en la boca. Estaba vacía. Se encasquetó el gorro de tela y cogió el colmillo de morsa. Realmente, no había nada en lo que pensar. Drake era un puro bluff. No se atrevería a meterse con él de nuevo. Lo lamentaría si lo hacía. La mano de Keeble temblaba cuando vació el colmillo y lo volvió a colocar sobre la mesa sin tapar. ¿Qué le importaban las amenazas? Permaneció de pie, pensando, por unos instantes, luego se dirigió tambaleante hacia la escalera y a su cama en el piso de arriba.

Sombras en la pared

La oscuridad en el cementerio de Hammersmith era completa. Ni una estrella brillaba en el nublado cielo, y las ocasionales lámparas de gas que ardían en los ovalados nichos en las paredes de ladrillo de las dispersas criptas no iluminaban más que unas cuantas polillas cegadas que iban de un lado para otro en la noche, aleteaban locamente en torno a las llamas, y desaparecían luego de nuevo en la oscuridad. Una densa niebla procedente del río yacía sobre el suelo, y los viejos tejos y alisos cuyas inclinadas ramas daban sombra al terreno chorreaban humedad sobre el cuello y hombros de Willis Pule, que trabajaba torpemente al extremo de una pala. Se subió el cuello de la chaqueta en torno al suyo y maldijo. Sus guantes de gamuza eran una ruina, y en la palma de su mano, debajo de su pulgar, una ampolla del tamaño de un penique amenazaba con reventar.

Miró al rostro de su compañero. Odiaba al hombre..., doblemente por su pobreza y su estupidez. Su rostro era inexpresivo. No, no enteramente. Había un rastro de miedo en él quizá, un brillo de pavor ante el sonido del repentino crujir de una rama sobre su cabeza, ante la visión de las murmurantes hojas. Pule sonrió. Alzó de nuevo su pie izquierdo y lo clavó secamente sobre la pala. Resbaló, y la pala se hundió tan sólo cuatro o cinco centímetros y se inclinó hacia un lado.

Había algo absolutamente desagradable en aquel tipo de trabajo, pero el botín de la noche no podía confiarse sólo al bracero. Era por eso que Pule manejaba la segunda espada y no Narbondo, Pule estaba seguro de ello. Y, si eran descubiertos, no cabía la menor duda de que el doctor y su carro desaparecerían de inmediato, y Pule tendría que ingeniárselas por sí mismo para darle explicaciones al policía. Algún día, eso cambiaría. Pule miró en la semioscuridad hacia Palliser Road, pero los troncos de los árboles, a tan sólo diez metros de allí, eran una masa oscura y fantasmal en medio de la niebla, y la débil luz de su semicubierta linterna hacía que las criptas y las lápidas que les rodeaban parecieran más oscuras e imprecisas de lo que eran.

El repentino sonar de un distante reloj, sordo y lúgubre a través de la niebla, lo sobresaltó. Dejó caer su pala. Una sonrisa danzó momentáneamente en los labios y ojos de su compañero y luego desapareció, reemplazada por la pesada y torpe masa de la estólida indiferencia. Pule, hirviendo de irritación, recogió su pala, la cogió cerca de la base del mango y la clavó en la tierra. Penetró varios centímetros y luego chocó repentinamente contra la tapa de un ataúd, haciendo vibrar todo su brazo. Pule gruñó inadvertidamente con una sacudida de dolor y dejó caer la herramienta.

Su compañero, paleando rítmicamente, apartó la tierra de la parte superior de la caja, con su pala resbalando sobre la madera con un sonido apagado, El ruido raspó sorprendentemente fuerte en el pesado silencio. Pule dejó descansar su pala. Ya había

tenido suficiente.

Se inclinó una vez más sobre la lápida, reducida a trozos hacía ya años y medio cubierta de musgo y lodo. Fragmentos de ella habían desaparecido por completo. El trozo más grande, aproximadamente de diez centímetros cuadrados, estaba tallado con profundas letras angulosas que deletreaban parte de un nombre: COTE, y debajo el número 8 y el hombro envuelto en maleza del bajorrelieve de un esqueleto. Los restos de Joanna Southcote reposaban en el ataúd. Su orgulloso hijo, que apenas era más que un cadáver también, se sentiría loco de alegría sobre los huesos carcomidos por los gusanos de allí dentro. Para Pule, cualquier deteriorado esqueleto se parecía completamente a cualquier otro.

El ataúd parecía sorprendentemente sólido para haber reposado tanto tiempo bajo tierra; sólo una esquina, por las apariencias, había sucumbido a la perpetua humedad y había empezado a pudrirse, con la madera separándose en largos y mohosos fragmentos a lo largo de las vetas. El compañero de Pule saltó dentro por la parte de la cabeza, cavó a su alrededor hasta que pudo coger las esquinas, e izó la caja.

Pule agarró también el ataúd en un intento de alzarlo más y sacarlo del agujero. El fondo estaba empapado, y sus manos se aplastaron contra terrones de lodosa tierra y bichos. El ataúd empezó a deslizarse de entre sus dedos, luego cedió bruscamente con un seco crac, cuando las tablas del fondo se abrieron por el centro y se desmoronaron en una lluvia de restos que cubrieron el rostro del hombre en el agujero. Del fondo del ataúd se deslizó el cadáver envuelto en gasas, que rodó, rígido, hacia un lado. Pliegues de podrido sudario se rasgaron para revelar largas tiras de enmarañado pelo flotando alrededor de un descompuesto rostro. Pequeños fragmentos de carne colgaban de las mejillas, como hongos en un árbol podrido. Los marfileños huesos de debajo brillaron débilmente a la luz de la lámpara.

Pule se inmovilizó, paralizado, sujetando en ambas manos fragmentos de las podridas tablas. El hombre en la abierta tumba parecía estar asfixiándose. Su rostro, crispado en su intento de alejarse del boquiabierto cadáver, parecía a punto de estallar. Con una monumental resolución, se retorció de debajo de los horribles restos, se echó hacia un lado unos cuantos preciosos centímetros, y se izó muy lenta y deliberadamente fuera del agujero. Luego caminó calmada y rígidamente hacia las iluminadas criptas, desapareciendo en unos momentos en la niebla.

Pule dominó una urgencia de gritarle y otra de llamar a gritos a Narbondo. Desenrolló una lona embreada sobre el suelo, encajó los dientes, saltó al interior del agujero y agarró el cadáver envuelto en su sudario entre sus brazos. Lo izó fuera y lo colocó sobre la lona, lo enrolló con la tela, luego se dirigió hacia la calle, abandonando la luz y arrastrando la lona embreada por la húmeda hierba, sin preocuparse de los golpes contra las tumbas. El bostezante rectángulo negro detrás de él se desvaneció en la bruma, por entre la que brillaba de tanto en tanto la difusa luz

amarilla de la velada linterna.

Bill Kraken despertó y se halló en una cama extraña. No había ninguna confusión al respecto. Ni por un momento creyó hallarse en su propia y destartalada habitación. Se sentía agradablemente elevado, como si estuviera flotando a unos centímetros por encima de las sábanas, y oyó un sonido apremiante en sus oídos que le recordó una fría noche que había pasado una primavera anterior en una fábrica de conservas junto al río en Limehouse. Pero no estaba en Limehouse. Y se sentía agradablemente cálido bajo una colcha de plumas como las que no había visto desde hacía más de quince años.

Sentía la cabeza enorme. Se tocó la frente, y descubrió que estaba enfajada como la cabeza de una momia egipcia. Y había un sordo dolor en su pecho, como si hubiera sido coceado por un caballo. Sobre una mesilla al lado de la cama había un libro familiar. Reconoció la maltratada cubierta ocre, un largo fragmento de la cual estaba enrollada sobre sí misma, como si su anterior propietario hubiera tenido la nerviosa costumbre de sobarla entre el índice y el pulgar mientras leía. Era la *Recopilación de filósofos londinenses* de William Ashbless. Lo cogió alegremente, y miró su cubierta con los ojos fruncidos. En su mismo centro, como si hubiera sido medido cuidadosamente, había un agujero tan redondo como el extremo de un dedo. Abrió el libro, y la pequeña cavidad seguía página tras página, formando un hueco cónico, cuyo extremo alcanzaba la página ciento ochenta, deteniéndose antes de airear un tratado sobre poesía. Kraken leyó media página. Separaba a la humanidad en dos campos opuestos, como ejércitos preparados para una batalla: los poetas, o personas ingeniosas, por un lado, y los hombres de acción, o personas medio ingeniosas, por el otro. Kraken no estaba seguro de que la filosofía fuera una cosa tan densa como eso, pero la negativa de la bala a dañar aquella página parecía significativa. Tendría que estudiar más a fondo el asunto.

Supo repentinamente qué bala se había encajado en el libro. Era un milagro, el inconfundible dedo de Dios. Su bote de guisantes había desaparecido junto con su medio de subsistencia. De todos modos, ya estaba harto de los guisantes. Sería mejor volver a los calamares. Si eras golpeado en la cabeza con un calamar, las consecuencias no eran tan graves.

Le sorprendió un ruido procedente de alguna otra parte de la casa. A través de una puerta entreabierta pudo ver una segunda habitación, iluminada por una luz de gas. Una sombra apareció y desapareció en la pared, como si alguien se hubiera puesto en pie, quizá de una silla, hubiera hecho un gesto amplio, y se hubiera sentado de nuevo o se hubiera alejado de la lámpara. La sombra pertenecía a una mujer. Suya era la voz.

Kraken sentía escaso interés por las preocupaciones de la mujer, más allá de una

curiosidad acerca de la identidad de sus benefactores. Un hombre dijo algo. Otra sombra apareció, encogiéndose contra la blanqueada pared y haciéndose más nítida. Un hombro apareció en su campo de visión, seguido por una cabeza..., la cabeza del capitán Powers. Eso explicaba las pipas de arcilla, la bolsa de tabaco y las cerillas junto al volumen de Ashbless. La oscuridad más allá de su ventana era Jermyn Street. Había sido salvado por el capitán Powers. Y, por supuesto, por la recopilación de filósofos londinenses.

Se oyó un sollozo en la habitación de más allá.

—¡No puedo! —exclamó la mujer. Los sollozos se reanudaron. El capitán Powers no dijo nada durante unos momentos. Luego los sollozos cesaron, y la voz del hombre interrumpió el silencio.

—Las Indias. —Kraken oyó sólo un fragmento—. St. Ives tiene razón. —Siguieron unos murmullos. Luego, con un tono repentino y apasionado, casi gritando, llegaron las palabras—: ¡Que lo intenten! —La sombra de la mujer reapareció y abrazó la sombra del Capitán. Kraken cogió el Ashbless y lo hojeó ociosamente, mirando por encima de su lomo.

El Capitán apareció de nuevo ante su vista, siguiendo a su sombra, cojeando sobre su pierna artificial. Trasteó con la cerradura de un arcón de marino que estaba colocado contra la pared, luego lo abrió y empezó a sacar cosas: un catalejo de cobre, un sextante, un par de sables unidos con cintas de cuero, un ídolo de palisandro tallado, una cabeza de cerdo tallado en marfil. Luego extrajo un falso fondo hecho con una plancha de roble, como si fuera un trozo del suelo que había bajo el arcón. Kraken se sobresaltó. Quizás era un trozo del suelo. El Capitán se inclinó por la cintura, y la parte superior de él desapareció en el arcón, mientras se sujetaba al borde con su mano izquierda y la derecha tanteaba al fondo. Se enderezó de nuevo. En su mano tenía una caja de madera, muy lisa y pintada con imágenes de algún tipo. Estaba demasiado lejos y demasiado en la sombra como para que Kraken pudiera ver mucho más.

—¿Está segura aquí? —preguntó la mujer.

—La he tenido aquí durante todos estos años, ¿no? —dijo firmemente el Capitán—. Nadie sabe de su existencia excepto tú ahora, ¿no? Unos cuantos días, una semana..., y Jack la tendrá. —El capitán se inclinó de nuevo sobre el arcón, ocultando la caja y volviendo a colocar la plancha de roble. Luego metió de nuevo metódicamente todas las cosas que había sacado.

Kraken miraba aturdido y maravillado. Sintió deseos de gritar, pero hacerlo podía ser peligroso. Había enormes secretos allí. Él no era más que un pequeño pez en aguas muy profundas..., un pequeño pez casi muerto. Volvió a dejar el Ashbless sobre la mesa, tiró de las ropas de la cama hasta su barbilla y cerró los ojos. Estaba cansado, y le dolía horribilmente la cabeza. Cuando despertó de nuevo, el sol

penetraba por las diáfanas cortinas al lado de su cabeza, y el Capitán estaba sentado a su lado, fumando tranquilamente una pipa.

El viento silbaba más allá de los batientes mientras St. Ives fruncía los ojos hacia el pequeño espejo móvil encima de su mesilla de noche. El sol del día anterior había sido barrido, al parecer, fuera de la vista, y el viento azotaba la rama de un olmo chino contra la ventana, como furiosa de no poder entrar en la habitación y calentarse en el fuego. Era una mala forma de tratar las dispersas hojas verdes que habían asomado hacía apenas una semana en busca de la primavera, sólo para hallarse agostadas por un tiempo inclemente.

St. Ives esparció más gomina en la parte de atrás de su bigote. No quería que se despeinara ante cualquier ráfaga de viento. Trabajó los pelos hasta convertirlos en una especie de cimbreño pico, y se peinó las cejas hacia arriba para que le dieran la apariencia de un desgreñado simio, la misma que había adoptado el día anterior. El Señor sabía que el viento podía conseguir el mismo efecto..., realzarlo incluso, quizá. Se levantó, se puso un gabán, deslizó el manuscrito de Owlesby bajo la alfombra, cuidando de que su bulto quedara lo más disimulado posible, tomó el recién reparado reloj y salió al vestíbulo. Hizo una pausa, pensando, y regresó a la habitación. No servía de nada llamar la atención hacia el manuscrito..., mejor dejarlo de modo que pareciera algo trivial. Lo sacó de debajo de la alfombra y lo colocó encima de la mesilla de noche, agitando un poco los papeles y depositando su libro y su pipa encima de él para acabar de completar el cuadro.

Salió de un humor de mil diablos, con el reloj reparado bajo el brazo. Tenía la sensación de que había conseguido muy poco que valiera la pena. Llevaba casi un mes en Londres, y aún no había podido echar ni un vistazo a la fabulosa nave del visitante alienígena. Y no estaba en absoluto seguro tampoco de que pudiera conseguirlo, aunque su misión en Wardour Street tuviera éxito. La nave, por todo lo que sabía, podía ser prodigiosamente antigua. Podía no ser más que el oxidado cascarón del vehículo de la cosa..., tan sólo la descompuesta sombra de una nave espacial, buena para muy poco más allá de su valor como curiosidad, convertida muy probablemente en algún odioso artículo de gratificación corporal. Su propia nave, después de todo, era casi espacial. El oxigenador estaría terminado cualquier día de éstos. Quizás esta misma noche Keeble se lo trajera a la reunión del Trismegisto. Si era así, St. Ives podría marcharse por la mañana. No resistiría otra niebla más. Sus esfuerzos con el reloj serían satisfactorios o no, pero de todos modos volvería a casa.

Era cierto que había cosas extrañas en el aire..., el asunto con Narbondo y Kelso Drake y el pobre Keeble. Pero St. Ives era ante todo un hombre de ciencia, y en segundo lugar un detective aficionado. El Club Trismegisto podría seguir adelante sin él. Siempre podían llamarle a Harrogate, después de todo, si era necesaria su ayuda

para erradicar una amenaza.

Se dirigió a la parte de atrás de la casa de Wardour Street y llamó al timbre. La estructura medio de madera daba a un patio interior donde languidecía una fuente de granito, poco más que un pequeño, sucio y espumoso cuenco en cuyo centro un pez escupía un chorrito de agua. Desde uno de los lados de la fuente un sendero de adoquines conducía a un enfangado callejón. Unas cuantas ventanas miraban ciegamente al patio donde languidecía la fuente. La casa debía ser oscura como una tumba por dentro, pensó St. Ives, una cosa extraña en un día así, ventoso y claro. Tocó de nuevo el timbre.

El callejón, desde el ventajoso punto donde se hallaba St. Ives, parecía avanzar durante unos treinta metros más antes de desembocar en una calle transitada, Broadwick, quizás. En la otra dirección moría en una pared de piedra, cuya parte superior estaba rematada con trozos de botella clavados verticalmente. Oyó el arrastrar de unos pies. La puerta se abrió una rendija y una mujer de aspecto carnosos miró fuera, como un cadáver desprovisto de sangre. St. Ives se sobresaltó involuntariamente, escudó los ojos, y decidió que su rostro estaba cubierto de harina de hornear. Su nariz era monumental y, de alguna manera, estaba limpia de harina, perchada allí como la cima de una montaña encima de una capa de nubes. Lo miró a través de las carnosas rendijas de sus ojos, en silencio.

—El relojero —dijo St. Ives, sonriéndole ampliamente. Si había alguna cosa que le irritaba realmente era la gente que fruncía perpetuamente el ceño, incluso cuando no había ningún motivo para ello. Lo único que lo explicaba era la estupidez..., el tipo de estupidez que casi exigía un puñetazo en un ojo. La mujer se limitó a gruñir —. He reparado su reloj —le aseguró St. Ives, mostrándoselo. Ella se pasó el dorso de la mano por la mejilla, embarrando la harina, luego dejó escapar un húmedo resoplido. Tendió la mano hacia el reloj, pero St. Ives lo retiró a una distancia segura —. Está el asunto de la factura —dijo, sonriendo aún más ampliamente.

La mujer desapareció en la oscura casa, dejando la puerta abierta. Evidentemente no era ninguna invitación, pero era una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar. Entró, preparado para echar una mirada a su alrededor, pero se detuvo bruscamente, cerrando la puerta a sus espaldas. Allí, junto a una mesa, jugueteando con un dominó, se sentaba un hombre de aspecto fiero, con su abultada frente fruncida en una sola y profunda arruga. Había algo maligno en él, algo malsano, casi idiota. Un sombrero en tubo de chimenea, manchado y mellado, estaba apoyado sobre la mesa al lado del dominó. El hombre alzó lentamente la vista hacia él. St. Ives sonrió rígidamente, y la sonrisa pareció enfurecer al jugador de dominó, que medio se puso en pie. Fue interrumpido por la aparición del mayordomo con el rostro de mulo del que St. Ives había recibido el reloj. A su alrededor, llenando la cocina, flotaba una

atmósfera densa con una amenaza indefinible..., una especie de manto que flotaba como un gas inflamable, aguardando a prender.

—¿Cuánto? —preguntó el mayordomo, contando un puñado de cambio.

St. Ives le dirigió una alegre mirada.

—Dos libras con seis —dijo, sujetando aún fuertemente el reloj.

El hombre abrió mucho los ojos.

—¿Perdón?

—Dos libras con seis.

—Un reloj nuevo no cuesta tanto.

—El cristal —dijo St. Ives, mintiendo— tuvo que ser hecho ex profeso. Generalmente no se hallan disponibles. Es un proceso complejo. Muy complejo. Implica tremendo calor y presión. Las malditas cosas suelen estallar muchas veces, haciendo pedazos a muchos hombres.

—Recogió usted el reloj ayer —dijo el hombre, con el ceño fruncido—, ¿y me habla ahora de calor y de presión y de hombres hechos pedazos? Aquí no hay ni una hora de trabajo. Ni media.

—De hecho —dijo St. Ives, reajustándose a la situación—, eso es lo que está pagando. No hay ningún otro relojero en Londres que lo hubiera hecho tan rápido. Creo haber mencionado que es un proceso complejo. Mucho calor. Exorbitante, en realidad.

El mayordomo se dio la vuelta en medio de la disertación de St. Ives, y salió de la cocina hacia el interior de la casa. St. Ives lo siguió, esperando que el jugador de dominó volviera a su juego y que la bulbosa cocinera dejara de jugar con los cuchillos y se ocupara de sus hornos. El mayordomo pasó a un largo pasillo, sin que al parecer se diera cuenta de que St. Ives le seguía, o no le importara. Llegaban voces de habitaciones invisibles. Una escalera alfombrada giraba hasta desaparecer de su vista a la izquierda.

El corazón de Drake resonaba como un tren en campo abierto. Decidió subir las escaleras. Echaría una mirada, y luego fingiría que se había perdido. ¿Qué podían hacerle, pegarle un tiro? Era poco probable. ¿Por qué deberían hacerlo? Subió los peldaños de dos en dos, aferrando aún el reloj, y llegó a un descansillo iluminado por ventanas emplomadas, bajo las cuales se asentaba un mobiliario jacobino de roble. Un pasillo desierto avanzaba en ambas direcciones, revelando a la derecha media docena de puertas cerradas, a la izquierda una extensión de pared de yeso con candelabros de bronce que iluminaban, finalmente, una balaustrada de madera que dominaba desde arriba lo que parecía ser una amplia sala de alto techo.

St. Ives dudó. ¿Debía ascender otro piso o mirar por la balaustrada? Una puerta resonó. Se volvió de nuevo hacia las escaleras, puso silenciosamente un pie en una inmensa rosa color cobre de la alfombra que recorría continua los peldaños. Tres

escalones más arriba se detuvo, se agachó y, oculto por el ángulo de la pared ascendente del pozo de la escalera, miró entre dos torneados postes de la barandilla. A lo largo del pasillo, en dirección al descansillo de abajo, se tambaleaba el viejo que lo había apartado con el codo el día antes. Parecía hipnotizado, con la mirada vacía, y caminaba con paso vacilante. Mostraba una expresión tensa y consumida en sus ojos y en la curva descendente de su boca, como si estuviera devorado por los remordimientos o la enfermedad..., posiblemente ambas cosas. Su capa estaba arrugada y manchada, y su mano se agitaba con la parálisis o la fatiga. Al principio St. Ives sintió el deseo de preguntarle si necesitaba ayuda; seguramente se caería de cabeza por las escaleras si intentaba bajarlas. Pero la atmósfera de temor y maldad en la casa le impulsaron a ocultarse aún más profundamente en las sombras. Aquél no era momento para mostrarse caballeroso. El viejo se derrumbó contra la pared, pareció iluminarse un poco, se lamió los labios. Se pasó una mano por el rostro, dejando en él una expresión satisfecha y feral.

St. Ives se levantó lentamente, decidido a examinar la parte superior de las escaleras. Había abandonado la cocina hacía un minuto o así; seguramente en estos momentos ya lo estarían buscando. Miró hacia abajo, subió de espaldas al peldaño siguiente, y clavó firmemente su tacón en la bota de alguien.

—¡Ah, está usted aquí! —medio gritó, aparentando estúpidamente despreocupación y medio esperando ser precipitado escaleras abajo en cualquier momento. Se volvió, para hallarse directamente frente al rostro de un hombre increíblemente gordo con un turbante. Otro hombre con un brazo deforme estaba un poco más arriba en las escaleras. Ambos lo miraron, a él o más allá de él, St. Ives no pudo decir cuál de las dos cosas. Devolvió la mirada, luego miró por encima de su hombro para ver si había algo subiendo por las escaleras que mereciera ser contemplado con tanta atención. No había nada.

Sus rostros eran fantasmagóricos, de un blanco sin vida, débilmente marmóreos con finas venillas azules, y sus ojos eran fijos, como si fueran de cristal. St. Ives podía ver latir el pulso a lo largo del cuello del hombre del turbante, lenta y rítmicamente, como si hubiera quedado atrapado en algún primitivo estado larval. Una mano se cerró sobre el brazo de St. Ives, y el hombre dio un paso hacia el siguiente escalón. Si St. Ives no hubiera retrocedido, bajando un paso también, hubiera perdido el equilibrio, y ambos hubieran caído escaleras abajo. Sus dos compañeros no dijeron nada, simplemente lo empujaron hacia atrás. El viejo, algo recuperado, se reunió con ellos en el descansillo. De pronto su expresión pareció feroz; le frunció el ceño a St. Ives.

—Esto es un nido de inexpresable pecado —croó.

St. Ives le sonrió.

—He arreglado este reloj —empezó, pero el viejo le prestó poca atención.

Evidentemente, estaba menos inclinado a escuchar que a hablar.

—Mis hijos —dijo, indicando a los dos hombres pálidos.

Ambos le dirigieron una levísima inclinación de cabeza, pero ninguno habló.

—Me deben dos libras con seis por el trabajo en el reloj —dijo St. Ives, preguntándose de pronto si el viejo no sería alguna especie de propietario. Parecía demasiado familiarizado con el lugar como para ser un simple cliente.

—No sé nada de eso —respondió el hombre—. ¿Qué me importan a mí los relojes? ¿Qué me importa el tiempo? Es el infinito lo que persigo. Lo espiritual. Ayúdame a bajar las escaleras, hijo. —El hombre con el brazo deforme avanzó rápidamente, con demasiado impulso, y cayó hacia delante por encima de la barandilla, girando sobre sí mismo como un saco de cebollas hasta aterrizar bruscamente en la habitación de abajo, donde quedó inmóvil. Su compañero con el turbante apenas pareció darse cuenta de nada. El viejo, sin embargo, agarró la barandilla con ambas manos y bajó el resto de las escaleras, croando oh-oh-oh, tan rápidamente como le fue posible. St. Ives y su captor le siguieron mecánicamente.

El ausente mayordomo entró en tromba en la habitación en aquel preciso momento, seguido por el jugador de dominó, que se había puesto el sombrero, torcido, y llevaba una pistola en su mano derecha. El viejo les hizo señas con las manos de que se fueran y se inclinó sobre el cuerpo inmóvil. El hombre herido se agitó, se alzó inseguro sobre sus rodillas, luego sobre sus pies, y caminó directamente hacia un largo escritorio con tapa apoyado contra la pared, tropezó contra una de sus patas y cayó de nuevo, arrastrando el escritorio consigo en medio de un revuelo de tinta y papel secante y libros.

La parte frontal del escritorio cayó sobre sus bisagras y le golpeó en la cabeza. De su interior se soltó un surtido increíble de objetos inidentificables: una careta de caucho con inmensos y abiertos labios; un enorme corsé reforzado con ballenas y corchetes de latón; un corpiño de piel de un tipo inconcebible unido a un aparejo de poleas, como si el corpiño y quien lo llevara pudieran ser suspendidos, quizá, del techo; y finalmente una esfera de latón del tamaño de un pomelo, de la que brotó un rápido chorro de chispas. El mayordomo y el viejo corrieron simultáneamente hacia la esfera, pero el mayordomo la agarró primero y empujó hacia el otro lado, metiéndola de nuevo en el caído escritorio y cerrando de golpe la parte frontal. ¿Qué demonios?, se preguntó St. Ives, asombrado tanto por la insondable basura que había ahí dentro como por el hombre desplomado de nuevo, enredado ahora entre todo lo que había caído del escritorio.

El mayordomo, furioso, agarró la parte de atrás de la capa del viejo, impidiéndole acudir otra vez en ayuda del herido.

—Hijo mío —sollozó el viejo—. Mi muchacho. Mi querido... —Pero la frase quedó inconclusa. Sombrero en tubo de chimenea, con el rostro congelado en una

sonrisa vacía, se metió la pistola en su chaqueta, se inclinó y liberó al hombre, extrayéndolo de entre toda la parafernalia por el expeditivo sistema de tirar de sus orejas, una de las cuales se desgarró y quedó en su mano. La arrojó al suelo, disgustado, y pateó a su víctima en la sien. Ninguna sangre brotó del desgarrón allá donde había sido arrancada la oreja. Misterio sobre misterio. St. Ives empezó a pensar en el callejón detrás de la casa. Tenía que recordar no correr hacia el extremo donde estaba la pared. Nadie iba a darle dos libras con seis por el reloj. Nadie iba a darle absolutamente nada por el reloj. Su esperanza residía en que el viejo, fuera quien fuese, y sus dos extraños parientes fueran una preocupación más inmediata para el mayordomo y su vicioso cómplice, que en aquellos momentos estaba golpeando violentamente al derrumbado y medio desorejado hombre en el suelo.

St. Ives soltó su brazo, cosa que resultó sorprendentemente fácil, y rodeó una silla, sujetando el pesado reloj con ambas manos.

—Saque a esa escoria de aquí —siseó el mayordomo al viejo, que maullaba desamparado, aferrándose a su amigo del turbante para apoyarse—. No vuelva a traerlos nunca más. Su privilegio no se extiende hasta tan lejos.

El viejo se envaró, echó teatralmente su capa hacia atrás y empezó a farfullar con voz ronca algo acerca de condenación. St. Ives desapareció en la cocina al sonido de las maldiciones del mayordomo y los gritos de quién iba a enseñarle a quién cosas acerca de condenación. Se apresuró hacia la puerta de atrás, pero se encontró, a medio camino, con la sonriente y desdentada figura de la enharinada cocinera, que golpeaba la parte plana de su cuchillo de carnicero contra su carnosita palma.

St. Ives no se sentía inclinado a charlar. Cargó directamente contra ella, y el rápidamente esgrimido cuchillo golpeó contra la caja de hierro del reloj, justo en medio de los crispados dedos de St. Ives. Gritó inadvertidamente, arrojando el reloj al suelo, y salió a toda velocidad al patio, sujetando el borde de su gabán con su mano derecha y saltando por encima del portillo al callejón, en busca de su salida a unos treinta metros de distancia, sumida ahora en un remolino de bruma. Y, mientras corría, sin atreverse a mirar hacia atrás, pensando en la pistola en la chaqueta de sombrero en tubo de chimenea, comprendió de pronto quién era el bravucón..., pudo ver aquel maligno rostro silueteado en la ventana del desván de Keeble, iluminado por un relámpago en medio de la lluviosa noche.

6

Traición

La tienda del capitán Powers estaba llena del denso humo del tabaco..., un indicio, pensó St. Ives, de la seria naturaleza de los asuntos de la noche. La cantidad de humo de pipa, meditó, era proporcional a la naturaleza e intensidad de los pensamientos del fumador. El Capitán, especialmente perdido en profundas meditaciones, daba unas chupadas tan regulares a su pipa que el humo rodeaba su cabeza como nubes en torno a la luna. Estaban aguardando a Godall, que llegó finalmente cargado con cervezas. St. Ives no le había hablado a nadie del recién descubierto manuscrito de Birdlip. Había demasiado que decir para repetir la historia a cada uno de los miembros. A las ocho, por consentimiento mutuo, el Club Trismegisto abrió su sesión.

—He recibido algo interesante por correo —dijo St. Ives, dando un sorbo a su pinta de cerveza y agitando un fajo de folios a sus compañeros—. Los cuadernos de notas de Owlesby, o parte de ellos.

Keeble, que hasta aquel momento había parecido particularmente ensimismado, se inclinó hacia delante con anticipación. Y Jack, sentado a su lado, pareció derrumbarse en su silla, temeroso quizá de que en aquellos papeles hubiera alguna revelación desagradable acerca de su desafortunado padre. Kraken agitó tristemente su vendada cabeza. Sólo el Capitán pareció inmovido, y St. Ives supuso que aquella aparente indiferencia quedaba explicada por el hecho de que no había conocido a Owlesby.

—Sería mucho más fácil —insistió St. Ives— si simplemente leyera en voz alta una parte. No soy ni el químico ni el biólogo que era Owlesby, y no sabía nada del peculiar poder que al parecer tenía Narbondo sobre él. Y eso, me temo, tuvo su importancia en la muerte de Owlesby.

Godall cerró su ojo izquierdo y le miró de reojo ante la mención de Narbondo, y St. Ives se sintió invadido de repente por la peculiar noción de que la expresión de Godall le recordaba algo..., el ser apartado con el codo por el viejo sin nombre de la capa frente a la casa de Wardour Street. St. Ives ignoró aquello y siguió adelante, caldeándose con su tarea.

—Así que aquí está, de puño y letra del propio Owlesby. Hay mucha cosa, pero las últimas páginas son las reveladoras.

Carraspeó, y empezó a leer:

«Hemos tenido la peor de las suertes durante toda la semana: Short y Kraken trajeron un nuevo cadáver —lo cogieron de la misma horca— y ahí está tendido, lleno de fluidos pero completamente muerto pese a ello. Si no podemos encontrar una

carpa y una glándula fresca, se descompondrá antes de que tengamos ninguna oportunidad. Un terrible derroche. Mi mayor miedo es que todo esto no se resuelva más que en asesinato y horror. Pero ya he dado los primeros pasos. No, eso es una mentira. Al diablo los primeros pasos. A estas alturas estoy ya a medio camino, y ese camino es tan retorcido y lleno de vueltas y revueltas que no hay posibilidad alguna de hallar la ruta de regreso ni aunque quisiera volver atrás.

»Ayer comimos en Limehouse. Yo llevaba un disfraz —una nariz hecha con masilla y una peluca—, pero Narbondo se ríe de esas cosas. No hay forma alguna de disimular esa maldita joroba suya. No soy muy dado a la metáfora, pero cada día parece más difícil disimular mis propias y odiosas deformidades. Es la cosa en la caja, el duende en la botella, lo que las ha causado. Si un hombre no fuera tentado, no caería.

»Pero este modo de hablar es derrotista. Las cosas están así. La vida eterna se halla a mi alcance. Si no hubiéramos actuado con tanta torpeza en Limehouse. El chico era una joya..., perverso como todos. Fue un servicio a la humanidad librarse de él. Lo juro. Las equivocaciones del maldito Narbondo. Teníamos un par de tremendas cizallas forjadas en Gleason's (allí piensan que soy cuidador de árboles), y podemos cortar cabezas de un solo tajo...».

—Y aquí hay un corte en la narración —dijo St. Ives.

—Quizá fue interrumpido por alguien —opinó el Capitán.

Godall sacudió la cabeza.

—No pudo soportar el seguir, caballeros. No pudo escribir la palabra.

St. Ives alzó la vista hacia Jack, que debía haber sido un niño en la época en que su padre había escrito aquellas confesiones. Quizá fuera mejor que no oyera esto. Dios bendiga las dudas de Sebastian Owlesby, pensó St. Ives. Son a la vez el peor horror de todo esto y la única redención del hombre.

—Lea el resto —dijo Jack firmemente.

St. Ives asintió y reanudó la narración:

«El chico no podía tener más allá de siete u ocho años. Había niebla, y no la suficiente luz de las farolas como para precisarlo. Se dirigía hacia la esquina de Lead Street y Drake, supongo, para comprar un cubo de cerveza... para alguien. Para su padre, supongo. Llevaba una linterna que era una calabaza, de entre todas las cosas, en su mano izquierda, y el cubo en su derecha. Y nosotros caminábamos en las sombras a veinte pasos detrás. La calle estaba tan silenciosa como oscura. Narbondo llevaba las cizallas de Gleason's. Me llevaba a su lado, me dijo, para compartir la gloria, y no aceptó que yo lo aguardara en el callejón junto a Lead Street con el carro, cosa que era, debo insistir, la única forma sensata de actuar.

»Así que ahí estábamos, con un viento mohoso tan frío como un pescado

soplando desde el Támesis, y la niebla haciéndose cada vez más profunda por momentos, y el sonriente rostro de la calabaza de aquella linterna oscilaba adelante y atrás, adelante y atrás, con su rostro apareciendo con un tenue resplandor naranja en la parte superior del arco a cada oscilación. Hubo un repentino soplo de aire en un callejón no protegido, y la linterna del chico se apagó. Desapareció en la noche, y pudimos oír su cubo resonar contra los adoquines. Narbondo cojeó hacia delante. Yo aferré su capa para detenerle, podía ver la negra verdad en todo aquello, como si aquella amarilla y dentada luz se hubiera apagado con un parpadeo en la calabaza y en mi cabeza..., y en mi alma.

»Volé tras él, y ambos sorprendimos al chico en el acto de volver a encender su improbable linterna. Se irguió, y su grito se vio cortado por aquellas horribles cizallas.

»El resto es una pesadilla. Que yo pudiera huir de Limehouse y regresar a la seguridad de mi gabinete es testimonio de la existencia de una torpe suerte (si sobrevivir a esa noche de horror puede considerarse de alguna manera suerte), y a la absoluta oscuridad y niebla. Era como si el mal hubiera precipitado la solución de la noche y me hubiera ocultado como un velo. Narbondo no tuvo tanta suerte, pero la paliza que recibió no pudo ser resultado de su crimen. Si lo hubieran sabido, no hubiera sido arrojado al río vivo. Quizá fuera golpeado por lo que es, del mismo modo que un hombre mata una rata o una cucaracha o una araña.

»Así que el asesinato fue para nada. Y el cadáver del ahorcado yace descomponiéndose sobre la losa. Narbondo saldrá de nuevo esta noche..., debemos conseguir el suero».

St. Ives hizo una pausa en su lectura para vaciar media botella de ale. El Capitán permanecía sentado paralizado en su silla, con el rostro como piedra.

—Owlesby —dijo St. Ives apresuradamente, mirando primero al Capitán, luego a Jack —estaba fuera de sí. Lo que hizo, lo que cometió..., no puede ser justificado, pero puede ser explicado. Y en cierto modo puede ser justificado, y discúlpenme por ello, si recuerdan el veneno que había sido instilado en su alma. Su relato de la noche en Limehouse es exacto... hasta cierto punto. Pero es puro fingimiento de principio a fin. Eso queda claro. Lo admite en las páginas que siguen. Y, como digo, lo que admite es lo más horrible de todo, pero explica muchas cosas. ¡Pobre Nell!

El Capitán pareció envararse aún más al sonido del nombre, y depositó su pesado vaso en el brazo de madera de su silla Morris con un clanc, y la oscura ale salpicó el roble. St. Ives observó que Kraken había desaparecido en el transcurso de la narración. Pobre hombre, pensó St. Ives, buscando su lugar en los periódicos. Incluso después de quince años, la historia del declive de su amo es demasiado fresca para él. Pero la historia tenía que ser contada. No había nada que hacer excepto seguir, ahora

que ya había empezado:

«Estoy poseído por el más terrible mal que me duele en la cabeza..., de tal modo que mis ojos parecen estrujarse hasta el tamaño del agujero de un tornillo, y así parece como si estuviera mirando a través de un telescopio vuelto del revés. Sólo el láudano alivia esto, pero me llena con sueños aún peores que el dolor en la parte delantera de mi cerebro. Estoy seguro de que el dolor es lo que merezco..., un sabor anticipado del infierno, ni más ni menos. Los sueños están llenos de esa noche en Limehouse, de la dentada sonrisa de esa maldita calabaza, oscilando, oscilando, oscilando en la niebla. Y puedo sentir que me descompongo, siento como mis tejidos se secan y se pudren como los hongos carcomidos por los bichos en un muñón, y mi sangre late con fuerza en la parte superior de mi cráneo. Puedo ver mis propios ojos, grandes como medias coronas y negros con muerte y descomposición, y Narbondo, delante de mí, con esas horribles cizallas. ¡Yo lo empujé! Ésa es la verdad. Le insulté. Le siseé. Necesitaba esa glándula, eso era lo que necesitaba, y antes de que terminara la noche. Era mi única salvación.

»Y, cuando él falló, cuando echó a correr por la East india Dock Road con aquel cojear medio encorvado suyo, aterrado, fui yo quien los puse sobre él. Fui yo quien grité para detenerle. Él no lo sabe. Se había adelantado con respecto a mí. Estaba seguro de que era la policía quien había gritado. Y, cuando lo estaban golpeando, por Dios que no fui lento. Yo no era más que una ruina de fracaso y odio y podredumbre mientras agarraba sus manos y ayudaba a aquellos tipos borrachos a arrojarlo al río, donde chapoteó y dio vueltas y agitó las manos furiosamente bajo las Old Stairs, y esperé por Dios verlo muerto y devorado por los peces.

»Pero no tuve suerte en eso. Como el fantasma en el festín, apareció en plena noche allá donde yo permanecía sentado en un lúcido horror en el gabinete, escuchando a la cosa en la caja, mirando, medio esperando el sonido de los pasos en las escaleras que anunciarían el final, la horca, el hacha del verdugo. Y apareció él. Las tres de la madrugada eran. El silencio absoluto. Un tramp, tramp, tramp en los peldaños de madera —muy fuerte— y una sombra en la cortina. Una sombra encorvada. La puerta se abrió sobre sus bisagras, y el jorobado se recortó contra una difusión de luces y el resplandor del cielo con una expresión de abominación en todo él que, cuando se derrumbó sobre las baldosas, no le abandonó..., del mismo modo que el horror que había en mí no me abandonó tampoco.

»Hubiera debido matarle. Hubiera debido degollarle. Hubiera debido arrancar el sapo que tenía debajo de su quinta costilla y meterlo en una jaula. Pero no lo hice. El miedo me lo impidió. El miedo, quizás, hacia mi propia maldad. Tuve la impresión de que su rostro era el mío, de que él y yo éramos uno, de que, de alguna forma, Ignacio Narbondo había sorbido en él parte de mí, había consumido la única parte de mi persona que alguna vez había valido algo más que una ventosidad, y había dejado

solamente un maligno pudín carente de fuerzas, derrumbado en aquella silla donde permanecí sentado hasta las diez y media de la mañana siguiente.

»Y así fue como Nell, la pobre, me encontró. Le supliqué que me matara. Yo no tenía el valor para hacerlo. Se lo supliqué. Le hablé del chico. Le juré al mismo tiempo que había terminado con mi búsqueda..., que la creación de la vida en sí no valía un infierno. Pero le mentí. La cosa en la caja puede detener la entropía. Puede separar el agua tibia en hielo y vapor si lo desea. Puede animar la carcasa de una rata muerta desde hace meses detrás de una pared y hacerla bailar por toda la habitación como una marioneta. Es prodigiosamente viejo, y la única consecuencia del paso del tiempo es su estado encogido. Pero debe ser mantenido dentro de la caja.

»La hábil estructura de Keeble con una pantalla a través de la cual puedo comunicarme con él me temo que ha conducido a mi propia ruina. No puedo decir exactamente cómo. Es un intercambio entre los dos..., conocimiento por libertad. Si él puede encontrar su aparato y un piloto con la estatura suficiente para manejarlo, se perderá entre las estrellas en un momento. Pero eso no ocurrirá. No hasta que yo consiga lo que quiero..., nosotros, debería decir, porque el jorobado se ha recobrado, y jura que regresará a Limehouse esta noche si las calles se hallan ocultas por una capa suficientemente densa de niebla.

»¿Debo ir con él? ¿Me arrastrará de nuevo a sus talones como una sombra, una sombra cada vez más ajustada a él? ¿O la caída de la noche traerá consigo el fin a una existencia infeliz e innatural? No puedo imaginarme de ninguna forma despertando a la mañana siguiente. Por primera vez en mi vida la mañana está embozada de negro».

—No hay mucho más —dijo St. Ives, aplicando una cerilla a su fría pipa con mano temblorosa. Había leído el manuscrito antes, pero no podía encajar completamente esta última parte en su mente. Nell, estaba seguro, no era culpable de nada. Más que eso. Era heroica. El que el hecho de dispararle a su hermano, de llevarse en secreto al maldito homúnculo y entregárselo a Birdlip para que se lo llevara perpetuamente allá arriba, la hubieran conducido al exilio y a unos terribles remordimientos, era la mayor tragedia. Kraken había estado en lo cierto. St. Ives dejó caer el manuscrito al suelo. De alguna forma, el acto de leerlo en voz alta lo había vaciado de todo deseo de examinarlo de nuevo.

El Capitán se levantó y se dirigió con paso vacilante hacia un bote de tabaco, retiró la tapa y extrajo un pellizco de negro y enroscado tabaco, que metió en la cazoleta de su enorme pipa.

—En una ocasión me embarqué con un comerciante—dijo —que conoció esa cosa..., ese duende en la botella. Incluso fue su propietario durante un mes, y casi se volvió loco en medio de un tifón en el cabo de Hornos. Se lo vendió a un marinero indio en una balandra en el canal de Mozambique—. Sacudió la cabeza ante la

enormidad de todo aquello, y volvió a sentarse.

—¿Y el resto? —preguntó con viveza Godall—. El otro ciento y pico de páginas..., ¿son tan estremecedoras como esta parte?

—Cada vez más —dijo St. Ives—. El declive fue rápido..., casi desde el mismo día en que compró la cosa en la caja.

—En la botella —intervino Keeble, mirando hacia la calle a través de la ventana—. No había ninguna caja hasta que yo la construí.

St. Ives asintió.

—Parecía poseído por la cosa..., por la idea de que podía no sólo revivir a los muertos, un efecto que deduzco que había descubierto sin la ayuda del homúnculo, sino que, de alguna forma, con *él*, podía perpetuar la vida. Indefinidamente. Quizá podía incluso crear la vida. Y quizá *podía*. Hay una referencia a un experimento coronado por el éxito en el cual revivió a un viejo de Chingford, que moría de parestia generalizada. Según Owlesby, le quitó cuarenta años de encima. Todo ello suena de una forma terriblemente alquímica, cosa que, debo decir, está fuera de mi especialidad.

»Estaba seguro de que la nave espacial perteneciente al homúnculo se hallaba en Londres, y esperaba descubrirla a fin de vendérsela, podríamos decir, a la condenada criatura a cambio del poder sobre la muerte y el tiempo. Si su declive hacia la locura y la degradación fue resultado de su codicia científica, o un lento envenenamiento debido a su contacto con el homúnculo, es algo imposible de decir. Evidentemente, ni siquiera el propio Owlesby lo sabía.

»Al parecer, Owlesby se sentía tan celoso de su propiedad de la cosa que no permitía que Narbondo se le acercara. El hecho que Nell desapareciera con él debió enfurecer al jorobado. Ella le arrancó el secreto de la vida de sus manos, cabría decir, para entregárselo a Birdlip...

—Que en cuestión de semanas deberá caer de los cielos a nuestras manos —apuntó Godall.

El Capitán frunció el ceño. St. Ives asintió.

—Bien —dijo Keeble, llenando hasta el borde su vaso de una botella de ale abierta—, éste es un asunto triste, muy triste. Si me lo preguntan, diré que deberíamos acudir al encuentro del dirigible cuando aterrice, y apostaré mi reloj de los monos a que lo hace en Hampstead Heath, de donde despegó..., y apoderarnos de la caja. Siendo los que somos, no tendría que ser difícil. Luego deberíamos meterla en un saco lleno de piedras y dejarla caer desde el centro del puente de Westminster cuando el río esté más alto. La caja no es hermética, puedo asegurar esto. Independientemente de los poderes que tenga la cosa, necesita respirar, ¿no? No es un pez; es un pequeño hombre. Lo he visto. Lo ahogaremos como si fuera un gato, aunque sólo sea para mantenerlo fuera de las garras de ese doctor jorobado. —Keeble

hizo una pausa, con la barbilla apoyada en su mano—. Y por lo que le hizo a Sebastian. Lo mataré por eso. Pero en realidad no sirve de nada insistir sobre ese asunto de Limehouse. Es agua bajo el puente, eso es lo que es. Nada más que eso. Y agua lodosa, además. Así que simplemente cambiemos de tema por un momento, caballeros, y prestemos atención a la fecha. Hoy es el cumpleaños de Jack, y tengo un regalo para él.

Jack enrojeció, puesto que no le gustaba, ni siquiera estando entre amigos, ser el centro de la atención, St. Ives hizo una mueca muy a su pesar. Quizá no hubiera debido airear los recuerdos de Sebastian de una forma tan liberal. Y en el cumpleaños de su hijo, por el amor de Dios. Bueno, esto era el Club Trismegisto, y los fines que perseguían podían conducirles por senderos poco agradables..., no había ninguna duda al respecto. No se conseguía nada con fingimientos y timidez. Mejor limpiar el aire con la verdad directa. Mejor hacer eso que ocultar las cosas y permitir que parecieran con ello más despreciables y aterradoras.

St. Ives deseó, sin embargo, haber sabido que era el cumpleaños de Jack a fin de tener la oportunidad de hacerle algún regalo, por intrascendente que fuera. Pero no podía recordar el cumpleaños de nadie..., ni siquiera el suyo propio la mayor parte de las veces. Keeble sacó un paquete cuadrado de aproximadamente el tamaño y la forma de una caja de sorpresas de ésas que llevan en su interior un muñeco a resorte. St. Ives estuvo casi seguro de su contenido, de que había sido testigo de la actuación de aquel caimán de relojería no hacía demasiados días.

—Un brindis en honor del joven señor Owlesby —dijo de corazón Godall, alzando su vaso. El resto de la concurrencia siguió su gesto, ofreciendo tres vivas a Jack.

Desde las sombras de la habitación de atrás, Kraken alzó también su vaso..., o su frasco más bien, que estaba vacío de ginebra en sus dos terceras partes. A Kraken le parecía como si se hallara perpetuamente en ese estado. Cómo podía estar más a menudo vacío que lleno era un absoluto misterio. Kraken no había ahondado particularmente en las matemáticas, de modo que estaba dispuesto siempre a admitir que sobre su ginebra actuaban fuerzas desconocidas que era incapaz de identificar. Sin embargo, las investigaba. Intentaba descubrirlas. Como guisantes metidos en una botella, se decía a sí mismo. Los hechos no eran más que eso. Y las matemáticas eran hechos, ¿no? Los números en una página eran como insectos en un pavimento adoquinado. Escurriéndose hacia todos lados. Pero eran un producto de la naturaleza. Y la naturaleza poseía su propia lógica. Algunos de los insectos se ocupaban de preparar la cena..., trozos y fragmentos de esto y aquello. Dios sabía lo que comían, materias elementales con toda seguridad. Otros tendían senderos, arrastrando diminutos fragmentos de gravilla para edificar un montículo, midiendo las distancias,

explorando el terreno, todos ellos, aquí y allá, sobre el pavimento..., un caos para el hombre ignorante de la ciencia, pero un fragmento orquestado de música para... para un hombre como Kraken.

Se preguntó si algún día podría escribir un artículo al respecto. Era..., ¿qué era? Una analogía. Eso es lo que era. Y, pensaba Kraken, tenía que explicar el asunto de la desaparición de la ginebra del frasco. La belleza de la ciencia era que convertía las cosas en algo tan claro, tan lógico. El cosmos: tras eso iba la ciencia..., tras el sucio cosmos como un conjunto. Sonrió al pensar que lo comprendía. No había hecho más que recorrer las palabras de Ashbless. Las había visto un centenar de veces, por supuesto. Pero sólo eran palabras. Eras ciego a ellas durante años. Luego, una de ellas te alcanzaba y te golpeaba fuertemente, y bingo, como velas encendidas de repente en una habitación a oscuras, resultaba que estaban en todas partes..., cosmos, cosmos, cosmos. El orden de las cosas. El orden secreto, oculto a la mayoría. Un hombre tenía que dejarse caer de rodillas y examinar los adoquines del pavimento para ver los insectos que hormigueaban allí, afanándose en su pequeña esquina de la Tierra con la misma seguridad que un marinero estableciendo el rumbo mediante el inmutable esquema de las estrellas.

Un estremecimiento recorrió su espina dorsal. Raras veces había visto las cosas tan claramente, tan... tan... cósmicamente. Ésa era la palabra. Agitó su frasco. Todavía quedaba un trago o así en el fondo. ¿Por qué demonios estaba más vacío que lleno? Si podía ser echada dentro una determinada cantidad, la isma cantidad podía ser echada fuera. Lo había llenado aquella misma mañana en Whitechapel..., hasta el gollete. Pero no había permanecido lleno ni media hora. Había permanecido casi vacío durante todo el día. Horas de vaciedad. Y, si no fuera por la botella de whisky debajo de la cama, a estas alturas estaría completamente seco.

Kraken trató de resolver el problema. No le parecía justo. Como los insectos, se recordó a sí mismo, cerrando fuertemente los ojos e imaginando un escurridizo montón de insectos con formas de números en un pavimento de adoquines grises. No pareció servir de nada. No podía aplicar el ejemplo de los insectos al problema del frasco. Miró con ojos entrecerrados a la habitación del otro lado a través de la entornada puerta. Había pasado la última media hora con las manos contra los oídos, dejando fuera el triste asunto de los recuerdos de Sebastian Owlesby. Ya los conocía..., demasiado. Vacío el frasco, buscó debajo de la cama, extrajo el whisky. Era un hombre de ginebra, cierto, pero en caso de necesidad...

El joven Jack estaba agitando una especie de caja. Kraken frunció los ojos hacia ella. Estaba seguro de haberla visto antes. Pero no, no la había visto. Había algo dentro de ella..., un animal de algún tipo, y pequeños pájaros. El animal —al parecer un cocodrilo— se lanzaba contra uno de los pájaros, lo engullía, luego se sumergía fuera de la vista. Kraken meditó sobre ello, inseguro acerca de cuál era la finalidad

exacta de todo aquello. Permaneció sentado unos momentos, apretándose la frente con los puños, luego se levantó de su cama y se dirigió hacia la puerta abierta a un lado.

A su izquierda había otra habitación a oscuras..., la habitación donde se hallaba el arcón de marino. Su corazón latió acelerado. Hubo un tumulto de palabras y risas mientras todo el mundo se reunía en torno al regalo de cumpleaños de Jack, el mecanismo de Keeble. Kraken se deslizó en la habitación a oscuras, atraído por una incierta curiosidad. Golpeó con los pies el arcón antes de verlo, gruñó de tal modo que estuvo seguro de que todos en la habitación de fuera volverían la cabeza hacia allá. Pero ninguna cabeza se volvió. Al parecer, todos estaban abstraídos en el maravilloso juguete.

Kraken se inclinó sobre el arcón y pasó las manos por su parte frontal hasta hallar la plana cerradura circular. Trasteó con ella, sin saber exactamente cómo funcionaba el mecanismo, inseguro incluso de qué demonios era lo que buscaba..., ciertamente no la esmeralda. Tenía que permanecer silencioso como un escarabajo. No quería ser oído. Dios sabía lo que pensaría el Capitán si le viera trasteando con su arcón. La cerradura restalló de repente y el cierre se alzó, rascando los nudillos de Kraken. Se metió tres dedos en la boca. Supondrían que era un vulgar ladrón, por supuesto. O, peor aún..., supondrían que estaba confabulado con quien fuera que era su enemigo.

La luz de las otras habitaciones iluminaba débilmente el contenido del arcón. Kraken lo revolvió, ordenando silencio cada vez que algún objeto siseaba o resonaba, ordenándose silencio a sí mismo también. Metió la cabeza entre los objetos, que consiguió echar hacia ambos lados del arcón. El frío cobre del catalejo se apretó contra su mejilla, y el olor del roble y del cuero y del polvo se alzó ante él..., unos olores ciertamente muy agradables. Sería estupendo permanecer así, con la cabeza hundida como un avestruz entre cosas fabulosas. Podría quedarse fácilmente dormido allí, si no estuviera de pie. Podía oír la sangre latir en su cabeza..., avanzando y retrocediendo como las mareas, como hubiera dicho Aristóteles..., y, en medio de su rugir, apenas podía oír otra cosa, una voz, parecía, procedente de algún lugar muy lejano.

Se interrogó al respecto, consciente de que el chirlo en su frente había empezado a pulsar. Era incapaz de decidir qué hacer a continuación. ¿Por qué estoy de pie aquí, con la cabeza metida en el arcón?, se preguntó a sí mismo. Pero sólo le llegaba una respuesta: has bebido demasiado. Kraken sonrió.

—El whisky es peligroso-dijo, medio en voz alta, escuchando sus propias palabras resonar en el arcón. Estaba loco bebiendo whisky. La ginebra no le hacía esto a un hombre..., convertirlo en un idiota. De pronto se sintió desesperadamente asustado. ¿Cuánto tiempo llevaba allí, inclinado sobre el arcón? ¿Estaba la habitación a sus espaldas llena con los rostros de sus amigos, todos ellos tensos por el odio?

Extrajo lentamente la cabeza, cuidando de no desatar una avalancha de despojos náuticos. Sujetaba en sus manos la caja oculta. Un estremecimiento de miedo y excitación recorrió sus venas, barriendo todo pensamiento racional. Allí estaba de nuevo..., la voz, pequeña y distinta, como si alguien estuviera atrapado, quizás, en la pared. No podía comprender nada de aquello. De pronto, ni siquiera estuvo seguro de que deseara comprenderlo, y se vio asaltado por la brusca seguridad de que la voz le hablaba desde dentro de su propia cabeza..., un demonio.

Estaba poseído. Había leído a Paracelso. Inmediatamente le golpeó la idea de que aquello era casi con toda seguridad obra de Mumia, que la mujer que lo había atraído hasta la madriguera donde había sido golpeado era una bruja. Lo había utilizado, estaba seguro de que el peso de Mumia residía en él a través de los cadáveres que había transportado en su carro por todo Londres en plena noche. Los pecados de su pasado se estaban alzando como espectros y le señalaban. Se estremeció de puro miedo. Lo que necesitaba era más whisky. Silenció la diminuta voz, haciendo chasquear los dientes para ahogar el sonido, luego saltó presa de un repentino horror cuando el sonido se convirtió en un griterío de temor.

Dejó caer con un golpe seco la tapa del arcón y se apartó de un salto de él. La habitación exterior era un tumulto. ¡Era de allí de donde había procedido el sonido! Kraken miró por la jamba de la puerta, sólo para retroceder rápidamente a la comparativa seguridad de la oscura habitación. Kelso Drake estaba de pie en la abierta puerta de la tienda. Había venido al fin. Haber golpeado y disparado a Kraken no lo había satisfecho. Había acudido a terminar el trabajo. Kraken se retiró a la oscura habitación hasta tropezar contra una ventana cerrada. Soltó el cierre, la abrió, se arrastró sobre el alféizar y se deslizó al barro del callejón, donde permaneció tendido unos momentos, respirando pesadamente. Se levantó, echó una mirada por encima del hombro a Spode Street, luego se alejó a largas zancadas hacia Billingsgate. En unas pocas horas la multitud del mercado del pescado los ocultaría a él y a su presa de sus enemigos.

El Pudín de Sangre

La llamada sobresaltó a todos, excepto quizás a Godall, que mostró en su rostro una expresión de astuta curiosidad. El Capitán dio un paso hacia delante como con intención de abrir la puerta, pero ésta fue empujada casi inmediatamente por Kelso Drake, que sonrió benévolo e hizo la más ligera inclinación de cabeza antes de entrar en la habitación. Keeble saltó en pie y arrojó su chaqueta sobre las rodillas de Jack para ocultar el juguete.

Drake se detuvo junto a la puerta, absorto en su sombrero de copa, observando la tienda a su alrededor con el aire de un hombre sorprendido de que pueda existir un lugar así, y que termina llegando a la conclusión de que quizá sí, dado el tipo de hombres que tiene ante sí. Se quitó un hilo invisible de su manga e hizo rodar el cigarro hasta el otro lado de su boca.

—¿Fuego? —preguntó el Capitán, tendiendo una larga cerilla.

Drake negó con la cabeza y entrecerró los ojos.

—Prefiere comérselo, ¿eh? —dijo el Capitán, arrojando la cerilla a un cuenco. Keeble se había puesto blanco, una peculiaridad en la que Drake parecía regocijarse.

Sonrió al juguetero.

—Veo que lo ha traído —dijo, haciendo un signo con la cabeza hacia la medio oculta caja sobre las rodillas de Jack—. Es estupendo cuando un hombre se muestra razonable. El mundo ya está demasiado lleno de cosas desagradables.

—La única cosa desagradable que puedo ver —exclamó el Capitán, buscando algo detrás del mostrador— es usted. ¡Salga de mi tienda mientras aún puede hacerlo sobre sus piernas! —Y con eso extrajo una cachiporra de cuero trenzado del tamaño de su antebrazo y la golpeó contra su pierna de marfil. Drake lo ignoró.

—Vamos, hombre, vamos —dijo a Keeble—. Démelo. Me sirve tanto la máquina como los planos. Mis obreros podrán desentrañarla.

Jack estaba desconcertado. Sólo Keeble y St. Ives entendieron aquellas palabras. St. Ives tanteó al lado de su silla en busca del cuello de una botella de ale vacía. Aquél era un hombre peligroso. Era muy probable que la cosa no llegara a la violencia física..., aquél no era el estilo de Drake. Pero el hombre que había intentado robar los planos de Keeble era muy claramente el jugador de dominó de Wardour Street. Era mejor que fueran cautelosos. ¿Quién podía decir qué tipo de rufianes aguardaban en las sombras de fuera?

—Ya le di a usted mi respuesta —jadeó Keeble, temblando visiblemente—. No ha cambiado.

—Entonces —dijo Drake, sacándose el masticado cigarro de su boca—, probaremos la coerción. —Permaneció unos instantes en silencio, como sumido en

sus pensamientos. El resto de la concurrencia permanecía inmóvil, aguardando la declaración de Drake. Pero, en vez de amenazar y sobornar, se limitó a ladear su sombrero y se volvió hacia la puerta, diciendo—: Muy hermosa esa hija suya, esa Dorothy. Me recuerda a una chica que una vez... ¿Dónde fue? —Se volvió de nuevo hacia Keeble, con una burlona expresión interrogativa en su rostro, sólo para hallar a Jack que se catapultaba fuera de su silla, presa de la furia. La caja salió volando; Keeble la atrapó, y Jack se lanzó alocadamente contra Drake, fallando el sonriente rostro por un palmo y chocando contra Godall, que cayó de lado y sujetó la muñeca del Capitán justo en el momento en que éste preparaba su brazo para lanzar un golpe que indudablemente hubiera dejado a Drake sin sentido.

El millonario había hecho una finta hacia la puerta para evitar el golpe de Jack, y vio el intento del Capitán con el rabillo del ojo. La expresión de su rostro cambió en un instante de sonriente indiferencia y regocijo a un negro odio, y su sombrero voló al suelo mientras reajustaba su finta y giraba en redondo en anticipación al golpe. Pero Godall sujetaba aún la muñeca del furioso capitán Powers, y Drake se recuperó, desviándose sólo un poco hacia la puerta.

Se inclinó para recobrar su sombrero, pero el Capitán avanzó unos pasos y clavó éste contra el suelo con su pierna artificial, aplastando la copa hacia un lado; luego, transfiriendo su cachiporra a su mano libre, acabó de aplastar completamente el sombrero con tres rápidos golpes.

—Imagine que esto será su cabeza, maldito patán, si vuelvo a verle por aquí de nuevo. A usted o a cualquiera de sus matones. Son ustedes pura mierda..., aguas de cloaca, todos, ¡así que los reduciré a jalea apenas los vea!

La sonrisa de Drake parecía congelada. Olvidó el sombrero, se volvió como si fuera a decirle una última cosa a Keeble, pero las palabras nunca llegaron a brotar de sus labios. El Capitán se libró de Godall y golpeó a Drake en el hombro, enviándolo despatarrado a través de la abierta puerta, luego se agachó, recogió el arruinado sombrero, y lo lanzó a la noche como si fuera un plato, tras lo cual cerró de golpe la puerta. Abrió una nueva botella de ale y se llenó un vaso con mano temblorosa. Godall se sentó. El Capitán vació medio vaso, se volvió hacia su aristocrático amigo, dijo:

—Gracias, compañero —y se sentó.

Jack había recuperado su caja. Contemplaba un punto indefinido del suelo, pensativo o azarado. Keeble parecía mirar el mismo punto. St. Ives carraspeó.

—Este asunto se vuelve cada vez más curioso —dijo—. No acabo de comprender por qué tenemos que vernos mezclados en tales complicaciones..., como si las maquinaciones de Narbondo no fueran ya suficientes. Ahora tenemos dos villanos a los que enfrentarnos. Vigilamos atentamente a uno de ellos, y durante todo el tiempo el otro nos está vigilando a nosotros. Y, me temo, caballeros, que tendré que dejarles

solos en este asunto..., mi tren sale de la estación de King's Cross mañana por la mañana a las diez en punto, ahora que el oxigenador ya está terminado. No puedo permitirme más demoras. Las condiciones son casi las correctas.

Keeble agitó la mano de forma casual.

—Drake es asunto mío —dijo con un suspiro, como si estuviera cansado de todo el asunto—. No estoy seguro de que no le venda los planos. ¿Qué diferencia significa que lo haga?

—¡No puede! —exclamó Jack, medio levantándose de su silla. Y, justo al compás de su grito, un relámpago iluminó la calle como si fuera mediodía, y el trueno hizo resonar las ventanas, reverberando durante casi un minuto antes de que volviera el silencio. La lluvia golpeteó contra los cristales y cesó, luego volvió a golpetear en un aluvión de enormes gotas que se agitaban al viento. La brusca llegada del cambio de tiempo pareció plegar las velas de Jack, porque volvió a dejarse caer en su silla y guardó silencio.

—El muchacho tiene razón—dijo Godall, golpeando su pipa contra el borde de un cenicero de cristal. —Drake no debe conseguir el motor. Recibirá lo que se merece y nada más... ni nada menos, debería decir. Yo también traigo una información que espero, si no estoy equivocado, que los satisfará a todos ustedes en ciertos aspectos. Drake y Narbondo están confabulados, me atrevería a decir. O, al menos, uno de ellos tiene negocios con el otro. He alquilado una habitación frente al gabinete del doctor..., Drake ha visitado a Narbondo en más de una ocasión.

»Seguí a ambos ayer por la tarde..., no juntos, por supuesto; Drake jamás se dejaría ver con Narbondo. Se encontraron en una taberna en el Borough, un lugar destartalado que parece haberse puesto últimamente de moda para este tipo de cosas. Se halla en la parte de atrás de uno de esos viejos patios de una fonda que no se usan desde hace mucho tiempo, e incluso la gente del lugar la evita. Hay habitaciones, como digo, que dan a un callejón; si hay alguna entrada delantera, no supe hallarla. Lo más probable es que tenga su entrada por la vieja fonda, que es la típica madriguera de pasillos y buhardillas que parecen no conducir a ninguna parte. Si alguien buscara una ubicación apropiada para un fumadero de opio, no tendría que ir más lejos. Claro que no puede hacerse mucha más cosa con ello, sin embargo.

»De todos modos, esas estancias: tres de ellas, con las paredes abiertas para conectarlas, conducen al callejón. No hay ninguna ventana en la pared que da al callejón, y dentro de la taberna todo está tan oscuro y frío como en plena calle. Lo cual, de hecho, fue una suerte para mí, porque estoy seguro de que, si hubieran visto el corte de mis ropas, me hubieran echado a patadas.

Godall hizo una pausa sobre su pipa y estudió la calle, donde la lluvia era iluminada a cada minuto o dos por un rasgado relámpago.

—Maldita sea, hay corriente de aire aquí dentro —dijo el Capitán. Sacó una

bufanda lisa de debajo del mostrador y se envolvió los hombros con ella, luego agitó su pipa hacia Godall, como sugiriéndole que reanudara su historia.—No hay nada que identifique el lugar excepto un curioso cartel encima de una de las puertas del callejón, y ni siquiera un cartel colgante, sino mal pintado en la pared: «El Pudín de Sangre», dice. Dentro había una docena o más de hombres, ociosamente sentados, sin hablar, ¿saben?, y sólo dos de ellos estaban bebiendo algo. Y ni siquiera éstos estaban interesados en sus consumiciones, aunque uno miraba fijamente su vaso como si hubiera algo que ver entre las burbujas, como si *recordara* que había algo allí que antes le había gustado, aunque ahora no pudiera recordar qué era. Lo más extraño acerca de él es que tenía el aspecto como si llevara muerto un mes.

»No era la falta de luz solar tampoco. Había algo malsano en él..., en todos ellos, en realidad, que ningún aire fresco podría eliminar. Uno se puso en pie después de consumir una cierta cantidad de pudín negro con el aspecto más horrible que puedan imaginarse, y caminó directamente contra una pared antes de orientarse y girar su rumbo en dirección a la puerta.

»Kelso Drake apareció una hora después que el doctor, que por aquel entonces se dedicaba a una comida consistente enteramente en pájaros vivos..., gorriones, si mis conocimientos de ornitología no me engañan. Los cogía y los consumía debajo de una cortina que colgaba hasta el suelo. La naturaleza de la comida era evidente, porque el trinar y el piar de los pobres animales llenaba la oscura estancia, y el rumor de sus alas contra la cortina creaba un contrapunto al crujir y restallar de los pequeños huesecillos.

»Drake fue tomado por sorpresa, puedo asegurárselo, cuando el jorobado apareció de debajo de la cortina, con la barbilla llena de sangre, dejando ver el montón de huesos dispersos que cubrían la mesa delante de él.

—Por Dios —interrumpió el Capitán, poniéndose en pie y mirando hacia la parte de atrás de la tienda—, hay una ventana abierta que no debería estarlo, o yo soy un marinero de agua dulce. —Rodeó el mostrador, encendió una vela, y desapareció en una habitación que contenía, desde la visita de Kraken, un arcón de marino medio vacío. Su grito puso en pie al resto de la concurrencia.

Se encendieron las lámparas de gas, y la ventana fue cerrada y asegurada. En el suelo yacían el catalejo, el sextante y dos trozos de plancha de roble. El Capitán se inclinó dentro del arcón, extrajo el cerdo y los sables, y se dio cuenta casi de inmediato que la caja con la esmeralda había desaparecido. Cerró de golpe la tapa, abrió de nuevo la ventana y se abocó al callejón en medio de la lluvia. No se vio nada en ninguna dirección cuando un relámpago iluminó colaboradoramente la por otra parte oscura noche. Se volvió hacia sus compañeros, con la lluvia goteando por su barba, e hizo un gesto de impotencia.

—¿Han robado algo? —preguntó St. Ives, una pregunta retórica, dados los restos

en el suelo y la abierta ventana.

—Sí jadeó el Capitán, trastabillando hacia una silla. Pero no llevaba sentado más de unos segundos cuando se puso de nuevo en pie y cruzó la puerta, entrando con un grito en la habitación vacía de Kraken. El silencio lo recibió.

—¡Kraken se ha ido! —exclamó St. Ives.

—¡El muy bergante! —gritó el Capitán.

—Quizá —dijo Godall apasionadamente— el propio Kraken ha sido la víctima de ese ladrón. No saltemos a conclusiones apresuradas.

—Por supuesto —dijo St. Ives—. Apuesto por el hombre del sombrero en tubo de chimenea..., el que iba detrás de los planos del motor. Yo mismo tropecé con él recientemente, en unas circunstancias más bien desagradables. Apuesto a que se deslizó por la ventana, robó el arcón del Capitán, y dio un mal tanto a Kraken mientras Drake nos mantenía ocupado en la tienda; así deben haber pasado las cosas. —St. Ives se frotó la mandíbula, con los ojos fruncidos a la nada—. Pero ¿por qué debería este hombre estar *necesariamente* confabulado con Drake? —Dirigió la pregunta a nadie, pero Godall respondió:

—Drake es el dueño de la casa de Wardour Street..., una entre las muchas que posee. Su disfraz, por cierto, era más bien transparente, amigo mio. Fue conmigo con quien tropezó usted después de coger el reloj.

El Capitán interrumpió el intercambio de palabras regresando furioso a la habitación, agitando la casi botella vacía de whisky que había encontrado debajo de la cama de Kraken.

—¡Miren esto!, exclamó. —El hombre se largó con... con mi propiedad, y no hay ningún error al respecto. No hubo ningún hombre con sombrero en tubo de chimenea..., no aquí al menos, secuestrando y robando y haciendo un montón de ruido ante nuestras narices. No, señor. Kraken se largó con lo que encontró, y no sirve de nada imaginarnos historias.

—¿Y qué es lo que encontró? —quiso saber St. Ives, inocentemente—. Quizá podamos recuperarlo.

El Capitán guardó silencio y se derrumbó en un sillón, precipitando una pequeña nube de polvo. Enterró el rostro entre sus manos, después de que la furia huyera aparentemente de su rostro ante la pregunta de St. Ives. Al cabo de un momento alzó la vista hacia sus congregados amigos, empezó a hablar, miró a Jack y agitó la cabeza.

—Déjenme pensar —dijo simplemente, y se hundió más profundo en su sillón, cansado y viejo de pronto, su rostro surcado por un centenar de miles de kilómetros en el mar y la inclemencia de incontables soles y tormentas.

El trueno hizo resonar la ventana, y el grupo recogió sus gabanes y sombreros y se preparó en silencio para salir a la calle, barrida ahora por una fuerte lluvia. Jack y

Keeble sólo tenían que cruzar Jermyn Street para hallar refugio, pero St. Ives y Godall tenían un largo camino. Pudo oírse el ahogado resonar de un reloj a través del repiqueteo de la lluvia..., dos afligidas campanadas que anunciaban, más que ninguna otra cosa, la seguridad de que hacía rato que los carruajes de alquiler habían dejado de circular, y que la caminata, para St. Ives al menos, sería larga y lo calaría hasta los huesos. El Bohemian Cigar Divan se hallaba a un kilómetro hacia el nordeste, y el Bertasso en Pimlico a unos cinco kilómetros al sudeste, pero durante seis manzanas o así Godall y St. Ives caminaron juntos Jermyn abajo hacia Haymarket. Ninguno de los dos estaba satisfecho con la medio terminada reunión. Las cosas se estaban calentando a tal velocidad que parecían requerir una acción de algún tipo. Las reuniones quincenales ante cigarros y ale les proporcionaban poco.

St. Ives casi no sabía nada de Godall, que era un amigo, después de todo, del capitán Powers, y además un amigo reciente. Pero al parecer estaba muy interesado en el asunto Narbondo-Drake, por razones que St. Ives no podía comprender enteramente. ¿Por qué, de hecho, el capitán Powers había interrumpido tan bruscamente la reunión? ¿Por qué Narbondo había estado acechando fuera de la tabaquería, si realmente lo había hecho? ¿Era posible que hubiera estado vigilando la casa de Keeble, posiblemente por consejo de Kelso Drake? Todo era un lío. St. Ives ansiaba estar de vuelta en Harrogate, entre sus aparatos científicos, consultando con el instruido Hasbro, que se había quedado allí, y sumergiéndose en asuntos de física y astronomía. Casi podía oler las virutas de acero y el aceite caliente del taller de Peter Hall, el pequeño herrero de Dorchester que construía el remachado casco del vehículo espacial. Había demasiadas malditas distracciones en Londres, todas ellas exigiendo su atención.

Aquella misma tarde había llegado una nota de la Real Academia. A causa de sus conocimientos sobre Birdlip y su amistad con el poco comunicativo William Keeble, St. Ives era invitado a participar en ciertos programas que implicaban el estudio del sorprendente aparato de Birdlip, que había sido divisado sobre el estrecho de Dinamarca, muy arriba en el tenue aire de la estratosfera, girando hacia Islandia en un rumbo que lo llevaría luego de vuelta sobre el Gran Londres. Se estaban organizando expediciones en globo en Reykjavik. Había algunas razones para suponer que el dirigible acabaría descendiendo, quizás aterrizando, en las siguientes semanas. Podía simplemente —¿quién era capaz de decirlo?— caer sobre los tejados de Londres como un globo deshinchado. Los conocimientos particulares del profesor podían ser útiles. Y, ¿acaso no conocía al juguetero William Keeble? Quizá pudiera usar su influencia...

No era más que coerción. Y una oferta. St. Ives tenía que dejar su trabajo, cerrar las puertas de su laboratorio, enviar a Hasbro de vacaciones a Scarborough. Y a cambio, la Real Academia apartaría con un parpadeo la ignorancia y los prejuicios

científicos de sus ojos, se limpiaría las gafas, y aceptaría considerarlo como algo más que un excéntrico lunático. ¿Por qué debían interferir con su trabajo? ¿Por qué siempre se tenía que ver sometido a esas presiones? ¿Quiénes eran todas esas personas, y qué derecho legítimo tenían sobre su tiempo? Ninguno en absoluto. La respuesta era tan clara como el cristal de Whitefriar, y, sin embargo, apenas pasaba un día sin que algún nuevo misterio, alguna queja, alguna petición, llegaran por correo, algún hombre extraño con un sombrero en tubo de chimenea le mirara a través de la ventana, o algún Kraken perdido hacía tiempo apareciera por un callejón y le robara algo inidentificado a algún amigo en medio de la más lluviosa y miserable noche que jamás se pudiera imaginar..., una noche que no tenía derecho a existir en las inmediaciones de la primavera, por amor de Dios.

El agua caía por el ala de su sombrero de fieltro como una cortina de cuentas y empapaba su gabán hasta que éste colgó sobre su cuerpo como una cota de malla. Y, justo cuando parecía que la lluvia estaba cediendo y las sombras de los hundidos portales de las casas al otro lado de la calle empezaban a solidificarse en medio de la bruma, hubo un fuerte resonar, y el destello de un relámpago iluminó los tejados e hizo pedazos todas las fuerzas, fueran las que fuesen, que parecían querer dominar el tiempo. El viento sopló a lo largo de la calle, agitando los faldones del gabán de St. Ives y enviando un estremecimiento por todo su cuerpo que anticipaba un inminente diluvio del cielo carente de estrellas sobre su cabeza. Los dos hombres saltaron como uno solo al portal de una oscura casa donde, al menos, el viento y la humedad no podrían seguirles.

—Una maldita noche —dijo St. Ives lúgubrememente.

—Hummm —respondió su compañero.

—¿Qué supone que robó Kraken? —preguntó St. Ives—. No es que sea asunto mío..., aunque tengo la sospecha de que pronto sí lo será. Es sólo que el Capitán parecía tan peculiarmente... abrumado por ello. Es un aspecto de él que no había visto nunca.

Godall encendió en silencio su pipa; su tabaco, su pipa y el resto de su equipo de fumador estaban milagrosamente secos. St. Ives no se molestó en mirar el suyo. Algún día, pronto —después de que hubiera conseguido hacer despegar con éxito su nave estelar—, se ocuparía de desarrollar un método de mantener en condiciones óptimas su equipo de fumador en medio incluso del tiempo más infernal. Había una cosa en su vida que se había convertido en una certeza, una constante: que no debía dejarse dominar nunca por las fuerzas climáticas y del caos.

—No sé cómo consigue usted mantener su tabaco y sus cerillas secas —dijo St. Ives—; los míos están empapados.

—Tome, mi buen amigo —respondió graciosamente Godall, ofreciéndole su abierta bolsa—. Gracias al Capitán. Es su mezcla. Superior a cualquiera de las mías,

además. —Los dos hombres se pasaron cerillas y atacadores, hablando en tonos bajos mientras contemplaban la lluvia rugir en una ondulante y opaca cortina, dando la impresión de que los dioses estaban arrojando sobre el mundo un diluvio cósmico.

—No estoy seguro respecto al robo —dijo Godall, cuando la pipa de St. Ives estuvo encendida—. Pero creo que ha dado usted en la diana cuando ha dicho que pronto sería asunto suyo también. Supongo que los próximos días aclararán un poco las cosas, aunque tal vez las clarificaciones sólo sirvan para ahondar aún más el misterio. —Godall hizo una momentánea pausa contemplativa, luego añadió—: Esos hombres en el Pudín de Sangre. Eran hombres muertos; estoy seguro de ello. Y la lectura que ha hecho usted de los papeles de Owlesby esta noche es precisamente lo que me hace sentirme tan seguro. ¿Qué piensa usted, como hombre de ciencia? ¿Pudo Owlesby animar cadáveres?

—Si Sebastian dijo que podía, entonces podía —dijo simplemente St. Ives—. No estoy seguro de cómo lo hacía, pero de algún modo implicaba enormes carpas. Y el homúnculo, la cosa en la caja, no era imprescindible. Es evidente por el manuscrito que Owlesby creía que la criatura le revelaría el secreto de la vida perpetua. Keeble también pensaba lo mismo. Lo que hacía, o intentaba hacer, Keeble con los motores..., era lo mismo que perseguía Owlesby con los seres humanos. Ésa es en parte la explicación del declive del pobre Keeble..., y discúlpeme por hablar en esos términos de un amigo. Pero, maldita sea, este asunto ha sido ruinoso. Creo que Keeble se culpa a sí mismo por haber puesto a Owlesby en el camino de la criatura, por haber llenado la cabeza de Owlesby con nociones de vencer la inercia.

—Y eso explica la forma en que se ha ocupado de Jack durante los últimos quince años —dijo Godall.

St. Ives se encogió de hombros.

—Sí y no. Lo hubiera hecho de todos modos. Ellos dos, Keeble y Owlesby, eran casi hermanos, y Winnifred Keeble y Nell eran inseparables desde la infancia.

—Ah, Nell-dijo Godall, asintiendo casi imperceptiblemente. —Bueno, así están las cosas. Los hombres en el Pudín de Sangre eran hombres muertos, como he dicho, y yo observé hace dos días a Narbondo a través de la cortina revivir lo que con toda seguridad era un cadáver. No estoy seguro de cómo encaja Drake en todo esto, aunque me parece que los dos tienen una especie de trato ahí..., que Narbondo, quizá, proporciona a Drake un ejército de trabajadores sumisos..., trabajadores sobre los que ningún sindicato podrá influir. O, ahora que he escuchado su historia sobre la criatura en la caja, es muy posible que Drake espere comprar lo que Owlesby deseaba, y que crea que Narbondo puede proporcionárselo. En cuyo caso el aterrizaje de ese dirigible puede resultar interesante si, como usted dice, el jorobado comprende que el homúnculo está a bordo.

—Puede que lo esté —dijo St. Ives—. Pero no hay ninguna seguridad al respecto.

—Y hay otro grupo —dijo Godall—, un mesías autóctono con el improbable nombre de Shiloh, que tiene una mano puesta sobre el misterio. Es él, por cierto, quien le rozó en la calle momentos antes de que yo apareciera frente al burdel de Drake.

—¡El viejo! —exclamó St. Ives, dándose cuenta de que la naturaleza de los dos hombres de ojos vacíos en las escaleras y de la oreja sin sangre quedaban de pronto reveladas. St. Ives agitó la cabeza. Era un asunto odioso, pero nada en él impediría que tomara el expreso a la mañana siguiente en dirección a Harrogate. Estaría tan sólo a unas horas de Londres, en términos de reloj, y siempre podía volver, pistola en mano, por así decir, cuando fuera llamado. Pero en términos figurativos, gracias al cielo, Harrogate estaba a años luz de distancia de Londres, y tal era la naturaleza de la realidad que necesitaba tan sólo recorrer los kilómetros de distancia en poco más de cuatro horas para hallarse sentado tomando té y pastelillos en una habitación con las paredes cubiertas de mapas estelares y estanterías llenas de libros.

—¿Cuándo piensa regresar? —preguntó de pronto Godall, interrumpiendo las ensoñaciones de St. Ives.

—No lo he pensado mucho —admitió el físico.

—Yo temo más bien por ese hombre, Kraken —dijo Godall—. En realidad lo considero un poco loco, pero inofensivo. Será mejor que sea localizado. Y estoy completamente seguro de que ninguno de nosotros somos suficientemente hombres como para ver solos a través de todo esto. Es el espíritu colectivo el que conseguirá al final la victoria.

—Por supuesto, por supuesto. —La pipa de St. Ives se había apagado. Había una indudable verdad en la afirmación de Godall. Podía, supuso, regresar a Londres dentro de unos pocos días. Una semana, digamos. Cinco días como máximo. Tres. Pero fijar una fecha enviaba al traste su idea del té y los pastelillos—. Si ocurre algo nuevo —se oyó decir—, envíeme un mensaje, y estaré aquí en el siguiente tren. Si no tengo noticias de usted antes, nos veremos el próximo jueves por la noche, en la tienda. Esas reuniones deberían ser un poco más regulares, al menos hasta después de la aparición de Birdlip.

—De acuerdo —dijo Godall, tendiendo la mano, luego sumergiéndose en la arreciante lluvia y alejándose hacia Soho, con las palabras—: Buena suerte —flotando tras él por encima de su hombro en la brisa. St. Ives echó a andar hacia Regent, inclinado bajo su gabán, preguntándose cómo era posible que Godall pareciera tan malditamente eficiente, cómo se las arreglaba tan bien con aquel denso velo de intriga y misterio.

Las luces de la tienda del Capitán brillaban ahora muy detrás de ellos entre la lluvia, y apenas visible en la poco iluminada habitación estaba el Capitán, inmóvil.

La mente del Capitán estaba vacía, con el polvo completamente sacudido por aquella repentina enormidad. ¿Qué le diría a ella? ¿A Jack? Si encontraba a Kraken..., no sabía qué iba a hacer. Todo era por su maldita culpa, exhibiendo la caja con Kraken supuestamente inconsciente en la habitación de al lado. De pronto se envaró. No era sólo la caja, después de todo, lo que había exhibido. Miró el reloj en su bolsillo. Las dos y cuarto. Las tres dirían el resto.

El Capitán miró sus manos, que se agitaban incansables, mientras elaboraba plan tras plan. A las tres menos cinco prestó oídos, a la espera de la llamada en la puerta. Fue de habitación en habitación, bajando las luces al mínimo, observando por las ventanas. No vino nadie. Las calles estaban silenciosas excepto el golpetear de la lluvia. Quizá ella lo hubiera olvidado, estuviera durmiendo. Pasaron las cuatro, las cinco. A las diez de la mañana siguiente, cuando un cliente llamó a la misteriosamente cerrada puerta de la tienda, despertó al capitán Powers, que se desprendió con un grito de un sueño que implicaba los más tenebrosos callejones de Londres y agazapados criminales. No podía enfrentarse al día solo; era el momento de confiárselo todo a Godall.

En el acuario

Al mismo tiempo que St. Ives leía el manuscrito de Owlesby a los horrorizados miembros del Club Trismegisto en la tienda del capitán Powers, el doctor Ignacio Narbondo y Willis Pule avanzaban a lo largo de Bayswater Road hacia Craven Hill. El cielo era una confusión de girantes nubes y no había ninguna luna que iluminara el camino, que estaba aún seco pese a los pequeños chaparrones que caían de tanto en tanto, haciendo que los dos hombres se apretaran los cuellos de sus chaquetas. La cúpula del gran acuario de agua dulce y salada parecía la sombra de un giboso animal por entre los robles, cuyas amplias ramas mantenían el camino y el parque adyacente en una absoluta oscuridad.

El jorobado tiró de las riendas del caballo a unos veinte metros del oscuro edificio, manteniéndose bien oculto entre las sombras de los negros árboles. No se oía nada excepto el susurro del viento y el ocasional golpeteo de las gotas de agua. La masa de piedra del acuario era gris por la edad, manchada de marrón en las largas estrías verticales dejadas por el óxido del hierro de los marcos de las hileras de ventanas. Las enredaderas trepaban por la pared, recortadas en torno a las ventanas, con las nuevas hojas empezando apenas a brotar en la primavera de finales de abril. No se veía ninguna luz en el interior, pero los dos hombres sabían que en alguna parte había un vigilante montando guardia, yendo de un lado para otro, con una vela encendida quizá. Pule esperaba que el hombre estuviera dormido, y su perro con él. Se arrastró a lo largo del perímetro del edificio, por debajo de las ventanas, escuchando y observando y probándolas por turno todas, dispuesto a interrumpirse y echar a correr al menor sonido.

Agarró el montante de una amplia ventana doble y tiró, y la ventana se abrió bruscamente con un crujido en medio de una pequeña lluvia de óxido. Pule se izó al interior, tanteando las piedras de la pared con los pies en busca de un asidero y arañándose la piel de las palmas contra el áspero alféizar. Volvió a caer al suelo, maldiciendo para sí mismo la noche, las ventanas, el invisible vigilante y su perro, y en especial el doctor Narbondo, cómodamente sentado en el carro, listo para salir huyendo al sonido del menor problema. Pule sabía, sin embargo, que sería una abominación marcharse de allí sin una carpa, que Joanna Southcote seguiría siendo solamente un descompuesto montón de polvo y huesos sin el pez..., que su decrepito hijo no se mostraría ni la mitad de ansioso de compartir con ellos su saco de medias coronas si su intento era un fracaso.

Pule luchó una vez más con la ventana..., la fuerza física no había sido nunca su principal cualidad. De hecho, la odiaba. Era algo que estaba por debajo de él. Toda aquella intriga estaba por debajo de él. Pronto, sin embargo, cuando algunas cosas

pasaran a ser posesión suya... Se descubrió a sí mismo en equilibrio sobre el alféizar, agitando las piernas en el aire para mantener el equilibrio y evitar volver a caer hacia atrás en la noche. Finalmente cayó al interior del edificio, de cabeza. Su chaqueta se enganchó en la ventana, haciéndole caer de costado. Oyó el ruido de cosas desparramándose de su bolsillo al suelo de piedra, y maldijo cuando entrevió su cabo de vela rodar bajo las patas de hierro de un acuario. Unos momentos más tarde estaba sobre manos y rodillas en el húmedo suelo, intentando atraparlo.

El aire era denso con el mohoso olor de los acuarios y las plantas acuáticas y la sal que encostraba los bordes de los cristales a causa del fino chorro de burbujas de aireación. Pule podía oír los ecos del gotear de los tanques que perdían y el susurrar de las burbujas en la por otra parte quieta superficie del agua. Gracias a Dios, sus cerillas no habían caído en ningún charco. Se acurrucó detrás de un enorme monolito rectangular de piedra que soportaba una bancada de oscuros acuarios, y rascó una cerilla contra el áspero granito, y escuchó el silbido del azufre al inflarse. Encendió el cabo de vela, asegurándolo en un candelabro de latón.

Escrutó la oscura estancia, satisfecho de descubrir que estaba solo, luego se levantó y avanzó hacia la pared opuesta. Había recorrido la misma estancia media docena de veces durante el último mes, familiarizándose con las islas de acuarios, con la posición y naturaleza de los armarios de las redes y sifones y cubos y grandes vejigas de caucho que proporcionaban aire a los tanques. Halló una red amplia, cuadrada, y un taburete, y arrastró ambas cosas hasta el centro de la sala. Agitó su vela frente a un tanque largo y bajo, frunciendo la vista a través del reflejo del cristal y observando la plateada masa de una gran carpa que apenas se movía por entre las rocas y plantas acuáticas.

Pule se subió al taburete. Apartó la tapa de cristal del tanque, luego bajó y la depositó cuidadosamente en el suelo. Al cabo de un momento estaba arriba de nuevo y hundía su red en el acuario. Tenía que actuar aprisa. Si a las carpas se les daba el asomo de una posibilidad, se lanzarían rápidamente hacia el otro extremo del tanque y se quedarían allí, y él tendría que trasladar el taburete para intentarlo de nuevo. Eso no funcionaría. Arrancó cuidadosamente manojos de plantas, dejándolas caer con un húmedo chapoteo al suelo. No serviría de nada enredar su red en ellas. Era una carpa lo que deseaba, no un lío de vegetación. A través de la semioscura agua podía ver una descansando sobre la grava del fondo, una koi moteada de casi cuarenta centímetros de largo. Ésa bastaría. Pule introdujo suavemente la red en el agua, la agitó un poco para desenredar las esquinas y, con un movimiento repentino, la hundió en un barrido por la parte de la cola del pez, sacándola de nuevo fuera del agua antes de que éste tuviera tiempo de despertarse. Tanteó en busca de su cabeza, en un intento de clavar un dedo bajo una de sus agallas. El agua chapoteó fuera del acuario, empapando la parte delantera de su chaqueta.

La carpa se deslizó bruscamente de lado, apartándose de la mano de Pule. Fue tras ella y sujetó el pez entre sus brazos, sintiendo que el taburete se tambaleaba bajo él y consciente a la vez, de pronto, de la luz que se recortaba a sus espaldas y del ladrido de un perro.

—¡Eh, aquí! —le llegó una sorprendida voz, mientras Pule y el pez caían de lado sobre el montón de empapadas plantas acuáticas que había arrojado antes. Arrastrando anacharis y ambulias, Pule retorció su carpa, golpeándola contra el monolito de piedra mientras rodaba hacia él. El perro gruñó y lanzó una dentellada a la pernera de su pantalón. Pule aulló obscenidades, ululando locamente al perro y a su amo, esperando que el vigilante— un hombre viejo con una pierna mala —no fuera demasiado rápido en sus intentos de agarrar a un evidentemente lunático ladrón de peces. Más que eso, esperó que Narbondo hubiera oído el tumulto y condujera su sucio carro hasta debajo de la ventana.

Le lanzó una patada al perro, que aferraba ahora su pernera, y sólo consiguió arrastrarlo consigo. Su amo cojeó tras él, semiagachado y agitando los brazos, intentando sujetar al perro, como si sólo temiera que Pule se fuera con él además de con la carpa. Pule se volvió, arrojó la carpa por la ventana —no había forma de trepar a ella llevándola consigo—, y sintió que casi le era arrancada de las manos. Una ráfaga de lluvia arrojada por el viento le obligó a cerrar los ojos mientras se encaramaba a ella, más fácilmente ahora, con el perro tironeando de él y el alféizar medio metro más bajo desde dentro del edificio de lo que había estado desde el exterior.

La distancia al suelo por el otro lado, sin embargo, era mayor de lo que había calculado, y se halló, tras una alocada voltereta, tirado en el barro entre las piedras del edificio y las ruedas del carro. Narbondo maldijo salvajemente. Pule le devolvió la maldición, y el vigilante agarró a su perro, mirando sin moverse a los dos hombres desde el otro lado de la abierta ventana. El jorobado fustigó el caballo mientras Pule se aferraba al carro e intentaba trepar a él, pateando furiosamente para mantener el repentino galope del animal y cayendo como un fardo en su fondo, de cara contra el cuerpo del enorme pez.

Se sintió tentado, mientras permanecía tendido allí, jadeando y respirando pesadamente, al tiempo que se limpiaba la escamosa humedad de su mejilla con la manga de su chaqueta, de agarrar la carpa y golpear insensatamente a Narbondo con ella, arrojar al jorobado fuera del pescante del carro contra el galopante caballo, pasar por encima de su retorcido rostro con las ruedas de hierro del carruaje y dejarlo tirado atrás para que muriera en medio del barro del camino. Pero ya llegaría la ocasión.

Pule agarró el pesado pez y lo echó al interior del barril lleno apenas con el agua suficiente para cubrirlo. Lo agitó dentro de él en un intento de revivirlo, pero el pobre animal estaba medio aplastado. Al cabo de unos segundos el agua era un amasijo de

sangre y escamas.

—¡Hecho! —gritó Pule a la nuca de la bamboleante cabeza de Narbondo.

El jorobado gritó algo como contestación, pero sus palabras se perdieron en el viento. El carro botaba y crujía y se bamboleaba entre los oscuros robles, abriéndose camino entre baches, estando a punto de meterse en una zanja, con el barro alzado por los cascos del caballo salpicando casi a Pule, que se aferraba ahora con ambas manos, satisfecho de dejar al pez a su propia suerte. Con una brusquedad que catapultó a Pule contra la espalda de Narbondo, el caballo se detuvo y, en medio de un diluvio, el jorobado saltó a la parte de atrás del carro, haciendo un gesto a Pule con la cabeza.

—¡Coge las riendas! —jadeó, abriendo su bolsa y buscando en ella su escalpelo. Hizo una pausa lo suficientemente larga como para darle a Pule un empujón que casi lo arrojó fuera del vehículo, y al cabo de un momento estaban de nuevo en marcha, con Pule conduciendo y el doctor abriendo en canal el pez con su hoja, al tiempo que murmuraba para sí mismo algunas obscenidades que fueron barridas tras ellos por el viento y la lluvia y así se perdieron totalmente para Pule, cuya mente estaba llena con sus propios negros pensamientos de muerte y venganza.

No había ninguna auténtica razón para temer nada, en realidad. Nadie sospechaba de ella. Sin embargo, se sentía inclinada hacia la oscuridad, hacia aventurarse por las calles de noche. Rezaba para que pronto llegara el día en que todo fuera de otro modo. El capitán Powers se ocuparía de eso. Se apresuró a lo largo de Shaftsbury, oculta en su capa a través de las casi vacías calles, con su paraguas inclinado hacia atrás para parar el viento y la lluvia que venían del oeste. El tiempo era demasiado malo para que nadie estuviera fuera, y la hora era tardía..., mucho después de medianoche.

Su vida de vagar sin hogar primero en las Indias, más tarde, durante tres años, en Carolina del Sur, y ahora, finalmente, en Londres —el hogar de su juventud, pero ahora el lugar del mundo más cargado de sospechas y miedo—, se había visto aliviada para ella con el descubrimiento de un puerto seguro, uno solo, una isla en un mar de tumulto y remordimiento. El capitán Powers era esa isla..., un hombre al que nada podía alterar, que con su pierna artificial podía caminar decididamente por bamboleantes cubiertas barridas por el agua del mar, podía fijar un rumbo a partir de las sombras de las estrellas.

Pero lo que más la atraía era la obvia curiosidad del Capitán hacia las cosas curiosas y frívolas. En medio de su pétreo sentido práctico había un montón de cosas extrañas..., aquella ridícula pierna de fumador, un collar con un diente de mono que le había sido regalado por un explorador de la jungla a cambio de dos botellas de escocés, una pipa que quemaba tabaco y simultáneamente emitía pompas de jabón,

una colección de baratijas que se suponía proporcionaban buena suerte y que llevaba siempre en su bolsillo...

—Tengo mi suerte en el bolsillo —decía siempre, exhibiendo la colección a cualquier extraño que le preguntaba, mostrando en la palma de su mano una habichuela roja y negra del Perú, una ágata roja jaspeada, un diminuto mono de marfil y una moneda oriental con un agujero en el centro. Podía decir mucho de cualquier hombre, afirmaba, por la naturaleza de su reacción ante todo aquello. William Keeble y Langdon St. Ives habían podido comprobarlo.

Nell se sorprendió al descubrir que sólo estaba a una manzana de la tabaquería. Todavía era pronto para el asunto que la traía allí; sin duda la reunión del club aún seguía. Si podía encontrar algún refugio, esperaría allí. No era del todo desagradable contemplar la lluvia si una estaba convenientemente resguardada de ella. Giró por Regent Street hacia el St. James Park. Se sentaría bajo una pérgola e imaginaría un concierto, o no imaginaría nada en absoluto, sino que simplemente se ocultaría en la oscuridad y el mal tiempo.

La lluvia disminuyó brevemente, y la noche quedó en silencio excepto por el ruido de sus pasos sobre el pavimento. Tras ella, resonando lentamente por Regent, apareció una berlina, con su luz ardiendo amarilla en la brumosa noche. Llegó a su altura y retuvo la marcha, como si la escudara. El cochero, sin embargo, no le prestó atención, sino que permaneció relajado en su pescante, mirando con fijeza al frente, las riendas flojas en sus manos, como si el vehículo retuviera la marcha simplemente por inercia. Nell se obligó a sí misma a ignorarlo. Se arrebujó en su capa y siguió avanzando. Dudó entre girar al callejón que se abría ante ella o simplemente seguir su camino hacia el parque.

Echó una rápida ojeada a la berlina. Había dos hombres dentro, y ambos la miraban. Uno estaba sumido en las sombras, el otro era claramente visible. Parecía tener sólo medio rostro. Había algo en su mirada que la convenció, brusca y completamente, de que no estaban paseando casualmente en medio de la noche, sino que la estaban vigilando a ella. Se metió en el estrecho callejón, con altos edificios a ambos lados bloqueando en parte la lluvia, que resbalaba suavemente por la pared de su izquierda, haciendo brillar los sucios ladrillos y fluyendo en un lodoso riachuelo a lo largo del centro del callejón. Alzó su falda y echó a correr. No podía hacer nada excepto chapotear en el riachuelo, que le llegaba hasta el tobillo. Daría la vuelta cuando llegara al final del callejón..., correría todo el camino hasta Jermyn Street si era necesario. No importaba la hora. Mejor traicionarse a los amigos del Club Trismegisto que llamar a un guardia. Pero mejor cualquiera de estas dos cosas que caer en manos de quien fuera que viajaba en la berlina. Y tenía una idea bastante clara de quién era.

Nunca alcanzó el final del callejón. Parecía flotar allí, al otro lado de una bruma

de lluvia a algunos centenares de metros de distancia, amarillo al resplandor de una farola de gas. Una alta figura se recortó a la débil luz, envuelta en una capa, encorvada como a causa de la edad. Nell disminuyó su marcha, luego se detuvo. Repentinamente estuvo segura de que, quien fuera que estaba de pie en la boca del callejón, no era Ignacio Narbondo. Se había equivocado, pero ese convencimiento no la consoló. Caminó lentamente, apretándose contra la relativamente seca pared de la derecha, rozando los húmedos ladrillos con la parte de atrás de su cabeza. Se volvió. Un relámpago iluminó el cielo encima de ella, revelando las dos agazapadas figuras que se le acercaban en medio de la densa oscuridad contra un repentino fondo brillante. No había ventanas ni puertas a su alrededor. Las paredes eran lisas y resbaladizas. La noche se convirtió en una tumultuosa cacofonía de sonidos, y su grito se perdió en el rugir del trueno, que amenazó con derrumbar sobre ella los ásperos ladrillos.

Una mano se cerró sobre su boca, luego se apartó de golpe cuando ella la mordió. Nell se tambaleó y pateó alocadamente al hombre de la capa. Éste maldijo y retrocedió con unos saltitos cojeantes, como si estuviera tullido por la edad. Ella intentó apartar el agua de lluvia de sus ojos con un parpadeo, sin querer creer lo que veía. Pero era así. Un momento de debilidad, hacía años, había vuelto a ella para traicionarla.

Un rostro arruinado, el rostro de un cadáver, se alzó frente a ella, y el espectro que lo poseía la empujó contra la pared, echando un saco de harina por encima de su cabeza. Ella giró en redondo, quiso huir, cayó de rodillas en el agua, y fue alzada en pie y empujada hacia delante.

El tambaleante y ciego camino de vuelta por el callejón hasta la berlina que aguardaba pareció interminable, pero no le dio tiempo para pensar. Su segundo grito fue silenciado por un tirón al saco que había sido retorcido en torno a su cuello. Vio dos rápidos destellos de otros tantos relámpagos, y contó automáticamente, en medio de su aturdimiento, los seis segundos que siguieron. El trueno resonaba aún en el bajo cielo cuando una mano se apoyó al final de su espalda y empujó, y se vio precipitada al interior de la berlina. Permaneció de rodillas en el piso. Oyó el clic de la cerradura de la puerta y escuchó el sonido del látigo del cochero en la lluviosa noche, mezclado con la jadeante respiración de sus dos captores.

Buscó en su memoria, en un esfuerzo por hallar una explicación a su destino. No había ninguna. Lo que ella sabía, Shiloh lo sabía también. Había sido, hacía muchos años, una conversa brevemente voluntaria, que se había confesado total y sinceramente. Pero el conocimiento que había revelado, de su culpabilidad y de las circunstancias de la cosa en la caja, no habían cambiado. No podía serle de ninguna utilidad al hombre. A menos que persiguieran algo más. ¿Tenían intención de utilizarla contra el Capitán? ¿Era la esmeralda de Jack lo que buscaban? Escrutó en

su mente. ¿Había revelado la existencia de la esmeralda? Casi deseaba haberlo hecho, porque, si buscaban llegar hasta el capitán Powers a través de ella, habían cometido un error..., y deseó con todo su corazón, mientras la berlina se detenía con una sacudida unos minutos más tarde, que fuera ése precisamente el error que habían cometido.

El doctor Narbondo llevó la mutilada carpa por las estrechas escaleras hasta su laboratorio encima de Pratlow Street, con Willis Pule trastabillando detrás. La glándula que había extirpado era una cosa miserable, medio arruinada también por la torpe estupidez de Pule. Tendría que idear alguna especie de espectáculo para satisfacer al maldito misionero..., hacer que Pule sujetara con hilos a Joanna Southcote desde el techo y la hiciera danzar como una marioneta. El viejo se mostraría reacio a desprenderse de su dinero, por carente de valor que fuera, si no obtenía alguna satisfacción. De hecho, no había forma de decir cuál podía ser la reacción del viejo loco si su preciosa madre no se levantaba de la losa.

Narbondo, con las manos llenas de vísceras del pez, abrió la puerta de una patada y entró en su gabinete. La lámpara encima de su vacío acuario estaba encendida. Bajo ella, con su rostro medio en sombras, estaba de pie Shiloh en persona, demacrado, los ojos extraviados, y chorreando agua en el suelo al lado de la losa. El doctor Narbondo pudo ver que el viejo estaba lejos de sentirse satisfecho. Joanna Southcote no era una visión inspiradora. Estaba tendida en un confortable montón sobre la losa, medio descoyuntada, una carcasa desvencijada, carente de carne, hundida, compuesta de tierra y polvo y huesos. Los enmarañados mechones de pelo estaban enredados con hojas secas. Su sudario yacía en un ignominioso montón al lado de la losa.

Una tabla de disección en la que había clavado un enorme sapo desollado había sido barrida de la losa al suelo junto con un montón de notas, una botella de tinta y una pluma. El jorobado dejó caer el pez encima de la losa y se quitó en silencio el chorreante impermeable. Shiloh, estupefacto por la furia, adelantó el brazo y arrojó el pez al suelo, encima del sapo. La violencia del esfuerzo hizo que la losa se agitara, y los huesos de su madre danzaron brevemente y su mandíbula se cerró con un chasquido, como si estuviera reprendiendo la torpeza de su hijo.

—¡Está hablando! —gritó el evangelista, inclinándose hacia delante y sujetando el antebrazo del cadáver como para animarlo a proseguir. La mano se desprendió y cayó, suelta, sobre la losa. Shiloh retrocedió horrorizado, cubriéndose los ojos. Narbondo gruñó disgustado y se volvió para colgar su impermeable de una percha. Se detuvo, con una sonrisa extendiéndose en su rostro.

—Nell Owlesby —dijo—. Y después de tantos años. ¿Cuántos han sido? Quince años ya desde que disparó contra su pobre hermano, ¿no? —Hizo una momentánea pausa y se lamió los labios—. Fue un buen tiro, debo reconocerlo. Directo en su

corazón. Golpeó una costilla en su camino y se alojó en el ventrículo izquierdo. La que organizó allí. Estuve trabajando con él durante tres horas después de perseguirla a usted por medio Londres, pero no pude salvarle. Lo animé, de todos modos, durante una semana, pero no valió la pena continuar. Había perdido los sentidos. Se pasaba todo el día llorando. Finalmente lo hice pedazos: utilicé un trozo de él aquí, otro trozo allí.

Nell permanecía sentada con los labios apretados en un rincón, contemplando la lluvia que golpeaba contra la ventana.

—Eso es una mentira —dijo finalmente—. Yo misma lo vi ser enterrado en Christchurch. Sus huesos aún están allí. Mi error fue no dispararle a usted en vez de a él. Ahora lo sé. Lo supe una hora después de hacerlo. Pero ya estaba todo hecho.

—Tiene razón, por supuesto. —Narbondo se inclinó para recoger su sapo. Lo depositó sobre una mesa, volvió a clavar una flácida pata que se había soltado. Luego señaló hacia la ruina que era la carpa—. El alma de su madre —dijo, volviéndose a Shiloh— reside en esta carpa. Ha sido golpeada. Es una lástima, realmente, pero no pudo evitarse. Mi ayudante, aquí, la pulverizó contra el alféizar de una ventana. Pero está mucho más sana que esto, ¿no? —señaló con la cabeza hacia el esqueleto antes de fruncir ligeramente el ceño, como si no estuviera del todo satisfecho con él. Avanzó lentamente hacia la ventana, la abrió, y arrojó la carpa a la noche.

El viejo misionero saltó hacia él, con su capa aleteando detrás. Narbondo hizo un floreo con su mano derecha frente a su rostro, como si fuera un mago descubriendo la moneda que tenía en la palma. Entre su índice y su pulgar estaba la pequeña glándula con forma de riñón, con un brillo rosado. Le hizo un guiño al viejo, que se detuvo bruscamente.

—Esto vale doscientas cincuenta libras —dijo Narbondo, alzándola hacia la luz.

—Le cambiaré la mujer por ella —dijo Shiloh, sonriendo por primera vez aquella noche.

Narbondo se encogió de hombros.

—¿Para qué la quiero? Es una asesina. No tengo ningún interés en asesinas, ¿sabe?

—Lleva un mes preguntando por ella por toda la ciudad. De hecho, ha ofrecido casi dos veces esta suma por alguna noticia relativa a su paradero. Estoy dispuesto a entregársela si llegamos a un acuerdo.

El jorobado se encogió de hombros. Se volvió hacia Nell, que permanecía sentada como antes, mirando a la noche. Tenía una vaga idea de qué era lo que había juntado a aquellos dos villanos..., cuál era la información que ansiaba Narbondo de ella, incluso después de quince años.

—¿Dónde está la caja? —preguntó bruscamente el doctor.

—Pregúntele al viejo —dijo Nell—. Él lo sabe.

Narbondo giró en redondo y miró fijamente al evangelista, que ahora permanecía de pie con una expresión insatisfecha en su rostro. Se encogió de hombros.

—Esto —dijo lentamente, como si contemplara cada palabra— es un asunto de beneficio mutuo, ¿no?

Narbondo empezó a decir algo, al parecer se lo pensó mejor, y guardó silencio. Luego, tras una pausa, murmuró:

—¿Dónde está la caja? La quiero. Ahora.

El viejo sacudió la cabeza.

—Pagaré por los servicios prestados. Todavía no he visto ningún servicio. — Luego, recobrándose de pronto, hizo un gesto hacia la losa a sus espaldas—. Esta noche —dijo—. Inmediatamente.

Pule gruñó y se dejó caer en una silla. Narbondo asintió, como si la petición fuera algo muy simple, y cogió un delantal de una percha, siseándole a Pule que se preparara para cirugía.

—¿Cómo...? —empezó a decir Pule, pero el jorobado lo cortó con una maldición. Shiloh retrocedió hasta una silla en el lado opuesto al fuego, su rostro convertido en una mezcla de reverencia, satisfacción y ansiedad.

Theophilus Godall se apresuró por las lluviosas calles mientras escuchaba alejarse los pasos de Langdon St. Ives y meditaba sobre el extraño estado del capitán Powers, que evidentemente había sufrido la pérdida de artículos desconocidos por el resto de ellos y quizá muy valiosos. Este asunto era ya lo bastante difícil cuando sus distintos elementos eran evidentes. Cuando se hallaban ocultos, se hacía cada vez más frustrante..., interesante, cierto, pero frustrante.

Se había ido acostumbrando a permanecer despierto por las noches. No tenía ningún asunto en particular del que ocuparse, así que podía permitirse descabezar un par de horas de sueño por la mañana. Eran cerca de las dos de la madrugada. La noche y la lluvia cubrirían su falta de disfraz. Dio unas pensativas chupadas a su pipa, golpeó decididamente los adoquines del suelo con su bastón, y estableció su rumbo hacia Pratlow Street, dando la vuelta a la esquina justo en el momento en que una ventana iluminada a medio camino de la manzana se abría y un bulto cilíndrico era arrojado por ella y se estrellaba contra el pavimento de abajo, al tiempo que sonaba un grito que quedaba ahogado por el cierre de la ventana. Godall se apresuró hacia delante y se inclinó sobre la cosa en la calle. Era un pez muerto, de una clase indeterminada..., puesto que su cabeza y la mayor parte de su cuerpo se habían visto reducidos a papilla por la repentina colisión con la calle. Godall se dio la vuelta y subió las escaleras hacia su desnuda habitación alquilada, arreglando las cortinas de tal modo que dispusiera de su habitual visión sobre el gabinete de Ignacio Narbondo.

Desde su cortina pudo ver a tres hombres en la habitación, todos los cuales le eran familiares. Shiloh, el autoproclamado mesías, exhortaba al jorobado y a su ayudante. Parecía estar increpándoles, y de tanto en tanto Godall podía captar fragmentos de gritos sobre el viento y la lluvia. El jorobado arrojó chorros de una bruma amarilla sobre un cadáver en la losa —un esqueleto en la losa— mediante un dispositivo manual vaporizador alimentado por un tubo enroscado. Un fuego rugía tras él en la chimenea. Metido en una pesada jarra de cristal rellena de líquido había un objeto pequeño de alguna clase..., demasiado pequeño para identificarlo. En un cáliz de piedra ardían hierbas. El evangelista se dejó caer de rodillas como si rezara, y Narbondo, al parecer tropezando con la mano del hombre, trastabilló y roció su bruma amarilla sobre Pule, que se tambaleó hacia atrás, presa de arcadas. El jorobado hizo una pausa para gritarle algo al viejo, que se levantó y retrocedió un paso, fuera de la vista de la ventana.

Un repentino arreciar de la lluvia disminuyó por un momento la visión de Godall, pero miró a través de ella con los ojos fruncidos, enfocándolos en la cosa tendida sobre la losa. Seguro, pensó el tabaquero..., seguro que el jorobado no podía estar intentando animar aquella cosa. Pero estaba equivocado. El cáliz humeó. Narbondo cogió la cosa en la jarra y, asintiendo a Pule, la metió en algo parecido a un prensaajos y la estrujó sobre la abierta boca del cadáver.

El viejo cayó hacia atrás, cubriéndose el rostro con las manos. Narbondo bombeó la máquina. La cosa en la losa se estremeció una vez, una lluvia de hojas y tierra cayó de su enmarañado pelo, y pareció alzarse como si levitara. Los gritos de Narbondo eran audibles, pero la ventosa lluvia los reducía a algo ininteligible.

El cuerpo se estremeció dos veces más, se envaró, y empezó a alzarse muy lentamente sobre el codo de su brazo sin mano, como si quisiera bajarse de la losa y echar a andar. Volvió su correosa cabeza hacia uno y otro lado, ciega, apenas animada, como una impía máquina oxidada. Su otro brazo se alzó y acompañó a la girante cabeza mientras ésta rotaba sobre el eje del cuello hacia la ventana. Por un momento que aferró sus entrañas, Godall estuvo seguro de que la cosa le miraba a él; pero la cabeza siguió rotando y clavó su vacía mirada en el tembloroso evangelista, con su señalante mano flotando en el aire, como si fuera una acusación o, más simplemente, una súplica. El viejo se aferró las ropas, con sus manos abriéndose y cerrándose en un gesto de miedo y maravilla. Luego, como un castillo de cartas desmoronándose, el cadáver se derrumbó bruscamente contra la mesa, y la mano que señalaba se desprendió también y repicó contra el suelo. El viejo jadeó y avanzó. Narbondo llenó la habitación con una nube de su vaporizador, y finalmente lo dejó a un lado y recogió la caída mano. Luchó con los esfuerzos del hombre por quitársela, luego se detuvo, se encogió de hombros y la arrojó sobre la losa, junto a los amontonados huesos.

La bruma nublaba aún la habitación. A través de ella, avanzando hacia la ventana que daba al patio, se acercó una mujer que a Godall le dio la impresión de tener unos cuarenta años. Suponiendo tal vez que intentaba interferir con el cadáver, el viejo se lanzó contra ella, protestando. Ella le golpeó en el lado de su cabeza con su puño cerrado, pasó bruscamente por su lado, abrió la ventana y se reclinó hacia fuera, quizá para respirar un poco de aire puro o con la intención de arrojarse por ella. Godall aplastó el instintivo impulso de dejar caer la cortina y retroceder en la oscura habitación. En vez de ello la miró directamente y, como si pasara por su lado en una concurrida acera en pleno mediodía, le hizo un leve saludo con el sombrero; luego se echó hacia un lado, de tal modo que apenas podía ver más allá de la ventana.

Los tres hombres de la otra habitación la arrastraron hacia atrás, lejos de la ventana, mortalmente temerosos, le pareció a Godall, de que pudiera caer los tres pisos hasta las oscuras piedras del patio de abajo. Godall describió cuidadosamente el pasador de su propia ventana y la abrió una rendija. Fue recibido por un fuerte soplo de húmedo aire y una cacofonía de voces, acusando y gritando blasfemias. Los hombres tiraban de la mujer como si fuera un bolso lleno de monedas en manos de ladrones, hasta que, con un empujón que arrojó al jorobado contra su acuario, ella se soltó. Pule tendió las manos hacia ella, y ella le dio una fuerte patada en la espinilla.

La corta e incierta tregua que siguió fue interrumpida por el viejo, que parecía sufrir un repentino acceso de remordimientos sobre el estado de su caída madre.

—¡La ha arruinado! —exclamó, agitando las manos hacia el cadáver y volviéndose repentinamente hacia Narbondo—. ¡Lo... lo... *pagará!*

El jorobado se encogió de hombros, aparentemente calmado.

—No —dijo, enderezando su chaqueta y guiñando un ojo a la mujer—, usted pagará. —Y con esto abrió de golpe la puerta e hizo un gesto con la cabeza hacia el negro pasillo de fuera—. Todavía no he terminado con su madre. Esto ha sido algo muy parecido a un éxito. Si nuestra carpa no hubiera estado tan maltratada, nos hubiera danzado un minué al momento. —Y, mientras decía eso, bajó una mano hasta las teclas de un piano abierto junto a la puerta y las recorrió con los dedos, en una rápida escala de notas ascendentes.

Shiloh miró de Narbondo a Pule y de Pule a Narbondo, sin moverse cuando el jorobado hizo un brusco gesto con la cabeza hacia la puerta. En el pasillo había dos hombres de pie, uno con un turbante, el otro con un rostro mutilado. La mujer retrocedió una vez más hacia la ventana, pero fue sujeta por un asustado Pule. El hombre del turbante inclinó la cabeza hacia el viejo y extrajo una pistola de su cintura, apuntando con ella al jorobado.

—Vamos, querida —dijo el evangelista, agitando una mano hacia la mujer. Godall apenas pudo oír su repentinamente suave voz. El hombre del turbante niveló la pistola en su alzado antebrazo, apuntando ahora directamente a Pule, que

permanecía con la boca abierta—. Mi oferta sigue aún en pie. Cada uno de nosotros desea a una mujer en particular viva. Nada excesivamente complicado, ¿verdad? —Y, sin aguardar una respuesta, Shiloh, la mujer y los dos esbirros cruzaron la puerta y fueron engullidos por la oscuridad.

Godall bajó las escaleras de dos en dos, y estaba en la calle antes que ellos. La historia de St. Ives de los dos hombres en la casa de prostitución dejaba pocas dudas en su mente acerca de la identidad y naturaleza de los cómplices de Shiloh. Esperaba que fueran tan débiles como St. Ives había supuesto. A la vista de la berlina estacionada más allá de la esquina de Old Compton, Godall se agazapó en la oscuridad del portal, suponiendo que el grupo pasaría junto a él al salir.

Se oyó resonar una puerta, pasos bajando los escalones de la casa de al lado, y un momento más tarde cuatro figuras imprecisas pasaron apresuradas ante él, con la mujer arrastrada sin excesivas ceremonias por el viejo evangelista, que emitía una especie de inidentificado sonido maullante..., algo entre una risita y un gruñido. Godall salió silenciosamente a la acera tras ellos, y sus pasos se perdieron en el conjunto de los otros. Sin ningún intento de ocultarse, agarró al hombre del turbante por la chaqueta, tiró de ella hacia atrás, y al instante el hombre se volvió hacia él, sorprendido. Godall extrajo el revólver del cinturón del hombre.

Parecía muy probable que amenazar a dos muertos andantes con un revólver fuera a servirle de muy poco, así que saltó más allá de ellos, aferró a Shiloh por la parte frontal de su capa y clavó el revólver en su sien, sujetando su bastón bajo el brazo.

—Agradeceré que suelte a la mujer —dijo Godall.

El viejo la dejó ir sin ninguna vacilación, alzando ambas manos sobre su cabeza como si quisiera demostrar que no tenía ninguna intención de discutir.

Godall soltó la capa del viejo y tendió a Nell su bastón.

—Theophilus Godall, a su servicio —dijo.

Ella vaciló por un momento, luego respondió:

—Nell Owlesby, señor —y observó el rostro de Godall, que hizo un incompleto esfuerzo por disimular su sorpresa. Volviéndose de nuevo hacia el viejo, que contemplaba nerviosamente el arma, Godall dijo:

—Usted nos acompañará un trecho. Sus amigos se quedarán aquí.

—Por supuesto. Eso es exactamente lo que harán. Se quedarán muy quietos. ¿No es así, hijos?

Los dos guardaron silencio. Godall retrocedió de espaldas por la acera, temiendo de pronto que el hombre con el rostro arruinado pudiera ir también armado. Pero no hizo ningún movimiento en absoluto. Giraron la esquina y se apresuraron hacia el extremo de la calle. El este empezaba a teñirse de gris con las primeras luces del amanecer, y la ciudad estaba despertando. Las nubes encima de su cabeza comenzaban a desgarrarse, y la luna parpadeó a través de ellas, pálida como un

fantasma. La mañana estaba iluminando peligrosamente el vecindario. Si podían doblar la siguiente esquina y recorrer otra manzana o dos, dejarían al viejo que se las apañara como pudiera y se alejarían hacia Jermyn Street.

El evangelista empezó a emitir aleluyas espirituales monosilábicos acerca de condenación y dolor y, aún andando de espaldas, cerró fuertemente los ojos, como si estuviera rezando o borrando la visión de un mundo demasiado rudo y malvado como para ser tolerado. Tropezó, y estuvo a punto de precipitarlos a los tres a la calzada. Godall, dudando por simple ética caballerosa en amanillar al viejo, dijo simplemente:

—¡Ande con cuidado!

Doblaron la esquina y se acercaron a la berlina estacionada. El caballo relinchó. Godall se giró hacia él, sorprendido por el repentino sonido. Una maldición sonó directamente encima de su cabeza y, antes de que tuviera tiempo de separar la maldición del relincho, alguien cayó como un mono sobre su espalda desde el techo del carruaje.

El cochero. Había un cochero, pensó alocada e ineffectivamente Godall, mientras era derribado a la húmeda calle. La pistola resonó contra los adoquines. Forcejeó con su atacante, golpeando al hombre cuyos brazos rodeaban su cuello. Pero los golpes hacia atrás no servían para nada, y el hombre deslizó su antebrazo debajo del hombro de Godall y en torno a su nuca. Godall sintió que su cabeza era aplastada contra su pecho. Su pie derecho tanteó hacia atrás y halló el bordillo. Empujó y consiguió ponerse de rodillas. Su asaltante era curiosamente ligero, pero, ligero o no, la presión que ejercía sobre el cuello de Godall se endureció. Su sombrero había medio caído sobre sus ojos y, de alguna forma, se aferraba allí tan tenazmente como el hombre a su espalda, no dispuesto a soltarse. Por debajo del ala pudo ver a los dos secuaces del viejo girar la esquina y correr hacia ellos, y al viejo evangelista inclinarse para recoger la caída pistola.

Godall pateó una vez en aquella dirección, pero sin conseguir nada. Se puso en pie, con el hombre aún aferrado a él, y corrió hacia atrás, contra el costado de la berlina. El vehículo osciló sobre sus muelles; el caballo saltó hacia delante. Hubo un grito gutural en el oído de Godall cuando el hombre a su espalda se retorció y se soltó, arrastrando a Godall con él y haciéndole perder el equilibrio. Mientras caía vio a Shiloh retroceder tras recibir un golpe. Era Nell, con el bastón de Godall. Lo tenía cogido por la punta y, cuando Shiloh hizo otro débil intento de agarrar la caída pistola, ella le golpeó en la oreja con la luna de marfil del mango, luego se volvió para clavar la punta en la garganta del hombre del turbante, que acudía en ayuda de sus caídos camaradas.

Godall saltó hacia la pistola, rodó pesadamente de lado y la agitó de forma amenazadora. El hombre del turbante estaba arrodillado en un guiñapo y parecía como si fuera a vomitar. El evangelista estaba sentado, con su cuero cabelludo

goteando sangre y agitando lentamente la cabeza, mirando a Neill con una tenebrosa expresión de dolor y furia. El conductor de la berlina estaba enredado entre los radios de la rueda trasera del vehículo, que habían atrapado su pie cuando el caballo saltó hacia delante y lo habían hecho caer de su percha en la espalda de Godall.

La batalla, claramente, había terminado. Godall vaciló. ¿Debía llevarse con él al viejo? Pero Nell ya se alejaba apresuradamente, llevándose su bastón. El cielo era claro y gris. Un carro que se acercaba rompió el silencio de la mañana. Godall agitó por última vez la pistola, se volvió y echó a correr tras Nell Owlesby. Cuando pasaron Lexington, dos manzanas más abajo, miró hacia atrás para ver a los ghouls inclinados sobre su encorvado salvador.

Pobre Billy Kraken

Willis Pule se inclinó contra la barandilla del malecón y contempló desde arriba el tumulto del mercado de Billingsgate. El sol estaba alto, pero no demasiado, y arrojaba sus ondulantes rayos anaranjados a lo largo de las plácidas aguas del Támesis por entre las nubes. Las calles estaban limpias y mojadas. Bajo otras circunstancias hubiera sido una mañana bastante agradable, con los mástiles y los cordajes de los veleros alzándose por encima de las hileras de barcas de pesca contra el cielo lavanda y centenares de hombres transportando su pescado a tierra a lo largo de los muelles. Pero Pule no había dormido esta noche. Narbondo necesitaba otra carpa, y en ello estaba él ahora. La suya había muerto de enfermedad de la vejiga natatoria. El acuario no podía intentarse dos veces en un solo día. Había la posibilidad de que los criadores en Chingford tuvieran carpas para vender en Billingsgate. Y si eran frescas —si aún no habían empezado a secarse—, podían proporcionar la posibilidad de restaurar a Joanna Southcote después de todo.

El jorobado se había estado arrancando el pelo a tirones desde que el viejo se había marchado con Nell Owlesby. Narbondo estaba loco suponiendo que podían conseguir algo con el cadáver sobre la losa..., más loco aún confiando que Shiloh mantuviera su parte del trato. El evangelista los vendería. Y su poder se estaba acumulando. Pule podía ver a media docena de sus conversos distribuyendo sus folletos en el mercado, la mayoría de los cuales eran utilizados inmediatamente para envolver el pescado. Ninguno de los suplicantes parecía ser uno de los muertos animados de Narbondo. Incluso el más vil y desagradable de los cultos religiosos podía desarrollar alguna especie de falaz legitimidad a través del número.

Pule se preguntó si sus perspectivas serían mejores si se unía a Shiloh, si pasaba a ser uno de sus conversos. Podía hacerlo subrepticamente —sin abandonar a Narbondo— y enfrentarlos el uno contra el otro. Clavó la vista en su café, sordo a los silbidos, gritos y exclamaciones de la multitud cargada de cestos a su alrededor.

La falta de sueño debía notarse en su aspecto. Acarició con el dedo uno de los forúnculos de su mejilla. Con todos los poderes de eras de estudio alquímico a mano, no parecía ser capaz de impedir esas malditas erupciones cutáneas. Los baños de alcanfor casi lo habían sofocado. Las toallas muy calientes empapadas en ron, vinagre y —se estremeció al recordarlo— orina no habían hecho más que activarlas, y había necesitado dos meses completos antes de poder salir a la calle sin suponer que todo el mundo a su alrededor susurraba y gesticulaba a sus expensas. Y probablemente lo hacían, los malditos. Se frotó ociosamente la nariz, oliendo su café, cuyo aroma apenas ocultaba los olores de las algas y las ostras y el pescado abierto en canal..., olores que flotaban como un sudario omnipresente sobre el mercado. El olor

a pescado, a pescado muerto y fuera del agua, lo enfermaba.

Alguien le dio unos golpecitos en el hombro. Alzó hoscamente la vista hacia el rostro de un ansioso joven, con gorra y pañuelo al cuello. Un folleto se agitaba en su mano.

—Disculpe —dijo el joven, con una sonrisa vacía—. Hace una mañana maravillosa. —Y le miró como si estuviera rodeado por la evidencia misma de aquello. Pule contempló con odio su rostro—. Estoy aquí para ofrecerle su salvación —dijo el joven—. Es fácil de conseguir, ¿sabe?

—Yo no lo diría así —respondió Pule sinceramente.

—Lo es, sin embargo. Está en el amanecer, en el río, en la bondad del mar. —Y agitó teatralmente su mano hacia un montón de calamares apilados en una carreta allá abajo. Sin dejar de sonreír todo el tiempo al despeinado Pule, que se estaba frotando con aire ausente un creciente enrojecimiento en la punta de su nariz. El joven, al parecer satisfecho con la ilustración de los calamares, se frotó su propia nariz, aunque no era probable que extrajera ningún provecho de ello—. Soy miembro de la Nueva Iglesia —dijo, tendiéndole uno de sus folletos—. La Nueva Iglesia, que no tiene ninguna posibilidad de volverse vieja.

Pule le miró y parpadeó.

—¿Sabe usted por qué? —siguió el joven, satisfecho.

—No —admitió Pule, frotándose una vez más la nariz.

Como impulsado por el magnetismo, el joven se ocupó de nuevo de su nariz, pensando quizá que tenía algo a un lado de ella, una mancha que había eludido a su anterior frotamiento. Pule observó su comportamiento y se dio cuenta de que enrojecía. ¿Estaba aquel estúpido burlándose de él? Crispó los dientes.

—¿Qué demonios quiere usted de mí? —exclamó.

La violencia del epíteto casi pareció catapultar al joven hacia atrás. Se recuperó, adoptó una actitud firme y sonrió más ampliamente.

—El fin está cerca —anunció, sonriendo. La idea del Armagedón parecía atraerle—. Tiene usted pocos días para salvar su alma inmortal. La Nueva Iglesia, se lo aseguro, es el camino. ¡Él, Shiloh, el Nuevo Mesías, es el camino! ¡Alza a la gente de sus tumbas! ¡Redime a los muertos! Él...

—¿Me está diciendo usted que debo convertirme para salvarme? ¿La conversión por la extorsión, es eso?

El joven le miró, su sonrisa más amplia aún, si acaso.

—Digo —afirmó, con otro frotar inocente a su nariz— que él, que no ha nacido de hombre, puede alzarle a usted de la miseria, puede... —y, con esto, el joven apoyó su mano en la frente de Pule, como para curar su alma allí y entonces, en medio de los hombres que se empujaban unos a otros cargados con cestos de cabezas de pescado y anguilas. El contacto de una mano humana sobre su maltratada frente

electrificó a Pule, pero de una forma muy distinta a la pretendida.

Pule gritó una maldición, dejó caer su taza y, con ambas manos, arrancó los folletos del joven y los arrojó en un puñado contra las piedras del malecón.

—¡Sucio... maldito... asqueroso! —chirrió, bailando sobre los folletos, pisoteándolos y desgarrándolos con las suelas de sus zapatos. Se inclinó, agarró un puñado y lo arrojó por encima de la barandilla, y el viento los atrapó alegremente como si fueran mariposas. Pule dio otra media docena de cabriolas, los ojos abiertos como platos, la boca retorcida de rabia. El joven, cuya sonrisa había desaparecido con la desaparición de sus folletos, dio unos pasos hacia atrás, hasta que, seguro de que Pule estaba demasiado lejos para saltar sobre él, dio media vuelta y corrió hacia las escaleras del malecón, con los gritos de «¡Cerdo comemierda!» y «¡Basura asquerosa!» dándole alas.

Pule se agarró a la barandilla, sin prestar atención a las miradas de los transeúntes, que daban un amplio rodeo en torno a él. Había llamado la atención hacia sí mismo, hacia su lívido rostro. Se hablaban entre sí, se daban codazos, lo señalaban. Recuperó su taza y se la quedó mirando fijamente, con el pecho agitado, hasta que vio, bajo sus pies, un último y sucio folleto, manchado por la grava y las huellas de pies sucios con agua de lluvia. Lo recogió. En él, toscamente dibujado por alguien cuya comprensión de la perspectiva era un absurdo total, había un alargado dirigible navegando entre las nubes. Y encima, trazando su estela contra un progresivamente oscuro cielo, un llameante cohete, extrañamente fálico, trazando un arco hacia la plana Tierra. «¡El tiempo ha llegado!», advertían las palabras debajo de la ilustración. Pero a qué tiempo se refería era algo que no quedaba en absoluto claro, perdido como estaba en medio de una desafortunada huella de pisada. Pule dobló el folleto y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta, luego bajó las escaleras hacia el interior del mercado, la destartalada estructura de madera llena de gritantes vendedores y tan atiborrada de peces que parecía imposible que los océanos no hubieran sido despojados de toda su fauna.

Una mujer cargada con un bacalao pasó empujando por su lado, manchando a Pule con su sangrante suciedad. Directamente detrás vino un hombre gordo procedente de Oyster Street con un cesto lleno de grisáceas conchas, gritando de una forma tan vociferante al rostro de Pule que por un momento el mundo no le pareció a éste más que una enorme nariz, una boca abierta y un chorro de saliva. Pule retrocedió, disgustado. Los vendedores de pescado lo empujaban desde todos lados. Pulpos del tamaño de botes cantina parecían flotar sobre él, intentando agarrarle con sus colgantes tentáculos. Aparecieron cestos llenos de anguilas, que fueron colocados sobre un carretón, mientras éstas se agitaban contra los lados de su prisión sólo para ser ignominiosamente empujadas hacia atrás y enterradas bajo un lastre de hojas de col.

Pule sintió una arcada. Estaba a punto de vomitar. Se desvanecería si no conseguía algo de aire.

—¡Carpas! ¡Carpas! ¡Carpas! —le llegó un repentino grito—. ¡Quién quiere esas hermoososas carpas! ¡Todas vivas! ¡Completamente vivas! ¡Carpas de primera! ¡Las carpas de los dioses!

Pule se desvió hacia la voz, tanteando en busca de su bolso. No iba a regatear. No era momento para regateos. Obtendría su carpa y se marcharía. Tropezó, resbaló con los restos de un pescado reducido a pulpa por centenares de pies. Frente a él había una plancha llena de enormes gambas rojizas, como insectos imposibles, con sus ojos mirándole desde fuera de sus quebradizos caparazones y sus enormes palpos agitándose como antenas. Pule chocó contra un carretón de calamares y estuvo a punto de volcarlo.

—¡Eh, cuidado! —le llegó un grito, y fue empujado hacia un lado. Allí estaban las carpas..., siete, sumergidas en un tanque de agua.

—¡Frescas como amapolas! —gritó el vendedor, observando el evidente interés de Pule.

—¿Cuánto?

—Dos libras el lote.

Pule sacó el dinero y se lo tendió al hombre, que lo cogió de un tirón y le hizo un guiño al vendedor de arenques secos a su lado.

—¿Las quiere todas, entonces?

—Le he dado el dinero suficiente, ¿no?

—No —dijo el vendedor—, falta una libra. ¿Qué es lo que pretende? Vaya tipo, usted, intentando engañar a un pobre vendedor de carpas como yo.

Pule alzó los ojos hacia él, asombrado, demasiado cansado y asustado para discutir. El hombre hacía oscilar un solo billete de una libra entre sus dedos. Pule le miró fijamente, y el otro le devolvió la mirada.

—¿Cuántas por una libra? —murmuró.

—¿Cuántas qué?

—Cuántas carpas por una libra. ¿Qué me da por una libra?

—Un maldito pescado, por supuesto. Hicimos un trato. Mi compañero aquí lo oyó de su propia cara, una cara un tanto rara, por cierto, tan llena de cráteres, si me permite decirlo. —Y con eso rió en dirección al vendedor de arenques, que asintió amplia y definitivamente.

Pule extrajo otra libra.

—También quiero el tanque —dijo débilmente.

—Eso le costará otro billete, carbunclo —dijo el vendedor de carpas. Pule asintió, notando que su miedo y su azaramiento se metamorfoseaban en furia.

—¡Hey, tú! —exclamó, haciendo un gesto a un chico que estaba sentado en una

carretilla vacía—. Cinco chelines por llevar este tanque de carpas a Soho.

El muchacho saltó en pie y agarró el pesado tanque, colocándolo en la carretilla y salpicando agua por todos lados. Pule le dio un sopapo a un lado de su cabeza.

—¡He aquí a un valiente! —gritó el hombre de las carpas, embolsándose el último billete de una libra—. ¡Mirad al lunático pegarle al chico! —Y estalló en una carcajada, alargó un brazo y le arrancó la gorra de Pule, llenándola de calamares de un cesto que pasaba en aquel momento. Luego volvió a colocar la gorra sobre la cabeza del humillado Pule que, con la carretilla a sus talones, salió en estampida al frío sol de la mañana y arrojó la gorra, calamares incluidos, al Támesis.

—¡Hey! —exclamó el chico de la carretilla. Por un momento pareció como si fuera a saltar tras ella—. Ésa era una buena gorra, ¿no? —preguntó inocentemente, maravillándose quizá de la aparente riqueza de un hombre que era capaz de arrojar una prenda así al río—. Y los calamares también eran de primera. —Agitó la cabeza y siguió andando detrás de Pule.

Unos centenares de metros más allá del malecón, con los gritos y los olores del mercado de Billingsgate ya muy atrás, Pule observó una figura dormida, acurrucada al amparo del viento tras un pequeño saliente de piedra que había sido, antes de desmoronarse, un estribo decorativo de granito de un antiguo trozo del muro del río. No era la reclinada figura lo que atrajo su atención, sino el medio visible objeto que asomaba de una funda de almohada que el durmiente aferraba entre sus brazos.

Pule retuvo el paso y miró de nuevo, con ojos entrecerrados. Examinó el rostro del hombre. Parecía Bill Kraken. ¿Y la caja? Era una de las cajas de Keeble. Había visto los esbozos hechos por Narbondo. No había ninguna duda al respecto: el sonriente rostro del hipopótamo vestido con traje de calle que miraba por entre los pliegues de la funda de almohada, los danzantes monos tallados en la parte visible de la tapa. ¿Qué extraña pieza de azar era *aquella*?, se preguntó. ¿Podía tratarse de una compensación del cielo por sus recientes desgracias?

Estudió al dormido Kraken. No conocía al hombre, literalmente hablando, pero quizá sí sabía lo suficiente de él como para sacar algún provecho de este encuentro. Se dirigió al chico:

—Corre al final de la calle —le dijo— y cómprame una botella de brandy, caliente, ¿entiendes? Y dos vasos. —Le dio al chico tres chelines—. Habrá otro para ti si vuelves. —Observó al muchacho alejarse corriendo, y se dio cuenta de que no tenía que haberle ofrecido un soborno para que volviera. Volvería junto a su carretón pese a todo, seguro. Quizás encontrara algún medio de no tener que darle la recompensa prometida. Pule volvió su atención a Kraken, que roncaba volublemente, con su caja firmemente apretada.

El sol se asomó por encima de los tejados más abajo del Puente de Londres, arrojando directamente sus rayos al rostro de Kraken. Éste se sobresaltó ante el

resplandor, parpadeando sin acabar de abrir los ojos, luego pareció darse cuenta de qué era lo que sujetaba contra su pecho y lo sujetó más fuertemente aún, como si fuera un animal de algún tipo que pudiera saltar de entre sus brazos y echar a correr. Al cabo de un instante lo apartó un poco, esperando, al parecer, que echara a correr, luego volvió a atraerlo de nuevo hacia sí. Detuvo ese extraño debatir, sin embargo, cuando observó la presencia de Pule, inclinado sobre el carretón de carpas.

—Buenos días —dijo Pule placentemente, vigilando con un ojo la vuelta del chico con el brandy. Kraken siguió sentado en silencio—. Hace un poco de frío esta mañana.

—Sí, lo hace —respondió Kraken, suspicaz.

—Un poco de brandy no irá nada mal.

Kraken tragó fuertemente saliva. Pasó una seca lengua sobre sus labios y miró a Pule.

—Tiene unos cuantos peces ahí, ¿no?

—Sí. Peces. En realidad, carpas.

—¿Carpas? Dicen que las carpas son..., ¿qué es lo que dicen? Inmortales. Eso es.

—¿De veras? —preguntó Pule, fingiendo un profundo interés.

—La ciencia lo dice. Las han estudiado. Sobre todo en China. Viven eternamente, y crecen hasta hacerse tan grandes como el estanque que las contiene. Es un hecho. Lea su Biblia..., está todo ahí. Se habla mucho del leviatán..., el pez del demonio. Se muestra aquí como una serpiente, allá como un cocodrilo..., no pueden decidirlo. Pero es una carpa, seguro, con la cola en su propia boca. Y pronto, dentro de algunas semanas, dicen..., va a ser liberada y saldrá del mar como uno de esos monzones. Soy a la vez un hombre de ciencia y de espíritu, pero no confío enteramente en ninguna de las dos cosas. No se puede firmar ninguna declaración jurada. Eso es lo que pienso.

Pule se sintió momentáneamente desconcertado. Asintió con vehemencia.

—El espíritu, ¿eh? —murmuró, viendo que la botella de brandy se acercaba a la carrera malecón arriba. El brandy fue entregado, Pule fue aligerado de otro chelín, y el chico empujó el carretón veinte metros más allá y aguardó.

—¿Un vaso de Old Pope? —preguntó Pule, llenando medio vaso para Kraken antes de obtener ninguna respuesta.

—Estoy seco, gracias. Y todavía no he desayunado. ¿Qué dijo que era usted? — Kraken dio un sorbo a su brandy. Luego, como si se sintiera repentinamente aliviado, acabó de vaciar el vaso de un trago, jadeando y tosiendo.

—Soy naturalista.

—¿De veras?

—Exacto. Estoy asociado con el notable profesor Langdon St. Ives.

Kraken jadeó de nuevo, sin la ayuda del brandy esta vez, luego su rostro se sumió

en un melancólico fruncimiento de ceño de autocompasión. Pule sirvió otra ración en su vaso.

Kraken bebió. El brandy pareció llevarse consigo la frialdad de la mañana. Kraken pensó repentinamente en la caja, que descansaba sobre sus rodillas como una serpiente enrollada. ¿Por qué la había cogido? ¿Qué utilidad tenía para él? No la deseaba, en absoluto. Había caído muy bajo. Ésa era realmente la verdad. Otro vaso no lo haría caer más bajo aún. Se secó una lágrima de los ojos y dejó escapar un tembloroso suspiro.

—¿Interesado en las artes científicas, dice? —preguntó Pule.

Kraken asintió malhumoradamente, contemplando su vaso vacío. Pule lo llenó de nuevo.

—¿A qué ramas de la ciencia es usted aficionado?

Kraken sacudió la cabeza, incapaz de emitir una respuesta. Pule se acercó más a él, ofreciendo la botella, tensando sus rasgos en una expresión a la vez de piedad e interés.

—Parece usted —dijo Pule—, si me disculpa el que me mezcle en sus asuntos, un estudiante de las dolencias del corazón humano, el cual, si estoy en lo cierto, está más a menudo roto que entero. —Y Pule dejó escapar un suspiro, como si él también viera el final de las cosas.

Kraken asintió con cabeza insegura. El brandy lo había animado un poco.

—Es usted un filósofo, señor —dijo—. ¿Ha leído a Ashbless?

—He leído poco más que él —mintió Pule—, a menos, por supuesto, que sean arcanos científicos. Uno está aprendiendo siempre si lee a los filósofos. No es ni más ni menos que el estudio del alma humana. Y me temo que estamos viviendo en un mundo que es demasiado negligente con respecto a esa parte de la anatomía humana.

—Hay verdad en eso —exclamó Kraken, poniéndose inestablemente en pie—. Algunos de nosotros tenemos almas que un trapero no querría ni tocar. Ni con una horquilla de tostar—. Y, con eso —Kraken se echó a llorar sonoramente.

Pule apoyó una consoladora mano en su hombro. No tenía la menor idea de adónde le conduciría aquella conversación, pero estaba razonablemente seguro de que no podía limitarse a liberar a Kraken de su caja y alejarse andando. Tenía que confiar en que el destino, que positivamente no le había estado sonriendo en los últimos tiempos, estuviera al fin mirando con buenos ojos en su dirección. Sirvió a Kraken otros dos dedos de brandy, preguntándose si no hubiera debido comprar dos botellas cuando había tenido la oportunidad. Los efectos del caliente licor, sin embargo, parecían ser de algún modo acumulativos, porque Kraken se derrumbó de pronto pesadamente contra las piedras de la baja pared que formaba el frente del malecón, y a Pule se le ocurrió que tal vez fuera posible simplemente esperar a que Kraken estuviera completamente borracho y entonces marcharse con su caja.

—¿Supone usted... —preguntó Kraken—, supone usted que hay alguna esperanza?

—Por supuesto —dijo Pule, moviéndose en terreno seguro. Kraken pareció satisfecho—. Lleva usted un gran peso encima.

—Eso es un hecho —murmuró Kraken.

—Yo puedo ayudarle. Confíe en mí. Esa forma de hablar acerca de horquillas de tostar no es sana, por partida doble: por una parte no creo que provenga de usted, y por la otra niega la raíz misma de la salvación. No hay mejor momento que éste para doblar la esquina, para establecer un camino hacia casa.

—¿Lo cree usted así, gobernador? ¿Cree que me cogerán? —Kraken vació su vaso.

—¿Qué ha hecho usted que sea tan horrible? ¿Ha robado los bienes de su amo? ¿Ha pegado a sus hijos?

Kraken dejó escapar otro suspiro y miró inadvertidamente la caja.

—¿Qué puede ser eso —preguntó Pule, señalando— excepto un juguete infantil? Vuelva y deposítelo a los pies de su empleador. Sea valiente. Admita su culpa.

—Oh, no —se lamentó Kraken—. Es algo más que un juguete. Es una condena a galeras, eso es para Bill Kraken. Es el patíbulo. Esto no es ningún juguete.

—Vamos, vamos. ¿Qué puede ser que resulte tan valioso? El mundo ama a los hombres que confiesan sus pecados.

—Entonces me colgarán. —Kraken se sumió en un profundo silencio. Pule, inexpresablemente irritado pero sonriendo ampliamente, llenó por última vez su vaso y arrojó la botella vacía al río—. Vamos —dijo—, cuénteme qué tiene usted aquí, y veré si puedo arreglar las cosas.

—¿Puede usted, gobernador? —preguntó el confundido Kraken, animado de pronto.

—Soy el sobrino del Lord Mayor. Ya sabe, el alcalde.

—Ah —dijo Kraken, considerando aquello—. El Lord Mayor. El mismísimo Lord Mayor. Es una enorme y preciosa esmeralda, eso es lo que es. La herencia del pobre Jack en bruto. Y yo fui y la cogí. Es la bebida quien lo hizo, ésa es la verdad. La bebida, y el golpe en la cabeza. —Y, mientras decía eso, acarició el recién curado corte a lo largo de su frente.

La mente de Pule se encalló y resonó como un motor repentinamente atascado. La esmeralda. Si Narbondo conseguía ponerle la mano encima, Pule ya podía despedirse de su parte. Maldito fuera el homúnculo. Malditos la podrida Joanna Southcote y su chocho hijo. La esmeralda valía más que todas las divagaciones científicas del jorobado. Y valdría dos veces más ver a Owlesby privado de ella. Dorothy Keeble lamentaría el haberse mostrado altiva con él. Atraería a Kraken hasta un callejón y lo haría pedazos. Pero el chico con el carretón. Allí estaba, aguardando estúpidamente.

Enviaría al chico delante con las carpas. Después de todo, Narbondo había pagado por ellas. Le correspondían.

—Creo que veo una forma en que puede salirse de este lío —dijo.

—¿Eh?

—Digo que venga conmigo, y lo aclararemos todo. Inmediatamente. Todo estará como antes en un abrir y cerrar de ojos. Y, por el amor de Dios, no suelte la caja aquí. Hay villanos en esta ciudad que le asesinarían apenas le echaran la vista encima. Vigile ahora.

—Hay verdad en eso —dijo Kraken, medio para sí mismo, echando a andar torpemente detrás de Pule, que se dirigió hacia el chico con el carretón.

—Mira, chico —dijo Pule—. Lleva estas carpas al doscientos sesenta y dos de Pratlow Street, al lado de Old Compton, y ve tan rápido como puedas sin derramarlas por la acera. Habrá media corona para ti allí del señor Narbondo si los peces respiran aún cuando llegues. Dile que el señor Pule ha dicho que puede comérselas, pero que vaya con cuidado con la sal. Ahora ve. —Y el chico se alejó inocentemente a cumplir su tarea. Pule agitó la cabeza con anticipación y siguió a lo largo del malecón hacia Blackfriars. Tenía que actuar antes de que Kraken recuperara la sobriedad. Revisó mentalmente la forma de librarse de Kraken, el golpe bien dado, el resplandeciente cuchillo, el jadeo de ebria sorpresa.

—¡Qué demonios hace usted aquí! —le sobresaltó un grito estridente a sus espaldas. Pule se volvió en redondo de un salto. Un carro avanzaba resonante hacia él, y en su pescante se sentaba Ignacio Narbondo, hecho una furia. El estómago de Pule se sintió repentinamente vacío—. ¡Son casi las diez! ¿Necesita media mañana para comprar una hedionda carpa? Ese maldito esqueleto se está convirtiendo en polvo delante de nosotros, y aquí está usted, tomando el sol. ¡Shiloh el maldito mesías nos tiene cogidos por el gaznate! —Hizo una pausa en su chorro de palabras y miró a Pule de pies a cabeza—. ¿Dónde está mi carpa?

—Las envié por delante con un chico. Si vuelve a casa encontrará allí sus hediondas carpas.

—Y realmente *serán* hediondas, a este paso. ¿Qué es esto? —Miró de reojo a Kraken—. ¡Buen Dios, si es Bill Kraken! El viejo Bill Kraken. ¿Ya no desentierras cadáveres, Bill?

Kraken miró de Pule a Narbondo, luego de nuevo a Pule. La sospecha empezó a girar en su empapada mente.

—¡Buen Dios! —exclamó Narbondo para sí mismo, observando la caja por primera vez. Se volvió hacia Pule—. Así que ése es su juego, ¿eh? Preparado para caer sobre un viejo borracho como Bill y largarse con la caja. Dejando que el pobre doctor se las arregle como pueda por sí mismo. —Agitó la cabeza, como si sintiera una cierta simpatía hacia la idea—. Y después de todo lo que le he enseñado.

—Eso no es cierto —dijo acaloradamente Pule—. Estaba conduciéndole de vuelta a Pratlow Street. La mujer en la losa podría beneficiarse de una... *reorganización*. — Pule hizo un ostentoso guiño a Narbondo, humeando por dentro, reprendiéndose a sí mismo por la forma en que se estaban retrasando las cosas.

Narbondo frunció el ceño ante el retruécano de Pule, pero su humor pareció mejorar al instante.

—Puedo ver que se trata de un hombre interesante —dijo, y estalló en una momentánea risa, que se cortó tan bruscamente como había empezado—. ¿Qué hay en la caja de Keeble? ¿Lo sabe él?

—La esmeralda —dijo Pule. No había ninguna razón para disimular allí. O conseguía la esmeralda o no la conseguía. No, no era así. Conseguía la esmeralda, punto. Aunque tuviera que echar a Narbondo como comida para las carpas. Había esperado hacerlo desde hacía mucho tiempo. Simplemente, hasta ahora no se había presentado la ocasión adecuada. Uno no puede mostrarse ansioso con el destino. Simplemente tiene que esperar.

Kraken parecía enfermo, era imposible decir si por sus crecientes sospechas o por el exceso de brandy caliente, pero podía verse a la primera ojeada que ya no era el dócil Kraken arrepentido que unos momentos antes había estado siguiendo a Pule como un perro obediente. Una expresión de resolución aleteaba en su rostro. Retrocedió un paso y empezó a decir algo. Pero la visión del revólver que apareció repentinamente en la mano del jorobado le hizo callar. La expresión de resolución se derrumbó.

—Al carro contigo, Bill —dijo el doctor, haciendo un gesto con la pistola. Kraken intentó subir y tropezó con el lado del vehículo—. ¡Ayuda al borracho, sesos de mosquito! —rugió Narbondo a Pule—. Súbelo, y vámonos. Tenemos todo un día de trabajo por delante. ¡Arriba, Bill! —Y Pule, tirando de las piernas de Kraken, lo echó dentro del carro mientras Kraken aferraba fuertemente la caja, doblemente seguro ahora de su condenación. Pule trepó a su lado y tomó la pistola de Narbondo. El carro se puso nuevamente en marcha, pasando al cabo de un kilómetro junto al chico que tiraba de su carretón.

—¡Ahí están las carpas! —señaló Pule.

Pero Narbondo pasó por su lado sin disminuir la marcha.

—Llegarán a su debido tiempo —dijo por encima del hombre—. Ahora nos encargaremos de llevar al pobre Bill sano y salvo a casa, ya que estamos en ello. Nada de desvíos e interrupciones. ¡No con la caja a nuestro lado! —Y, diciendo esto, hizo chasquear el látigo hacia el caballo, girando y alejándose del malecón.

Problemas en Harrogate

Langdon St. Ives se maravilló del soleado cielo sobre Harrogate. Las nubes que ensombrecían Londres eran invisibles más allá del horizonte, y el manto que cubría Leeds sólo podía ser visto de una forma imprecisa, barrido hacia el oeste y el sur por los fríos vientos de las verdes colinas escocesas. El tiempo era fresco —soleado y fresco—, y eso encajaba perfectamente con St. Ives.

Había recogido el oxigenador de Keeble en la estación de King's Cross, con el juguetero temeroso de haber sido seguido, quizá por su némesis con el sombrero en tubo de chimenea..., el hombre al que Kraken se había referido como Billy Deener. Pero el villano no apareció por ninguna parte. Nada sospechoso ocurrió hasta que el tren estuvo a una hora de distancia al norte de Londres. Y ese pequeño asunto, pensó St. Ives con una cierta satisfacción, supo llevarlo con una gran habilidad.

Se sirvió otra taza de té y hundió los dientes en un panecillo. Unos golpes en la puerta de un armario a sus espaldas, y los apagados gruñidos de alguien aparentemente encerrado dentro, no le hicieron detenerse. Hasbro entró en aquellos momentos, haciendo una seña con la cabeza a St. Ives.

—¿Debo retirarlos, señor?

—Por supuesto.

—Ése aún está dando golpes, señor.

—¿Y el otro?

—En silencio, señor, desde hace dos horas.

St. Ives asintió, satisfecho, pero entristecido pese a todo.

—¿Muerto, supones?

—Por su aspecto, según lo que puedo ver a través de la mirilla, respondería afirmativamente. Diría que muerto como un arenque, señor, por citar al populacho.

St. Ives se levantó, se dirigió a su laboratorio y miró a través de una puerta clausurada provista de una mirilla. En el suelo de una pequeña habitación al otro lado había tendido un hombre que parecía llevar muerto una semana. En una bandeja a su lado había una cierta cantidad de fruta. Una jarra de agua descansaba sobre el alféizar de una ventana tras él. Sus ajadas ropas colgaban holgadas, como si hubiera llevado el mismo traje durante uno o dos meses de dieta de hambruna, y su rostro era el rostro de un espectro. La larga y abierta cicatriz de una herida de bala mutilaba su mejilla, y a través de ella se veían tres amarillentos dientes.

—¿No ha tocado la comida?

—Ni un bocado, señor.

—Y muerto al cabo de un día. Muy interesante. Lo enterraremos en la propiedad, pobre tipo. Es un triste asunto, Hasbro, un triste asunto. Pero era un hombre muerto

antes de que nosotros lo matáramos de hambre. Pude ver eso cuando se sentaron detrás de mí en el expreso. Había en ellos el olor de la muerte y del polvo. No puedo decir tras qué iban, o si pertenecían a Narbondo o al viejo. Una asquerosa lástima, realmente. Echémosle una mirada al otro.

Volvieron a la biblioteca, donde Hasbro apiló una taza y un plato en una bandeja para el té, limpiando con un cepillo pequeño las migas que habían caído sobre la mesa. St. Ives observó al segundo prisionero. El pudín de sangre que habían dejado en el armario había desaparecido, al parecer hasta la última miga. El prisionero golpeaba apáticamente contra la puerta, como si el golpear fuera algo que hiciera por necesidad pero en lo que no estuviera realmente interesado.

—¿Qué le importa a un zombi el alojamiento? —preguntó St. Ives por encima del hombro—. Un armario o un agujero en la falda de una colina, tanto da.

—Más bien supongo —dijo Hasbro— que un muerto animado puede que prefiera un armario que un agujero en la falda de una colina. Un armario, si entiende lo que quiero decir, debe parecerle a él algo más semejante a un hogar.

—Quizás esté golpeando porque quiere otro trozo de pudín —dijo St. Ives—. Casi me siento inclinado a dárselo. Me recuerda al señor Dick, allá en Bingley. Construyó ese ingenioso dispositivo para atrapar cucarachas, y luego no tuvo valor para emplearlo. Alimentó a una pequeña familia de ellas durante una semana hasta que el gato se las comió y destruyó el dispositivo. ¿Lo recuerdas?

—Muy bien, señor.

—Un gato malditamente curioso, si quieres saberlo. Pero nosotros no alimentaremos a esta cucaracha. Ni una gota de sangre, ni un trozo de pudín. Lo devolveremos al infinito.

A la mañana siguiente, cuando St. Ives observó de nuevo por la mirilla, el segundo ghoul estaba muerto. Fragmentos del bol de cerámica que había contenido el pudín asomaban en su boca como dientes.

St. Ives pasó todo un día comprobando el dispositivo de aireación y preparando su nave, un casco esférico de hierro entrecruzado por líneas de remaches, sujeto encima de lo que un ojo no especializado calificaría como un cohete chino, apuntado hacia el techo en cúpula del silo donde descansaba. Una serie de cadenas y poleas permitían la retirada de la cúpula y, rezaba St. Ives, el lanzamiento del aparato. A lo largo de ambos lados del vehículo había unas arqueadas alas, parecidas a las de un murciélago, muy pegadas al casco. Y de la base de las alas asomaban los tubos de escape y dirección. Las ventanillas, de un cristal muy grueso, rodeaban el vehículo bajo el mecanismo cónico de cierre de la escotilla. La visión de la nave satisfizo enteramente a St. Ives. Trepó por la escalera de madera que ascendía en espiral y en torno a la escotilla, golpeando suavemente la piel metálica de la nave, observando el pequeño conjunto de orquídeas y begonias en maceta que ayudarían a la caja de

Keeble a proporcionar el oxígeno. Lanzó una bocanada de aire al dispositivo sensor que registraría los niveles principales de gases en la cabina. Era un terrible riesgo, enviar el aparato a los cielos sin tripulante. Podía perderse fácilmente en el mar, o contemplar presa del horror cómo se estrellaba contra los suburbios. Pero era preferible, en su conjunto, estar a bordo de un aparato no probado que sufriera ese destino. La aguja de la válvula de detección de gases osciló brevemente tras su cristal.

La caja de Keeble estaba firmemente anclada, con los ridículos hipopótamos y monos tallados en el palisandro sonriéndole a St. Ives, la marca de fábrica absoluta de Keeble. Pulsó el botón de comprobación con el dedo, y brotó un pequeño chorro de verde polvo de clorofila, arrastrado por una mezcla de helio y oxígeno. La válvula tuvo de nuevo una breve oscilación, luego se asentó otra vez cuando el oxígeno se disipó en la atmósfera general de la cabina. St. Ives asintió.

Mientras descendía de nuevo las escaleras, observó con satisfacción que no había ninguna razón imperiosa para regresar a Londres. No le había llegado ninguna noticia relativa a los esfuerzos del Club Trismegisto. Ciertamente, podían pasarse sin él por una semana. Era muy probable que el descarriado Kraken hubiera sido hallado, y que Kelso Drake hubiera hecho caso de la advertencia del Capitán y se hubiera escurrido como un escarabajo a la oscura madriguera de sus satánicas fábricas. Godall era una maravilla..., inescrutable, capaz. El capitán Powers era una roca. Ellos dos solos podían defender Londres contra un asedio de zombies y millonarios. ¿Para qué le necesitaban? ¿Qué horribles maquinaciones valían el que St. Ives abandonara su nave espacial que, exactamente a la mañana siguiente, partiría hacia los cielos por encima de West Yorkshire, por encima de la sorprendida población de Wetherby y Leeds, para describir su llameante halo en el diáfano aire del cielo crepuscular y descender de vuelta a su hogar aquella misma tarde, convertida ya en una leyenda, a su amarradero más allá de Robb's Head?

Londres podía esperar. Ya le habían tenido bastante tiempo. Por el momento deberían contentarse con tener un papel secundario. Era la consecuencia del destino científico y —pensó para sí mismo mientras observaba desde la puerta abierta del silo la delicada estructura de las alas como aletas y el cobre y plata del pulido casco— de las meditaciones científicas. Echó a andar por el prado. Eran las tres de la tarde, según su reloj de bolsillo. Lo bastante tarde como para concederse un vaso de Double Diamond. Dos, quizá.

Pero no estaba ni a medio camino de la casa cuando, procedentes del río Nidd, sonaron dos disparos, creando múltiples ecos en la quietud del atardecer. St. Ives echó a correr, redoblando su ritmo a la vista de Hasbro, con un humeante rifle en su mano, de pie entre los sauces. Hasbro se echó el rifle al hombro y apoyó la mejilla contra la culata. Apenas se movió con el retroceso, luego se agachó y miró hacia el

este por entre el follaje a lo largo del río.

—¡Qué demonios! —gritó St. Ives, apenas llegar a su lado. No podía ver nada entre los sauces y los matorrales.

—Un merodeador, señor —respondió Hasbro, dispuesto, al parecer, a soltar otra andanada si se le presentaba la menor oportunidad—. Lo atrapé en el estudio, y había saltado por la ventana abierta antes de que pudiera echarle la mano encima. Lo que tardé en ir a buscar el rifle, me temo, le dio tiempo suficiente para alejarse a lo largo de la orilla del río. Rebuscaba entre sus papeles, señor..., los había esparcido por el suelo, había vaciado los cajones. Estaba aún en ello cuando yo entré por casualidad, una afortunada circunstancia..., de modo que espero que no haya encontrado lo que estaba buscando.

St. Ives ya estaba corriendo por el prado cuando fueron pronunciadas esas últimas palabras, dejando a Hasbro buscando entre los matorrales de la orilla algún signo del merodeador. Entró en tromba por la puerta principal, pasó el revuelto estudio y penetró en la biblioteca. Extrajo su ejemplar de *Las complicaciones de Squires* y metió la mano en el amplio espacio dejado por el grueso volumen. Detrás estaba el bulto familiar del manuscrito de Owlesby, aún intacto.

Suspiró aliviado, preguntándose al mismo tiempo quién podía ir tras él. Porque tenía que ser el manuscrito de Owlesby lo que buscaba el merodeador. Le gustara o no, pensó desesperanzadamente, Londres lo llamaba. Mahoma se había negado a ir a la montaña, así que era la montaña la que había acudido a Harrogate para rebuscar entre sus efectos personales. No podía sacudirse de encima las maquinaciones, después de todo. Devolvió el *Squires* a su lugar y penetró en el estudio, donde Hasbro, tras perder a su hombre en la orilla del río, entraba en aquellos momentos por una de las abiertas puertas vidriera.

El estudio, como había indicado Hasbro, estaba saqueado. Lo que habían sido montones de papeles ya no formaban montones, sino que estaban esparcidos por las tablas del suelo. Los libros estaban tirados de cualquier manera. Los cajones habían sido arrancados sin contemplaciones y su contenido derramado a su alrededor y esparcido con el pie. Un busto en yeso de Kepler yacía partido en dos, golpeado, al parecer, con una pesada jarra Waterford, fragmentos de la cual relucían a la luz del sol vespertino que penetraba por las ventanas. La mitad de la destrucción era claramente asunto de una búsqueda rápida y desesperada del manuscrito; la otra mitad era pura e irracional villanía.

St. Ives hizo rodar la rota cabeza de Kepler con el pie.

—¿Pudiste echar una buena mirada a ese hombre?

—Tolerable, señor, pero iba vestido de una forma tan extraña que sus rasgos estaban ocultos con mucha efectividad.

—¿Acaso iba disfrazado?

Hasbro se encogió de hombros, luego agitó la cabeza.

—Me parecieron más bien vendajes que envolvían casi por completo su cabeza. Me miró a través de unas rendijas frente a los ojos, parecido en todo a uno de esos faraones en el museo de El Cairo. Y olía a algo químico..., tetracloruro de carbono, si no estoy equivocado, y a algo que se parecía mucho a pasta de anchoas.

—¿Supones que podía ser uno de los ghouls?

—Dudaría en afirmarlo, señor. Era demasiado energético..., y con el acto de golpear al pobre Kepler demostró ser tan vicioso que lo tomé de inmediato por un loco. El rifle, pude ver inmediatamente, era la única forma de dominarlo.

St. Ives asintió. Ciertamente eso parecía, dado el modo en que lo había revuelto todo. Maldita forma estúpida de robar..., destrozando las cosas por deporte en mitad de la tarde. St. Ives se envaró ante la repentina imagen del hombre con el sombrero en tubo de chimenea que parpadeó en su mente.

—¿Llevaba algún sombrero?

—No, señor.

—¿Era más bien bajo? ¿Pelo lacio y engominado? ¿Rubio quizá, con una chaqueta de cuero con mangas hasta los codos?

Hasbro agitó la cabeza.

—Del tipo robusto, señor, tirando a grueso. Pelo rubio rizado.

St. Ives se sintió aliviado. No le hubiera gustado en absoluto que hubiera sido el ladrón de la buhardilla de Keeble. ¿Y detrás de qué demonios iba el hombre? *Keeble* tenía los planos del motor, después de todo. Rubio, pelo rizado..., la descripción era, en cierto modo, enloquecedoramente familiar. Un rostro envuelto en vendajes empapados químicamente. St. Ives hizo chasquear los dedos, luego golpeó un puño contra su otra mano abierta. ¡El ayudante de Narbondo! ¿Cuál era su nombre? Pigby... Peebles... Publes. St. Ives rebuscó en su mente. ¡Pule! Eso era. Willis Pule. Por supuesto que era él. Narbondo lo había enviado. Pero ¿cómo diablos, pensó, sabía el doctor que St. Ives poseía los papeles?

—Vamos a echar una ojeada a lo largo del río. Cierra la casa y dile a la señora Langley que chille como si acabara de ver un aparecido desde la ventana de la cocina si oye aunque sea el crujir de una madera del suelo.

Al cabo de un momento los dos hombres, cada uno llevando un rifle cargado con perdigones, recorrían la hierba y los sauces de la orilla, siguiendo las claras huellas de Pule en dirección noroeste a lo largo del Nidd hasta que, a poco más de un kilómetro, desaparecían en las aguas del río, donde su presa, al parecer, había seguido su huida a nado. Un hombre llamado Binger los cruzó al otro lado en un pequeño bote de remos, prometiendo, tras la promesa de media corona de recompensa, volver a la casa y hacer compañía a la señora Langley en la cocina, y acudir a buscarles a la orilla opuesta cuando hubieran hecho todo su recorrido.

Pero al otro lado del Nidd no había huellas de ninguna clase, y sus posibilidades de éxito declinaron a medida que atardecía. Al parecer, Pule había seguido su camino chapoteando por los bajíos, quizás había regresado río arriba para confundirles. Había un buen número de botes amarrados aquí y allá a lo largo de la orilla. Podía haber subido muy fácilmente a uno y remado río abajo hasta Kirk Hammerton. ¿Y quién podía decir que no tenía cómplices? El propio Narbondo podía haber estado aguardando más allá de la colina con un carro. ¡Narbondo! Aquel pensamiento serenó a St. Ives, que había sido tentado por la idea de perseguir a Pule, atraparlo y llevar al malhechor ante el magistrado.

Había dado demasiadas cosas por sentadas, dejando a su cocinera sola en la casa y enviando simplemente a un viejo a que le hiciera compañía cuando ninguno de ellos tenía la menor idea de qué tipo de enemigo era al que perseguían. Había sido imprudente. Pule, después de todo, no se había llevado nada consigo. La amenaza de un peligro futuro superaba ciertamente la necesidad de la persecución.

Las estrellas habían empezado a encenderse en el cielo del atardecer. Las luces de Harrogate aparecieron al oeste. St. Ives se echó el rifle al hombro y los dos hombres emprendieron el regreso a la casa, sin que St. Ives pudiera apartar de su mente la idea de la pobre señora Langley enfrentándose al jorobado doctor o a una banda de sus zombies devoradores de sangre. Él y Hasbro estaban recorriendo el último medio kilómetro de orilla del río cuando el cielo más allá de los sauces cambió sin advertencia del púrpura oscuro del atardecer a un amarillo brillante, y una horrisona explosión agitó los prados.

El hombre con el sombrero en tubo de chimenea estaba sentado en las ramas de un sauce, contemplando con ojos entrecerrados e interrogadoramente evaluadores la figura que huía y cuya cabeza era un revoltijo de sueltos harapos. A través de una ventana abierta saltó un hombre alto y medio calvo con un traje oscuro y un rifle al hombro. A Billy Deener no le gustaban en absoluto las armas si estaban en manos de otra persona..., y ésa estaba en manos de un hombre que, según todas las apariencias, sabía cómo utilizarla. Se la llevó al hombro y descargó los dos cañones contra la figura que se alejaba, que tropezó, cayó, rodó, volvió a ponerse en pie y corrió más rápido aún, yendo de un lado para otro por entre la hierba que le llegaba hasta las rodillas para dificultar la puntería, mientras filamentos de vendajes sueltos se arrastraban tras él como si fuera una momia deshilachándose.

Deener se preguntó quién sería aquel intruso..., ¿un vulgar ladrón? No parecía probable, no con una cabeza envuelta en vendas. Los ladrones de campo no iban de un lado para otro vestidos así. Era mucho más fácil llevar una máscara. Se trataba de un loco, decidió mientras observaba a St. Ives correr hacia donde estaba el hombre medio calvo con el rifle dispuesto. Fuera quien fuese el hombre, no llevaba la caja, lo

cual era una lástima. Hubiera sido muy sencillo estrangularlo con sus propios y sueltos vendajes.

Deener bajó de su sauce y echó a correr hacia el silo recientemente abandonado por St. Ives. En un momento estaba en la puerta, fuera de la vista de los dos hombres en la orilla del río. La suerte estaba con él. Estaban ocupados en la persecución del hombre vendado. Era una diversión perfecta. Ni él mismo hubiera podido planear otra mejor.

Ante él se aposentaba el cohete, con el vehículo espacial perchado encima, casi perdido en las sombras de la parte superior, sin ventanas, del silo. Denner trepó la escalera hacia la cúpula del techo. Una extraña sonrisa se agitaba en la firme línea de sus labios. Ahí había algo digno de manipular. Digno de aplastar. Digno de destruir. Tendría la caja para Drake y, además, algo de diversión, a expensas del farsante vestido de tweed con el falso bigote idiota. Estaba cansado del hombre y sus llamativos amigos. Si pudiera, se encargaría ahora mismo de todos ellos. Trasteó con la cerradura, retorciendo el cono con ambas manos hasta que, con un suspiro de aire escapando, cliqueteó media vuelta en dirección contraria a las manecillas del reloj y la escotilla circular se abrió con un pop, como una caja de sorpresas, estando a punto de golpearle en la adelantada barbilla. Dentro todo estaba oscuro. Rebuscó una cerilla en el bolsillo de su chaqueta, la rascó contra su zapato, y penetró en el interior. La luz iluminó brevemente la cabina y, cuando se apagó, Denner se inclinó, rascó una segunda cerilla, y encendió un par de pequeñas lámparas de gas, una a cada lado de la cabina.

El interior del aparato era una maravilla gótica de plantas en macetas y maquinaria. Denner se rascó la cabeza a la vista de todo aquello, sin saber por dónde empezar. Mejor empezar por el principio, se dijo juiciosamente. Ése había sido siempre su sistema de trabajo. Era la caja lo que primero le interesaba, o al menos era la caja lo que le interesaba a Drake. Y ahí estaba, fijada a la pared, cerca de su oreja izquierda.

Palmeó la pernera de su pantalón, notando debajo de la tela la plana superficie de una palanqueta y el redondo bulto de un martillo con cabeza de bola. En un momento los tenía fuera y golpeaba la palanqueta con el martillo bajo el borde de la caja. Un sonriente hipopótamo le observaba desde la parte frontal de la caja. Había locos por todas partes, no podía negarse. Alzó el martillo con una repentina rabia; destrozaría la cosa de la pared. Aplastaría el ofensor hipopótamo. Reduciría la cosa a su lado a astillas. ¿Qué demonios era, además? ¿Un monstruo marino? ¿Un pulpo? Lo reduciría todo a fragmentos. Él..., pero Drake. ¿Qué le haría Drake a él? Bajó el martillo y respiró pesadamente por unos instantes, contemplando la odiosa caja. Luego metió una vez más la palanqueta bajo ella, dio un tirón, y agarró la caja cuando caía al suelo. La agitó, pero no sonó nada dentro. Buscó alguna cerradura,

pero no había ninguna. Los seis lados de la caja eran idénticos, aparte las figuras talladas y el tubo de latón en forma de cigarro que salía de la boca de un basilisco que le guiñaba el ojo sentado en un diván, con un diminuto libro abierto sobre una mesa a su lado. Una pequeña manivela de cobre surgía de la oreja del basilisco. Deener se encogió de hombros en momentánea resignación, cruzó de nuevo la escotilla y depositó la caja en el descansillo de fuera, luego volvió a entrar. Los colgantes tallos de unas orquídeas llamaron su atención. Las flores le ofendían casi tanto como aquella estupidez del hipopótamo en la caja. Las acuchilló con la palanqueta, las cortó. Luego cortó más. Eran sorprendentemente quebradizas. Barrió con su brazo y seccionó un pequeño bosque de tallos. Las flores cayeron. Las pisoteó, danzó sobre ellas, puñeó las amplias hojas de las begonias hasta que volaron en todas direcciones como trozos de papel en un viento otoñal.

El reflejo de su rostro en una portilla llamó su atención, y le lanzó una cuchillada, estrellando el curvado extremo de la palanqueta contra el grueso cristal, que resonó sordamente con el golpe pero se negó a romperse. Eso no funcionaría. Golpeó de nuevo y luego de nuevo, maldiciéndolo, jadeando en busca de aliento. Dejó caer la palanqueta y cogió el martillo. Indestructible, ¿no? Ya lo verían. Se agarró a un travesaño de hierro de la curvada pared de la nave y lo dobló en torno a un asiento acolchado. No parecía ser el ángulo correcto. Los golpes indirectos no funcionarían. El maldito asiento estaba justo en el camino. Golpeó el asiento, y la cabeza del martillo rasgó la suave piel. Lo pateó, chillando, y de pronto giró en redondo, como si quisiera sorprender a la portilla, y le lanzó un último golpe. El mango del martillo se rompió, al tiempo que una tela de araña de pequeñas grietas se extendía en el grueso cristal, quebrando en fragmentos el reflejo de su sudoroso rostro. Arrojó el resto del mango y cruzó la escotilla una vez más, perdiendo el sombrero en el proceso. Tropezó en el rellano, rodó un tramo de escaleras y aterrizó de bruces un descansillo más abajo.

Arrojó furioso la palanqueta tras él, luego se inclinó, recogió la caja y la alzó por encima de su cabeza, como con la intención de arrojarla también, reducirla a astillas contra el adoquinado suelo doce metros más abajo. Permaneció de pie simplemente así, jadeando con la tensión, mientras sonidos animales brotaban de entre sus dientes, y luego, lentamente, bajó la caja, con visiones de Kelso Drake enfocándose progresivamente a través de la enmarañada confusión de sus pensamientos. Se volvió y bajó alocadamente el resto de las escaleras, de tres en tres peldaños, con su aliento escapando en maullantes gruñidos a cada salto.

Se detuvo bruscamente en la base de las escaleras, ligeramente agachado delante de una bancada de palancas en el liso costado del cohete. Dejó caer la caja y agarró primero una, luego otra, de las palancas, tirando de ellas hacia este lado y hacia ese otro. Una se partió en su mano y golpeó con ella todas las demás, luego la arrojó con

tanta fuerza contra el entablado de la pared del silo que se empaló en él, vibrando audiblemente.

Tendió la mano hacia otra palanca, pero se detuvo en seco. Un sonido zumbante, que gruñía más y más fuerte por momentos, llenaba ahora el silo. Siguió una suave arremetida, que lentamente fue creciendo hasta un rugir. Billy Deener saltó hacia atrás ante una repentina oleada de calor de la base del cohete. Sonrió con repentina anticipación y, al tiempo que echaba a correr, se inclinó para recoger la caja de sobre los adoquines con una mano, su caído sombrero con la otra, y salió por la puerta, corriendo a través del prado hacia un lejano bosquecillo que se extendía como una sombra contra el cielo del atardecer.

Un estallido tras él lo arrojó de bruces sobre la hierba, y la oscuridad se evaporó repentinamente. Agazapado, protegió sus ojos y los volvió hacia el silo, y contempló con asombro cómo la cúpula del techo estallaba hacia fuera en una lluvia de restos y astillas, que empezaron a girar lentamente en el aire en torno al destrozado techo. A través de esos restos aéreos brotó el cohete, una girándula de chispas lanzadas contra el suelo como fuegos artificiales. Parecía difícil que se elevara, estaba inestablemente inclinado hacia un lado, y su morro parecía amenazar con clavarse en cualquier momento contra el suelo.

Deener se sintió abrumado por el repentino pensamiento de que toda aquella cosa no iba a ir a ninguna parte, que en cualquier momento iba a acabar de volcarse y precipitarse contra el suelo, de hecho contra su cabeza. Se alzó lentamente de cuatro patas, dispuesto para volver a arrojarse de bruces en cualquier momento, luego echó a correr una vez más hacia los árboles, contemplando el tambaleante cohete por encima del hombro.

La cosa se inclinó bruscamente y colgó por un instante en el aire. Se estremeció, como un perro sacudiéndose el agua del pelaje, y la pequeña esfera oscura en su parte superior lanzó otra lluvia de chispas, se desgajó y partió como un corcho de champán en dirección norte, por encima de las copas de los sauces, a lo largo del río Nidd, silbando mientras volaba como un hinchado murciélago de caucho que perdiera aire a través de un pequeño agujero. El silbido disminuyó, se restableció momentáneamente el silencio, luego los restos del cohete se estrellaron contra el prado, parpadeando con pequeños fuegos chispeantes antes de sumirse en la oscuridad. Deener contempló todo el espectáculo con evidente satisfacción desde el linde del bosque. Se encasquetó el sombrero en la cabeza, arrojó su caja al aire, la recogió, y echó a andar a largas zancadas por entre los árboles, en dirección al pueblo de Kirk Hammerton.

—Santa Madre de Dios —susurró St. Ives, mirando horrorizado por encima de las copas de los sauces. Una nebulosa de chispas torbellineaba encima de la reventada cúpula del distante silo, derramando una lluvia de restos. La repentina aparición del

cohete partió hacia el cielo, visible por encima de los árboles, con la aparente intención de alzarse raudamente hacia las parpadeantes estrellas. Pero no lo hizo. Permaneció casi estacionario, como si colgara de un gancho celeste y, justo antes de que su morro picara hacia el suelo y cayera sin vida sobre el prado, la nave espacial, el producto de años de trabajo, saltó del extremo del cohete como lanzada por un tirachinas infantil y trazó un arco en el cielo sobre sus cabezas, con sus luces de gas curiosamente encendidas dentro, su abierta escotilla oscilando locamente sobre sus bisagras.

Avanzó varios centenares de metros hacia la ciudad, escupiendo pequeños chorros de humo y fuego a través de sus tubos direccionales y emitiendo un ruido estúpido sibilante que murió mientras los dos hombres contemplaban la nave desaparecer más allá de los distantes árboles. Sonó un corto y lejano estruendo. St. Ives se estremeció. Una oleada de miedo lo barrió de pies a cabeza..., miedo de que alguna casa del lugar hubiera resultado destruida por su aparato, o peor aún, que alguna persona hubiera resultado herida, quizá muerta. El miedo se convirtió casi instantáneamente en furia, y se echó el rifle al hombro y disparó los dos cañones a la luna, imaginando brevemente que era el odioso y picado rostro de Willis Pule, que, evidentemente, había dado un rodeo tras ellos y había puesto en marcha, despechado, el cohete de St. Ives.

Bien, ahora *sabría* lo que era bueno. Si lo que el maldito bastardo quería era lucha, St. Ives iba a darle toda la que quisiera. Mañana. Ya era demasiado tarde para tomar el último tren; el expreso de las siete de la mañana serviría perfectamente. Londres iba a lamentar su regreso. El Club Trismegisto había decidido luchar contra la villanía, y allí había villanía a espuestas.

Gritó a través del río, pero apenas había empezado a hacerlo cuando observó que el bote de remos estaba ya a medio camino, avanzando tras una linterna colgada en su proa que iluminaba el sorprendido rostro del viejo Binger.

—¿Ha visto usted eso? —exclamó el hombre, señalando con mano temblorosa hacia la herbosa orilla. St. Ives no dijo nada, sino que se limitó a subir a bordo, seguido por Hasbro, respetuosamente silencioso, considerando, quizá, que había muy poco que pudiera ofrecerle excepto gastados clichés a un hombre cuyo trabajo de años se había convertido literalmente en humo ante sus ojos.

El viejo se puso a remar enérgicamente. Había visto la explosión, el cansado vuelo del cohete. Y había estallado saliendo de un silo que todo el mundo pensaba que estaba lleno de maíz. Bang, por arriba había salido, como una especie de pájaro. Había sobresaltado terriblemente al hombre, después de toda aquella charla sobre salteadores y demás. ¿Acaso suponía St. Ives que había sido ese hombre en el río el que lo había hecho, el que había prendido la mecha o lo que fuera? Sí, St. Ives lo creía. Eso ha sido algo nunca visto, murmuró el viejo. Había contemplado la pequeña

esfera salir desprendida y alejarse volando. Era la cosa más maldita de la que hubiera sido testigo. Él y la señora Langley habían subido a la buhardilla, y allá vieron la maldita cosa cruzar por encima de los árboles como un pato y reducir a astillas el establo de lord Kelvin. Directamente a través del techo.

El viejo dejó caer un remo a fin de ilustrar la historia con gestos descriptivos, trazando un pequeño arco con su mano mientras silbaba a través del hueco entre sus dientes delanteros, luego haciendo desaparecer la mano entre sus rodillas, que representaban, supuso hoscamente St. Ives, el establo de lord Kelvin.

—¡Puf! —gritó el viejo Binger, apartando las rodillas para demostrar que el establo había saltado en pedazos. Siseó alguna especie de risa y dio otra sacudida a sus rodillas. Mientras tanto, el pequeño bote de remos osciló peligrosamente y giró a la deriva río abajo. St. Ives rechinó los dientes. Tenía que ser lord Kelvin, el secretario de la Real Academia. Pule había hecho añicos su nave espacial y su reputación con el simple movimiento de una palanca. ¿Por qué demonios no había cerrado con llave la puerta del silo?

St. Ives saltó hacia delante apenas el bote llegó a la orilla, y a punto estuvo de dejar caer su escopeta al río. Hacia el norte, avanzando por la carretera principal, había una dispersión de oscilantes luces, parpadeando contra la oscura noche. Bailaban y llameaban..., antorchas, evidentemente, llevadas por un grupo numeroso de personas. Un murmullo les alcanzó en la brisa. St. Ives se sintió asaltado repentinamente por la ominosa implicación de toda aquella gente que se acercaba..., una turba, quizá. ¿Qué era lo que querían? ¿Llevaban horcas y palos? ¿Escopetas?

Nunca había visto ningún provecho en divulgar sus experimentos. Algunos rumores se filtraban de tanto en tanto. Había sido sospechoso de vivisección y de la construcción de artilugios infernales. Los hombres de las herrerías habían alertado sin duda a la gente de sus trabajos, tras haber sido contratados para la construcción del casco de la nave y algunas de sus extrañas partes interiores. Pero ciertamente nadie, excepto Harbro y algunos amigos —el Club Trismegisto, específicamente—, sabía que, hacía una hora, un vehículo espacial listo para ser lanzado había permanecido anclado en el silo.

Ascendió la pequeña loma en cuya cima se asentaba su casa, iluminada ahora como un árbol de Navidad, ya que al parecer la señora Langley había decidido que una abundancia de luces asustaría a los villanos. Quizá tuviera razón. El reventado silo se alzaba silencioso y oscuro en su prado, iluminado tan sólo por un pequeño creciente de luna que formaba un arco bajo sobre el horizonte. Era imposible por el momento ver que el silo había perdido su techo..., lo cual era ciertamente un alivio.

Los que portaban las antorchas se acercaron. St. Ives reconoció a un viejo granjero..., McNally, al lado de sus hijos con sus caras de pudín. Y tras él estaba Stooton, de la estafeta de correos, y Brinsing, el panadero escandinavo. Había media

docena más, en general hablando, y todos ellos parecían presas de un terror colectivo; ninguno exhibía miradas acusadoras. El viejo Binger, viendo que tenía ante él una comparativamente enorme audiencia, empezó a hablar del vuelo de aquella cosa parecida a un murciélago, usando gestos con las manos y muecas para realzar el efecto.

St. Ives deseaba con todas sus fuerzas hacerle callar. No debía saberse que todo el embrollo era cosa de St. Ives. Hasbro, anticipándosele, en silencio y discretamente, empujó con el pie el bote de remos de Binger hacia la corriente, luego avanzó unos pasos y gritó:

—¡El bote! —con un tono tan autoritario e inflamado que Binger se detuvo a media frase, con su mano sin completar el habitual gesto que describía el vuelo, y echó a correr por entre los helechos a lo largo de la orilla, gritándole a su díscolo bote.

St. Ives asintió apreciativamente con la cabeza a Hasbro, y decidió darle a Binger el doble de lo que le había prometido cuando regresara, porque el viejo estaría sin la menor duda empapado de pies a cabeza antes de que consiguiera volver a casa aquella noche para explicarle con descriptivos gestos a su esposa el vuelo del vehículo espacial.

La multitud —nadie llevaba ninguna horca, para enorme alivio de St. Ives— estaba llena con un miedo indefinible. Al parecer, la nave espacial era algo secundario ante una amenaza mucho más atroz. Había sido visto un desconocido muy extraño. Llevaba, insistió el señor Stooton, un turbante islámico hecho jirones, y al principio había sido tomado por un miembro de esa tribu por la señora Stooton, que todavía no sabía nada de la nave espacial que acababa de pulverizar el establo y ahumadero de lord Kelvin.

Habían seguido más avistamientos, siempre iguales. Un hombre envuelto en deshilachadas vendas andaba por allí, seguramente una criatura de algún distante sol. ¿Acaso no era la cosa que había caído en el establo de lord Kelvin una nave espacial? ¿Podía haber alguna duda de que aquel hombre envuelto en sueltas vendas la tripulaba? ¿Acaso no era un alienígena muy peligroso?

Sin duda, admitió St. Ives. Seguro que era un peligroso villano, ese hombre envuelto en raídas vendas procedente de una lejana galaxia. Primero había que reducirlo por la fuerza, sugirió St. Ives; las preguntas vendrían después..., cuando fuera maleable. El hombre había sido divisado, proseguía el rumor, en la carretera de Harrogate, huyendo de la zona general de la propiedad de lord Kelvin. Dos granjeros le habían dado caza, y uno de ellos había conseguido acertarle en la parte de atrás de la cabeza con una piedra apresuradamente lanzada, pero el alienígena se había adentrado en los campos y había desaparecido.

—¿Hacia Harrogate, dice? —preguntó St. Ives.

—Exactamente, señor—dijo McNally. —Corriendo hacia la ciudad como si le persiguiera el diablo. Y él también es uno, se lo aseguro. Apaleó a un perro, lo hizo, sí, en medio de la carretera. Lo persiguió con un palo largo como su brazo. Es una cosa malvada, ese hombre del espacio suyo. Eso fue cuando el viejo Dyke le acertó con su piedra..., le dio en la cocotera, y allá fue. Y lo hubieran cogido, de no ser por el perro, pobre animal. Pensamos que el alienígena tenía intención de comérselo crudo, allí mismo, en medio de la carretera.

—No lo dudo —dijo hoscamente St. Ives, echando a andar hacia su casa, con Hasbro a su lado y la multitud detrás—. Si yo fuera ustedes —siguió—, me dedicaría a buscarlo con perros. Hacerlo salir de donde se esconda. Soy un hombre de ciencia, ya saben. Nos enfrentamos aquí a una amenaza, no hay ninguna duda al respecto. Los perros son lo más adecuado para rastrear a alienígenas de este tipo. Poseen un olfato muy especial. Procede del hecho de viajar por el espacio. Y son unos prodigiosos mentirosos. Lo he estudiado. Lo primero que hacen siempre es negar todo el asunto. Pero está su nave, ¿no? Y está envuelto en Dios sabe qué tipo de sucios harapos. No dejen que la criatura niegue su podrido origen; ésa es la opinión científica del asunto. Hagan que suelte la lengua.

Las palabras de St. Ives impresionaron profundamente a la multitud. A lo largo del camino, a unos doscientos metros de distancia, venían otra docena de hombres, y St. Ives pudo ver, en la dirección de Kirk Hammerton, una procesión de antorchas. ¡Buen Dios, pensó, todavía no han agarrado a Pule! Y si el populacho se calentaba ante el truhán, mucho mejor. Al parecer no había fin a la villanía del hombre. ¡Apalea a un perro en la carretera! St. Ives hirvió por dentro. Se sintió repentinamente ansioso, sin embargo, de reducir al mínimo su papel en los sucesos de la noche. Se preguntó si había alguna marca identificadora en la ruina que era ahora la nave espacial que pudiera delatarle antes de que tuviera la oportunidad de pensar en algo. Miró a Hasbro, que permanecía de pie a su lado, sujetando ambos rifles. Hasbro alzó las cejas e hizo un gesto con la cabeza hacia la casa. No había tiempo, parecía indicar, de charlas con los vigilantes locales.

—Si consiguen atrapar a ese hombre —dijo St. Ives a McNally—, me gustaría saberlo. No lo maten, ¿quieren? La ciencia necesitará examinarlo..., estudiarlo. Este tipo de cosas no ocurren cada día, ¿saben?

La creciente multitud de hombres aceptó no hacerlo. Parecían aguardar alguna palabra más de St. Ives. Éste podía ver que esperaban sus consejos, puesto que era entre ellos el que mejor entendía de este tipo de extrañas cosas.

—¡Vayan en su busca, pues! —exclamó con voz recia. Y se dio la vuelta y empezó a subir las escaleras.

—¡Miren, ahí! —exclamó entonces alguien, directamente detrás de él. Era una voz familiar..., la voz de Hasbro. St. Ives se volvió en redondo, esperando ver alguna

revelación..., quizás a Pule siendo arrastrado por los talones a través del prado. Lo que vio fue a Hasbro señalando con teatral horror hacia el reventado silo, claramente visible ahora a la delgada luz lunar. Un murmullo simultáneo de sorpresa brotó de la multitud.

—Señor, la nave espacial parece haber chocado contra el techo del silo..., lo ha reducido a fragmentos, por lo que puedo juzgar.

—¡Es cierto! —exclamó McNally.

—¡El muy bergante! —gritó Brinsing el panadero, agitando un puño por encima de su cabeza para ilustrar la enormidad del acto.

—¡El sucio perro! —murmuró St. Ives, haciendo eco del sentimiento general, y aliviado de que Hasbro, después de todo, no se hubiera vuelto loco. Finalmente, pensó, alguien hubiera terminado viendo el silo. Era mucho más seguro explicarlo ahora de una forma simple y lógica. La nave había destrozado también su propiedad..., había fallado la casa por poco, había arrojado todo tipo de restos por el prado. ¡Pobre señora Langley! Bajó la vista, y allí estaba de vuelta el viejo Binger, mirando también hacia el silo, de pie y evidentemente intrigado, rascándose la cabeza. La sugerencia de Hasbro de que el aparato simplemente había arrancado el techo del silo a su paso sonaba extraña a su memoria.

—¡Binger! —exclamó repentinamente St. Ives, bajando los escalones y echando una mano por los hombros del viejo— Hay ese asunto de la media libra que le debo. Venga conmigo un momento, y se la pagaré. La señora Langley tiene también un pastel, a menos que esté muy equivocado, y también tenemos botellas de ale para ayudarnos a hacerlo pasar. Venga. —Y cruzó el umbral, arrastrando a Binger con él. Hasbro cerró la marcha.

—¿Media libra, señor? —preguntó el inocente Binger, completamente desconcertado.

—Exacto —dijo St. Ives—. Siga adelante. —Se volvió hacia la multitud reunida en el prado e inclinó ligeramente su sombrero—. Vayan a por él, amigos —exclamó, cerrando la puerta a sus espaldas y precipitando al viejo pasillo adelante hacia la cocina—. Vamos a hincarle el diente a este pastel. —Sonrió y extrajo media corona de su bolsillo—. Supongo que estará en la despensa. Es tan fresca como un sótano. —La puerta de la despensa se abrió..., para revelar dos cadáveres tendidos sobre el suelo de piedra, los restos de los ghouls de Narbondo—. No hay ningún pastel aquí —dijo apresuradamente St. Ives, cerrando de golpe la puerta—. Ocúpate de eso, ¿quieres? —susurró a Hasbro.

—Por supuesto, señor. Y luego llevaré el carro hasta la propiedad de lord Kelvin, ¿no cree? Si puedo... recoger la nave espacial, señor, podremos estudiarla a fondo.

St. Ives asintió vehementemente. Las palabras de Hasbro referentes a «estudiar» la nave espacial se habían perdido para Binger, sin embargo, porque el hombre

permanecía mirando con la boca abierta la cerrada puerta de la despensa.

—Era un billete de cinco libras, ¿no? —preguntó llanamente St. Ives.

—Le suplico perdón, señor, pero...

—Nada de peros, señor Binger —exclamó St. Ives—. Nos ha hecho usted un gran servicio, hombre. Y quiero recompensarle. Olvide los hombres muertos que hay en la despensa; no son lo que usted supone. Fueron enviados por el funcionario de pompas fúnebres. Víctimas de una enfermedad degenerativa. Muy probablemente virulenta. Aquí tiene el billete, ¿eh? Y aquí, por los cielos, hay una botella de ale. ¿Me acompaña? ¡Claro que sí! —Arrastró al señor Binger hacia el salón—. Iba a ocuparme de examinar uno de ellos cuando apareció el maldito alienígena. Arrancó de cuajo el techo del silo. Usted mismo lo vio, ¿no?

—Sí, señor. Pero ¿qué estaba haciendo dentro, señor? Juraría que salió a través del techo.

—Una ilusión óptica, diría yo. Un asunto científico difícil. Esos hombres de las estrellas no son como usted o yo. En absoluto. Son capaces de hacer cualquier cosa, ¿no?

—Pero ¿no estaba abajo en el río...?

—No me extrañaría en absoluto que así fuera —dijo St. Ives—. Ha estado arriba y abajo esta noche, ¿no? Destruyendo mi silo, apaleando perros en la carretera, destrozando el establo de lord Kelvin..., usted fue testigo de eso, ¿no, señor Binger? Fue todo un espectáculo, no lo dudo. ¿Desde la ventana de mi buhardilla, dijo usted, después de que el diablo destechara mi silo?

—Sí, señor —dijo Binger, animándose un poco. Cerró su mano en un puño y lo lanzó de un lado al otro de su silla, enterrándolo entre el brazo y el acolchado.

St. Ives permaneció sentado, inmóvil.

—Exactamente así, ¿no? Tiene usted una notable habilidad narrativa, señor Binger. Realmente notable. Vaya explosión cuando chocó, ¿no? —St. Ives abrió otras dos botellas de ale. Las necesitaba tanto como necesitaba que el confundido Binger las bebiera.

Por el rabillo del ojo pudo ver a Hasbro arrastrar uno de los cuerpos a lo largo del pasillo hacia la puerta de atrás..., el segundo ghoul, a juzgar por el aspecto de los pantalones a cuadros. El señor Binger estaba de espaldas al pasillo. St. Ives parpadeó y le sonrió, esperando que su evidente satisfacción con el breve pero gesticulante relato del hombre le animara a generar algunos detalles realmente coloristas que consumieran algo más de tiempo. El segundo cadáver siguió al primero por la puerta de atrás, que se cerró tras él. Y, al cabo de un momento, St. Ives oyó el carro alejarse traqueteando de la cochera. Miró por la ventana para ver a Hasbro conduciéndolo hacia el río bajo la polvorienta luz de la luna, con los dos cuerpos en el fondo del carro tras él.

St. Ives se sintió aliviado. No podían enterrar a las dos criaturas en la propiedad..., no con las complicaciones de la noche. Estarían a kilómetros de distancia en el Nidd por la mañana. Y, si eran descubiertos, sus muertes podían ser atribuidas al alienígena, a Willis Pule. Maldito Pule, pensó St. Ives. ¡Willis Pule! Su propio nombre sonaba casi como una obscenidad. ¡La nave espacial desaparecida! Si Hasbro podía recuperarla, tendría que declarar que el hombre era un santo. Extrajo el reloj de su bolsillo. Casi eran las diez. Tenía que hacer las maletas. No había forma de decir cuándo regresaría Hasbro. Tenían que estar sin falta a Harrogate por la mañana.

—¡Vaya asunto sorprendente! —exclamó St. Ives de corazón, interrumpiendo la por aquel entonces ya demasiado sabida historia del viejo—. Venga a verme siempre que quiera, amigo. Está bien. Tome una botella para el camino. Déle recuerdos de mi parte a la señora Binger. ¿Y qué hay del joven Binger? Está trabajando en la fábrica, ¿verdad? Ah, el capital, el capital. —Con eso, el señor Binger se halló en el porche delantero, con una botella de ale en cada mano, intentando responder a la vez a todas las preguntas del profesor, pero dándose cuenta de pronto de que le estaba hablando a una cerrada puerta de roble. Bajó al camino, cinco libras más rico, con dos botellas de ale y una historia que iba a durarle años.

St. Ives fue despertado a medias de su sueño, tres horas más tarde, por el sonido del carro subiendo el camino. Se levantó de la cama y miró a la noche. El carro pasó junto a la casa, con la oscura masa de la nave espacial en la parte de atrás. Se dirigió a la cochera. Se oyó una puerta. St. Ives volvió a dejarse caer en la cama, y lo despertó antes del amanecer, a la mañana siguiente, el ruido de Hasbro llevando las maletas a la puerta delantera.

Los dos se dirigieron a Harrogate y al expreso de Londres media hora más tarde, cuando el sol apenas se asomaba por entre los árboles al este. St. Ives era incapaz de adivinar qué extrañas actividades le aguardaban, pero el fruncimiento de su boca y sus ojos entrecerrados prometían que estaba preparado para ellas, que desayunaría pensando en ellas. Su error había sido que se había creído aparte de las villanías del submundo londinense. Pero ahora veía las cosas más claras, mucho más claras.

De vuelta a Londres

Willis Pule se estremeció en la maleza que ahogaba el seco lecho de un pequeño tributario del río Nidd. Los sauces y los helechos eran lo bastante densos como para ocultarle de los escrutadores ojos..., permanecería tendido allí hasta que faltaran sólo unos momentos para que el tren partiera hacia Londres. La estación estaba a cinco minutos corriendo hacia el sur. Había sido un genio adquiriendo su billete de regreso el día antes. De otro modo, las cosas hubieran podido ser muy distintas. Estaban batiendo toda la región en su busca. Pero ¿por qué, por el amor de Dios? Seguro que no por el asunto de la casa de St. Ives. Eso no podía haber desencadenado a una multitud tan lunática. Quizá tuviera algo que ver con las explosiones que habían seguido a su retirada. Pero, por todos los diablos, *él* no había tenido nada que ver con aquello. Malditos fueran aquellos payasos campesinos, pensó para sí mismo, mirando a su alrededor por encima del follaje. Si pudiera, los exterminaría a todos. Debía tratarse de alguna especie de enfermedad contagiosa, quizá..., inquietas ratas que se alimentaban de sangre y estaban plagadas de moscas.

Se palmeó delicadamente la nariz, arreglando los colgantes vendajes. Hubiera debido arrancárselos y arrojarlos a una zanja, pero los productos químicos con los que estaban empapados habían dejado en su rostro una coloración azul ambarina tan sorprendente como inexplicable. Claro que los vendajes no lo eran menos. Aunque parecían tener un efecto positivo. Notaba la piel de su rostro tensa y, desde hacía rato había superado sus náuseas ante el olor de la pasta de anchoas. Tiró de los nudos al extremo de los vendajes, los soltó, los colocó más ajustados y volvió a atárselos.

Comprobó el reloj de su bolsillo. Ya era hora de irse. Simplemente tenía que echar a correr..., no podía hacer otra cosa. No podía quedarse eternamente sentado allí en la maleza, y sería atrapado sin lugar a dudas si se aventuraba a la carretera. Le hubiera gustado poder robar un carro..., agarrotar al propietario y alejarse con sus posesiones, pero ya estaba en bastantes problemas sin eso. El coste de cualquier fechoría podía ser más grande que el beneficio.

Miró de nuevo por encima de los arbustos. Seguro que la multitud se había cansado de buscar hacía rato. Al parecer no había nadie por los alrededores, excepto un hombre delgado con unos pantalones hasta las rodillas que limpiaba bacalao detrás de una pescadería. Pule se deslizó por un agujero entre la maleza y se alejó con aire decidido, en absoluto, esperó, como alguien temeroso de ser perseguido. El hombre del bacalao siguió cortando sus pescados, al parecer indiferente a él. Pule rodeó la esquina de la pescadería, vio que la calle ante él estaba vacía, y apresuró el paso hasta la estación, con una mano apretada contra su cabeza para impedir que los vendajes se soltaran.

A una manzana de la estación frenó su marcha a un tranquilo andar. Tenía tiempo suficiente. Era peligroso llamar la atención sobre él. En el andén, el tren bufaba y resoplaba, inmóvil. Algunas personas estaban subiendo a él. Un hombre de aspecto cansado con un enorme bigote vendía panecillos y café a través de las ventanillas. Pule sería capaz de matar por un panecillo..., literalmente, pensó para sí mismo. Estaba de un lamentable humor, y el hambre no hacía más que empeorarlo.

Allí estaban los escalones de hierro que ascendían hasta el vagón de segunda clase, a tres metros de distancia. Nadie gritó. Nadie le amenazó. Arrancó un periódico de manos de un muchacho en el andén, saltó al vagón, halló un compartimiento vacío y se ocultó detrás del periódico. Se quedaría allí, decidió, hasta que estuvieran al menos a mitad de camino de Londres.

El tren empezó a ponerse en marcha en medio de un silbar de vapor, luego se detuvo de nuevo con una sacudida. Oyó ruido de pasos en el andén. Miró por encima del borde de su periódico, horrorizado al ver a Langdon St. Ives y su sirviente subir a aquel mismo vagón. ¡Maldita sea! Alzó el periódico. Si la puerta de su compartimiento se abría, saltaría por la ventanilla: ¿Qué otra cosa podía hacer? No tenía ningún arma. La próxima vez, no sería atrapado sin armas. Y habría una próxima vez.

Narbondo se echaría sobre él por haber fracasado en hallar los papeles. Había necesitado horas para sacarle a Kraken toda la información. El licor había hecho más que la tortura..., aun que Pule prefería con mucho esta última; puesto que no tenía ni idea de si Kraken tenía o no algo que ofrecer, la tortura parecía un fin en sí mismo. Sin embargo, había resultado ser un viejo estúpido, y lamentable además, aunque finalmente lo había divulgado todo; llorando sobre su vaso. Pule sonrió detrás de su periódico. Se preguntó ociosamente si St. Ives habría tomado un compartimiento en aquel mismo vagón o habría seguido hasta el siguiente. ¿Qué importaba?

Pule se sintió abrumado por una repentina idea. Podía deslizarse fuera del tren, regresar a la propiedad de St. Ives y, en ausencia del dueño, saquearla. Incendiarla incluso, si se prestaba. Tenía que apresurarse..., estaba a punto de perder su oportunidad. Se levantó, echó su periódico sobre el asiento y, en aquel momento, el tren dio una nueva sacudida hacia delante, arrojándolo de espaldas contra el asiento. Al parecer el tren se ponía definitivamente en marcha. Pule abrió la puerta del compartimiento y asomó la cabeza, sólo para ver, a unos pocos metros ante él, las espaldas del sirviente de St. Ives, de pie en el pasillo, hablando con su amo a través de la puerta abierta de un compartimiento. Pule se echó hacia atrás en el momento en que el tren se detenía de nuevo. ¿Estaba condenado a permanecer en el maldito tren? ¿A verse robado de una segunda oportunidad? Se encogió de hombros. ¿Qué importaba, después de todo? Era Narbondo quien se aprovecharía de su regreso a la casa de St. Ives, no él. Siempre era Narbondo quien se aprovechaba.

—¡Panecillos calientes! —llegó un grito desde el otro lado de la ventanilla—. ¡Café y té!

Pule se asomó a la ventanilla y buscó un chelín. El vendedor de panecillos, salpicado de harina, le vio: chilló y dejó caer su mercancía, bandeja y todo, al andén. El café se esparció. El hombre chilló de nuevo.

—¡El al ...ienígena! —gritó, cayendo hacia atrás—. ¡El alienígena!

Una ventanilla del compartimiento de al dado se abrió.

—¡Brinsing! —gritó una voz. Una cabeza se asomó a la mañana. Pule, arrojando la discreción a la basura, miró hacia allá. Langdon St. Ives le devolvió la mirada, asombrado, incapaz de hablar. El tren dio otra sacudida. Pule se metió en el compartimiento y saltó hacia la puerta. El vendedor de panecillos seguía chillando. Hasbro corrió hacia Pule. Pule agarró el pomo de la puerta del compartimiento y abrió ésta, de golpe, contra el rostro de su atacante, empujando con el hombro en un esfuerzo por derribar al hombre. Tras él, en otro compartimiento, estaba sentada una frágil viejecilla, cuyos ojos se desorbitaron de terror al ver el enfajado rostro de Pule. Sus pies estaban apoyados sobre un enorme baúl, sin duda demasiado pesado para ser alzado hasta el estante portaequipajes. Pule clavó sus pies contra la jamba de la puerta, con la espalda apoyada contra la puerta abierta al pasillo, y tiró del baúl de debajo de los pies de la mujer, maldiciéndolo, maldiciéndola a ella, maldiciendo a St. Ives. Calzó el baúl contra la puerta abierta, dándose cuenta mientras lo hacía de que sus esfuerzos no valían el tiempo que estaba perdiendo. Gritando una maldición de despedida, saltó al extremo del vagón y al siguiente, y disminuyó un poco su velocidad, preguntándose dónde demonios podía esconderse un hombre en un tren.

Árboles y prados pasaban a lo largo de las vías. Si era preciso, pensó, saltaría. Quizá debiera saltar ahora, antes de que consiguieran librarse de la puerta y el baúl. Nunca lo supondrían tan temerario como para intentar algo así. Pero el paisaje se deslizaba a sus lados de una forma maravillosamente rápida... y peligrosa también. Pule recorrió el siguiente vagón y el otro, hasta un vagón de tercera clase formado por dos hileras paralelas de bancos de madera mirando hacia la parte delantera del tren. El vagón estaba vacío excepto un solo hombre con un sombrero en tubo de chimenea que dormitaba en un asiento junto al pasillo central.

En su regazo había una caja de Keeble. Pule casi se atragantó. Se aferró a un asiento en busca de apoyo, asaltado por el vértigo. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué extraño descendiente del destino había acudido a su encuentro allí de una forma tan peculiar? Un grito brotó a sus espaldas, junto con el astillante sonido de madera al romperse. Si no actuaba rápido, fracasaría. Y la culpa sería sólo suya.

Miró a su alrededor, sin apenas respirar. Debajo de los asientos había una red metálica para los equipajes, en varios estados de descomposición. Agarró una sección de la barra de hierro frontal que se había desatornillado y tiró de ella. Esperó el

sonido de la puerta al abrirse tras él, el grito, que el hombre con la caja —muy posiblemente confabulado con St. Ives— se despertara y cortara su escapatoria. La barra cayó y golpeó el suelo. Pule la cogió, y el durmiente se agitó. Abrió un ojo en el momento en que Pule se lanzaba contra él, con un grito escapando de sus pulmones. La barra de hierro golpeó la frente del hombre y pareció hundirse en ella, como si hubiera golpeado un pundín con una cuchara de madera. Pule dejó caer la barra y agarró la caja en el momento en que el hombre se derrumbaba hacia delante. La puerta se abrió de golpe tras él. Estuvo fuera en un parpadeo, recorriendo a largas zancadas una sucesión de vagones, hasta salir finalmente al aire de la mañana, sin ningún otro vagón donde seguir huyendo. Apoyó su espalda contra la puerta, apretando fuertemente. Oyó tras él los apresurados pasos de sus perseguidores. Un rebaño de ovejas desfiló junto con un prado a su lado.

El tren tomó una curva, redujo un poco su velocidad, y Pule, cerrando los ojos, se catapultó del vagón, aullando y cayendo sobre hierba alta y rodando hasta el borde de un pequeño estanque ante la sorpresa de las rumiantes ovejas. Permaneció tendido allá por un momento, imaginando el daño que debía haber causado a su bazo o a su hígado.

Agitó las extremidades y descubrió que no tenía nada grave. Desacostumbradamente orgulloso de sí mismo, se puso en pie y echó a andar por el pasto con el aire de un hombre que ha terminado su trabajo del día. Imaginó, mientras cojeaba a lo largo de la carretera, con sus vendajes finalmente desechados, cuál sería la reacción de St. Ives si él volvía a Harrogate y efectuaba otra incursión en la casa. Sería lo que un artista llamaría el toque final. Pero también veía que no sería prudente. Tenía mucho que perder en aquellas heroicidades, y estaba decidido a que nada —ni Narbondo, ni St. Ives, ni la venganza—, nada le negara el premio que tan duramente había conseguido. La suerte de un momento había transformado el desastroso viaje en una victoria. Se detuvo para echar una mirada a la caja. Era del mismo tipo que la que habían arrebatado a Kraken el día antes. Todas las malditas cajas de Keeble eran iguales. ¿Se trataba de una segunda esmeralda? ¿Era el fabuloso homúnculo en persona?

Pule estudió el tubo de cobre y lo que parecía ser una pequeña manivela en un lado. La caja de Kraken no tenía esos añadidos..., aunque evidentemente su presencia no revelaba el contenido de la caja. Podía, muy concebiblemente, ser un mecanismo respirador de algún tipo para la criatura alojada dentro. ¿Había revelado el manuscrito de Owlesby el paradero de la criatura? ¿La había recuperado St. Ives? La cabeza de Pule bullía con preguntas imposibles de responder. Sólo una cosa parecía cierta..., que aquélla era una caja de Keeble que contenía un misterio, muy posiblemente un misterio valioso. Pule la poseía ahora, y seguiría poseyéndola. Si las cosas iban a peor, si todos los planes de Narbondo resultaban en nada, Pule seguiría teniendo la

caja, un muy necesario comodín en un juego en el que Narbondo tenía todos los ases. Un carro se acercó a él por la carretera. Pule se detuvo para dejar que llegara a su lado, permitiendo que el sol brillara sobre él de la más amistosa de las maneras,

Bill Kraken nunca se había sentido tan bajo. Había hecho algunas cosas viles en su vida: había robado tumbas, se había llevado carpas del acuario, había permanecido borracho más a menudo que sobrio. Había sido vendedor de calamares pasados, destilador fracasado, vendedor de guisantes cocidos de razonable éxito y, durante un período de dos meses, un año o así después de su separación de Owiesby, se había dedicado al comercio puro, vendiendo excrementos de perro a los traficantes de abonos a cambio del dinero suficiente para comer..., si un caldo de col y unas rebanadas de pan negro podían llamarse comida. Pero sus peores momentos desde que el pobre Sebastian había caído no eran nada comparados con las profundidades hasta las que se había hundido en las últimas cuarenta y ocho horas. Había traicionado a todo el mundo que había confiado en él. Los había vendido a todos. ¿Y a cambio de qué? De nada. Ni siquiera un eructo. Ni siquiera un puñado de guisantes.

Se golpeó la frente y se sumió en un profundo odio hacia sí mismo. Era la bebida lo que había causado todo eso..., los licores fuertes. Volvían loco a un hombre. Era la pura verdad. Pero también hacía lo mismo la ausencia de bebida, ¿no? Se lamió los resacos labios. Su lengua parecía cubierta de plumas. Sus manos temblaron incontrolablemente cuando las alzó ante él. Así que se sentó sobre ellas, perchado en un taburete en una esquina del laboratorio de Narbondo. También veía cosas por el raballo del ojo..., cosas que no debería ver. Eran horrores, eso es lo que eran. Y, aunque no lo fueran, lo conducirían a ellos con toda seguridad, a los más disparatados horrores. Nunca había estado tan seco en una semana, en un mes.

Ahora, contemplando con el raballo del ojo izquierdo la cosa en la losa a no más de cinco metros de distancia, se preguntó cuál sería su aspecto para él si estuviera borracho. Si tenía el menor asomo de una posibilidad, se dedicaría a averiguar la verdad del asunto. Palmeó el bolsillo de su chaqueta, y allí estaba el Ashbless, agujero de bala incluido. El problema con los filósofos era que se quedaban cortos en los consejos prácticos. Le podían revelar muy poco acerca de sus actuales circunstancias. Ojalá el libro estuviera hueco y contuviera una pinta de ginebra.

Cerró fuertemente los ojos y los mantuvo así. El tiempo pasó aterradoramente lento. Recordó, hacía quince años, haber sacado de sus ataúdes a hombres muertos en no mucho mejor estado que esa cosa sobre la losa. Hubiera sido mejor que le hubieran arrancado los ojos. Era muy probable que lo hicieran. Le habían golpeado, pero eso podía soportarlo. Le habían pegado antes. Y se había enfrentado a horrores antes, también. Pero éstos no los deseaba de nuevo. Había abandonado la venta de los calamares cuando había descubierto que invadían sus sueños, todo patas y viscosa

frialdad.

Miró a su alrededor por centésima vez en busca de algo que consumir —algo alcohólico, de cualquier tipo—, pero no vio nada excepto el vacío vaso de vino dejado con propósitos diabólicos sobre una mesa por el muchacho gordo de pelo rizado, junto con la carcasa de algún tipo de ave de caza. El grueso del cristal amplificaba la profundidad del pequeño círculo carmesí asentado en el fondo. La verdad era que no había suficiente como para que goteara siquiera hasta el borde si dabas la vuelta al vaso. Kraken lo había intentado, por supuesto. Había rebañado los restos con los dedos, pero había podido extraer muy poca sustancia de ello. Menos aún había podido sacar de la comida en el plato —nada excepto huesos quebrados—, la cartilaginosa carcasa de una peculiar ave de caza, una hembra de pavo real, con cabeza y todo, sin ojos y demasiado tostada.

Pule y Narbondo habían salido, cerrando y asegurando puertas y ventanas tras ellos. Lo habían abandonado hacía ya horas, antes de que cayera la noche. La luz fantasmal de las lámparas de gas no hacía nada para aliviar la penumbra general del gabinete..., simplemente arrojaba sombras desagradables sobre las paredes y el suelo, como la sombra, pensó Kraken, apenas capaz de enfrentarse a ello, del giboso y esquelético pavo real reflejada allá al borde del piano. Le habían dejado una jarra de agua. Quizá, si se sentía lo bastante desesperado...

Volverían, lo sabía, con un cuerpo. El viaje de Pule a Harrogate en busca del manuscrito del pobre Sebastian había terminado en una furia generalizada. Volaron las maldiciones. El doctor había abofeteado fuertemente a Pule, había destruido el pote de ácido fénico y piel de caballo que Pule estaba cocinando como tratamiento facial. Había olido de una forma terrible. Luego se habían ido. La cosa en la losa debía ser revivida, eso era lo que Narbondo había dicho. Esta noche. Tenían que encontrar un donante. Si no, apuntó el doctor, Kraken serviría perfectamente. Kraken o Pule, cualquiera de los dos. Pule había sonreído durante todo ese exabrupto, como un gato lleno de leche.

Las lámparas de gas parpadearon. Las sombras danzaron. El ave de caza resonó repentinamente en su plato, como si estuviera intentando echar a volar. Kraken se sobresaltó, horrorizado. Se hizo de nuevo el silencio. Al otro lado de la habitación, sobre una mesilla junto al acuario sin peces, se hallaba la caja de Keeble. ¿Qué podía hacer Kraken con ella? Podía romper la ventana y arrojarla a la calle, luego seguirla fuera. Pero ¿de qué le serviría eso? Era un hombre perseguido. No había ninguna duda al respecto. Newgate era demasiado bueno para él. Si era atrapado, sería la horca.

Fuera de la ventana giraba perezosamente una densa niebla, en su mayor parte procedente del Támesis. Pequeños y sucios riachuelos resbalaban por los cristales, acumulándose en los montantes y goteando lentamente a la acera, abajo. La calle

fuera permanecía en silencio. Era el silencio, denso como la niebla, lo que le preocupaba. Intentó cantar y silbar, pero en la penumbra de la habitación acechada por las sombras el ruido había sonado simplemente innatural. De hecho, le parecía que el más ligero sonido iba a despertar la cosa tendida en la losa.

Su cabeza estaba torcida hacia él, caída en un extraño ángulo contra su pecho. La carne colgaba bajo sus pómulos como pergamino. Parecía como si cualquier ligera brisa que entrara por la rota ventana pudiera convertirla en polvo. O quizá la cosa se alzaría arrastrada por la corriente como una cometa para retorcerse y farfullar hacia él, bambolearse hacia él, silueteada contra la luz que brillaba débilmente desde el otro lado de la cortina de la ventana de la habitación al otro lado del patio. Antes había visto la sombra de un rostro atisbar desde aquella cortina..., observándole, quizá; tal vez uno de los agentes de Narbondo.

Kraken cerró los ojos, pero podía seguir viendo a través de los párpados las danzantes sombras animadas por la luz de gas. Se apretó los ojos con las manos, pero los horrores que torbellineaban ante su vista recortados contra la parte de atrás de sus párpados eran peores que la cosa sobre la mesa. ¿Qué había dicho Paracelso acerca de tales emanaciones? No podía recordarlo. Paracelso era bruma en su memoria, un producto de otra era, una era que había terminado cuando robó la maldita esmeralda del Capitán, la esmeralda que el complacido Narbondo había dejado tan descuidadamente al lado del acuario.

En el borde de la losa, como si se hubieran arrastrado hasta allí por voluntad propia, había dos esqueléticas manos, obviamente caídas del retorcido cadáver más allá de ellas. Kraken evitó mirarlas. Hacía una hora había estado seguro de que, por un instante, las cosas se habían movido, habían tabaleado con sus dedos encima de la mesa, se habían arrastrado inexorablemente unos centímetros hacia él, y que los restos del pavo con guisantes habían suspirado en su bandeja, repiqueteando entre las patatas frías.

Pero todo había quedado de nuevo en silencio. Era el viento a través de los rotos cristales, que arrastraban al interior el fuerte y tiznado olor de la niebla. Allí estaban las manos, casi aferradas al borde de la mesa iluminada por la lámpara, preparadas, quizá, para saltar contra él. ¿Por qué diablos no estaban unidas al cadáver? ¿Qué impío acto había provocado su separación?

Kraken las contempló, y estuvo seguro por un rígido momento que el dedo índice de la mano izquierda se había estremecido. Como si le hiciera señas. Apartó la vista hacia la neblinosa ventana, y jadeó horrorizado ante su propio reflejo flotando en el cristal, mirándole fijamente. Se apretó más contra su rincón. Si las manos se arrastraban fuera de la losa, ¿se harían pedazos cuando cayeran al suelo? ¿O se sumergirían en las sombras, haciendo una momentánea pausa antes de empezar a avanzar como cangrejos hacia sus pies? Kraken sintió de pronto un asustado frío.

Narbondo quizá no regresara. Quizá simplemente se habían ido, sabiendo que Kraken moriría de horror a lo largo de la noche, que la cosa en el sudario saltaría sobre él como una sábana de la que se tirara a lo largo de la cuerda de un tendedero, lo envolvería en polvo y podredumbre y huesos chasqueantes, y lo asfixiaría en el horror.

En la pared a sus espaldas colgaba una colección de instrumentos, pero no había nada con lo que pudiera defenderse contra los cadáveres animados. Sus ojos se clavaron en un par de largas tenazas, cuyas mandíbulas estaban recubiertas por una funda de caucho. Se puso lentamente en pie, apenas respirando, comprendiendo que la cosa en la losa le estaba observando, quizás intentando evaluar su miedo, sus intenciones.

Descolgó lentamente las tenazas y avanzó hacia la losa, jadeando de miedo, esperando que en cualquier momento las manos volaran hacia él como insectos de papel, como murciélagos de correosas alas, para aferrarse a su garganta, para meterse en su boca. Al contacto de las tenazas, seguro que saltarían sobre él como un muelle al ser liberado. Sabía que lo harían.

Pero no lo hicieron. Agarró una de las manos y, muy torpemente, se volvió y dio un paso hacia el abierto piano, y dejó caer la cosa sobre las silenciosas teclas, golpeando una alocada nota con el borde de las tenazas y saltando bruscamente hacia atrás, con un chillido encajado en su garganta. La otra mano seguía como antes. ¿O no? ¿No se había dado la vuelta? ¿No se había arrastrado para enfrentarse a él? Cerró las tenazas a su alrededor, giró, y la dejó caer sobre las teclas del piano junto con su horrible contrapartida, luego bajó bruscamente la tapa, aprisionándolas debajo, y la cerró con una pequeña llave triangular de latón que había encima del piano.

¿Se atrevería a hacer lo mismo con la cabeza de la cosa..., soltarla y ocultarla en alguna parte? ¿Quizá levantar la tapa superior del piano y arrojarla dentro? Se obligó a sí mismo a mirarla, a imaginarse cerrando las tenazas contra los marfileños pómulos y retorciendo la cabeza sobre su cuello hasta que restallara y se liberara. El pensamiento lo paralizó, pero tenía que hacerlo. Hizo de tripas corazón. No podía seguir mirándola más tiempo. Avanzó hacia ella, las tenazas por delante, abriendo lentamente sus metálicas mandíbulas. No se atrevió a meter las tenazas en la boca de la cosa; podía cerrarse bruscamente y partir las varillas de acero con un seco restallar.

Las tenazas se aproximaron. Kraken temblaba tanto que el flojo remache sobre el que giraban las hojas resonaba como una cigarra. Jadeó en busca de aliento. Las horribles órbitas parecían mirar a través de él..., a través de su frente perlada de frío sudor, una gruesa y salada gota del cual resbaló hasta su ojo derecho, cegándole casi por unos instantes. Las tenazas se cerraron contra los pómulos y, con un rasguear de huesos, la cosa sobre la mesa dio una rápida sacudida, como si quisiera desprenderse de la presa de caucho.

Jack ululó de terror, dejó caer la punta de las tenazas sobre la losa y retrocedió de espaldas hacia su rincón, golpeando contra la mesa que contenía los restos del ave de caza con su pie derecho. La larga y delgada pata de la mesa se combó, y el esqueleto del ave rodó de la bandeja en medio de una pequeña cascada de guisantes y cayó al suelo. Kraken lo contempló horrorizado, medio esperando que los delgados huesos grises de las alas vibraran y el pájaro alzara el vuelo como una gran polilla hacia la llama de la lámpara de gas. Las tenazas golpearon el suelo a su lado.

Eso no funcionaría. No podía soportar la idea del ave fuera de su vista en el suelo, al otro lado de la mesa. Debía saber sus movimientos, si había alguno. Si echaba a volar contra él, procedente de la nada, simplemente caería muerto. Se inclinó bruscamente, apelando a todas sus fuerzas. Agarró las tenazas, recogió el ave del suelo y la arrojó, tenazas incluidas, a un cubo para el carbón junto a la chimenea, al lado del piano. El ave golpeó sordamente dentro del cubo, en medio de una nube de polvo de carbón; las tenazas resonaron contra la pared y cayeron sobre los ladrillos de la chimenea. Kraken giró en redondo ante el sonido de un repentino roce tras él, esperando encontrarse frente al esqueleto sin manos que se había puesto bruscamente en pie. Pero éste seguía en su lugar, sin moverse. El roce procedía de más allá de la pared del otro lado de la habitación. Algo golpeaba contra la pared, intentando llegar a él. Kraken se derrumbó hacia atrás, hacia su taburete en el rincón.

La animación de Joanna Southcote

Un panel en el revestimiento de roble se abrió bruscamente, deslizándose hacia un lado, y del otro lado, tirando torpemente de un par de zapatos, apareció un agachado Willis Pule. Entró de espaldas en la habitación, gruñendo con el esfuerzo, y el doctor Narbondo apareció tras él, sujetando la parte opuesta de un cadáver. Pule lo dejó caer tan pronto como hubo pasado la pared, como si estuviera inmensamente cansado. Narbondo pateó la esquina del panel y éste volvió a deslizarse y se cerró, cubriendo la entrada a lo que a Kraken le pareció que era un bajo y oscuro pasadizo. Kraken se encogió en su rincón, interrogándose horrorizado acerca de este nuevo acto de villanía, medio aliviado, sin embargo, de no ser él el arrastrado por esos túneles.

El panel acababa de cerrarse cuando se produjo una asustante llamada en la puerta convencional. Pule la abrió, y allí estaba Shiloh el mesías, con una expresión en su rostro que parecía implicar que no aceptaría más disculpas, que había acudido a por su madre y que iba a hacer pagar con los precios del infierno, quizá literalmente, si no se sentía satisfecho del resultado. Narbondo le miró con el ceño fruncido.

—¿Dónde está Nell Owlesby? —preguntó bruscamente.

—Está segura..., mucho más segura con mi rebaño que con usted.

—La mitad de su rebaño es mi rebaño —dijo Narbondo—, y creo que más pronto la devorarán que le explicarán los evangelios. Tráigala.

—Completamente imposible, se lo aseguro. —Shiloh entró y cerró la puerta tras él, frunciendo el ceño a la revuelta habitación y a Bill Kraken que, al parecer, le resultaba tan ofensivo como el cadáver en el suelo—. Mantendré mi parte del trato. No necesita usted a la mujer para eso. Sé dónde está oculta la caja, donde ha estado esos diez años. Si hace usted lo que digo, también lo sabrá. Es tan simple como eso. Pero no necesita preocuparse por la mujer. No vale nada para usted más allá de ese único fragmento de conocimiento. Y eso, como los dos sabemos, vale mucho, ¿no es así?

El viejo se dejó caer sobre un taburete, disfrutando obviamente de la ventaja que mantenía sobre Narbondo. Extrajo una caja de rapé de su bolsillo, pellizcó una enorme cantidad y la inhaló fuertemente, envolviendo su cabeza en una momentánea nube amarronada. Estornudó voluminosamente seis veces en una rápida y deshinchante sucesión hasta que se vio reducido a una encorvada y resollante ruina, su rostro convertido en una máscara de dolor y satisfacción entremezclados. El doctor Narbondo agitó disgustado la cabeza. Shiloh tanteó en busca de su bolsillo, se guardó de nuevo la caja de rapé y se secó los ojos con el dobladillo de su ropa. Su fruncida frente se relajó y se contrajo alternativamente como una babosa irritada, como si estuviera experimentando tras los temblores de su reciente terremoto inspirado por la

inhalación.

Volvió a erguirse y miró directamente a la caja de Kraken encima del acuario; luego, antes de que Narbondo pudiera detenerle, avanzó hacia ella y la cogió.

—He aquí un artículo realmente hermoso —dijo.

El jorobado se lanzó hacia él y le arrancó la caja. El viejo adoptó una expresión teatralmente ofendida y luego miró con burlona sonrisa sus vacías manos. Narbondo frunció el ceño y depositó torpemente la caja encima del piano.

El amasijo de huesos y sudario sobre la losa pareció agitarse apenas un poco en respuesta al traslado de la caja, y el susurro de los restos borró la sonrisa del rostro de Shiloh. Pareció recordar de pronto que era su madre la que yacía allí delante de él. Narbondo trasladó su dispositivo vaporizador sobre un carrito de té, apartando de su camino al viejo. Luego sacó de un armario una camilla baja. Él y Pule colocaron el nuevo cadáver sobre la camilla y alzaron ésta hasta situarla al nivel de la losa. De una batea de madera debajo del frasco de líquido amarillo extrajo una chorreante e inconcreta carpa, viva pero lánguida, y la dejó caer sobre la camilla al lado del cadáver. Trabajó rápida y diestramente, pero con el ceño contraído y la frente perlada de sudor, como si supiera exactamente lo que estaba haciendo y supiera igualmente bien que lo que estaba haciendo no era en absoluto un asunto fácil.

Pule permanecía de pie en silencio a su lado, poniéndose de tanto en tanto en acción a regañadientes cuando Narbondo ladraba alguna orden, luego cayendo de nuevo en la inactividad, ya fuera por falta de comprensión o una resistencia general a obedecer órdenes. El viejo se agitaba junto a la ventana como un pájaro..., toda apariencia de desprendida frialdad eliminada ante el inminente experimento. De pronto, jadeó y se llevó las manos al pecho.

—¿Dónde...? —exclamó, señalando—. Sus manos..., ¿dónde están sus manos? Juro por los cielos, Narbondo, que si ha estropeado usted algo, si...

—¡Cállese, viejo! —exclamó Narbondo, cortándole a media frase—. ¿Dónde están las hermosas manos de lady Southcote? —preguntó a Pule. Pule lo miró, luego miró a su alrededor, se inclinó para examinar debajo de la losa. Kraken se hundió en silencio en su taburete.

—¡Estúpido...! —gritó el evangelista, incapaz de pensar en una palabra lo suficientemente grosera como para expresar su indignación—. Voy a... —empezó de nuevo, pero esta vez un sordo resonar brotó junto a la chimenea, y un trozo de carbón del tamaño de una nuez saltó del cubo del carbón al suelo.

—Una rata —murmuró Narbondo; tendió la mano hacia el atizador al otro lado de la chimenea y lo alzó por encima de su cabeza.

—¡Maldita sea! —gritó el viejo, furioso de que Narbondo abandonara a su madre para perseguir una rata. Narbondo se inclinó hacia el cubo del carbón, con un dedo en los labios. Un alocado estrépito brotó de él, junto con una nube de polvo de carbón.

El cubo se volcó con un clang, arrojando una cascada de pequeños trozos de escoria a la chimenea, por encima de los cuales se alzaron los ennegrecidos restos del pavo, con sus rotas alas agitándose furiosas y su cabeza girando de lado a lado. Y, como para acompañar su vuelo, el piano entró en erupción con una melodía discordante, como si alguien estuviera golpeando al azar las ocultas teclas. Kraken se hizo una bola. Shiloh abrió de par en par la ventana que daba al patio y perchó un pie en el umbral, dispuesto a saltar. Narbondo agitó locamente el atizador hacia el pavo saltarín, sin conseguir más que golpear una de las patas del piano. El ave se alzó en el aire, con un tenue sonido silbante pipiando de su tendida garganta, de la que colgaban aún algunos trozos de tostada carne. La caja encima del piano danzó a tono con la loca melodía, y el pavo se lanzó por los aires como una piedra arrojada por una honda, directamente contra la pared encima del acuario, donde dejó una mancha de grasa y polvo de carbón en el amarillento yeso antes de caer con un chapoteo en el agua, donde se hundió lentamente hasta la grava del fondo y les miró doliente antes de derrumbarse sobre un costado.

El piano, mientras tanto, seguía sonando. Narbondo, envalentonado por la forma en que había terminado el asunto del pavo, y convencido de que una actitud adecuadamente objetiva explicaría el fenómeno del misterioso teclear, se dirigió hacia el instrumento y abrió la tapa superior. Alzó su atizador, apuntándolo hacia el techo, y miró dentro, para no descubrir más que el vuelo de los martillos. Mirando de reojo a Pule, que se había retirado hacia la esquina de Kraken de la habitación, tiró de la tapa del teclado. Estaba cerrada. Irritado, encontró la llave, abrió la cerradura, echó la tapa hacia atrás, y gritó sorprendido ante la extraña escena que se ofreció a sus ojos..., las esqueléticas manos de Joanna Southcote, golpeando como cangrejos las teclas al azar. Se movían sobre el teclado en un agitado torbellino, y de pronto saltaron al suelo, donde se retorcieron y danzaron.

—¡Sus manos! —exclamó Shiloh, repitiéndose a sí mismo, más horrorizado ante su espectacular reaparición de lo que se había mostrado ante su ausencia.

Narbondo se abalanzó hacia las caídas tenazas de Kraken, agarró primero una mano, luego la otra, y las arrojó encima de la losa. La primera quiso escapar de nuevo inmediatamente, y Narbondo estuvo en seguida sobre ella, ávidamente ahora, depositándola con un golpe al lado de su compañera. Las dos, finalmente, quedaron quietas.

—¡Esto es un ultraje! —espumeó Shiloh, crispando espasmódicamente la boca.

—¡Es poderosa alquimia! —susurró Narbondo, tanto para sí mismo como para todos los demás, e inmediatamente accionó su vaporizador sobre el cadáver. Éste pareció estremecerse. Las articulaciones crujieron. Su cuello giró y se alzó diez centímetros sobre su pecho.

—¡Maldita sea! —exclamó Narbondo, recordando las manos. Extrajo de un tirón

un rollo de fino alambre trenzado de una caja sobre su escritorio y ató las desobedientes manos a las muñecas. Las mandíbulas chasquearon como si su propietaria se sintiera satisfecha. Kraken estaba estupefacto por el terror. Agarró bruscamente la jarra de agua, bebió un largo trago, se atragantó, y se derrumbó al suelo, tosiendo y farfullando. Pule, sin nada mejor que hacer, le dio una patada, y Kraken se escurrió detrás del taburete; manteniéndolo ante él para eludir al detestado Pule.

Una bruma amarilla nubló la habitación, girando en la corriente de aire mientras Narbondo extirpaba la glándula de la carpa.

—¡Sus manos! —gritó de nuevo Shiloh—. ¡Se las ha puesto usted al revés!

—¡Silencio! —gritó el jorobado a su lado, con éxito. Saltó arriba y abajo junto a la losa, danzando en torno a la camilla, pulverizando bruma, sujetando un tubo enroscado en una hendidura que había practicado en la tráquea del hombre muerto que Pule y él habían arrastrado a través de la puerta secreta. Lo metió en sus pulmones, gritándole a Pule que sujetara el vaporizador para alzar a Joanna Southcote y medir un bocal de fluidos.

—¡Sus pulgares apuntan hacia fuera! —gimió tensamente el evangelista, obsesionado por el error de Narbondo.

—Tiene suficiente suerte con tener manos —respondió el doctor, saltando y bailando una giga—. ¡Le pondré las manos de un mono!

Y, como si respondiera a esta última amenaza, el cadáver de lady Southcote se alzó de la bruma como una marioneta en un sueño febril, haciendo cliquetear sus mandíbulas, tambaleándose sobre la losa como si estuviera siendo empujada por una corriente de aire.

—¡Madre! —exclamó Shiloh, cayendo de rodillas. Extrajo de sus ropas una botella tapada, le quitó el corcho y roció liberalmente su contenido hacia la criatura que se inclinaba sobre la losa hacia él. Entonó una plegaria nasal, haciendo la señal de la cruz, tambaleándose y gesticulando. Narbondo siguió pulverizando, pisando rítmicamente una vejiga en el suelo que bombeaba algo— el Señor sabía el qué —de los pulmones del hombre muerto a la cavidad pectoral de Joanna Southcote envuelta en su sudario. Los gases silbaban fantasmagóricamente al escapar, como el viento a través de la abertura bajo una puerta.

—¡Habla! —imploró el evangelista.

—¡Huee, huee, huee! —ululó el arrastrante esqueleto, antes de caer del extremo de la losa en medio de un cliquetear de huesos.

—¡Cristo! —exclamó Narbondo, genuinamente desanimado ante aquel nuevo giro de los acontecimientos. Un pie suelto pasó deslizándose junto a él y desapareció de su vista debajo del piano, y una pierna, seccionada desde la pelvis, se dobló como la de una cigüeña en la bruma que se asentaba antes de colapsarse lentamente hacia

delante, rebotando un poco cuando golpeó el suelo y cliqueteando, luego quedando inmóvil y en silencio. Sólo el cráneo, con su dentada boca agitándose, siguió animado, charloteando y charloteando en un pequeño y apretado círculo sobre la losa.

—¡Ordéname, madre! —gritó el evangelista, tendiendo las manos hacia ella como si quisiera sujetarla, luego deteniéndose de pronto a medio movimiento, como si reconsiderara sus acciones—. ¡Es una ruina! —sollozó, y golpeó sin fuerzas a Narbondo, que permanecía de pie a su lado, respirando pesadamente.

Shiloh miró de pronto a su alrededor, con ojos alocados.

—¡Ella vendrá conmigo! —exclamó.

—Encantado —dijo el doctor, bajando uno de los cubos de cristal—. Esto es trabajo de pala. —Se volvió, cruzó cojeando la habitación hasta un armario, lo abrió de golpe, agarró una sucia pala de entre media docena de herramientas y se volvió para ver a Kraken, con los ojos agitados de miedo, tendiendo las manos hacia la caja encima del piano, en un intento de apoderarse de ella.

Narbondo lanzó la pala hacia Kraken, que la desvió con un brazo, aullando de dolor y alejándose cojeando del piano. El jorobado giró en redondo, se recuperó y se preparó para atestar otro golpe, pero su presa había abandonado la caja y corría hacia las escaleras. Narbondo saltó tras él, hizo una pausa en el oscuro descansillo y escuchó a Kraken saltar alocadamente los escalones de tres en tres hacia la calle. Se volvió de nuevo hacia el interior de la habitación, donde Pule se arrastraba sobre manos y rodillas, persiguiendo al cráneo, que se había desprendido del resto del cuerpo y parloteaba incesantemente en dirección a la pared de la calle. El evangelista saltaba hacia uno y otro lado, gritando órdenes.

—¡Fuera del camino! —gritó Narbondo, pasando junto a los dos, recogiendo la cabeza con la pala y metiéndola en el cubo de cristal. Al cabo de un momento Joanna Southcote estaba cautiva, y el farfullante evangelista cogía un grueso volumen de una estantería y lo dejaba caer sobre la boca cuadrada del recipiente, temeroso quizá de que el cráneo, aturdido por la animación, trepara fuera de él para reanudar su cliqueteante viaje a través de las planchas de roble del piso.

El viejo se sentó jadeando, acunando su presa sobre sus rodillas. Contempló tristemente el informe montón de huesos desconectados que, por unos breves momentos, habían mostrado una tal promesa. Con ella hubiera podido asombrar al populacho de Londres. Los conversos hubieran acudido en manadas. Los ojos de reyes y duques hubieran caído de sus órbitas. Las puertas de sus tesorías se hubieran abierto de par en par. Y ahí estaba, una ruina.

Luego, de nuevo... Contempló la cabeza, considerando las posibilidades. Su boca se abría y cerraba en silencio. Sin la ayuda de la vejiga llena de aire no podía decir nada. Pero ¿no podría proporcionarle, pensó, una voz, desde bastidores quizá? Parecía como una blasfemia, falsificar una voz para aquel sagrado artículo, pero su

trabajo no debía languidecer. Debía seguir a toda costa. Ella hubiera sido la primera en aceptar. Le miraba como si estuviera asintiéndole desde dentro de su caja, voceando su aprobación.

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. Narbondo y Pule estaban hablando en tonos bajos al lado de la ventana que daba al patio, pero, al percibir el intento de Shiloh, se dirigieron hacia él.

—Es inútil —dijo Narbondo, alcanzando la puerta antes que el cansado evangelista—. He hecho todo lo que he podido. Ningún hombre vivo hubiera podido hacer más. Si hubiera tenido la caja, no hace falta que le diga qué tipo de restauración hubiéramos podido conseguir. ¿Dónde está?

El viejo le miró con ojos llameantes.

—No puede hablar usted en serio. Ha convertido todo esto en un revoltijo a propósito. Por puro despechó. Por pura maldad y nada más. No le debo nada en absoluto, nada.

—Entonces es usted hombre muerto —respondió el doctor, y sacó su pistola—. Coge la cabeza —restalló a Pule.

—¡Espere! —gritó Shiloh—. Éste no es momento de apresurarse, hijo mío. Quizá podamos llegar a un acuerdo..., veinticinco conversos, digamos; como recompensa por el daño que ha causado usted ésta noche.

—Injertaré esa cabeza en una carpa..., o no, mejor aún, en un cerdo..., y la exhibiré por las ferias. ¡Coge la cabeza! —Hizo un gesto a Pule con la pistola.

Shiloh miró furioso al jorobado.

—No me deja usted ninguna elección —dijo.

Narbondo asintió e hizo girar los ojos.

—Correcto. Ninguna elección en absoluto. Ni una sola. No hay nada que desee más que pegarle un tiro y convertirlos a los dos en alguna especie de atracción instructiva secundaria. ¿Dónde está la caja?

—A bordó del dirigible del doctor Birdlip. Nell Owlesby se la dio la noche de la muerte de su hermano. Aquí tiene su maldita información..., espero que le aproveche. Cuando el dirigible...

Pero Narbondo se volvió de espaldas y caminó hacia la ventana que daba al patio, acariciándose el mentón.

—Por supuesto; claro —murmuró:

—Déjeme decirle —empezó el evangelista, y miró a Willis Pule como si lo viera por primera vez. Se detuvo, observando con repentino asombro el asolado y descolorido rostro de Pule—. Hijo mío —empezó de nuevo—, su aspecto es como un libro abierto, cuyas páginas hablan de una vida de degradación. Pero aún no es demasiado tarde. Es... —Pero lo que era, finalmente; quedó por decir, porque Pule golpeó al proselitista en la frente con la mano abierta y lo envió despatarrado a través

del umbral, agitando la cabeza embotellada entre sus manos. La puerta se cerró de golpe entre los dos.

La Real Academia

—Acabo de ser testigo del más sorprendente espectáculo —dijo Theophilus Godall, con poco característico entusiasmo. El capitán Powers se inclinó hacia delante en su silla para animar a su amigo. Pero éste alzó la mano derecha como para pedir una breve pausa y tomó un frasco de oporto y se lo ofreció a Nell Owlesby, que negó con la cabeza y le sonrió.

Godall relató la historia de la animación de la cosa en la losa; cómo había observado a través de la ventana las tristes aventuras de Bill Kraken; cómo había visto a Narbondo hacer cobrar vida al esqueleto, danzar por el laboratorio; cómo la cosa se había hecho pedazos y Shiloh el evangelista había desaparecido de la vista, él y Willis Pule rebuscando por el suelo mientras Narbondo perseguía a Kraken con una pala. Encima del piano estaba la caja del Capitán, u otra muy parecida a ella, y Godall había pensado en el dilema de cómo recuperarla. Pero su bien trazado plan se había estropeado cuando Kraken, evidentemente prisionero allí, había huido, y Godall había ido tras él, persiguiéndole a través de medio Londres sólo para perderlo en Limehouse y tener que marcharse con las manos vacías.

El Capitán asintió sobre su pipa, abriendo y cerrando los puños de tal modo que los cordones de sus músculos danzaron a lo largo de sus brazos.

—Iremos tras él, entonces —dijo finalmente, mirando a Godall con los ojos entrecerrados.

Su amigo asintió. Ciertamente, parecía la única acción clara a tomar: después de todo, se trataba de una esmeralda grande como un puño. Era el medio de vida de Jack y Dorothy..., la herencia de Jack.

Contactar con la policía les serviría de muy poco. Nell quedaría al descubierto. ¿Y de dónde procedía la esmeralda?, les preguntarían. Si era la herencia de Jack Owlesby, ¿por qué no la tenía él cuando fue robada? ¿Por qué todo el secreto, todos los circunloquios? ¿Cómo, de hecho, había entrado el doctor Narbondo en posesión de ella? ¿Le estaban acusando de haberla robado? No, no era así. Él la había tomado del hombre que la había robado. ¿Y dónde estaba ese tipo, ese tal Kraken? Nadie lo sabía. En algún lugar de Londres, quizá. Los policías se rascarían la barbilla y se mirarían entre sí y, al final, no sólo las sospechas recaerían sobre los inocentes, sino que esqueletos sin fin serían arrastrados, quizá literalmente, fuera de sus viejos y polvorientos armarios.

No, dijo el Capitán, sacudiendo con determinación la cabeza: preso por mil, preso por mil quinientos. Actuarían mañana. Godall extrajo una pluma y papel, se sirvió un brandy con agua, y empezó a dibujar un plano del gabinete de Narbondo, el edificio que ocupaba en Pratwell, con su propia habitación en el lado opuesto y el patio en

medio. Nell llenó los elementos del laboratorio sobre los que Godall sólo podía especular, puesto que buena parte de la habitación era invisible desde detrás de su cortina.

Si Narbondo estaba fuera, forzarían la puerta, entrarían y tomarían la caja..., reducirían la habitación a astillas, si era necesario, para encontrarla. Narbondo tendría que ser vigilado. Después de todo, podía llevar la caja a algún otro lugar. Pero ¿por qué debería hacerlo? Si el doctor estaba dentro, Godall recurriría al disfraz para ganarse la entrada, un funcionario de bienestar social, un vendedor de aparatos científicos..., eso podría funcionar perfectamente. Luego le saltarían encima como ladrones nocturnos. ¿Qué podría hacer él? ¿Llamar a las autoridades? ¿Dispararles a través de las ventanas? Era muy poco probable. Entonces sabría con qué clase de hombres se había metido, dijo el Capitán. Descubriría que había cometido un error.

Se oyó el sonido de una puerta al cerrarse al otro lado de la calle, y el Capitán interrumpió sus especulaciones para alzar la vista, con la esperanza de que se tratara de William Keeble que acudía a charlar un rato. Ya era tiempo, se daba cuenta ahora, de que los Keeble supieran de la presencia de Nell Owlesby. Todos tenían que verse metidos en aquello. No podía haber más secretos, no más piezas desconectadas del rompecabezas. No más cajas ocultas debajo de los suelos. Eso haría que todos se sintieran más relajados, y ahorraría tiempo y esfuerzos si no querían verse abrumados por las fuerzas colectivas del mal.

Pero no se trataba de William Keeble; eran Jack y Dorothy, avanzando cogidos de la mano en la sombría mañana, con la niebla girando en torno a las farolas de la calle, sus zapatos resonando en el pavimento. Jack llevaba una caja debajo de su brazo libre. Nell miró por encima del hombro del Capitán.

—Daría cualquier cosa por llamarles —dijo en voz baja—. O para echar a correr y salir a la calle y pronunciar su nombre. —Se detuvo, observando a la pareja girar por Spode Street y desaparecer; y guardó silencio unos instantes, como sumida en sus pensamientos—. Supongo que me odia —dijo finalmente— por lo que le ocurrió a su padre.

—Creo que se llevaría usted una sorpresa —dijo el Capitán, apretando su mano—. Él sabe todo lo que le ocurrió a su padre. Su muerte no fue lo peor de ello, ni por una milla marina, y no sería el muchacho que conozco si se mostrara ciego a lo que usted hizo y sus razones.

Nell guardó silencio, con los ojos fijos en la puerta de la casa de Keeble. Godall fingió trastear intensamente con su pipa, ajeno a la conversación que tenía lugar a menos de un metro de distancia. El Capitán se dio una palmada en su pierna de marfil y dijo:

—Primero lo primero, ésa es mi manera. En primer lugar haremos una visita a este matasanos jorobado. Dejemos la diversión a un lado. Ya tendremos tiempo para

ello más adelante. —Y se volvió hacia el mapa y hacia Godall, e hizo un gesto hacia el patio abierto y cogió su pipa ya fría.

La St. James Square parecía aletargada bajo la niebla y el frío, como si aguardara lánguidamente a que se alzara el velo. Pero la niebla flotó durante toda la mañana, atravesada de tanto en tanto por los rayos de un débil sol que temblaban y se esfumaban casi tan pronto como aparecían, rayos que hacían el velo momentáneamente más diáfano, luego abandonaban cualquier esperanza de éxito y huían. Los carruajes traqueteaban rítmicamente a lo largo de Pall Mall, pálidos fantasmas con las lámparas brillando a intervalos por entre la lobreguez y desapareciendo luego, dando la sensación que no habían sido más que un traquetear y resonar incorpóreo que había entrado y luego salido de una insonora claridad.

El hombre del sombrero en tubo de chimenea permanecía de pie en la oscuridad del mismo callejón en el que Bill Kraken había recogido el cigarro desechado por St. Ives. Su sombrero estaba perchado sobre un vendaje manchado de sangre que envolvía su frente, y amenazaba con caerse en cualquier momento al polvo de la acera. Bostezó, tras decidir que valía la pena correr el riesgo de cruzar el callejón hasta una taberna en un pequeño patio allí delante para tomar una pinta rápida. La muchacha no iba a salir de todos modos con un día así. Después de todo, su horario no había variado. Había posibilidades de que tuviera que pasar otras dos horas aguardando en vano, quizás incluso ser interrogado por algún policía y ser enviado a seguir su camino.

Pero si entraba allí y ella se atenía a su horario del jueves por la mañana, ¿entonces qué? El tiempo se estaba agotando. Drake no estaba de humor para fracasos. Su regreso de Harrogate sin la caja casi le había costado... no sabía el qué. No quería volver a pensar en ello. De alguna forma, el tiempo se estaba agotando, y la paciencia de Drake se agotaba con él. La pinta podía esperar. De todos modos, la necesitaría mucho más desesperadamente dentro de dos horas.

Una distante campana hizo sonar las once. Se oyeron pisadas en la niebla, que de pronto se había vuelto en una oscuridad tal que el árbol en el centro de la plaza había desaparecido. Se acercaban dos sombras. Billy Deener achicó los ojos en la semioscuridad. Era ella. Pero ¿quién la acompañaba? Su joven amigo. Eso era inesperado.

Y más inesperado aún era la cosa que él sujetaba bajo el brazo..., una caja, una que Deener reconoció incluso en la semioscuridad. La vívida imagen de una figura envuelta en vendajes lanzándose contra él con una barra de hierro en la mano saltó a su mente, una figura que le robó la caja y huyó. Y allí, al parecer, estaba, como si quisiera devolverle la caja. Eran dos pajarillos cogidos de la mano. Deener sonrió malignamente. Alzó la cachiporra en su mano derecha, salió de las sombras detrás de

la remolona pareja que charlaba indolentemente, agarró el brazo de la muchacha, y dejó caer la cachiporra. Contra la cabeza de Jack, emitiendo una risita nasal mientras su presa caía de bruces como un árbol bajo la acción del hacha.

Dorothy gritó ante la repentina mano que la aferraba desde las sombras, luego gritó de nuevo ante el sordo ruido del golpe y el derrumbarse de Jack al suelo. Pero su segundo grito se vio cortado instantáneamente por una áspera mano. La mordió; al tiempo que lanzaba una patada hacia atrás y arañaba fuertemente con su tacón la espinilla del hombre que retorció su brazo contra su espalda. Un grito casi simultáneo brotó de los labios de una mujer que conducía a su pollada de niños a través de la plaza y que ahora permanecía inmóvil, con la boca abierta, señalando, mientras los niños gritaban horrorizados a su lado, no tanto ante la visión de Dorothy siendo arrastrada al callejón o de Jack tendido sin sentido en el pavimento como ante el sonido del grito de su horrorizada madre. Brotaron gritos y llantos esporádicos, los unos prendiendo los otros, de tal modo que el chillido colectivo se alimentaba a sí mismo. Deener retrocedió al callejón. El tumulto y los gritos podían significar su fin. Dentro de un momento tendría que abandonar el forcejeo y huir. Sólo tenía que arrastrar a la muchacha doce metros por el callejón hasta la libertad al otro lado de una puerta entreabierta a propósito. Pero allá en el suelo, junto al tendido joven, se hallaba la caja que le había sido arrebatada una vez. Que se maldijera si dejaba que se la arrebataran de nuevo. Alzó la mano permitiendo que la muchacha que se debatía liberara la suya y hundiera sus uñas en su ya maltratada frente. Una sacudida de dolor estalló a lo largo de su cuero cabelludo, aulló furioso, y dejó caer de nuevo la cachiporra con la fuerza suficiente como para terminar la ducha allí

Y entonces. Se llevó la manó a la boca, silbó por entre dos dedos, y echó a correr fuera del Callejón, recogiendo al paso la caída caja. Una cabeza asomó por la puerta entreabierta. Deener le lanzó una maldición, y un hombre, el propietario de la cabeza, echó a correr por el callejón hacia él.

—¡Asesinato! ¡Asesinato! —gritó la mujer rodeada por los chillantes niños. El grito fue seguido casi de inmediato por el sonido de pies corriendo y el agudo estallar del silbato de un policía. Mientras Deener y su compañero, un hombre de rostro grasiento y aspecto de buey, en mangas de camisa, arrastraban a la inerte muchacha a través de la puerta ahora abierta de par en par, la boca del callejón se llenó con una creciente multitud de formas imprecisas que escrutaban la semioscuridad, no muy decididas, al parecer, a seguir a las sombras a los aparentes asesinos.

Billy Deener cerró la puerta tras él, seguro de que la oscuridad general del callejón cubierto casi enteramente por la niebla serviría para ocultar sus movimientos, y que el registro subsiguiente no revelaría más que un irregular agujero debajo de la calle, un agujero que conducía a la sucia oscuridad de las cloacas de Londres.

La pared del sótano era un derrumbado montón de antiguos ladrillos de un metro

de grosor, más allá del cual discurría el nivel superior de las cloacas de Kermit Street. El mortero se había agrietado y descompuesto desde hacía cien años de las apresuradamente encajadas juntas, y la constante humedad de las cloacas habían ocasionado que la pared se desmoronara y los ladrillos cayeran uno tras otro, hasta que algún último rincón de mortero en la esquina de un antiguo ladrillo se descompuso también, precipitando el derrumbe de una amplia sección de la pared de la cloaca en un hediondo montón de lodosa materia.

El agua en la cloaca era escasa, pero aun así, Deener y su cómplice se vieron empujados a seguir adelante. Tantearon su camino por entre planchas de madera lodosas y medio podridas llenas de restos, afirmándose en la blanda superficie de la madera con los clavos de sus botas. Una vela encendida parpadeaba en una especie de hornacina de hojalata sujeta con una cinta a la frente del compañero de Deener, y la luz danzaba y brillaba y se encogía, era apagada por las corrientes de aire y tenía que ser vuelta a encender de tanto en tanto, mientras los dos hombres esperaban a medias que en cualquier momento desencadenara una explosión en el denso aire. Deener, enfermo ante la asfixiante humedad, respiraba a través de un pañuelo atado sobre su boca y nariz. Avanzaron agachados en el bajo techo, buscando la marca que les señalaría su llegada a la casa de Wardour Street.

La cloaca de Kermit Street necesitaba urgentemente ser nivelada, puesto que el hundimiento general del suelo había creado grandes pozos negros, con el agua estancada más descompuesta que el suelo firme que quedaba, de tal modo que los cimientos de las casas de encima crujían y cedían y los asquerosos gases cloacales se filtraban hacia los patios. Pero esos pozos negros tenían también su valor, de hecho eran un lugar de reposo ideal para hombres asesinados, no pocos de los cuales habían hallado su camino al interior de las cloacas con la ayuda de Billy Deener. Sus cuerpos yacían enfangados en desperdicios y basura y materias fecales hasta que eran arrastrados por las subidas de las aguas hasta el Támesis, donde, hinchados y sin rostro, eran declarados ahogados a falta de alguna otra alternativa sensata.

Pero la inconsciente muchacha era un tipo distinto de víctima. Era ella, sabía Deener, quien debería llevar el pañuelo: sobre su rostro, pero sus servicios a Kelso Drake no se extendían hasta tan lejos. La veintena de minutos que pasaría bajo el suelo no le haría ningún daño. Ni siquiera era consciente de su viaje subterráneo.

Cuando Dorothy despertó, con un terrible dolor palpitando en su cabeza, el rostro del hombre que parecía estar masticando un cigarro y que había visto de pie en el vestíbulo de entrada de su casa discutiendo con su padre le sonrió, al tiempo que el cigarro rodaba de lado a lado de su boca como si estuviera vivo. Su sonrisa, sin embargo, estaba desprovista de humor o preocupación por nada que no fuera Kelso Drake. Estuvo segura, incluso en su confuso estado, de que era una sonrisa de odiosa

autosatisfacción, vacía de todo excepto de falsedad.

Se desenfocó, luego volvió a enfocarse de nuevo. Se sentía horrible. Había un terrible hedor en la habitación, un olor insoportable como el de una cloaca al aire libre, y tuvo la impresión, mientras Drake se materializaba ante ella, de que era él quien olía tan mal, él o el hombre con una joroba que permanecía de pie a su lado, observándola con ojos entrecerrados como si fuera algún tipo de espécimen interesante. Luego perdió todo tipo de interés en ambos hombres, y derivó hacia sí misma y el dolor en su cabeza. Alzó el brazo, intentando tocarse el pelo detrás de la oreja que, apretada contra una almohada, daba la sensación de estar pegada a una masa de sangre seca. La habían golpeado en la cabeza. Recordaba parte de ello. Sin embargo, seguro que aquello no era un hospital.

Fragmentos de recuerdos se filtraron en su mente, yendo de un lado para otro hasta que se unieron como piezas entrelazadas de un rompecabezas y formaron la imagen de Jack tendido sin sentido en el pavimento de St. James Square, de ella luchando con un hombre con sombrero, de una mujer gritando una y otra vez, de niños boquiabiertos, de nada en absoluto después de eso.

Intentó levantarse sobre su codo izquierdo, tender la mano derecha hacia el rostro que tenía delante. Pero algo se interponía en su movimiento. No podía moverse, estaba atada de algún modo, inmovilizada a la cama por una sábana atada sobre sus hombros. El rostro con el cigarro rió. Una mano retiró el cigarro. La boca dijo:

—Lo hará estupendamente..., nos pagará dos por uno. —Y el rostro rió de nuevo—. Sédala —dijo, y desapareció de su vista. El jorobado gravitó sobre ella, con una taza llena de un violento líquido en la mano. La, sábana fue aflojada brevemente, y fue alzada sobre sus codos por un hombre medio calvo con una chaqueta negra. No tenía fuerzas para luchar. Bebió aquel líquido amargo, y muy pronto se sumió en la oscuridad.

Langdon St. Ives cortó la chuleta a la parrilla de su plato, que tenía la consistencia de una suela de zapato. La grisácea carne reposaba como, un enroscado trozo de cuero tostado entre una patata hervida y una colección de guisantes del tamaño de un pulgar. Una salsa —«andaluza a las finas hierbas», la llamaba el apresuradamente escrito menú— había sido derramada en pocas gotas sobre la chuleta, con mucho cuidado por parte del chef de no ser tan liberal como para permitir que el líquido polucionara la patata hervida. Esta última, tan fría como el plato en que reposaba, necesitaba urgentemente la salsa, y St. Ives intentó con un éxito limitado derramar un poco sobre ella con una cucharilla. Pero la mayor parte de la que pudo rascar de la superficie de la chuleta se limitó a quedar pegada en la cucharilla en una espuma de tomate y pimienta, conduciendo a St. Ives a maldecir tanto su calidad como su cantidad. Racionalmente, supuso, debería considerarse afortunado de hallarse frente a

aquel magro plato de poco apetitosa comida, pero comer, como cualquier otra cosa, no era un asunto particularmente racional.

Apartó el irritante plato, mientras escuchaba la zumbante voz del igualmente irritante caballero con gafas que se sentaba en el lado opuesto de la mesa, cortando indiferentemente su propia chuleta, como si el acto de comer consistiera simplemente en satisfacer los procesos corporales. Del mismo modo podría estar consumiendo un plato lleno de hojas y ramillas. El hombre le hablaba a St. Ives mientras masticaba su ternera y sus guisantes, chomp chomp chomp, una y otra y otra vez, como una máquina moliendo rocas para convertirlas en cemento.

—La digestión —dijo, agitando su mandíbula— es un asunto curioso. Los jugos gástricos y todo eso. Se necesita una enorme cantidad de productos químicos producidos por el estómago para descomponer algo tan simple como este guisante. — Y alzó un guisante ensartado en su tenedor, en beneficio de St. Ives, como si se tratara de un pequeño mundo fascinante que ambos pudieran examinar.

—La biología nunca ha sido mi fuerte —admitió St. Ives, que no soportaba los guisantes bajo ninguna circunstancia. El hombre se metió el guisante en la boca y lo trituró con sus dientes.

—Galones de fluidos corporales —dijo—, producidos, entienda, con gran dispendio para el sistema. Ahora este mismo guisante, reducido a pulpa, puede ser preparado para su evacuación por una cantidad de un décimo de su masa de jugos gastrointestinales...

St. Ives miró por la ventana, incapaz de seguir mirando su plato. No podía sentir mucho entusiasmo hacia aquel tipo de charla. No tenía nada contra la fisiología; algunos de sus mejores amigos eran fisiólogos. Pero todo aquel asunto acerca de fluidos y evacuaciones lo era todo menos conversación para la cena. Y, ¿qué era lo que lo había traído allí? Aquello que tenía delante constituía el tipo de broma amistosa que precedía a una discusión realmente seria..., la razón de que se dejara alimentar una vez más por el Bayswater Club, propiedad de la Real Academia de Ciencias. Con todos sus poderes de percepción científica, pensó St. Ives, deberían ser capaces de ver que la supuesta ternera que servían era de hecho una loncha de vaca vieja..., o, peor aún, un desperdicio de carne de caballo, desteñido y blanqueado con productos químicos por el matarife.

Nadie, sin embargo, parecía estar comiendo, excepto él y el viejo Parsons, cuyo compañero académico lord Kelvin era el propietario de una granja en Harrogate junto a su casa de verano, una granja cuyo establo, desde el desastre de la astronave alienígena, no tenía techo. También, según Hasbro, era el propietario de dos vacas muertas, que habían sufrido la desgracia de estar en el establo minutos antes de que la nave se hundiera en su techo.

Y ahora St. Ives tenía que pagar el precio. Estaba de un humor horrible..., se daba

cuenta de ello. Primero el despegue del aparato, luego la escapatoria de Willis Pule del tren. El hombre debía haber estado desesperado. Era enteramente concebible que hubiera saltado a su muerte en aquella zanja, un pensamiento completamente insatisfactorio. Los villanos, consideró St. Ives, no deberían ocuparse de sus propias muertes. Su ejecución debería ser a la vez espectacular y humillante.

—Y los molares de un caballo pueden reducir las más sorprendentes hierbas a fortificante pulpa en unos momentos —entonó su anfitrión, reduciendo un bocado de su propia y sorprendente comida— Como cualquier ser humano, el caballo sólo tiene un estómago, pero sus intestinos son fenomenalmente largos, adaptados a la digestión de recios forrajes. En su conjunto es un tema fascinante, este asunto del comer. He pasado toda una vida estudiándolo. Y he hallado pocas cosas más interesantes en la línea de alimentación que un caballo de tiro..., y en la línea correcta, además. Algunas clases de heno son superiores debido a sus efectos sobre las entrañas. — Agitó orgullosamente su tenedor, como para ilustrar su última afirmación, y ensartó una hilera de guisantes.

St. Ives aprovechó la pausa del hombre para sacar su reloj de bolsillo y abrir los ojos alarmado, como si de repente acabara de darse cuenta del prodigioso paso del tiempo. Pero su pretendido intento de apresurar el fin de la conversación desapareció en medio de una conferencia sobre las manifestaciones bacterianas de los restos intestinales. El hombre hizo una pausa algunos minutos más tarde para vaciar un gran vaso de agua destilada ante él, cuyos efectos limpiadores «lixivaban los venenos» de un modo no muy distinto a la ejemplar forma de actuar de un bien construido sistema de alcantarillas. Hizo chasquear los dientes sobre el agua.

—El soporte de la vida —dijo.

St. Ives asintió, realizando de nuevo todo el ritual del reloj de bolsillo y adoptando el mismo rostro lleno de sorpresa y apresuramiento. Su compañero, sin embargo, no era tan fácil de echar a un lado. Se quitó las gafas, con lo que sus ojos adoptaron al instante un notable e instantáneo fruncimiento, y se secó detenidamente el rostro con su servilleta.

—Dejémoslo aquí, ¿eh?

St. Ives asintió, siguiéndole la corriente al hombre. Había que seguirles la corriente a ese tipo de hombres, se dijo a sí mismo. Uno tenía que asentir continuamente su conformidad hasta que, cuando se presentaba un resquicio, uno podía ponerse en pie asintiendo y alejarse escalera abajo asintiendo, dejando al fanático con la curiosa mezcla de satisfacción de haber recibido una conformidad tan absoluta a todas sus ideas y de sorpresa de haber sido abandonado. Pero no había esta oportunidad aquí.

—El doctor Birdlip, entonces —dijo Parsons de pronto—. Usted era amigo suyo.

St. Ives se acorazó para la inevitable conversación, la misma: que se había

producido hacía semanas, la misma tarde de la noche en que había sido sorprendido por Kraken en la lluvia.

La Real Academia estaba enormemente interesada en el vuelo del doctor Birdlip y sus implicaciones en términos de avance tecnológico, e insistían con St. Ives para que les ayudase a elucidar la naturaleza del maravilloso vuelo del doctor. Birdlip, por supuesto, no era el auténtico genio detrás del aparato a propulsión perpetua. Lo sabían. Él era una especie de místico ¿no era así?, un hombre que alardeaba de filósofo. Más que eso, era un buscador de misterios. Había publicado, a sus expensas, un extraño folleto titulado «El mito de la brumosa noche londinense», seguido por otro folleto en el que especulaba sobre la construcción de unas gafas a través de las cuales uno podía ver sucesivas capas del tiempo que pasaba como puertas translúcidas abriéndose y cerrándose a lo largo de un corredor. ¿Cómo se titulaba ése? «El tiempo considerado como una sucesión de puertas medio cerradas». Sí, dijo Parsons, todo aquello era terriblemente —¿cómo podía decirlo?— «teórico», ¿no? Poético, quizá. Tal vez había perdido su auténtica llamada. Sólo el título traicionaba ya las peculiares inclinaciones de su mente. Debía tratarse de un genio, dijo Parsons, pero un genio de naturaleza especulativa y, podía decirse, no productiva. Ciertamente, no el tipo de cosa que produjera un motor como el que impulsaba al dirigible. Parsons sonrió a St. Ives congraciadoramente, empujando un guisante por todo su plato con el extremo de su tenedor y sumergiéndolo en un charquito de salsa seca.

—¿Es consciente usted —preguntó, mirando a St. Ives con los ojos fruncidos— del culto religioso que ha surgido en torno a las esporádicas apariciones de este dirigible? Se rumorea que hay una cierta conexión entre el doctor Birdlip y ese supuesto santón que se hace llamar Shiloh. No hay nada más peligroso, ¿sabe?, que un fanático religioso. Presumen de definir la moralidad, y sus definiciones son hechas a expensas de todo el mundo excepto de sí mismos.

—Puedo asegurarle —dijo Drake, mirando primero a Parsons, luego a través de la ventana, a las actividades que transpiraban tres pisos más abajo— que el doctor Birdlip no conoce en absoluto a ese místico. El...

Pero Parsons le interrumpió, y sus gafas resbalaron como con voluntad propia hasta la punta de su nariz.

—Corre el rumor, mi buen amigo, de que el aparato del doctor Birdlip lleva a bordo un talismán de algún tipo, quizás un dispositivo, que los cultistas consideran sagrado..., un dios, como ellos dicen, que reside en una curiosa caja. Scotland Yard, por supuesto, se ha infiltrado en su organización. Son un grupo peligroso, y tienen puestos los ojos en el dirigible. En general se desconoce si desean destruirlo o convertirlo en un templo, pero puedo asegurarle que la Academia no tiene intención de permitir ninguna de las dos cosas.

En la calle, saliendo de los Kensington Gardens a través de la Lancaster Gate,

brotó una tremenda y hormigueante cantidad de gente, gritando algo al unísono —hosannas, decidió St. Ives—, y se dirigió hacia los Sussex Gardens, ocupando toda la calle debajo del club. No podía haber ninguna duda al respecto: a la cabeza de la multitud avanzaba el viejo misionero, la némesis de la Real Academia.

Parsons lo reconoció al mismo tiempo que él y golpeó la mesa con su puño, como si la súbita aparición del evangelista hubiera acabado de remachar su argumentación.

—Lo que quiero decir —susurró, haciendo un gesto hacia la calle— es que éstos no son momentos para permitir que estúpidos conceptos erróneos acerca de la amistad, o como quiera usted llamarlo, interfieran con el vital estudio científico. Usted también es un científico, hombre. El proyectil que lanzó usted al establo de lord Kelvin fue un notable ejemplo de vuelo de un objeto más pesado que el aire. Sus propósitos no han sido enteramente bien comprendidos, quizá; por la Academia, pero le aseguro que, si puede conseguir usted que ese juguetero de Jermyn Street coopere con nosotros...; está bien —dijo, alzando la mano para acallar a St. Ives—. Le he dicho a usted que estábamos seguros de que el propio Birdlip no podía haber construido el motor. Si puede conseguir usted que ese hombre Keeble se ponga en contacto con nosotros, creo que nos hallará inclinados a considerar su último embrollo dentro del espíritu de la investigación científica. Hay reputaciones en juego aquí, usted puede verlo muy bien..., y muchas más de las que parece. Los lunáticos religiosos hormigean por las calles; rumores de sacrificios sangrientos realizados en escuálidas tabernas de Limehouse se filtran desde el submundo. Los relatos de horrores pseudocientíficos, de alquimia y vivisección, se incrementan día a día. Y, volando directamente en medió de todo ello, como algún signo largo tiempo esperado, algún generador apocalíptico, aparece el dirigible del doctor Birdlip.

»Dos hombres en un globo lo rastrearon encima de las islas Sandwich hace algunas semanas. No hay ninguna duda de que está perdiendo progresivamente altitud; a un ritmo que pronto pondrá fin a su viaje. Nuestros matemáticos lo tienen ya posándose dentro del Gran Londres.. Pero ¿qué hará? ¿Se estrellará en los suburbios, causando gran ruina, estallando en un infierno de gases en ignición, acabando con todos los esfuerzos de establecer una comprensión de sus motivaciones? ¿Caerá en el Atlántico, para verse reducido por las tormentas a restos que no tardarán en hundirse?

Parsons hizo una mueca a través de sus gafas, proporcionando a St. Ives una amplia oportunidad de imaginar el desastre y la ruina que el pronosticado regreso del dirigible podía causar si él —es decir; si Keeble— no compartía con ellos sus conocimientos acerca de la forma en que funcionaba el aparato de Birdlip. La: gloria de la ciencia, dijo Parsons, era su fría racionalidad, la ausencia del ilógico fervor que empujaba a la multitud de la calle en este mismo instante hacia inexplicables pasiones. ¿Por qué dudaba St. Ives? El juguetero le escucharía. ¿Cuál era la

naturaleza de su vacilación, sino el mismo tipo de ilógicas manifestaciones que alimentaban a las multitudes en la calle? Era la razón, la filosofía científica, la realidad práctica, lo que debía prevalecer en momentos como éste. Seguro que St. Ives...

Pero St. Ives no lo podía ver en absoluto de esta forma. Todo el tema en sí era tedioso. Keeble podía hacer lo que le pareciera. El dirigible de Birdlip podía hacer lo que le pareciera. St. Ives haría lo mismo —es decir, no lo mismo que Birdlip y Keeble— que lo que había pensado hacer, o sea, hallar a Willis Pule y sacudirle el polvo a conciencia. Después de eso, perseguiría la nave espacial del homúnculo. La hallaría al fin o hallaría las pruebas que pusieran fin a las leyendas de su existencia. Pero, le dijo a Parsons, de acuerdo: hablaría con Keeble, le mencionaría todo aquello, le haría entrar en razón. Pero, si el juguetero se irritaba, aquello pondría fin al asunto.

Parsons se mostró encantado. Una actitud así era la razón personificada. ¿Y por qué, por todos los diablos, había lanzado St. Ives su proyectil a través del techo del establo de lord Kelvin? La comunidad científica se había sentido, una vez más, desconcertada.

St. Ives se encogió de hombros. Había sido lanzado accidentalmente, sin los requeridos ajustes, sin haber sido propiamente motivado. Parsons asintió, ahora comprendía, una vez enfocado el asunto desde una óptica amplia. Tendió una flácida mano, que St. Ives interpretó como una señal de que la cena había terminado. Ya no había más necesidad de hablar, no hasta que Keeble hubiera sido abordado sobre el tema de su motor.

Deseaban el motor y nada más, pensó St. Ives mientras abandonaba la estancia. Si Keeble se lo entregaba mañana, abandonarían todo interés en Birdlip, sobre el que estaban enteramente en lo cierto. Birdlip se había enfrascado en una misión que no podía ser cartografiada ni dibujada. Su persecución de la verdad, tal como estaba planteada, lo había llevado a un rumbo paralelo, figurativamente hablando, al rumbo errático empujado por los vientos de su dirigible. Pero, por Dios, lo había conducido de nuevo a casa, ¿no? Sus medios eran insondables, inexplicables, pero los fines no, no si los examinabas a través de las gafas adecuadas..., que Parsons, por supuesto, no poseía.

St. Ives descendió la última media docena de alfombrados peldaños y salió a la calle, donde el viento había arrastrado la niebla y una multitud se arracimaba para escuchar algo. Docenas de ellos estaban sentados en los árboles; algunos a horcajadas sobre los hombros de otros; había carruajes estacionados a lo largo de la calle, y encima de los carruajes había lo que a St. Ives le pareció que era una moderada porción de la ciudadanía de Londres, todos ellos escuchando, con las cabezas inclinadas al viento que soplaba a lo largo de la silenciosa calle vespertina.

Hubo un breve tableteo, como el de un picamaderos quizá, golpeando una madera

particularmente quebradiza. Un rugido brotó de la multitud. Siguió un silencio, luego el mismo ruido, y otro rugir. St. Ives se abrió camino hacia el frente, hacia un lugar desde donde pudo ver la cabeza del evangelista por encima del horizonte de las masas. El viejo estaba de pie encima de una caja.

Sujetaba algo delante de él con ambas manos. St. Ives no podía identificar enteramente de qué se trataba..., una caja transparente de algún tipo. El mar de espectadores se abrió ante él. Se sintió sorprendido por la penetrante atmósfera religiosa que flotaba pesadamente sobre la calle. ¿Cuánta gente había allí? La suficiente para constituir una multitud, evidentemente. Y allí estaba el mar Rojo, abriéndose ante él, una avenida milagrosamente estrecha que se abría a lo largo de unos cuantos pasos. St. Ives avanzó por ella. Un hombre le pisó. Otro le clavó un codo en las costillas. El muro de gente detrás de él empujó bruscamente hacia delante, haciéndole meter la nariz en el pelo de una mujer que parecía ir en camisa de dormir. Su disculpa pareció no ser oída.

—Perdón —dijo, retorciéndose a través de una abertura de poco más de un par de centímetros de ancho. No muy lejos delante de él estaba el evangelista, mirando al cielo, murmurando cosas indescifrables, quizás hablando en lenguas.

Un momento más tarde, víctima de duras miradas y un par de rápidas maldiciones incendiarias, St. Ives se detuvo en primera línea de la multitud..., sin nadie ante él excepto un hombre tan bajo que podía prescindirse de su presencia. El viejo misionero exhibía un cubo de cristal dentro del cual había, St. Ives se sintió horrorizado al verlo, una cabeza parcialmente momificada, amarronada y polvorienta de la tumba.

Los dientes de la cosa eran enormes..., Parsons los hubiera admirado. Lo que pretendía hacer el evangelista con la cabeza no estaba en absoluto claro. St. Ives miró a su alrededor, a los rostros expectantes, que parecían traicionar que ellos tampoco estaban seguros de la naturaleza del espectáculo que estaban a punto de presenciar.

Una serie de rechiflas brotaron de un grupo de rufianes perchados en las ramas de un enorme y colgante roble.

—¡Hazla cantar! —brotó un grito—. ¡Haz que coma algo! —llegó otro—. ¡Un gusano! —gritó alguien más cercano—. ¡Que sea ella quien se los coma en vez de al revés! —Tras eso les llegó un rugir de risas de todo el árbol, seguidas por el grito de uno de los rufianes, que había sido empujado de su asiento, al caer. Más risas brotaron tanto del árbol como de la multitud, que parecía perder rápidamente su paciencia con el santón y su postura. Un puñado de gente repartió folletos, algunos de los suplicantes horriblemente mutilados y carcomidos, como si estuvieran siendo devorados por alguna terrible enfermedad. Su sola presencia parecía dar un aire de autenticidad a la actuación de Shiloh. Era difícil discutir con gente que era tan evidentemente lo que afirmaba ser.

Justo en el momento en que morían las risas, el sonido tableteante de picamaderos se reanudó, muy rápido, procedente del viejo. St. Ives miró. La cabeza en el cubo de cristal se había animado repentinamente. Sus mandíbulas cliqueteaban como si estuvieran movidas por un motor. ¿Qué era, sino un hábil truco de magia de salón? El cráneo saltaba y golpeaba la caja con la fuerza de su cliquetear, y su filamentoso pelo se agitaba al compás.

—¡Habla, madre! —gritó el viejo—. ¡Di lo que oyes! ¡Di lo que ves! ¡Alza el velo que oscurece el futuro, las escamas de suciedad y degradación que nos asfixian y nos ciegan! ¡Habla, te imploramos! —Y, con esta última petición, pronunciada con voz de falsete, una voz ronca chirrió algo, como si fuera arrastrada por la brisa que hacía revolotear las hojas desde Baywater Road, como si formara parte de esa brisa, de los giros naturales del universo. La multitud guardó silencio al instante, inclinándose hacia delante como una sola persona, tendiendo las cabezas para oír las palabras del oráculo. Siguió un silencio. Luego, desgarrando ese silencio, el grito: «¡Vete a un convento de monjas! ¡Ve!» resonó entre los gritos de salvajes risas, el producto de una particularmente educada subraza en las ramas del roble.

Shiloh lanzó a los carcajeantes rufianes una mirada de veneno y piedad entremezclados, aguardando con paciencia teatral a que descendiera de nuevo el silencio. Los dientes volvieron a castañetear, tomando claramente por sorpresa al sobresaltado evangelista.

—¡Oídmme ...ee... ee! —llegó una voz sobrenaturalmente temblorosa.

—¡Habla! —ordenó Shiloh a los danzantes dientes.

—¡Escuchad mis palabras! —ululó la cabeza.

—¡Bésame el culo! —gritó el roble.

El cráneo guardó silencio.

—¡Lo habéis estropeado! —exclamó la dama de la camisa de dormir, directamente al oído de St. Ives, evidentemente furiosa con la gente en el árbol.

—¡Silencio, por favor! —gritó un hombre junto al codo de St. Ives, pero era imposible decir si la orden iba dirigida a la dama de la camisa de dormir o a los carcajeantes rufianes. La cabeza empezó a castañetear de nuevo. St. Ives se preguntó cómo se suponía que hablaba exactamente la cosa, cuando carecía de carne en el cuello, cuando carecía, de hecho, de cuello de ninguna clase, con carne o sin ella. Quizá la multitud estaba menos interesada en la fisiología que St. Ives mientras compartía las correosas chuletas con Parsons media hora antes. Quizá fuera el viento vibrando en los huesos de su mandíbula..., una especie de efecto de arpa eólica.

Justo en el momento en que la voz empezaba de nuevo, los dientes le fallaron y cayeron, pareciendo tomar a la voz por sorpresa, ya que siguió momentáneamente, pronunciando algo acerca de terribles cosas en el mar antes de cerrarse como una espita. Cada esfuerzo del ahora desdentado cráneo parecía más cansado que el

anterior. Shiloh lo miró fijamente y lo agitó un poco, como si temiera que la cosa se estuviera descomponiendo..., lo cual, a todas luces, era lo que estaba haciendo, porque lo intentó una última vez, emitiendo media docena de staccatos antes de dejarlo correr lentamente y, ya fuera por voluntad propia o a causa de un paso en falso del evangelista, caer de costado y exhalar su fantasma.

La multitud avanzó unos pasos para mirar de más cerca, todos ellos, sin duda, sintiéndose engañados ante el fracaso del espectáculo que esperaban, de las revelaciones que media docena de veces al menos habían parecido claramente inminentes. Un aluvión de bellotas lanzadas desde el roble llovió en torno al evangelista, que, pudo ver St. Ives, estaba claramente sorprendido y apenado. Fuera lo que fuese lo que había intentado realizar, no había sido enteramente una farsa, y tenía en ello la marca inconfundible de Ignacio Narbondo.

El viejo, viendo que la cabeza había abandonado sus esfuerzos, intentó predicar a la multitud desde encima de su caja. Pero las masas volvieron a avanzar, ansiosas de echar una mirada desde más cerca al deshinchado profeta, y los defensores del viejo formaron piña a su alrededor, uniendo sus manos en un esfuerzo por mantener a la multitud alejada de su maestro y su oráculo. Era fácil adivinar que dos tercios de los suplicantes habían comido pudín de sangre en las últimas veinticuatro horas, decidió St. Ives. Los miedos de Parsons acerca del creciente ejército de cultistas no eran tan terribles como parecía..., se trataba de un ejército que podía morir de hambre de la noche a la mañana.

La unión de sus brazos para mantener atrás a la multitud era fútil; St. Ives pudo verlo a la primera ojeada. La gente empujó más allá de ellos. Sin moverse de su sitio, St. Ives derivó hacia la parte de atrás de la multitud. Shiloh, presa de un creciente miedo, retrocedió calle arriba, rodeado por sus defensores. Una berlina apareció en la esquina procedente de Leinster Terrace, se detuvo a media manzana de distancia de la multitud que cargaba, engulló al evangelista y a tres de sus aliados, y se alejó al galope, llevándose con ella la cabeza parlante, cuya actuación, pensó St. Ives, no iba a recibir críticas favorables.

La decisión de Pule

El Nuevo Mesías entró en Mayfair con los ojos tan fuertemente cerrados que pequeños destellos de relámpagos amarillos brillaban en la parte de atrás de sus párpados cada vez que la berlina daba un bote en alguna irregularidad de la calzada. ¿Qué podía haber ido mal?, se preguntó. ¿Qué fuerza concebible podía ser responsable del desfallecimiento del espíritu de su pobre y maltratada madre? Había estado declinando —eso podía verlo— desde que la había sacado del laboratorio del Maldito Narbondo. Era como si se hubiera dormido, como si, cualquiera que fuese la fuerza animadora con la que había sido imbuida, ésta hubiera ido saliendo de ella. ¿Era un signo, una indicación de que su propia vanidad tenía que ser domeñada? Pero él no era egoísta, no podía culpársele. Él no había elegido ser lo que era..., el hijo de quien era hijo. ¿Lo había hecho? Era un peso que tenía sobre sí, y sufría a causa de él, largos años de privación. Y ahora, aquí, cuando el éxito estaba al alcance de su mano, la maquinaria del espíritu fallaba, se estropeaba, quedaba muda.

Se apretó las sienes y alzó la vista hacia el hombre que tenía a su lado..., un hombre de rostro caído y piel pastosa, uno de los ghouls de Narbondo. Su visión era irritante, por poco caritativo que eso pudiera ser. Shiloh no podía sufrirla, no la sufriría. Asomó la cabeza por la cortina y gritó al conductor:

—¡Alto! ¡He dicho alto, maldito estúpido!

La berlina se detuvo con una sacudida. El evangelista abrió de golpe la puerta del lado de la calle.

—¡Fuera! —dijo cansadamente—. Todos. —Le miraron con aire estúpido. Tomó un montón de folletos del piso del carruaje y los arrojó al polvo—. Repartid eso —ordenó. El hombre a su lado se alzó obedientemente, salió por la abierta puerta. Los otros le siguieron. El viejo alargó la mano y cerró la puerta— ¡Sigue! —le gritó al cochero, y la berlina se puso de nuevo en movimiento, con el viejo solo ahora en su interior, contemplando su fracaso.

Simplemente no había ninguna explicación. O, mejor dicho, sí la había, pero él no podía verla. Algo le mordía por dentro..., algo acerca del asunto con Narbondo: las manos golpeando las teclas del piano, el predestinado vuelo del esqueleto del pájaro, la breve revitalización de su madre. ¿Qué explicaba todo aquello? Seguro que no los saltos del jorobado con sus amarillos vapores. Algo más se había puesto en evidencia. Un espíritu..., eso era. Alguna presencia había cargado la habitación, había hecho volar al pájaro. La explicación de todo aquello se hallaba justo fuera de su vista, al otro lado de una esquina de su memoria.

La caja. ¿Había sido eso? Por supuesto que sí. Narbondo había depositado la caja encima del piano, e inmediatamente éste se había puesto a tocar, los restos del pájaro

se habían agitado. ¿Y si, se preguntó Shiloh, revolviéndose en su asiento a la luz de una repentina iluminación, y si la caja en manos de Narbondo contuviera el homúnculo?

¿Había dejado el jorobado aquella cosa a la vista para burlarse de él? ¿Sabiendo que, de hecho, la criatura en la caja era el padre de Shiloh? ¿Una criatura con poder sobre la vida y la muerte? ¡El cerdo hediondo! Lo había sabido todo el tiempo, ¿verdad? Seguro. ¿Por qué se había mostrado tan ansioso por echarle la mano encima a Nell Owlesby? ¿Y qué decir de Nell Owlesby? ¿Le había mentido, hacía tantos años, allá en Jamaica? Imposible. Había sido demasiado sincera, demasiado producto de sus momentáneas pasiones. Por supuesto, podía haber estado equivocada. Después de todo, había habido dos cajas.

El evangelista se acarició la barbilla. Había sido engañado como un estúpido, quizá, por un cierto número de personas. Pero tenía la caja. Eso, al menos, se lo debía Narbondo.

Pratlow Street estaba en silencio. No había nada, ni siquiera un perro o un gato extraviados. La luna, que había brillado durante una hora o así entre los torcidos edificios que alineaban la calle, había desaparecido desde hacía horas. Ninguna luz ardía en el gabinete de Narbondo, puesto que éste ya se había retirado. Su relativo éxito con los restos de Joanna Southcote y el conocimiento del paradero de la caja del homúnculo habían mejorado su humor, que había sufrido a causa del fracaso de Pule en obtener el manuscrito de Owlesby. La visita de Narbondo a la dirección de Drake en Wardour Street le había proporcionado algunas ideas, había excitado ciertas pasiones, y había decidido quedarse allí a pasar la velada.

Las luces del Westminster Bridge permitían leer en ellas; Bill Kraken había leído bajo peor luz. Y los sonidos nocturnos —el Támesis pasando por debajo del puente en su apresurado camino hacia el mar, el quedo murmullo de las conversaciones de los hombres apoyados contra las farolas—, todo aquello le parecía a Kraken que significaba algo, tomado colectivamente. En especial el río. Se hablaba mucho de los ríos en el libro de Ashbless. Parecía particularmente encariñado con ellos, y había un relajante capítulo que utilizaba el río como una ilustración para una abstracción que, sin las oscuras y movientes aguas del Támesis para colorearla, hubiera sido un muerto y pálido reflejo del mundo.

Kraken había vagabundado al azar a lo largo del Támesis durante todo aquel día y la mayor parte de la noche precedente, tras su fracaso en recuperar la caja del odioso doctor. Tenía la impresión de que su vida ya había hecho todo lo que tenía que hacer. Se sentía vacío de sustancia..., hueco. Había perdido la mayor parte de sus

dientes. Su única posesión más allá de sus ropas era el ejemplar casi atravesado por una bala del Ashbless, cuyos filósofos, por mucho que intentaran verter sustancia en la cavidad de su alma, no podían ayudarlo. Iba a la deriva, y pronto flotaría libremente sobre un mar gris.

Había reflexionado durante todo su camino a través de Holborn y la City y Whitechapel, caminando pesadamente, sumido en sus pensamientos, y se halló a última hora de la tarde debajo de Limehouse, mirando por encima de los muelles de Londres. Era inimaginable que existiera tanto comercio, que tantos miles de personas trabajaran con algún fin en particular, que el cesto de tabaco que sacaban de la bodega a mediodía tuviera que ser sacado justamente entonces, porque a las doce menos cuarto había habido veinticinco cestos encima de él..., uno conduciendo sensatamente al otro, y cada uno siendo sacado por turno, según el designio, parecía, de un guión no escrito.

Pero ¿qué esquema era, se preguntó mientras contemplaba todo eso, el que gobernaba la arrastrada vida de Bill Kraken, el hombre de los calamares, el hombre de los guisantes, el ladrón? Había sido golpeado insensatamente por criminales, y luego él mismo se había convertido en criminal. No era lógico.

Había caminado río arriba, más allá de los muelles de Santa Catalina y el puente de Londres y el viejo malecón de los Cisnes, y por todas partes la gente se apresuraba hacia sus asuntos, como si sus vidas fueran leídas de un libro, con una segunda página que seguía a la primera, una página veinticinco que seguía a la veinticuatro. Pero las páginas de la vida de Kraken habían sido arrojadas de alguna forma a la calle. El viento las había atrapado y las había arrojado más y más alto por encima de los tejados. Había ido de un lado a otro, buscándolas, pero se habían dispersado y volado, y aquí estaba él, al final de su trampa, reclinado sobre el parapeto en el centro del Westminster Bridge y contemplando las negras aguas del Támesis allá abajo.

Abrió el Ashbless al azar.

—El menor de todos los pecados —leyó en voz alta— es la glotonería. —Eso no le ayudaba en nada. Cerró los ojos y abrió por otro lado—. La piedra que el constructor rechazó —prometía el texto, citando a la Biblia— puede ser la piedra angular. —Cerró el libro y pensó en ello. ¿Qué era él, sino esa piedra? Había miles, millones de personas cinceladas así, encajadas en un enorme y sensato orden, mientras que él, vagando por Londres, no podía hallar ningún nicho donde encajar. No había sido cincelado de este modo.

¿Pero cómo, se preguntó, recurriendo a la práctica, podía el viejo Bill Kraken ser la piedra angular? ¿Qué podía proporcionarle un billete que le permitiera entrar en la tienda del capitán Powers por la puerta cuando la había abandonado por la ventana? La esmeralda, por supuesto. Ése era el único camino. Pero recuperarla significaría casi con toda seguridad la destrucción, ¿no? Kraken se metió el Ashbless en el

bolsillo y reanudó su andar. La destrucción, quizá, fuera menos odiosa que otros destinos. Su caminar de todo el día le hacía sentirse débil ahora, pero su repentina resolución, su discernidora finalidad, no importaba lo efímera o equivocada, lo empujó con paso firme hacia el norte, por Whitehall, hacia Soho y Pratlou Street, donde arreglaría las cosas consigo mismo.

La atestada habitación del Bailey Hotel era suficiente para alojar una cama de hierro, pero la cama, desgraciadamente, no era suficiente para alojar a Willis Pule. Estaba cansado y enfermo de dar patadas al armazón de la cama toda la noche, de golpearse los tobillos entre los barrotes de hierro. Y la lámpara de gas a la cabecera estaba constantemente siseando y chisporroteando, y olía tan abrumadoramente a fugas de gas que tenía que mantener una ventana abierta apuntalándola con un montón de libros. Ansiaba el día en que pudiera desembalar su biblioteca y disponer sus volúmenes a lo largo de estanterías. Sería entonces cuando empezaría realmente su estudio en serio. Entonces podría conseguir algo..., ejercer su genio.

Se miró a sí mismo en el torcido espejo apoyado contra otro pequeño montón de libros. La envoltura de los vendajes no había conseguido nada, más allá, quizá, de ocultarle un poco. Su rostro parecía inflamado incluso a la débil luz de la vacilante lámpara de gas. Su aspecto era tenso, casi aceitoso. Cogió un manchado ejemplar de *Curas químicas* de Euglena y estudió una larga exposición sobre la aplicación de baños faciales. No pudo ver nada en ella. Había intentado Dios sabía cuántos emplastes. En el mejor de los casos, lo único que parecían hacer era secar aún más su piel. Ése era el problema: estaba seguro de ello. Su capacidad craneana, su abundante actividad mental, extraían fluidos de otras partes de su cuerpo..., de ahí sus manos perpetuamente secas y escamosas. Quizás una aborrecible complejidad fuera el precio del genio.

Suspiró y se dejó caer en la crujiente cama; se golpeó el codo contra la pared y maldijo. Era su destino hallarse contenido en un cuerpo que lo traicionaba. A veces se sentía como si estuviera prisionero de un enorme gusano..., un saco físicamente corrupto que contenía un alma pura, sensible, inteligente. Era una actitud que podía producir muy fácilmente envidia, pero en Pule, por supuesto, no lo hacía. Veía demasiado claramente a través del mundo. Había poco en él que lo atrajera. Pule había lamentado a menudo el problema inherente al genio: el genio, simplemente, no era evidente por sí mismo. Era evidente por sus obras, y sin embargo Pule estaba seguro de que las obras eran condescendientes. Uno no debería tener que mancharse las manos. ¿Y qué había en las producciones del tiempo que no fuera transparente? ¿Qué no era fingimiento? Cuando uno poseía —estaba maldecido por— el genio, la visión, entonces uno veía demasiado claramente lo vacío de todo. Uno era consciente de su superficialidad, del falso y quebradizo rostro de las cosas. Incluso la obra de los

poetas, cuando uno se libraba de sus tonterías románticas, no era nada excepto un hábilmente pintado telón de fondo colgado a su alrededor para velar un mundo gris y vacío.

Pule dejó escapar un suspiro y se frotó la punta de la nariz. Si sólo no viera las cosas con tanta percepción. ¡Y Narbondo! Pule había sido atormentado por el jorobado con la promesa de..., ¿de qué? ¿Quién había abordado a Kraken y había conseguido la caja? Pule lo había hecho. ¿Quién había cogido la carpa del acuario, con gran riesgo de su vida? Pule. Narbondo no era más que uno de esos entremetidos, inferiores, egoístas bravucones que habían alcanzado una posición de imaginado poder. Y podía aprovecharse de eso también. Se había entrometido, apropiándose de lo que pertenecía a Willis Pule, usándole, y al final se marcharía con la esmeralda, dejando a Willis Pule para que explicara sus actividades al juez. O eso pensaba el jorobado.

Pule se inclinó y tanteó bajo la cama y extrajo la caja de Keeble que había recuperado del hombre en el tren. La agitó por centésima vez, pero la caja permaneció en silencio. ¿Qué demonios podía haber en ella?, se preguntó. Al parecer no había ninguna tapa. Era posible incluso que la caja estuviera diseñada de tal modo que frustrara todos los intentos de personas no versadas de abrirla. Quizás estallaría. Con aquella canilla y aquel mecanismo a manivela, tenía la apariencia de un dispositivo infernal. Los animales vestidos pintados en ella parecían contradecirlo, pero ¿acaso no podía ser algún hábil ardid?

En el laboratorio se hallaba la caja con la esmeralda, o eso había insistido Kraken..., borracho, por supuesto. ¿Quién podía decir que ésta no era la caja de la esmeralda? De hecho, la manivela podía ser el medio para abrir la cosa. Por otra parte, podía ser un detonador..., un detonador de tiempo: nadie construiría un dispositivo que le estallara en las manos. Sin duda había un mecanismo de relojería al que se daría cuerda con la manivela hasta una tensión determinada, y que luego se pondría en marcha para hacer estallar la cosa. ¿Era realmente así? ¿Quién podía decirlo? La mente de Pule derivó, convirtiendo el mecanismo de relojería de la caja en un análogo de su vida..., una vida que, le parecía, se había quedado sin cuerda. Era una consecuencia de su creciente consciencia, de su intelecto. A medida que crecía uno en la comprensión de las cosas, esas mismas cosas palidecían, dejaban casi de existir. El mundo no había descendido tanto como él había ascendido, por así decir; se había tensado a través de la percepción hasta el punto en que él se había elevado por encima del mundo..., hasta permanecer de pie, solo, por así decir, sobre una colina vacía, con la gente común moviéndose debajo como insectos, como gusanos, con poca o ninguna consciencia.

El camino, de pronto, se hizo claro. Había llegado a una especie de encrucijada, a un punto en el que era preciso efectuar una elección..., tomar una acción. El actuar lo

salvaría. Cogió la caja, la alzó frente a él, y empezó, lentamente, a accionar la manivela. Si el resultado era que el muelle abría la caja, entonces sabría, ¿no?, lo que había dentro. Si no se producía este resultado, entonces supondría que se trataba de una bomba —dinamita, quizás— y simplemente la llevaría a lo largo de las oscuras calles hasta el laboratorio de Narbondo. Una vez llegara allí —si llegaba allí; la cosa podía muy fácilmente estallar por el camino—, la dejaría encima del piano a cambio de la caja de Kraken. Y si el resultado era que el gabinete y todos los trabajos de Narbondo se iban al infierno, la transacción, en su conjunto, sería eminentemente satisfactoria.

Requeriría una tremenda voluntad, meditó, cruzar Soho con una bomba a punto de estallar bajo el brazo. Su detonación podía costar fácilmente las vidas de cualquier número de personas, pero ¿y qué? Bien examinado, ¿cuál era el valor de esas vidas? ¿Acaso no había establecido ya que eran gusanos? No era ningún crimen pisar unos cuantos de ellos. ¿Y qué era el crimen para él, de todos modos? Quizá fuera más sensato pedir que fueran ellos quienes lamentaran la pérdida de Willis Pule.

Se miró a sí mismo en el espejo por última vez, arqueando las cejas para realzar la expresión de inteligencia e ingenio naturales. Había tomado una decisión. El esfuerzo de voluntad, que hubiera aplastado a un ser inferior, había sido apelado en un espacio de momentos y, una vez traído a la existencia, ningún poder sobre la Tierra podría oponerse a él.

Pule hizo girar más rápido la manivela. Pudo sentir tensión dentro de la caja..., un mecanismo tensándose. Era como había pensado. Una lúgubre sonrisa afloró a sus labios. ¿Iba a saltar la tapa por los aires, como en una caja de sorpresas, para revelar la existencia de la esmeralda? ¿Era la caja de Kraken simplemente un hábil ardid para apartarlos del verdadero rastro? Escuchó en la canilla que brotaba de la parte frontal de la caja. Pudo oír el girar de las ruedas dentadas del mecanismo de relojería. Colocó la caja delante de su rostro, de modo que la luz de la lámpara de gas iluminara de frente la canilla. Cerró un ojo y frunció el otro, siguiendo el hilo de iluminación a lo largo de la canilla hasta el interior de la caja. Hubo un clic, un ligero zumbido; Pule se echó hacia atrás, presa de un repentino terror. ¿Era una caja de suicidios?

Un chorro de gas brotó suavemente sobre su rostro. Escupiendo y tosiendo, arrojó la caja sobre la cama. Había sido envenenado. Lo sabía. La caja zumbó de nuevo, y una gran nube de polvo verde brotó con tal fuerza de la canilla que casi lo arrojó de espaldas al suelo, envuelto por el gas.

Rodó sobre sí mismo y se aplastó contra la pared, debajo de la abierta ventana. La torre de libros que la mantenía abierta cayó en cascada a la calle, y la ventana se cerró con un ruido seco, sellando la habitación. Pule chilló, un agudo y aterrado ulular que reforzó su miedo de que había sido envenenado. El aire se había visto teñido bruscamente de un lívido verde. ¡Se ahogaría en gas venenoso! Había sido engañado.

Había sido un complot para eliminar al jorobado, y su traición al monstruo lo había conducido a su propia ruina.

Saltó hacia la ventana, golpeó el marco. No se movió. Miró alocadamente a su alrededor, y vio su chaqueta colgada de un clavo en la jamba de la puerta. Tendió la mano hacia ella, la arrancó de un tirón, y la arrojó sobre la aún escupiente caja, disminuyendo así la emisión de gases. Cogió el espejo y los libros en un solo montón y los arrojó contra la cerrada ventana, rompiendo el cristal, y asomó la cabeza al aire nocturno, respirando grandes bocanadas y contemplando cómo los libros y los fragmentos de espejo y cristal llovían sobre la calle, cuatro pisos más abajo.

Su pecho se alivió; su cabeza se aclaró; su equilibrio y su sentido de la perspectiva regresaron. Por supuesto, no se trataba de un dispositivo conteniendo un gas venenoso, decidió. No podía haber ninguna forma concebible de calcular los sorprendentes acontecimientos que lo habían conducido a subir a aquel tren en Harrogate. Sus enemigos no eran ni la mitad de listos que eso. Se trataba de algo distinto. Simplemente era posible que hubiera sido víctima de sus propias celosas acciones. ¿Y si, pensó, la caja *había* contenido una esmeralda, y estaba diseñada de tal modo que cualquiera que intentara manipularla sin conocer su secreto destruyera la gema? ¿Era polvo de esmeralda lo que llenaba ahora la habitación? Pero ¿por qué demonios construiría un hombre una caja así, o la haría construir? ¿Había sido Owlesby un lunático que prefería que la esmeralda: fuera destruida antes que un ladrón se beneficiara de ella? ¿O había algo más? ¿Había sido Owlesby un contrabandista?

Por supuesto que lo había sido. Y aquí, parecía cierto, estaba una de las formas en que había ideado destruir completamente y dispersar las pruebas que habían caído en malas manos. Si era así, era terriblemente ingenioso.

Pule volvió a meter la cabeza en la habitación. Las especulaciones ociosas no le llevaban a ninguna parte. De una u otra forma, la caja no valía nada para él. Sin embargo, podía proporcionarle a Narbondo algunos momentos interesantes. Y la caja de Narbondo..., Pule podía conseguirla. Rodeó con su chaqueta la aún ronroneante caja y salió por la puerta, cruzándose en la escalera con su apresurado casero, que empezó a decirle algo, luego calló de repente y le miró horrorizado.

—¡Maldita sea! —exclamó Pule, empujando al hombre fuera del camino y alzando la mano como si fuera a darle un golpe. Se inmovilizó, pues el hombre había retrocedido hasta la barandilla, como cubriéndose contra ese golpe, el rostro rígido y helado—. ¿Qué está mirando usted, idiota? —chilló—. ¡Tonto desalmado! —Se atragantó. No podía respirar. El rostro del hombre parecía hincharse como un globo, su impresionada expresión era un claro testimonio de la condición de Pule. La sangre latía en los oídos de Pule. Su corazón parecía querer aplastar su pecho. Su rostro ardía.

Con un gruñido de rabia liberada, pateó al hombre en las costillas, poseído por el deseo de dejarlo sin conocimiento, de golpearlo con la pesada caja, de arrojarlo por encima de la torcida barandilla y contemplar su caída en el vórtice por entre la espiral de la escalera hasta el suelo, allá abajo, a más de diez metros.

El rostro del hombre se relajó de repente. Gritó, y ese sonido propulsó a Pule escalera abajo a grandes zancadas, lanzando maldiciones por encima del hombro. Un viejo salió de una puerta a un descansillo, como para detener a Pule. Jadeó y volvió apresuradamente dentro, cerrando la puerta tras él. Se oyó el ruido de un cerrojo al ser corrido. En la planta baja, Pule se dirigió en tromba hacia la puerta de la calle, sorprendiendo a dos mujeres que entraban en aquel momento. Chillaron al unísono, una se desvaneció, la otra echó a correr hacia una puerta medio cerrada como para ocultarse.

Pule rechinó los dientes. Sus enemigos estaban cayendo ante él. Y continuarían cayendo. Nada podía detenerle. En la calle, echó a correr, alejándose en la negra noche, sin huir de nada ni dirigirse a ningún sitio en concreto, simplemente corriendo, con la caja sujeta bajo su brazo, perseguido, le parecía, por un número interminable de demonios. Finalmente retuvo el paso, jadeando y sudando, frente a una miserable taberna en Drury Lane. Un grupo de hombres se entretenían en la acera, lanzando monedas a un blanco pintado con tiza en medio de la calle. Le prestaron poca atención. Cuando pasaba junto a ellos, una moneda rebotó en su tacón.

—¡Hey, compadre! —gritó una exasperada voz acusadora. Pule se volvió hacia él. El hombre le miró, palideció, croó una semimurmurada maldición, y desapareció a toda prisa por la abierta puerta de la taberna. Sus compañeros alzaron también la vista, gritaron, se levantaron como un solo hombre, y siguieron al primero; la puerta de la taberna se cerró con tal fuerza tras el último que las bisagras dejaron escapar una nubecilla de herrumbre.

Pule se volvió lentamente y reanudó su camino, meditando sombríamente en la venganza que merecían que ejerciera sobre todos ellos..., la bien colocada bomba anarquista que hiciera pedazos a todos los haraganes como aquéllos, junto con todos los burlones tratantes de carpas del mundo. Se dirigió hacia Pratlow Street.

Agitación en Pratlow Street

Shiloh el Nuevo Mesías se reclinó contra la pared en una silla de roble de respaldo recto, con todas las juntas medio sueltas, puesto que la cola se había secado y convertido en polvo hacía años. Permanecía sentado en silenciosa meditación..., no se había movido desde hacía media hora. La cortina del pequeño santuario al otro lado de la habitación había sido descorrida y en él, al lado del retrato en miniatura de Joanna Southcote, se hallaba la cabeza de la propia dama en su acuario sin agua.

Las cruces que llevamos..., pensó Shiloh. Sacudió la cabeza. La reunión de la noche en Kensington Gardens había sido un desastre. No podía soportar el pensar en ella. Tendría que reparar aquello; no había otra forma. Uno le debía al menos eso a su propia madre.

Un breve castañeteo brotó de la caja de cristal..., tres o cuatro clacs tentativos, luego silencio. La chispa no había abandonado por completo la cabeza. Al parecer, quedaban en ella elementos que despertaban a extraños intervalos, como burbujas en una superficie de cristal, desprendidas bruscamente de ella sin ninguna razón aparente para ascender hasta la superficie y estallar. Sería el mayor de todos los milagros, pensó para sí mismo, si durante uno de sus despertares a la conciencia le hablara..., le proporcionara un signo de alguna clase, emitiera una frase reveladora, se refiriera, quizá, a la aproximación del dirigible. Pero no había nada, desgraciadamente, excepto el cliqueteo al azar de los secos molares.

Dentro de una hora la luna habría desaparecido tras el horizonte. La oscuridad le ayudaría. Sabía que el jorobado estaba en la casa de Wardour Street, y no sería hasta la mañana que sus sucios hábitos estallarían de nuevo en su corazón del tamaño de un guisante.

Había una posibilidad, por supuesto, de que Narbondo se hubiera llevado la caja de su gabinete..., una acción que haría que su recuperación fuera infinitamente más complicada. Pero, aun así, había que tomar en consideración los huesos de su madre..., unos huesos que había abandonado estúpidamente al jorobado y a sus básicas experimentaciones. Shiloh recordó las confundidas manos y se estremeció. Se llevaría los huesos y el sudario en un saco Gladstone. El sudario podría ser convertido en una reliquia en aquella misma caja de cristal, algo no muy distinto al sudario de Turín. Los entusiastas estaban siempre ansiosos por el tipo de prueba circunstancial inherente a tales reliquias.

Estaba el caso de la mujer en la costa de Normandía que poseía un sombrero de fieltro manchado indeleblemente con la imagen del Bambino de Araceli. Se había construido un templo para él en el pequeño pueblo de Combray, y más de diez mil personas al año se pasaban por allí para verlo... o, por dos francos, tocarlo. Un

marinero borracho de Tolosa lo había cogido de su percha y se lo había puesto en la cabeza, la cual había estallado inmediatamente en llamas, reduciendo simultáneamente a cenizas tanto al marinero como al sombrero. No era sorprendente que la urna con las mezcladas cenizas de ambos atrayera ahora al doble de peregrinos cada año..., y al doble de precio. El evangelista, riendo para sí mismo, consideró el hecho de que, de este modo, incluso los más viles pecadores eran puestos a trabajar para la iglesia. Aunque, por supuesto, se pudrían en el infierno, pese a sus obras.

Se levantó, corrió la cortina y salió a la calle. Fuera, pastoso y en silencio, aguardaba un obediente converso, que al cabo de un momento trotaba Buckeridge Street arriba para llamar la berlina. Shiloh estaba impaciente. La eternidad se abría ante él, a sólo unos pocos días de distancia, y ansiaba alcanzarla. Y, al mismo tiempo, ansiaba apresurar el declive de Narbondo hacia el pozo. Sonrió al pensar en las maldiciones y el crujir de dientes que se producirían a la mañana siguiente cuando el jorobado se arrastrara de vuelta a casa, agotado y degradado, interrogándose acerca de su propia cordura, quizá lisiado por alguna acrobacia excesiva, para descubrir que había sido despojado de los huesos y de la caja en una sola noche, que todos sus ardides no le habían valido para nada. La berlina dobló la distante esquina, se detuvo delante de la taberna y aguardó, mientras Shiloh subía a su interior al lado del hombre con el turbante.

—¡Límpiate esta asquerosa cara! —gritó el evangelista, observando con horror mientras el hombre se pasaba la mano por sus labios manchados de sangre. El viejo se estremeció involuntariamente, miró con fijeza al frente, y se hundió en sí mismo mientras la berlina emprendía su cliqueteante camino por Soho en dirección a Pratlow Street.

—No tengo intención de demandarles —dijo St. Ives acaloradamente—. Tengo intención de golpearles hasta hacerles perder el sentido. ¿De qué nos serviría un juicio? ¿Qué pruebas, por el amor de Dios, podríamos alegar para apoyar nuestras acusaciones?

—Pero hay que tomarlo todo en consideración, señor, si me permite decirlo. Entrar violentamente en casa de un hombre es un mal movimiento, independientemente de su localización y de las motivaciones del allanador. La ley, me temo, señor, es estricta en este punto. Su propia argumentación es sólida. ¿Qué podríamos alegar, señor, si fuéramos arrestados como vulgares ladrones?

St. Ives siguió andando sin hablar. Habían tomado un coche hasta Charing Cross Road..., lo suficientemente lejos, pensaba St. Ives, como para que ni siquiera el más escrupuloso detective pudiera conectarles con cualquier fechoría cometida en Pratlow Street..., es decir, suponiendo que las autoridades se preocuparan por lo que ocurría en Pratlow Street, cosa que a buen seguro no era así.

Deseaba de corazón que o Godall o el Capitán hubieran estado en casa aquella noche, pero no había sido así con ninguno de los dos..., a buen seguro habían salido juntos a resolver algún asunto. A peinar Limehouse, quizás, en busca del desaparecido Bill Kraken. St. Ives iba a tener que actuar sin ellos. De todos modos, aquel asunto del aireador no era cosa de ellos. Era suyo..., suyo y de Keeble, que se vería en la obligación de construir otro si St. Ives fracasaba. Sin embargo, no podía obligar al juguetero a ello. Había sido estúpida culpa del propio St. Ives que el silo hubiera quedado sin cerrar con llave, que se hubiera permitido a Pule escapar dos veces de ellos, primero en la propiedad, luego en el tren. Debían golpear mientras el proverbial hierro estaba aún caliente. Una serie de acontecimientos peculiares estaban deslizándose con rapidez hacia conclusiones posiblemente peligrosas. Narbondo y Pule navegaban a impulsos de la corriente de algún infernal arroyo de rápidas aguas, que podía llevar a los villanos fuera de su alcance si St. Ives no se movía rápido.

—Toynbee y Koontz conseguirían muy poco —le dijo a Hasbro, repitiendo su escasa inclinación a pasar el asunto a las autoridades.

—No hay una pareja de investigadores más hábiles en todo el Yard —insistió Harbro—. Koontz es una leyenda..., es temido por todo el submundo de Londres. Es la peculiar expresión de sus ojos, si me lo pregunta, lo que les infunde miedo a todos. Eso, y el corte de su traje. Si él no puede llegar a fondo con ese Pule, nadie puede. Participó en el caso de Isadora Persano, si recuerda..., aquel asunto con el gusano y la bolsa de tabaco vuelta del revés. Su tía es muy amiga de mi hermana. Podríamos ir a verle esta noche, no tengo la menor duda. Exponerle el caso.

La oscura esquina de Old Compton Street se alzaba ante ellos, con sus lamentables edificios medio ocultos en las tinieblas, las aceras sumidas en una oscuridad absoluta. St. Ives disminuyó el paso y se preguntó a sí mismo por primera vez qué era exactamente lo que pretendía hacer. Y, cuanto más pensaba en ello, más recordaba la fe que sentía hacia el notable Hasbro, una fe que su obcecada determinación de recuperar el dispositivo aireador y ocuparse de Pule había borrado momentáneamente. Hasbro, de hecho, no andaba en absoluto equivocado. Si este hombre, Koontz, podía ser convencido de ocuparse del caso...

Se detuvo en seco y retrocedió a la oscuridad de un gablete sobresaliente que sumía en las tinieblas una entrada en ruinas. Esto es decididamente poco juicioso, pensó St. Ives. Lo menos que podía hacer era aguardar a Godall y el Capitán. La caja del aireador era, bien mirado, asunto de todos. ¿Qué era lo que Godall había dicho hacía tres noches, en medio de la lluvia? «El espíritu colectivo», o algo parecido. Había verdad en ello. No serviría de nada que cada uno de ellos se abriera su propio camino, sólo para tropezar unos con otros en alguna calle, en algún cruce oscurecido por el follaje.

—Hasbro —susurró St. Ives; la atmósfera misma del ruinoso vecindario ofuscaba

SU VOZ.

—¿Señor?

—Tienes toda la razón, por supuesto. Ese hombre, Koontz..., ¿podemos encontrarle?

—Se dice que posee una pasión casi legendaria por los crustáceos, señor, y es concebible que en estos momentos esté dedicado a una cena tardía por los alrededores de Regent Street, en un club con el absurdo nombre de Bistro Shrimp-o-Dandy. Me temo que es justamente infamoso por mantener a sus cocineros y camareros trabajando hasta el amanecer.

—Entonces iremos a echar un vistazo a ese Shrimp-o-Dandy. He visto la razón en tus palabras, Harbro.

Pero, en aquel momento, St. Ives vio algo más..., la sombra de un hombre que corría, deslizándose dentro y fuera de la oscuridad al otro lado de la calle, cruzándola en dirección al laboratorio del doctor Ignacio Narbondo.

St. Ives y Hasbro se metieron como una sola persona en una oscura esquina, olvidado el Shrimp-o-Dandy, y se deslizaron por la acera en dirección al lugar donde la misteriosa figura se había desvanecido en un portal. Ninguno de ellos habló. No servía de nada señalar que algo estaba a punto de producirse, o que su obligación era averiguarlo. Aquella noche habían salido en pos del misterio, y allí estaba, llevando un letrero colgado del pecho. No había nada que hacer excepto investigar.

Bill Kraken, temblando de miedo y animado por la determinación, se halló a solas dentro de los oscuros confines del gabinete del doctor Narbondo. Extraños ruidos lo asaltaron..., el lánguido chapotear de la perezosa carpa en el tanque en el suelo, el sonido de su propia y afanosa respiración, y el tremendo batir de su corazón, que parecía querer estallar como una fruta madura antes de que hallara lo que había venido a buscar. Y, a intervalos regulares, le llegaba el cliqueteo de lo que sonaba como un puñado de dominós de marfil siendo echados a un saco.

No había nada ni en la losa ni en la mesa..., ningún cadáver que pudiera levantarse o ningún pavo real que pudiera lanzarse revoloteando contra él. Y allí, encima del piano, estaba la caja de Keeble; apenas podía ver su silueta a la débil luz de la parpadeante vela que llevaba consigo. Se deslizó hacia ella, caminando de puntillas. No había tiempo para las vacilaciones. No había nada en el maldito laboratorio que le atrajera. Simplemente tenía que coger la caja y salir por el mismo camino por el que había entrado. Si oía al doctor o a Pule subir la escalera, simplemente retrocedería hasta un piso superior y aguardaría a que entraran en el laboratorio, y entonces echaría a correr hasta la calle.

Frunció los ojos en la oscuridad, temeroso de que Narbondo pudiera sorprenderle de nuevo entrando por el pasadizo del enmaderado. No se veía capaz de enfrentarse al

doctor o, incidentalmente, a su odioso cómplice. Arrastró una silla que había al lado de la mesa del pavo real y la encajó bajo el pomo de la puerta, sacudiendo éste para mayor seguridad.

Al agitar la vela en dirección a la caja, envió danzantes y parpadeantes sombras por las paredes débilmente iluminadas por la amarillenta luz. Ante él, formando un montón allá donde habían caído, estaban los horribles y descabezados restos de Joanna Southcote. Su visión petrificó a Kraken, lo inmovilizó en una semiinclinada estatua de ojos muy abiertos. Porque, mientras miraba, los huesos parecieron estremecerse y reunirse, recomponerse, alzarse a medias, y luego volver a derrumbarse en un desordenado montón, emitiendo de nuevo aquel sonido cliqueteante de dominós.

Estremecido, Kraken tanteó dentro de su chaqueta en busca de un frasco de ginebra, la mitad del cual derramó por su abierta garganta en un ardiente y frondoso torrente. Los huesos hicieron otro esfuerzo, sin mayor éxito que el anterior, y una de las manos en su brazo equivocado se arrastró por el suelo como un cangrejo antes de que toda la lamentable estructura quedara flácida de nuevo.

Kraken se juró no volver a mirar. Eso era lo mejor. Si conseguía resistir, podría superarlo, o reducirlo a pedazos con el atizador que había al lado de la chimenea. Que se maldijera si permitía que un montón de huesos lo asustara. Dio un último y generoso sorbo a su ginebra, hizo una mueca, y cogió la caja de encima del piano. Se volvió, dio un paso hacia la puerta, y descubrió con horror que el pomo, muy suave y lentamente, estaba girando. Oyó un agitar de pies al otro lado, y vio el débil resplandor naranja de una linterna cubierta con un trapo derramarse por la rendija inferior de la puerta.

Kraken retrocedió lentamente hasta la pared del fondo. ¿Y si se trataba de Willis Pule? ¿Y si era el propio Narbondo? Eso significaría su fin con toda seguridad, y el fin de cualquier Intento de rehabilitarse a los ojos del capitán Powers y el pobre Jack Owlesby. Fuera quien fuese el que estaba al otro lado, empezó a ponerse nervioso con el testarudo pomo, olvidó todo intento de discreción, y agitó fuertemente la puerta. Oyó una retahíla de maldiciones en la peculiar y aguda voz de Willis Pule. Le llegó el sonido de un pie golpeando la parte inferior de la hoja.

Kraken agarró desesperadamente el enmaderado con su mano libre, buscando el panel móvil. Golpeó los paneles con el puño, arriba y abajo, en los dos lados, sollozando en busca de aliento, escuchando los golpes en la puerta tras él y el repentino raspar de la silla al ser empujada contra el suelo.

Con una brusquedad que le sobresaltó, uno de los paneles se inclinó hacia dentro, luego giró lentamente sobre sí mismo. Kraken lo empujó desesperado con el hombro. Su vela se inclinó y se ahogó en su propia cera fundida, al tiempo que él tropezaba y caía en un frío y polvoriento pasadizo, y el panel se cerraba a sus espaldas.

Permaneció tendido en el mohoso suelo, reprimiendo su jadeante aliento, observando a través de la rendija que se cerraba cómo la silla con la que había calzado la puerta caía hacia dentro, seguida por Willis Pule, que entró de cabeza, tambaleándose por su propio impulso. Siguió una absoluta oscuridad, pero a través del enmaderado le llegó una repentina voz furiosa, y luego la voz de Pule aún más fuerte, maníaca. Un crujir de sillas, varias maldiciones a plena voz, y el repentino estallido de una pistola, dieron paso al silencio. Kraken rebuscó una cerilla en sus bolsillos.

Al sonido del disparo, Langdon St. Ives y Hasbro se inmovilizaron en la escalera. Habían decidido permanecer en el lado de la calle. La puerta de la casa que daba al callejón estaba clausurada con clavos. Cualesquiera ladrones —fueran quienes fuesen— en la casa tendrían que salir por la puerta de la calle. Había muy poco que ganar subiendo la escalera tras ellos y entrando desarmados en una habitación llena de hombres desesperados. Simplemente aguardarían al fondo de la escalera y se enfrentarían a quien saliese con la caja. Fueran cuales fuesen las extrañas maquinaciones que habían causado la aparición del evangelista, no eran asunto suyo.

Pero el disparo de la pistola puso fin al misterio. Era posible que Godall se hubiera mostrado demasiado preocupado con la colección de villanos; parecían decididos a exterminarse unos a otros. Una puerta restalló arriba. Sonó otro disparo, seguido por un aullido de dolor. Una puerta se abrió de golpe. Siguieron gritos alocados. St. Ives bajó precipitadamente los pocos escalones que había subido, pisándole los talones a Hasbro. En el rellano de abajo, justo al lado de la puerta que daba a la calle, Hasbro forzó la puerta de una pequeña habitación —por su aspecto un gran armario empotrado—, y los dos hombres se metieron dentro, cerrando la puerta hasta dejar sólo una rendija a través de la que tenían una visión tolerablemente buena de la escalera. Por aquella escalera cayó rodando un aullante Willis Pule, que alcanzó el rellano inferior y quedó tendido, inmóvil. St. Ives apenas podía ver el rostro de Pule. Había algo peculiarmente extraño en él. A la débil luz que brillaba a través de la abierta puerta de la calle, el rostro de Pule parecía tener una fantasmal coloración verde pálido, como si fuera víctima, quizá, de una enfermedad tropical.

—¿Qué demonios...? —empezó a decir St. Ives, contemplando con horror el arruinado rostro, cuando desde detrás de él, contra la enmaderada pared del armario, les llegó un golpear y un gemir tan aterrorizados que Hasbro saltó con un grito contra la espalda de St. Ives, y los dos hombres se hubieran visto catapultados fuera al rellano si el cuerpo de Pule no hubiera bloqueado la puerta.

St. Ives aferró el hombro del asustado Hasbro y le estaba susurrando desesperadamente algo al oído cuando el panel de roble se deslizó lentamente hacia atrás, para revelar el fantasmal, inhumano rostro de vacías órbitas de un tambaleante cadáver, con el empapado y enmarañado pelo rodeándole como una horrible aura. Un

fétido olor a descomposición llegó hasta ellos, y otro rostro miró por encima del hombro del primer ghoul..., las bocas de ambos agitándose y chasqueando como ganado rumiando.

Una luz brilló detrás de las cosas, revelando, de forma imposible, una danzante colección de lúgubres apariciones, en medio de las cuales se alzaba un Bill Kraken de desorbitados ojos, él también con el aspecto de un cadáver, inmovilizado a medio dar un paso, con un penetrante e inhumano aullido brotando de su abierta boca. El primero de los ghouls, jadeando pesadamente por la garganta, abriendo y cerrando las manos como si tanteara, completamente ciego, avanzó hacia Hasbro. St. Ives fue empujado contra la puerta, encajada por Pule, que giró un poco hacia el centro del rellano. St. Ives empujó, con el ghoul aullando en su oído. Hasbro tendió los brazos más allá de St. Ives y golpeó con ambos puños contra la puerta. Pule rodó más trecho. St. Ives empujó de nuevo..., esta vez con el hombro; y Shiloh el evangelista, flanqueado por el hombre con el turbante a un lado y el hombre desorejado al otro, apareció de pronto en la escalera; el viejo llevaba una caja de Keeble en una mano y un saco Gladstone abierto, lleno de huesos, en la otra. El evangelista se detuvo, frunció los ojos con evidente desconcierto ante el atrapado St. Ives, que estaba encajado entre la jamba de la puerta y un armario lleno de agitantes ghouls, y gritó algo a sus dos compañeros. Ambos se lanzaron inmediatamente contra la puerta, forzándola a cerrarse frente a las protestas de St. Ives. Siguió un golpe sordo cuando Pule fue hecho rodar de nuevo contra la puerta, y St. Ives se volvió para ver a Hasbro forcejeando con una veintena de andrajosos ghouls en diversos estadios de descomposición, todos ellos agitándose y sacudiéndose sin objetivo fijo, como si fueran marionetas manejadas por un lunático marionetista. St. Ives se aplastó contra la puerta, luchando por hacer palanca, y, centímetro a centímetro, empujó de nuevo al inerte Pule por el rellano. Consiguió salir apretadamente, pasando por encima de las piernas de Pule, y se derrumbó contra la pared del otro lado. Al instante Hasbro estaba a su lado, jadeando y doblado sobre sí mismo.

Dos brazos emergieron por la abertura. Siguió un hombro y luego un pie, cuando dos ghouls intentaron simultáneamente salir por la estrecha rendija de la puerta. St. Ives apoyó su pie junto al pomo y apretó, con la intención de atrapar a las debatientes criaturas dentro del armario. Pero de pronto recordó al pobre Kraken, y oyó, o creyó oír, un ahogado y angustiado grito desde dentro. Abandonó sus esfuerzos, y en vez de ello se volvió hacia el supino Pule. En un momento, St. Ives lo arrastró hacia un lado; luego, St. Ives y Hasbro saltaron hacia la escalera, y un verdadero torrente de ghouls cojeó, saltó y se arrastró por la abierta puerta del armario, huyendo todos hacia la noche. Entre ellos, con los ojos casi cerrados y temblando como un ghoul más, avanzaba Kraken.

—¡Deténlo! —gritó St. Ives, pero Hasbro no podía hacer más que su amo por

interceptar al decidido estudiante de filosofía que, escudado por los ghouls, corría hacia la calle y desaparecía, aferrando en sus brazos una caja de Keeble. Hasbro y St. Ives le siguieron, le vieron en medio de una maraña de cadáveres animados, unos pocos de los cuales habían empezado ya a perder el aliento y derrumbarse..., uno en el umbral, otro atravesado en el bordillo, otro en la acera, con las piernas abiertas como unas tijeras, como si hubiera intentado andar en dos direcciones a la vez.

Doblando la esquina, con sus ruedas lanzando chispas en el pavimento y resonando como un tren expreso en la silenciosa noche, apareció la berlina del evangelista, avanzando directamente por el centro de la calle, abriéndose paso a través de un pequeño nudo de ghouls que salieron despedidos como bolos. Una de sus portezuelas se abrió, y el ghoull del turbante, con el sombrero flotando sobre su cabeza, retenido aún por una cinta de su barbilla, colgó fuera. Se balanceó allí por unos instantes, hasta que la berlina tomó otra curva más adelante, y fue arrojado a la calle, y rodó hasta detenerse contra el bordillo. St. Ives no pudo hacer nada excepto ver alejarse el vehículo, llevándose consigo la caja de su aireador. Dios sabía lo que pensaba el viejo que contenía.

Un grito sonó a sus espaldas, al fondo de la calle, en la dirección por la que había aparecido la berlina. Y allí, cojeando lentamente, estaban Theophilus Godall y el capitán Powers, con el Capitán sujetándose un ensangrentado hombro.

—¡Le han disparado, por Dios! —exclamó St. Ives a nadie en particular, y sin pararse a pensar por qué sus dos fornidos amigos habían aparecido repentinamente en medio de la noche. Él y Hasbro les alcanzaron simultáneamente, y descubrieron, felices, que el hombro del Capitán había sido simplemente rozado por una bala disparada al azar por el viejo evangelista cuando los dos habían intentado sujetar las riendas y detener la berlina para evitar que huyera.

Había transcurrido una hora, y la compañía permanecía ahora derrumbada en sendos sillones en la tienda del capitán Powers, antes de que el furor general de los sucesos de la noche se alejara de ellos y le fuera revelado a St. Ives lo que contenía la segunda caja de Keeble. St. Ives, a su vez, relató cómo, en el tumulto, Kraken había huido una vez más a la City, al parecer trastornado por todo aquello pero junto a los ghouls.

—Así —murmuró St. Ives— que eso es lo que robó el hombre. —Sacudió la cabeza—. ¿Supone que estuvo atrapado en el pasadizo con los ghouls desde entonces? No es extraño que se haya vuelto loco.

Godall sacudió la cabeza y le relató a St. Ives algunas de las intrigas de los últimos tres días.

—Yo sabía —dijo Godall— que un buen número de cadáveres habían sido traídos a la casa. Narbondo debía usar el pasadizo como una especie de almacén. Es curioso

que todos salieran juntos de ese modo. Es un extraño asunto.

—Corta y corre; ése es mi lema —dijo el Capitán, tocándose ligeramente el hombro.

Hasbro sacudió la cabeza.

—Los periódicos van a estar llenos de todo esto —dijo—. Hemos removido un curioso nido de insectos, y no vamos a lograr absolutamente nada de ello.

Nadie en la tienda pudo negar eso mientras permanecían cansadamente sentados y hambrientos y contemplando el cielo de primera hora de la mañana palidecer con las primeras luces del alba. Todo el asunto se había vuelto lamentablemente complicado, y el fracaso de Pratlow Street se llevó consigo algo del placer del encuentro de St. Ives, después de quince largos años, con Nell Owlesby.

La llegada de Parsons, que llamó a la puerta unas horas más tarde, hizo poco por elevar el humor de St. Ives. Se maldijo a sí mismo por haberle dicho al hombre que podía ser contactado a través de la tienda de Powers, y le tomó media hora de mentiras antes de que el científico pudiera ser disuadido de llamar él personalmente a la puerta de Keeble. Ni siquiera la revelación de Parsons de que el dirigible había sido avistado sobre Limerick, girando por encima de la costa occidental de Irlanda en una larga semielipse que apuntaba, estaban seguros, hacia Londres..., ni siquiera eso hizo otra cosa más que añadirse a la confusión y al desconcierto de primera hora de la mañana. De alguna forma, les pareció que la llegada de Birdlip sería la culminación natural de la maraña de complots en los que se habían visto envueltos, que la aparición del dirigible, un punto en el distante cielo, pondría punto, punto final, a sus confusos e infructuosos esfuerzos por abatir los diversos dragones.

No fue hasta horas después de amanecer, con las calles despiertas hacía ya rato, cuando hubo una nueva y furiosa llamada a la puerta, sobresaltando a St. Ives, que dormitaba en un mullido sillón. Sus compañeros estaban despiertos, trazando y desechando planes. Hasbro abrió la puerta, y allí estaba Winnifred Keeble, despeinada y cansada.

—Jack viene —dijo, y se volvió y se apresuró a cruzar de nuevo la calle, mientras los miembros del Club Trismegisto cogían apresuradamente sus gabanes y la seguían pisando sus talones.

El regreso de Bill Kraken

Willis Pule salió bruscamente de su inconsciencia, y fue consciente al momento del sonido de agua goteando y de un frío pegajoso y casi entumecedor. Tuvo la impresión de que se hallaba tendido sobre una losa de piedra, o un pavimento, y de que el estar tendido allí había hecho que su cuerpo se volviera abrumadoramente rígido y dolorido, porque, cuando se movió, todos sus músculos y articulaciones chillaron.

Abrió los ojos. Muy arriba había un abovedado techo catedralicio de piedra gris. Las lámparas de gas siseaban, arrojando una difusa luminosidad amarilla en un círculo a su alrededor, de la que muy poca llegaba al suelo de abajo. Al principio la habitación pareció enorme..., una grandiosa cámara subterránea excavada, posiblemente, en la misma roca. Pule torció el cuello, frunciendo el ceño ante el pulsante dolor de cabeza. La habitación, decidió, no era tan grande como eso. Era de piedra viva. Enormes fregaderos de porcelana se alineaban en una pared, y debajo de ellos había hileras de armarios de cristal y madera, algunos con las puertas abiertas de par en par, revelando cajas de instrumental quirúrgico..., sierras para huesos y bisturís y grapas y abrazaderas. Estoy en un hospital, pensó Pule, medio groggy. Pero ¿qué tipo de hospital es éste, que congela a sus pacientes y les exige que duerman sobre colchones de granito?

Otra pared no era más que hileras de enormes cajones como archivadores de gran tamaño, uno de los cuales estaba abierto. Un pie asomaba de él por uno de los lados, con una gran etiqueta de papel atada con un cordel a su dedo gordo. Aquello no era un hospital, se dio cuenta Pule con una repentina seguridad. Aquello era una morgue. Estaba muerto. Pero no podía estar muerto, ¿verdad? Estaba tan frío como una ostra, cosa que podía corresponder a un hombre muerto, pero si lo estuviera no sería consciente de ello. Se le ocurrió, con un estremecimiento de horror, que quizás había muerto y, de alguna forma, había sido reanimado por el doctor Narbondo con algún despreciable propósito.

Podía recordar la lucha con el viejo evangelista: el disparo, el aferrarse en la parte de arriba de la escalera, el ser empujado por ella. No tenía ningún recuerdo de haber aterrizado, sólo el volar por los aires y las vueltas. Pero tenía que haber aterrizado en alguna parte, ¿no? Aterrizado, y peor. Estaba tendido sobre una losa en la morgue, entre lo que parecía ser un ejército de muertos, la mayor parte de los cuales estaban tendidos en una larga hilera en el suelo.

¿Hasta qué punto era desesperada su situación?, se preguntó. ¿Sobre qué bases podía ser arrestado? Ninguna. Había pateado a su casero en las costillas, eso era cierto, y había roto la ventana de su habitación. Pero no llevaba papeles de identificación sobre su persona. Nadie allí podía enfrentarle con todo aquello. Estaba

vivo y libre..., eso al menos estaba claro. Pero ¿cómo demonios había ido a parar a la morgue, y qué tipo de desastre se había producido para llevar a la muerte a tanta gente? ¿Y por qué, por el amor de Dios, sus manos parecían estar teñidas de verde?

En una losa cercana estaba tendido un hombre vuelto hacia Pule. Su boca colgaba abierta y sus ojos le miraban, como si estuvieran acusándole. Pule le devolvió la mirada. Creyó reconocer a aquel hombre, como si hubiera visto su rostro antes, mirándole de una manera muy parecida. Por supuesto que así era..., no hacía aún dos semanas, en el cementerio de Westminster. Pule se sentó, tuvo la impresión de que iba a desvanecerse y volvió a tenderse respirando pesadamente, con una mano sobre su fría frente. Lo intentó de nuevo, dejando colgar sus piernas por el borde de la losa, doblándose hacia delante con la cabeza entre las rodillas hasta que el incontrolado latir se estabilizó.

Miró con los ojos fruncidos la hilera de cadáveres, que parecían aguardar en fila el momento de regresar a la tumba. Todos ellos, hasta el último, habían salido del almacén de Narbondo. Allí estaba la mujer pescada ahogada del Támesis; allí estaba el niño atropellado en la calle por un carro; allí estaba el falsificador recién colgado, con el cuello roto y torcido, robado del patíbulo mismo por el jornalero que había abandonado a Pule la noche que recuperaron a Joanna Southcote. Pero ¿cómo era posible? ¿Había sido descubierto el pasadizo? Eso podía poner fin a la libertad de Narbondo..., a su vida si lo atrapaban. ¿Y qué decir de él mismo? ¿Qué decir de Willis Pule? Si Narbondo era encarcelado, Pule le seguiría.

La habitación estaba vacía. Pule se deslizó fuera de su losa y se irguió de pie, oscilando, a punto de desvanecerse. Se inclinó y apoyó por un momento la cabeza en la fría losa antes de volverse y caminar arrastrando los pies hacia la puerta. Si tenía que correr, estaba perdido. La hilera de cadáveres le miraba con las bocas abiertas..., la mitad de ellos privados de la dudosa alegría de convertirse en miembros de la Iglesia del Nuevo Mesías, la otra mitad de ser empleados de forma no remunerada por Kelso Drake. Mejor, quizá, ser devueltos a la tierra. De todos modos, el oficio más descansado era la muerte.

Pule se asomó a la puerta, observando una mal iluminada antecámara al otro lado, donde había un solitario hombre sentado ante un escritorio, mirando hacia otro lado. Pule retrocedió cautamente, deslizándose por entre los armarios y rebuscando en silencio en busca de un arma..., cualquier cosa. Una sierra para huesos serviría. Al cabo de un momento estaba de vuelta junto a la puerta, que crujió cuando la empujó para abrirla un poco más y se deslizó por la rendija. El hombre en el escritorio se volvió perezosamente, quizá esperando a algún compañero de trabajo que volvía de cenar, pero no, ciertamente, el cadáver que se enfrentaba a él con una mueca, verde y agazapado y agitando una sierra para huesos..., un cadáver recién alzado de la losa, recién traído de las calles de Londres, que estaban llenas en aquellos momentos de

rumores acerca de muertos andantes. El hombre se levantó, con un chillido en los labios, y Pule cayó sobre él. Lanzó un golpe con la sierra, cuya hoja se partió casi inmediatamente contra el borde de la silla. Pule la arrojó al suelo, agarró un pisapapeles de cristal de encima de un montón de papeles y saltó tras el ensangrentado hombre, que estaba ya medio cruzando la puerta, chillando por el oscuro pasillo. Pule le golpeó ciegamente con el pisapapeles, una y otra vez. El hombre tropezó y cayó. Pule se dio cuenta de que sostenía sólo la mitad del peso, ya que el pisapapeles se había partido en dos contra el aplastado cráneo del hombre. Dejó caer el trozo de cristal al suelo, pasó por encima del hombre muerto y se halló en la noche londinense, en dirección a Wardour Street, donde Ignacio Narbondo aguardaba su destino. Le había sido prometida Dorothy Keeble como recompensa si su viaje a Harrogate tenía éxito. Bien, el éxito, en el mejor de los casos, era un asunto relativo. Había sido despojado de la esmeralda, despojado de sus sueños. Pero, antes de que terminara el día, tendría lo que era suyo.

William Keeble estaba sentado en un rincón de la habitación, con su brandy sin tocar en una mesilla a su lado y la cabeza entre las manos. Parece abrumado, pensó St. Ives, condenándose a sí mismo por haber estado divirtiéndose en Harrogate mientras Dorothy Keeble estaba siendo secuestrada en Londres. El sol se hallaba alto en el cielo, iluminando la sombría habitación. Keeble se levantó para cerrar más las cortinas, para oscurecer la habitación, pero Winnifred le siguió y las abrió por completo, inundando la estancia con la luz del sol de primavera.

—Ya hemos tenido bastante oscuridad —dijo simplemente—. Podemos estudiar esto tan fácilmente a la luz del día como en la penumbra.

—¡No hay nada que estudiar! —exclamó el pobre Keeble, dominado por una desesperación que dos noches sin dormir hacían más profunda—. Si no hubiera sido tan malditamente obstinado con el motor, si hubiera abandonado todo el asunto, ahora ella estaría aquí, ¿no? Y no tendríamos a Jack con la cabeza abierta como un melón, ¿no? Drake se hubiera embolsado otra fortuna..., ¿y qué? ¿Hubiera perjudicado con ello la fortuna de algún otro hombre?

—Todos nosotros... —empezó a decir Theophilus Godall, alzándose de un profundo ensimismamiento envuelto en humo de tabaco. Pero Keeble, estaba claro, no estaba dispuesto a atender a razones. Parecía estar recorriendo una espiral hacia lo más profundo de sí mismo, y permaneció sentado, trasteando con el extremo de una especie de esfera de cobre, y cada movimiento de su mano precipitaba en el otro extremo la aparición de la sonriente cabeza de caucho de un hombre con enormes orejas. Humo y chispas acompañaban cada emisión.

El artilugio le recordó a St. Ives, algo vergonzosamente, los extraños restos pornográficos que habían caído del escritorio con tapa en la casa de Wardour Street.

Se descubrió a sí mismo pensando cómo demonios era posible..., si aquello no sería una evidencia de alguna deformidad en su propio y oxidado aparato moral. Necesitaba dormir. Podía echarle la culpa a las peculiaridades del intelecto o a la falta de ellas. Entonces recordó. La cosa con la que jugueteaba inocentemente Keeble era el extraño dispositivo tras el que había gateado el viejo y que le había sido arrancado de entre las manos por el mayordomo.

—¿Qué es esto? —preguntó, como sin darle importancia, señalando la esfera y el estúpido hombre de caucho que brotaba de ella.

—Una podrida pieza que nos dejó la otra noche ese hombre, Drake —dijo Winnifred Keeble—. El cielo sabe lo que significa. Se lo hubiera arrojado al rostro si hubiera sabido lo que Jack nos dijo después. Pero no lo hice.

—¿Kelso Drake? —murmuró Godall, poniéndose en pie—Fue él quien dejó esto, ¿no?

—Preguntó si William podía construirle un centenar iguales, luego se echó a reír como un loco. Está completamente ido, si quieren mi opinión. Me pregunto, sin embargo, si no habrá algún propósito más tenebroso en esto que no consigo ver. —Y, con eso, abandonó la habitación y subió la escalera hasta el segundo piso, donde estaba acostado Jack, cuidado por su tía, Nell Owlesby.

Godall se inclinó hacia St. Ives.

—No me gusta en absoluto su aspecto —dijo.

—¿El de este artilugio? —preguntó St. Ives.

—Sí. Por supuesto, es importado de Francia.

—No sabía eso —dijo St. Ives—. ¿Para qué sirve exactamente?

Godall agitó lúgubrementemente la cabeza, como si el inglés de la Reina no poseyera el tipo de sílabas necesarias para revelar la lúgubre verdad del asunto.

—Tenemos que quitárselo a Keeble. Si el capitán Powers despierta y lo ve..., bueno, es un hombre demasiado bueno, demasiado simple y no corrupto como para soportarlo. Deseará liarse a golpes con alguien, y lo hará, con hombro o sin hombro.

—¿Qué demonios...? —empezó a decir St. Ives, mirando de nuevo el curioso artilugio, que estaba cubierto, pudo ver, con nódulos de algún tipo y una pequeña puertecilla que se abría a cada lado para revelar lo que para todo el mundo podían parecer unos ojos de cristal, mirando desde el interior de la esfera. Keeble apretaba su extremo, y aparecía el hombre de caucho, y una pequeña bocanada de humo y chispas brotaba de las enormes orejas elefantinas. Un silbido de aire asomaba por los labios de caucho. Los ojos de la cosa se agitaban locamente, y al instante desaparecían, tragados por la esfera. Las puertecillas se cerraban secamente; el chisporroteo cesaba; y la cosa se asentaba, silenciosa y traicionera.

Godall agitó de nuevo hoscamente la cabeza.

—Lo llaman un Pellizco Marsellés. Estoy seguro de que puede imaginar qué es.

Sólo los excesos de un clima meridional pueden haberlo producido.

—Ah —dijo St. Ives, interrogándose acerca de su carencia de mundanidad.

—Keeble, bendito sea, no tiene la menor noción de ello. Fue ampliamente usado durante el siglo pasado, tras el rapto de las mujeres nobles jóvenes francesas e italianas como esclavas blancas. Era enviado a sus hogares..., como un anuncio, me temo, de que ningún rescate sería suficiente para devolverlas. Se sabe incluso que la realeza de más frío corazón ha caído en la locura al recibir uno y, trágicamente, se ha sumido en la más absoluta ignominia con el artilugio pese a su dolor. El gesto es superfluo aquí, por supuesto. Es simplemente un signo de la monumental perversidad y engreimiento de Drake, y está destinado probablemente a parodiar en alguna forma tortuosa y perversa la atracción de Keeble hacia los juguetes. También, quizá, sea un error. Nos dice algo, creo, respecto al paradero de Dorothy.

Antes de que la conversación prosiguiera otro centímetro, hubo una terrible llamada a la puerta, que, cuando fue abierta por un sorprendido Theophilus Godall, reveló a Bill Kraken tambaleándose en el umbral.

—¡Kraken! —exclamó St. Ives desde su asiento, pero el hombre no tuvo oportunidad de responder..., se derrumbó de bruces como un hombre muerto sobre la alfombra.

St. Ives y Godall saltaron en su ayuda, e incluso el capitán Powers, que había sido despertado sobresaltadamente por el grito de St. Ives, acudió a colaborar. Parecía enteramente posible que la repentina aparición de Kraken presagara su regreso a la cordura.

—Denle aire, amigos —dijo el Capitán, aflojando el sucio pañuelo en torno al cuello de Kraken. Luego, con Godall sosteniendo la cabeza de Kraken, el capitán Powers derramó un delgado chorro de brandy en su boca, que St. Ives consiguió abrir apretando las mejillas de Kraken—. Maldita sea —dijo el Capitán en voz baja y frunciendo la nariz—. Está cubierto de aguas fecales, ¿no? Quítenle los zapatos y sáquenlos fuera de la puerta.

Los efectos del brandy, sin embargo, fueron tales que Kraken despertó por voluntad propia en el momento en que St. Ives le despojaba de su calzado. Animado por otro sorbo del elixir, consiguió agitar las manos en dirección a St. Ives y quitarse él mismo los zapatos. El resultado fue una pequeña mejora de su olor general, aunque se vio obligado a despojarse una tras otra del resto de sus ropas externas y a sufrir que el Capitán echara un cubo de agua sobre su cabeza mientras permanecía sentado en una bañera de hierro galvanizado. Envuelto finalmente en mantas, se mostró lo suficientemente recobrado como para unirse a la compañía. Sus ropas fueron enviadas fuera para ser quemadas.

—Y así —le contó al reunido grupo..., incluida Winnifred Keeble, que había bajado la escalera en busca de noticias de su hija—, conseguí salirme al fin. Fueron

los ghouls los que me arrastraron fuera, eso es lo que creo..., en estado de shock, supongo que lo llaman. Si uno no lo han sufrido nunca, entonces una visión como aquélla seguro que lo sume en él. Si uno ya está sufriendo de algún tipo de fiebre cerebral, entonces la visión particular de todos aquellos muertos tiene el efecto opuesto. Entonces es una cura.

»Estudié todo eso por mí mismo cuando salí del George & Pigmy, allá en Soho. Había estado gritando, me dijeron, cerca de hombres muertos reclinados contra las paredes, cuando fui golpeado en la nuca por una jarra de cerveza que cayó de un estante. Fue como si despertara..., como si no hubiera estado en mis cabales desde que fuera golpeado en la cabeza hace una semana, una especie de bruma, ya saben. Así que fui y cogí la caja del Capitán... No me pregunten por qué. No lo sé. He pasado un auténtico infierno, caballeros, pero ahora he vuelto. El golpe en la cabeza en el Pigmy, encima de todo lo de los cadáveres, fue como una bebida estimulante. “Déjenme salir”, dije. “¡Muéstrenme el camino!” Y salí, tieso como un palo, y no me detuve hasta que estuve en Wardour Street..., usted ya conoce la casa, señor.

Y con eso hizo un gesto con la cabeza hacia St. Ives, el cual, por supuesto, conocía la casa. Intentaron despertar a Keeble, que roncaba en su silla, abstraído del oportuno regreso de Kraken. Dormía tan profundamente, sin embargo, que sus esfuerzos fueron en vano. Kraken se hallaba en un estado, pensó St. Ives, que lo hacía parecer mucho más al antiguo Kraken que al cansado y arisco Kraken que había entrado y salido de la habitación delantera de la tienda del capitán Powers el jueves pasado. St. Ives escuchó asombrado el extraño relato de Kraken..., cómo, cuando se agazapó en el pasadizo del laboratorio de Narbondo, había oído el intercambio de palabras entre Pule y Shiloh, Pule ofreciendo entregarle su caja de Keeble si el viejo evangelista le encarrilaba en el asunto de Dorothy Keeble..., usaba su influencia para conseguirle a Pule una entrevista con ella, por así decir, en la casa de Drake en Wardour Street. El viejo había echado sapos y culebras acerca de pecado y condenación. Luego habían sonado unos disparos, y Shiloh había dicho que simplemente tomaría la caja, gracias. Entonces Kraken se había alejado, hacia las profundidades del pasadizo, donde había un número abrumador de hombres muertos, con polvo de la tumba aún en su pelo, y todos ellos agitándose a la luz de las velas y alzándose y echando a andar hacia él hasta que él simplemente se volvió loco y...

—Y espere un minuto —exclamó St. Ives, con el ceño fruncido—. ¿Los cadáveres estaban simplemente tendidos hasta que usted llegó?

—Eso es, gobernador. Muertos como arenques, y luego todos ellos se pusieron en pie como si hubieran oído la última trompeta. Que me maldiga si no lo hicieron.

—Y este asunto del esqueleto danzante —preguntó St. Ives—, y el concierto de piano, y los huesos de pollo o lo que fuera que echaron...

—¿Cómo sabe usted todo esto? —preguntó Kraken, desconcertado.

St. Ives se limitó a hacer un gesto con la cabeza hacia Godall, como para indicar que había poco o nada que el hombre no supiera.

—¿Dónde estaba ésta caja cuando se produjo todo eso?

—Encima del piano —indicó Kraken—. Intenté cogerla, pero el jorobado casi me mató con una pala.

—¡Por Jesucristo! —susurró St. Ives, golpeando la mesa que tenía delante con un puño—. ¿Y si..., y si...? ¡Despierten a Keeble! ¡Ahora mismo!

Despertar al juguetero necesitó todo un minuto, ya fuera debido a que estaba enormemente fatigado, o a que la misma chispa de la vida dentro de él había empezado a desvanecerse, pero a su debido tiempo estaba consciente y escuchaba a St. Ives. Sí, dijo, la caja de la esmeralda y la del homúnculo eran idénticas, más allá de las excentricidades de tallas y pinturas que adornaban ese tipo de artesanía. ¿Era posible que Nell Owlesby, en su agitado estado, las hubiera mezclado? Por supuesto que era posible. Nell fue llamada. Ella admitió que era posible el error. Birdlip, dijo, podía tener efectivamente la esmeralda. Hizo una pausa, con el ceño fruncido.

—Les ruego —dijo, mirando particularmente al capitán Powers— que no me consideren loca por preguntar esto. Pero ¿puede el hombrecillo hablar?

—Por los codos —dijo St. Ives inmediatamente—. Según el manuscrito de su hermano, raras veces estaba silencioso..., lanzaba su arenga día y noche, algo absolutamente abrumador, en un número infinito de lenguajes, no todos ellos de origen terrestre.

Nell asintió.

—Nunca leí sus papeles —dijo simplemente, dando por sentado que su razonamiento tenía que ser evidente—. Sólo lo he preguntado porque en Jamaica tuve la certeza de que la esmeralda me hablaba..., de hecho, temí que me estaba volviendo loca. Estaba febril. Había ocultado la caja en una mesilla al lado de mi cama. Y, por las noches, despertaba bañada en sudor, temblando, segura de que una voz había brotado de la caja en la oscuridad y había pronunciado el nombre del falso profeta con el que ahora estamos tan familiarizados. Busqué a ese hombre, le revelé que había oído su nombre en sueños, y me temo que se lo confesé todo, yendo hasta tan lejos como a decirle que el homúnculo, una criatura en la que demostró un inusitado interés, estaba con el doctor Birdlip. No le había dicho nada de esto a nadie excepto al capitán Powers. Forma parte de esos vergonzosos y terribles primeros años. Y me temo, querido amigo —dijo, dirigiéndose particularmente al Capitán—, que omití cualquier referencia al hecho de que la caja hubiera hablado. Tenía la impresión de que todo eso no era más que producto de la fiebre.

Kraken permaneció sentado con rostro pétreo durante toda la parrafada de Nell, pero finalmente no pudo seguir dominándose.

—Si me permite decirlo su señoría —indicó a St. Ives—, yo también he oído la

maldita cosa hablar. Que me condene si no es así. El último jueves por la noche fue. El Señor sabe lo que dijo, enterrada allá en el suelo mientras ustedes caballeros estaban hablando en la habitación contigua. Sí, señor, la oí hablar, y todavía no había sufrido todos esos horrores.

—Más bien creo, caballeros —dijo St. Ives— que esto arroja una nueva luz sobre esta página del asunto. Nos hallamos en un apuro menos peligroso del que creíamos, excepto, por supuesto, el problema de Dorothy. La caja, entonces..., ¿qué hizo usted con ella?

—Bien, señor —dijo Kraken, mirando al fondo de su copa de brandy vacía—. Cuando salí del George and Pigmy me fui directamente a Wardour Street, dispuesto a cumplir con mi parte. Pude ver, allá en la casa de Narbondo, que ustedes, caballeros, no tenían lo que ellas llamarían la ventaja.

—Vaya directo al grano —interrumpió Godall, y le sirvió a Kraken una generosa ración de espirituoso.

—Gracias, señor, sí, claro. Así que yo... Bien, señor... En pocas palabras, no tengo la caja. La tenía, por supuesto, que ahora ya no la tengo.

—¿Dónde está, hombre? —exclamó St. Ives.

—Billy Deener, el del sombrero en tubo de chimenea, la tiene. Al menos la tenía. Es un hombre asesino, villano, se lo aseguro. Si hubiera sido listo y rápido, se la hubiera dejado a un amigo mío en Farthing Alley; pero no fui listó y rápido. Fui desacostumbradamente torpe a causa de todo lo que me había ocurrido..., ahora puedo ver claramente, ¿saben?, pero en aquellos momentos no podía ver nada claro.

»Bien, el tipo con el sombrero en tubo de chimenea me siguió. Yo lo había visto antes. Y, discúlpenme, señorías, pero no tengo ningún interés en verlo de nuevo. Así que cuando se me acercó con aquella pistola suya, bueno, le di la caja y eché a correr, suponiendo en mi apresuramiento, ¿saben?, que iba a dejarme marchar y desaparecería con su botín. Y eso es lo que hizo, enrojeczo al decirlo. Pero podemos recuperarla, y a la muchacha con ella, si me dan la oportunidad de seguir hablando.

Y, con esto, inhaló profundamente y vació de nuevo su copa, confiando en el elemento suspense para mantener a los demás escuchando.

—¡Siga! —exclamó el Capitán—. ¿Cómo, muchacho? ¡Adelante, por el amor de Dios! No nos deje secos ahora.

—Yo sí estoy seco —murmuró Kraken, y cogió la botella que tenía a mano y se sirvió de nuevo. St. Ives se echó también un dedo en su copa, observando al mismo tiempo que era pasado mediodía. Se aproximaba mucho a la verdad decir que se hallaban en el centro mismo de un largo y maldito día, un día al que le faltaba aún mucho antes de que acabara de desarrollarse por completo.

Kraken prosiguió:

—Las cloacas, eso es lo que me dije. Trabajé para Drake, ustedes ya lo saben. Lo

que hacía para él no me atrevo a decirlo. Ahora no constituye ninguna diferencia, de todos modos. Después del último año con el pobre maestro, los pequeños trabajos de Drake parecen más bien gentiles. Utilizábamos las cloacas, eso es lo que hacíamos, para las operaciones más delicadas..., y no pocas de ellas lo eran, cuando uno se mete en ese tipo de trabajo.

Mientras decía eso, Kraken pareció ver por primera vez el instrumento que estaba al lado de la silla de Keeble, caído de las manos del juguetero cuando éste se había dormido.

—Santa Madre de Dios —murmuró Kraken; y se puso pálido—. ¿De dónde ha aparecido este artefacto infernal?

—Drake —dijo simplemente Godall, arrojando una manta sobre la cosa.

Kraken agitó lentamente la cabeza y dio un consciente sorbo de brandy, rebajado ahora con agua.

—Si vieran ustedes lo que se hizo a sí mismo lord Bingley con un artículo idéntico a éste en Wardour Street... —Kraken hizo una pausa en sus estremecimientos y cerró los ojos, intentando, quizá, arrojar de su memoria el trágico fin de lord Bingley. No habló durante treinta segundos.

—¿Lord Bingley? —preguntó St. Ives, ejerciendo su curiosidad científica.

Godall agitó la cabeza hacia St. Ives y se pasó un dedo por sus apretados labios, como dando a entender que el asunto de lord Bingley no debía ser sacado a la luz..., que algunos de los arcanos de la humanidad, una vez iluminados, se volvían más tenebrosos aún por la luz arrojada sobre ellos.

Kraken, de todos modos, pareció no oír la pregunta de St. Ives, sino que reanudó su historia:

—Corté camino por la cloaca de Stilton Lane y me metí dentro por la trampilla, limpio como un bebé, hablando figuradamente, por supuesto. Ya han visto ustedes lo que hacen las cloacas a las botas de un hombre. Y no tuve visiones. —Kraken hizo una pausa y miró atentamente al dormido Keeble—. Dorothy Keeble está segura, puedo afirmárselo de nuevo, aunque lo que hace que esté segura no es lo que ningún hombre pudiera decidir. Tiene fiebre, o algo así, y Drake no deja que nadie se le acerque, excepto por supuesto el doctor. —Con esta última afirmación, Kraken hizo girar los ojos hacia los hombres a su alrededor, para hacerles saber con ello, quizá, qué doctor era el que se ocupaba de Dorothy.

—¡El sucio granuja! —exclamó el Capitán, poniéndose en pie como si tuviera intención de moler a palos al jorobado, allí y ahora.

Kraken alzó una mano.

—No es como piensan, caballeros. Drake no lo consentiría, por razones propias, si me siguen. Lo que pretende es librarla de la fiebre, o eso parece. Está en una habitación secreta encima del segundo piso. Pule llegó casi inmediatamente después

de que yo me deslizará dentro de la casa sin ser visto. Estaba furioso con la chica. Iba envuelto en una especie de pegajosa cataplasma, también. Otra de sus «curas», como la llamó aquella otra noche, cuando él y el jorobado estaban intentando arrancarme el asunto de los papeles del maestro. De todos modos, ahí estaba Pule, oliendo celestialmente a productos químicos y con las manos pintadas de verde. No espero volver a ver nunca una cosa así. Bueno, lo sacaron fuera..., a empujones. Juró que mataría a Narbondo. Luego juró que mataría a Drake. Luego juró que mataría a toda la bendita ciudad. Luego le mostraron la calle. Narbondo se marchó directamente, preocupado, si me lo preguntan, caballeros, de que Pule pudiera causar problemas en Pratlow. Pero pocos problemas podía causar ya, aparte los que ya había causado la última noche. El doctor había ido a echar un vistazo, si puedo decírselo.

Kraken sonrió ante aquello, imaginando la reacción de Narbondo al ser testigo de la carnicería en el laboratorio de Pratiow Street, con Scotland Yard, quizá, aguardándole en la escalera, la caja de Keeble desaparecida..., Narbondo descubriendo que, mientras él retozaba en la casa de Drake, sus mejores planes se estaban yendo al garete.

St. Ives clavó su puño en su palma abierta y saltó en pie.

—¡Entonces, es a través de las cloacas! —exclamó—. Puede que todavía consigamos algo. Han tenido ventaja sobre nosotros desde que empezó todo este asunto. Ahora le daremos la vuelta.

—Espere un momento —dijo Kraken, sonriendo apenas un poquito—. Todavía hay más.

St. Ives le miró fijamente.

—¿Qué hay más?

—Su vehículo, profesor, está allí.

St. Ives se mostró desconcertado.

—Mi vehículo espacial está en Harrogate, a buen recaudo.

—El que ha venido usted a buscar a la ciudad, quiero decir.

—¡La nave alienígena!

—Ajá, ésa. Pulida como un espejo, mirando a la cúpula de St. Paul, como si ambas fueran primas.

St. Ives se sintió abrumado. Aquello era realmente una noticia. ¿Era posible que dentro de la casa de Wardour Street se hallara el acumulativo final de su búsqueda? ¿Que pudieran entrar allí, pistolas en mano, y en unos minutos anular semanas enteras de derrotas? Bueno, por Dios que lo intentarían. St. Ives dio una palmada contra el brazo del sillón como signo de determinación.

—El informe de Swansea pronostica el dirigible para media tarde. ¿Cuánto tiempo necesitará para llegar a Londres?

Kraken estornudó voluminosamente, despertando de nuevo a Keeble. Le

formularon a ése la pregunta.

—Unas horas, supongo —dijo—. No muchas. Esta tarde, seguro.

—¿Podemos suponer, entonces, que la cuarta caja estará a bordo?

Keeble asintió. Por supuesto, podían ser engañados de nuevo, pero había muchas posibilidades de que, cuando el ubicuo doctor Birdlip apareciera en el cielo sobre sus cabezas, llevara consigo la herencia de Jack Owlesby.

—Tendremos que estar a mano, por supuesto —dijo Godall.

St. Ives asintió. No podía negar aquello. Era la esmeralda de Jack, después de todo. A menos que la recuperaran en los primeros momentos, lo más probable era que la perdieran. Nunca podrían arrancársela a las autoridades..., eso era seguro, no sin comprometer a Nell.

—Somos media docena —dijo Godall—. Nos dividiremos en grupos. Pero el riesgo es mucho..., tenemos mucho terreno que cubrir.

Godall fue interrumpido por un sonido en la escalera. Allá estaba Jack Owlesby, de pie, apoyándose en la barandilla.

—¡Jack! —exclamó el Capitán, acercándosele cojeando y ofreciéndole el brazo al muchacho.

—Esta tarde —dijo Jack, sonriendo y avanzando, animosa aunque lentamente, por la habitación. Aceptó el brazo del Capitán hasta llegar al sofá, donde se sentó desmañadamente, haciendo una pequeña mueca. Nell Owlesby y Winnifred Keeble le siguieron.

—Iré con ustedes a lo de Drake —dijo Jack.

Hubo un silencio general en la habitación. Era un ofrecimiento heroico, bajo las circunstancias, pero por supuesto estaba fuera de cuestión. Nadie, sin embargo, deseaba negarle a Jack su parte.

El capitán Powers, que se había sentado hacía un momento, atacó su pipa con exagerado cuidado y se puso en pie una vez más.

—Veamos —dijo, contemplando por turno a todos los demás—. En mi tiempo navegué un poco..., cuarenta años, en realidad, y di órdenes a quién sabe cuánta gente, desde el estrecho de Magallanes hasta el mar de la China. Entonces me parecía algo natural. Teníamos demasiados oficiales y no las bastantes manos, y eso es precisamente lo que hemos tenido aquí durante las últimas semanas, y yo me siento más culpable de ello que el resto de ustedes.

La protesta de St. Ives ante su última afirmación fue cortada en seco.

—Escúcheme —dijo el Capitán, apuntando con el tubo de la pipa en dirección al científico—. No se esfuerce, amigo. Soy un hombre viejo, pero sé de lo que hablo. El tiempo se está acabando. Ese dirigible tiene que ser interceptado, como dicen. Y el doctor jorobado..., nos ocuparemos directamente de él. Esta noche habrá medio Londres en Hampstead Heath, que me aspen si no es así, y no quiero tener más

problemas que los que no podamos evitar, si entienden lo que quiero decir. Arreglaremos las cosas con el doctor ahora, ésa es mi opinión. Lo ataremos rápidamente de manos y pies y lo meteremos en ese armario suyo. Podemos volver a sacarlo dentro de una semana o así, si nos acordamos de ello. Así que eso es lo que propongo, amigos:

»Soy el maldito Capitán aquí, así que digo que se pongan todos en movimiento, y acudiremos todos al Heath cuando el sol se ponga, porque es allí donde necesitaremos a todos los que podamos reunir y más aún. Por ahora, profesor, usted y Keeble irán hasta la casa de Drake por las cloacas. Les proporcionaré dos pares de botas de caucho para el camino.

St. Ives miró a Keeble. ¿Sería capaz de hacerlo? Resultaba claro que había que darle la oportunidad. Keeble pareció hacer un visible esfuerzo por recomponerse, para fortalecer sus flácidos miembros y dar algo de color a su rostro. Tomó sus gafas, se lo pensó mejor, y volvió a dejarlas sobre la mesa con un golpe seco.

—Yo iré con ellos —dijo Jack firmemente.

—Usted irá *conmigo* —exclamó el Capitán, sacando bocanadas de su pipa como si fuera una máquina de vapor.

—Yo... —empezó a decir Jack.

—¡Ya basta! ¡Usted acatará las órdenes, o por los cielos que se quedará en casa y limpiará la suciedad de las botas de Kraken! Usted y Nell, como estaba diciendo, se deslizarán hasta Wardour Street con un carro. Estaremos preparados para salir pitando cuando el profesor y Keeble salgan con la chica. Ya tendrán suficiente acción cuando los vean salir, muchacho. ¿Sabe disparar una pistola?

Jack asintió en silencio.

—Una cosa —interrumpió St. Ives. Meditó por unos instantes, el rostro brillante, los ojos iluminados—. En el caso —dijo— de que yo no salga, por la puerta, quiero decir..., búsqüenme en el cielo. Tengo intención de sacar la astronave de casa de Drake tan pronto como hayamos puesto a Dorothy a salvo. Estén preparados, pues, para ir hacia Hamstead sin mí.

El Capitán se encogió de hombros. Aquello era asunto de St. Ives. Ciertamente, no había forma de volver a por la nave, no después de la confrontación que indudablemente se produciría aquella tarde.

—No crea que no vamos a dejarle, amigo. En absoluto. Mi intención es estar a mano cuando Birdlip se pose. La esmeralda ha estado en mis manos todos estos largos años, si me sigue, ya sea en mi baúl o a bordo de ese dirigible. Sí, señor, astronave o no, me encaminaré a Hamstead apenas vea el negro pelo de esa muchacha.

St. Ives asintió.

—Y ustedes dos —dijo, señalando con la cabeza primero a Hasbro y luego a

Kraken— se encargarán de ese doctor, como ya he dicho.

Kraken rió quedamente y se frotó las manos.

—Encantado —dijo.

Hasbro fue más elocuente.

—Puesto que estos rufianes —dijo el estirado caballero de caballeros— asaltaron la propiedad e hicieron pedazos el rostro del pobre Kepler, no deseo más que tener unas palabras con el buen doctor, unas palabras un tanto fuertes, quizá.

—Sí —exclamó Kraken, saltando en pie y lanzando puñetazos al aire como si estuviera poblado de fantasmas, luego volviendo a sentarse rápidamente cuando recordó que no llevaba pantalones—. Unas palabras realmente fuertes —dijo, frunciendo los ojos.

—Ése es el espíritu —admitió el Capitán—. No lo olvidemos.

—No nosotros, señor —replicó Hasbro, asintiendo obediente—. ¿He de entender, entonces, que el señor Kraken y yo tenemos que reunirnos con ustedes en Hampstead?

El Capitán asintió vigorosamente.

—Eso es. Y les recuerdo que es el dirigible lo que queremos. Eso no es ningún asunto social. Lo primero que hay que hacer es agarrar la caja. No nos mostremos tímidos. No aguardemos a los demás. Dios sabe quién de nosotros llegará primero.

—Bueno, no voy a ser yo —dijo Winnifred Keeble, frunciendo el ceño al Capitán—. Al parecer, yo debo quedarme en casa, ¿no? Bueno, pues no, y usted, señor, puede digerir eso como quiera. Yo me ocuparé de Dorothy.

—Como usted diga, madam —respondió humildemente el Capitán—. Cuantas más manos tengamos, mejor será cuando las cosas se pongan borrascosas.

—Y yo, caballeros —dijo Godall, levantándose y tomando su bastón—, tengo intención de ocuparme de nuestro evangelista. Él está en posesión, si no me equivoco, de una de las cajas. ¿Cuál puede ser?

St. Ives miró a Hasbro en busca de ayuda.

—Puede que se trate de la caja del aireador, señor, si recuerdo correctamente, que estaba en posesión de Pule cuando saltó del tren. Y tiene que haber también dos de las cajas en Drake, señor, si me permite recordarlo: la ocupada por el hombrecillo, y la que tiene el caimán..., ambas, creo entender, de un cierto valor para nosotros.

—Exactamente —dijo St. Ives, ansioso por partir—. ¿Qué nos detiene, entonces?

El Capitán golpeó las cenizas de su pipa contra un cenicero de cristal. Sopló en ella, la guardó en el bolsillo de su chaqueta y se puso en pie.

—Ninguna maldita cosa nos detiene —dijo.

La huida de Narbondo

A Willis Pule le quedaba muy poca presencia de ánimo. Ultraje tras ultraje se habían ido acumulando sobre él. Y, ahora, este último asunto en la casa de Drake... Caminó por callejones secundarios y desvíos apartados, alejándose de la gente de Londres; haciendo una mueca a cada paso ante la sacudida de dolor del baño químico que hacía arder su cara debajo del pegajoso emplasto. Había bastantes posibilidades de que la mezcla simplemente estallara, reduciendo su cabeza a añicos. Bien, que así fuera. Sonrió ante el pensamiento de presentarse ante sus enemigos reunidos y, en medio de un espléndido discurso, detonar; como si su cabeza fuera una bomba. Sería un espléndido efecto, desde todos los ángulos. Rió francamente. No había perdido su sentido del humor, ¿verdad? Era un signo de que prevalecería. Era un hombre que podía mantener la cabeza, pensó, mientras que todos los demás..., no, eso no funcionaría. Rió quedamente a través de sus vendajes, pensando en ello, incapaz de parar de reír. Finalmente estaba ululando y dando vueltas sobre sí mismo, como presa de una ebria pasión, riéndose como un poseso de los ocasionales vagabundos que se cruzaban con él, enviando a la gente a desaparecer por los portales abiertos.

Un kilómetro de gritos y risas, sin embargo, acabaron con sus fuerzas, y se hundió en una profunda desesperación, y sus intermitentes risitas se convirtieron en sollozos hasta que, derrotado, sin hogar, y corroído por los agentes químicos activos, entró tambaleándose en la oscura taberna hacia la que se dirigía.

Unos pocos clientes, ariscos y de miradas evasivas, bebían en largas mesas, con el aspecto de estar preparados para levantarse y huir en cualquier momento ante la menor provocación. Pule era suficiente provocación como para causar que tres de ellos, sin ninguna relación entre sí, dejaran sus vasos y empezaran a levantarse, pero al ver que se dirigía evidentemente hacia la puerta cubierta con una cortina que comunicaba con una habitación trasera, volvieron a deslizarse a sus bancos y simplemente se quedaron contemplándole con hostilidad.

En aquel momento la cabeza de un muchacho vendedor de periódicos se asomó por la abierta puerta de la calle, gritando incoherentemente los últimos horrores que llenaban las primeras páginas del *Times* y del *Morning Herald*.

—¡Cadáveres! —aulló—. ¡Vivisecciones en Soho!

Pule se deslizó por la cortina, pensando sombríamente en cadáveres y vivisecciones. Si eran cadáveres lo que el público buscaba, entonces por Dios que iban a tener cadáveres. Descendió unas anchas y empinadas escaleras hasta una tienda por debajo del nivel de la calle, iluminada solamente por la luz del sol que penetraba por las altas ventanas que rodeaban su perímetro. Un hombre enorme con una barba como la de un asesino nórdico golpeaba con un martillo lo que parecía una

tripa para salchichas de hierro. Relojes desmantelados llenaban el banco a su alrededor. En su rostro había una tal expresión de odio y cínico desprecio hacia el mundo en general, que lo hacía fácilmente reconocible como un revolucionario sin ninguna filosofía fija más allá de las explosiones. Construía, sin embargo, lo que Pule buscaba..., una bomba de dinamita, del tipo esférico, hecha de hierro y con una mecha corta. Una «tira-y-corre», como la llamaban los proveedores de tales cosas. Pasaron menos de diez minutos antes de que Pule saliera de nuevo, con una caja bajo el brazo, y él y su dispositivo se encaminaron hacia Pratlow Street, donde, si tenía suerte, encontraría a Narbondo entre sus instrumentos.

Pule contemplaba el pavimento mientras caminaba, las aletas de su nariz temblorosas, los ojos entrecerrados, contando uno a uno los abusos que había sufrido en los meses desde que había conocido a Narbondo, hirviendo por dentro ante el fracaso de los bien trazados planes que había llevado a Londres. Sin embargo, pensó, esta vez no sería descuidado. Tenía que vengarse de todos ellos..., no había nadie que no entrara en su ira. Primero se encargaría de Narbondo, y de Drake si podía. Y, si no estaban allí, entonces lo encontrarían a mano cuando el precioso dirigible aterrizara, y él los tendría allí, ¿no? De alguna forma, la preparación química se estaba evaporando bajo los vendajes, y los humos que ascendían hacían que le picaran los ojos, generando un firme fluir de lágrimas. Se secó el rostro. Los vendajes estaban sueltos, se iban soltando a medida que andaba.

Otro chico vendedor de periódicos pasó por su lado, cantando las noticias. Raras veces había habido tantas. Los titulares estaban llenos de ellas.

—¡El dirigible va a aterrizar! —gritaba el muchacho, agitando un periódico como si fuera una bandera—. ¡Dentro está el hombre de Marte! ¡Amenaza alienígena! ¡Harmadegón!

Eh, ¿qué es eso?, pensó Pule. En un momento era propietario de un periódico, cuya primera página estaba dividida a partes iguales entre la historia de los cadáveres de Pratlow Street y la historia de la aproximación del dirigible, esta última repleta con predicciones de la propia Real Academia acerca de que el dirigible se posaría en Hamstead. El ministro de una popular secta religiosa insistía en que a bordo del dirigible volaba una criatura alienígena que «desencadenaría el Armagedón».

Había una cierta confusión acerca de si las dos historias —los ghouls y el dirigible— estaban o no conectadas de algún modo, si los ghouls no serían quizás, en cierto modo particularmente opaco, alienígenas también. O, era igualmente probable, si los ghouls no serían los primeros de los millones de lo que Cicerón había llamado la mayoría silenciosa en alzarse corporeamente de su descanso eterno en la tierra y sacudirse sus sudarios. Eso decía el hombre llamado Shiloh, la figura autoproclamada mesiánica que tan familiar se había hecho últimamente por las calles de Londres, y conectada con las recientes reuniones en Hyde Park. Por qué la recientemente

extasiada multitud había elegido bajar hasta Pratlow Street y agruparse en las aceras no quedaba en absoluto claro.

Pule leyó mientras caminaba, prestando menos atención a la dirección de sus pasos, quizá, de lo que hubiera sido prudente dadas las circunstancias. Sus vendajes estaban en pleno amotinamiento, su rostro medio expuesto, cuando entró a la luz del sol de Charing Cross Road. Olvidó los más seguros rodeos y callejones en interés del periódico. De hecho, la mitad de la calle parecía tener el mismo interés, puesto que los periódicos, resultaba claro, se habían agotado. Muchos leían por encima de los hombros de los demás. Había un enorme grupo de hombres y mujeres en el centro de la calle, tan sumidos en la lectura comunitaria de un periódico que estuvieron a punto de ser arrollados por un cabriolé, cuyo conductor agarraba también en una mano un aleteante periódico.

La gente mostraba una expresión claramente horrorizada en su rostro colectivo, puesto que las noticias de alienígenas y cadáveres vivientes eran al parecer el tipo de mal viento que no presagiaba nada bueno. Pule, sollozando en mitad de un rostro verde y maloliente, goteando pegajosos emplastos desvendados, y caminando abstraído en medio de una tal asamblea de miedo y suspicacia, tuvo un efecto predecible. Una mujer chilló y señaló. Otras se le unieron. La gente se volvió y miró a Pule, que por un momento no se dio cuenta de lo que ocurría a su alrededor, con ojos y bocas muy abiertos. Al alzar la vista, sin embargo, vio de inmediato que había sido confundido con algo horrible. Por eso, nadie reaccionó de inmediato, ni Pule ni la horrorizada gente, que retrocedió, chillando y señalando. ¿Podía ser esto quizás el alienígena? ¿Un ghoul? ¿Ambas cosas? ¿Quién podía decirlo? Evidentemente, era algo innatural.

—¡Se escapa! —chilló un hombre con un chaleco varias tallas demasiado pequeño para él. Y su grito levantó ecos en toda la calle. La huida de Pule parecía ser una clara prueba de que era, de algún modo, lo que todos ellos habían pensado que era.

Pule corrió desesperadamente, librándose del periódico y de los vendajes. Si hubiera podido arrojar la bomba entre ellos, silenciando a la mayor parte y dando a los demás algo sustancial por lo que gritar, lo hubiera hecho sin pensar. Pero estarían sobre él antes de que pudiera actuar, y se hubiera visto privado del placer de emplear el artilugio con Narbondo. Los gritos, finalmente, fueron desvaneciéndose; nadie en la calle se sentía demasiado entusiasmado en iniciar una persecución. Para ellos era suficiente, quizás, el haber formado parte de los extraños acontecimientos del día.

Podía ver muy claramente lo que tenía que hacer. Era un asunto simple: deslizarse en el pasadizo a través del armario de abajo, subir por la escalerilla hasta el laboratorio, correr el panel y, sin una palabra, arrojar la bomba con la mecha encendida en la habitación. Pule rezó para que Narbondo estuviera allí. Valdría casi la

pena la extinción con tal de quedarse y susurrarle algo al jorobado justo en el momento en que la bomba detonara, para ver la expresión de futilidad y miedo bañar su rostro, observarle quizá lanzarse hacia el artilugio, sólo para ser reducido a pedazos, llorando y gritando piedad. Pule sonrió ante el pensamiento. Casi valía la pena, excepto que Narbondo era sólo una de la decena de personas que requerían urgentemente que se ocupara de ellas. Y estaba, por supuesto, el asunto de Dorothy Keeble. No quería verse enteramente privado de su compañía. Así que tenía que contenerse. Giró Pratlow abajo, manteniéndose junto a las maltratadas fachadas a fin de que un ansioso Narbondo no pudiera verle a través de la ventana. Se deslizó por la puerta de la calle hasta el arranque de la escalera, se metió en el armario, y apretó la esquina del panel tras el cual estaba oculto el resorte de cierre.

Era improbable que alguna vez antes hubiera habido tanta gente en Regent's Park. Un constante flujo de personas avanzaba desde ambos lados del paseo y subía por Seven Sister's Road. Entre los ríos humanos traqueteaban no pocos carros y cabriolés y simones y todo tipo de carruajes, resonando y bamboleándose en los baches y roderas, con sus conductores maldiciendo las masas de gente que parecían confluír en el centro de la calzada, congestionando el tráfico. Carros llenos de gente avanzaban a paso de tortuga, luego se detenían por espacio de media docena de minutos, después reanudaban lentamente el paso, sólo para detenerse casi inmediatamente para no arrollar a tres docenas de transeúntes que, a causa de un charco de lodo quizá, se habían metido de nuevo en el centro de la calzada, sin hacer caso de los vehículos que intentaban avanzar. Si medio Londres no *está* en la marcha, pensó Theophilus Godall mientras tendía un folleto a un hombre delgado con *pince nez*, entonces soy un cadáver. Ciertamente, hacía todo lo posible por parecer uno..., con un traje apresuradamente puesto, comprado en Houndsditch por un chelín.

Había tenido que hacer poco para autenticarlo; estaba casi lo bastante sucio como para ser suficiente. Unos cuantos desgarrones, una danza enérgicamente ejecutada sobre el montón de ropas puesto en medio de la calle, unas cuantas manchas de lodo..., y ya tenía el atuendo perfecto. Una falsa cicatriz que corría desde el centro de su frente y por debajo de su ojo derecho hacía plausible que hubiera tenido una vida dura y azarosa, que lo identificaba quizá, cuando era cotejada con el en su tiempo ostentoso traje, como un jugador reformado u otro tipo de libertino.

Al principio supuso que sus compañeros ghouls no hablaban en absoluto, pero ése no parecía ser el caso. Aquéllos que tenían un aspecto comparativamente fresco, los que, quizá, habían yacido en la tumba solamente uno o dos días antes de ser liberados, podían pronunciar algunas sílabas a través de sus oxidadas cuerdas vocales. No había en ellos, sin embargo, ninguna elasticidad, y el croar de los ghouls era, como la producción de cualquier sonido innatural, difícil de imitar por un hombre

sano. Godall hacía todo lo que podía, permaneciendo mudo la mayor parte del tiempo.

El evangelista estaba inflamado con su habitual falso espíritu, prendido en los bramidos del inminente apocalipsis. Parte de él rechinaba los dientes y maldecía la pérdida de la caja con el homúnculo...; si era eso lo que contenía. Que había otra caja de inestimable valor a bordo del dirigible era seguro. Y tenía el maravilloso dispositivo de Pule, cuyo uso, media hora antes, había traído consigo casi un milagro, y un milagro muy útil por cierto. Se había visto imbuido con los poderes de la fertilidad, con el espíritu del Jardín, incluso hasta el punto de que su rostro había adquirido una misteriosa tonalidad verde pálido, como si fuera la encarnación, quizá, de una deidad vegetal. Se había convertido en una ilustración andante de la paradoja del renacimiento..., con las arrugas de la edad dejando paso al florecimiento de una nueva primavera, con la edad del plomo extinguiéndose al tiempo que la edad del oro resurgía en pleno rebrotar. Y había hablado con una curiosa voz chillona y pajaril..., que al principio le había asustado, no tenía por qué negarlo.

Pero ser un vehículo de un cambio tan cataclísmico no era, por supuesto, un asunto fácil, y nunca lo había sido. El poder que había asumido el control de su laringe era muy claramente el espíritu de su difunta madre, flotando en el éter de Londres como una paloma a la espera. Podía recordar el timbre particular de su voz, susurrando a través de las polvorientas salas de su memoria. Cuando había accionado la manivela del dispositivo y había recibido el chorro del curioso polvo verde, había sido atrapado por el espíritu de ella; había hablado por el espacio de un largo momento con la dulce voz de su madre. Se había sentido abrumado, desconcertado. Incluso había dudado. Pero las dudas estaban por todas partes; sabía eso. La carne era débil, vilmente débil. Tenía que ser saciada a menudo. Dale alguna bagatela inofensiva para aplacarla, y haciendo eso relájala a fin de que el espíritu pueda ocuparse de sus asuntos.

—Dejemos que la obscenidad siga siendo la obscenidad —dijo, medio en voz alta.

Su mente vagó, de la curiosa caja a las multitudes que se congregaban detrás y a su alrededor, y a una joven dama con un vestido de muselina..., una de sus particulares favoritas entre los conversos vivos. Le recordaba a Dorothy Keeble, prisionera en el establecimiento de Drake. Frunció ligeramente los ojos, como si reduciendo la escena a su alrededor pudiera conseguir una imagen más inmediatamente agradable de ella.

Su rostro se frunció hasta adquirir un aspecto idiota, un facsímil de una sonrisa. Sus manos se agitaron, y se vio dominado por la inmediatez de su inexhausta pasión. Su pecho vibró mientras luchaba por recuperar el aliento. Buscó disimuladamente en su capa y sacó un frasco de medicina —ginebra y láudano—, dos maravillas que,

combinadas, tenían un claro efecto calmante. Se estremeció y miró a su alrededor, preguntándose si, quizá, no debiera accionar el dispositivo y tratar a la audiencia cautiva a su alrededor, realizando así el primero de la bienhechora colección de milagros de la velada. Delante de él, sonriendo benignamente, había una de las animaciones de Narbondo, bendito fuera su revivido corazón. Su comparativamente poco corrompido aspecto sugería que no era uno de los mudos, uno de los recuperados después de mucho tiempo muertos.

—Puedo ver por el corte de tu traje que eres de procedencia gentil —dijo el evangelista, benévolo, al hombre que suponía que era un cadáver.

Godall siguió sonriéndole con la misma sonrisa vacía que residía en los rostros de los fieles, tanto vivos como muertos, que se mezclaban con la multitud. Decidió responder, puesto que tenía poco que perder, aunque fuera descubierto.

—Lo fui, maestro —dijo con voz espesa.

El evangelista le miró con la boca abierta, sorprendido. Era un ghoul realmente vivo. ¿Era posible un tal milagro? Por supuesto que sí. El final, después de todo, se acercaba. El mar cedería sus muertos, y a todos se les darían lenguas para que pudieran, como abogados, defender sus casos ante un tribunal santo. Se sintió inflamado por la idea.

—¡Hijo mío! —exclamó al rostro de Theophilus Godall. Y, con eso, empezó a farfullar, arrastrado por la visión de un Londres en marcha, apresurándose hacia no sabía qué—. ¡Quédate a mi lado, muchacho! ¡Serás llamado para testificar!

Con esa admonición, el viejo agarró la caja de Keeble —el aireador de St. Ives— y accionó la manivela, provocando una nube de vapores verdes que despertaron, como había esperado, torrentes de exclamaciones en la apretujada multitud. Un carro de fondo plano estaba inmóvil, abandonado, en la calzada frente a él, después de que su conductor se hubiera impacientado y hubiera seguido su camino hacia Hampstead Heath a pie.

—Arrodíllate, hijo mío—ordenó Shiloh. Godall se arrodilló. Shiloh colocó un pie sobre su espalda y subió al carro, agitando la caja del espíritu.

La multitud a su alrededor guardó silencio. Estaban todos tan apretados que la audiencia, por el momento al menos, se hallaba literalmente cautiva, y no había robles cerca, gracias al cielo, para proporcionar refugio a pecadores burlones. El evangelista dio a la caja otras vueltas de manivela, bañando su rostro con el polvo de la fecundidad.

—¡Oídmeme! —gritó, con una voz que recordaba extrañamente el croar de una rana. Hizo un enérgico gesto hacia un ayudante, que alzó por encima de su cabeza la caja de cristal donde descansaba el cráneo de Joanna Southcote. Los dientes parecieron agitarse y chasquear un instante, pero el efecto apenas fue perceptible. Era imposible decir si el resultado era cosa de una repentina animación de la cabeza o de la sacudida

que le había dado el ayudante.

Shiloh hizo girar la manivela, apuntando la canilla hacia el interior de su boca a fin de recibir todo el efecto de la emisión de gases santos. Se tambaleó bajo su poder justo en el momento en que el caballo frente al carro se agitaba.

—¡La hora —dijo con voz clara el viejo— ha llegado! Nos apresuramos hacia la puerta. Fuera están los perros y los hechiceros y los fornicadores y los asesinos y los idólatras... —y, a medio pronunciar la última palabra, los efectos de los gases disminuyeron y, con un estallido aterrador, la clara voz cedió, dejando paso al aflautado croar del viejo. Agitó de nuevo la manivela con pasión, inundándose con sus vapores, esparciendo el chorro verde sobre la multitud que le contemplaba inmóvil en silenciosa maravilla—. ¡Venid! —reanudó—. ¡Venid! —croó.

Godall se dio cuenta de pronto de que el viejo le estaba gritando en particular a él.

—¿Yo? —murmuró, alzando interrogadoramente la vista.

—¡Si, hijo mío! Ven a mi lado. ¡Sube a este carro!

Godall obedeció. La calzada se había despejado ante él, ya que parte de la multitud había seguido avanzando, agolpándose en la parte de atrás del carro para observar mejor al profeta en espera de más milagros. El ayudante depositó el cráneo en el piso del carro, apoyando el saco Gladstone de huesos a su lado. Godall saludó a la multitud, aprovechó que el otro estaba agachado para apoyar un pie contra la frente del anterior ayudante, y empujó al hombre a la calzada, fuera del carro.

—¡Hey! —exclamó el evangelista, al tiempo que se volvía sorprendido hacia Godall. Pero el tabaquista agarró las sueltas ropas del viejo y, de un tirón, lo arrojó de espaldas al piso del carro. De las desconcertadas masas brotaron gritos. Godall se volvió, agarró las riendas y fustigó a los ansiosos caballos. El carro dio un salto hacia delante. Un puñado de fieles corrió tras el carro como si pretendiera saltar a él, pero sus esfuerzos fueron en vano. Los caballos se alejaron calle arriba mientras Shiloh el evangelista, manoteando y chillando en el piso, se agarraba a los resonantes huesos al tiempo que el bamboleante cráneo de Joanna Southcote chasqueaba los dientes en su oído.

Godall avanzó a toda velocidad Camden Town Road arriba y giró por una estrecha y desierta calle hacia el comparativamente vacío campo, y durante diez minutos se alejó más y más de los alrededores de Hampstead Heath. Finalmente tiró de las riendas, detuvo los caballos entre las sombras de algunos árboles dispersos, y se volvió hacia el misionero, que intentaba ponerse en pie entre chillidos de miedo cuando vio la pistola en la mano de Godall. Frunció los ojos hacia el rostro de su captor, y lentamente el reconocimiento iluminó sus rasgos.

—¡Usted! —exclamó.

Godall asintió.

—Supongo que debería meterle una bala en el cuerpo, maldito perro loco...

—Por el contrario, señor —empezó a decir Shiloh, interrumpiéndole.

—¡Silencio! —exclamó Godall—. Como decía, debería hacerle ahora mismo un agujero en la frente con esta pistola antes que estrechar su mano. De hecho, me alegraría hacer lo primero, y jamás consideraría hacer lo segundo. Pero no me corresponde a mí juzgar a otro hombre...

—¡No se puede juzgar —gritó el evangelista, agitando ambas manos delante de su cabeza como si sufriera un ataque— si no se quiere ser juzgado!

Godall le miró fríamente.

—No me presione, villano, o se encontrará respirando por la parte de arriba del cráneo. Óigame atentamente. Y ahorre el aliento; tiene un buen camino ante sí, si quiere llevarse todos esos trastos consigo. Supongo que puede que esté loco, no veo razón para creer otra cosa, y un loco, aunque cometa acciones viles, difícilmente puede ser culpado enteramente por ellas. Además, la extensión de sus crímenes sólo puede ser medida por un examen de los daños hechos en la intoxicación de gente inocente con sus dudosas proclamas. Esa gente quizás hubiera caído presa de alguna otra persona si no lo hubiera hallado a usted a mano. Juzgar todo esto, por lo tanto, está más allá de mis poderes. Tendrá que constituir el desagradable deber de una autoridad superior.

»Pero escúcheme, señor. Tengo conocidos muy poderosos. Sus perversiones en la casa de Wardour Street no han dejado de ser percibidas, y las monedas que tan liberalmente difunde en su propio beneficio son transparentes, hablando figuradamente. Así que, si continúa practicando sus mezquinas artes públicamente, engañando a los inocentes de Londres, entonces, señor, será llamado por mí al orden, sin que importe la disparidad entre nuestras respectivas edades.

El evangelista permanecía rígido como un poste, el rostro púrpura, los ojos casi cerrados. Si hubiera sido una caja de sorpresas, la tapa de los sesos le hubiera saltado de un momento a otro.

—¡U-u-u-usted! —exclamó, jadeando pesadamente, recogiendo del piso del carro el saco con los huesos y la estúpida cabeza—. ¡Usted sabe, señor, que será inexorablemente llamado para que responda de su condenable acción! —Y la última sílaba fue pronunciada con tal ferocidad que Theophilus Godall estuvo seguro, por un momento, de que la lengua del viejo iba a salir disparada, como la venenosa lengua de un tritón. El despliegue, en su conjunto, confirmó la sospecha de Godall de que el viejo era el más iluso de todo su rebaño, si podía considerarse que el pastor podía ocupar tal posición.

Pero estaba malgastando el tiempo. La luz se iba ya. Estaba a una hora y media de camino de Hampstead en el carro que había cogido. Y si los caminos estaban atestados de curiosos, entonces había la posibilidad de que el dirigible descendiera sin él. Ya había tenido bastante del viejo, y se sintió tentado a atarlo a un árbol para

impedir la posibilidad de que le siguiera hasta el prado. Pero una cosa así podía hacer muy bien estallar la cabeza del hombre. De modo que, sin otra palabra, Godall tomó de nuevo las riendas, azuzó a los caballos con el látigo, y partió camino adelante a buen paso, seguido por la figura de Shiloh el Nuevo Mesías, que muy pronto quedó atrás, entre maldiciones, sujetando en una mano el ataúd Gladstone y en la otra el cráneo en su caja, y esperando de todo corazón que alguien de su congregación les hubiera seguido fuera de la ciudad.

La medio cubierta linterna arrojaba un haz sorprendentemente brillante de luz sobre él suelo del armario. Hasbro y Kraken habían subido por el pasadizo desde la calle, y finalmente, ahora, se hallaban tras la pared del laboratorio de Narbondo. La linterna no hacía nada, sin embargo, para iluminar en general el confinado espacio, y Kraken, inclinándose para susurrarle algo al oído de su compañero, aplastó la nariz contra el hombro de Hasbro en el proceso.

—Ugh —susurró Kraken, llevándose una mano al rostro.

—¡Ssshh! —dijo Hasbro, que estaba haciendo un esfuerzo por atisbar a través de la rendija no mayor que un alambre que señalaba el borde del panel móvil. Se veía la luz de una lámpara al otro lado, y dé tanto en tanto alguien, probablemente el jorobado, cruzaba frente a la rendija.

—¿Debemos abrir y saltar sobre él, entonces? —susurró Kraken.

—Paciencia, señor.

—Es un contrahecho, es el doctor. No es un hombre de ciencia, entienda. Es de un tipo diferente. Un diablo. Voy a meterle los dos puños por la boca —susurró Kraken, haciendo gestos por un momento, como si practicara unos golpes de boxeo. Hasbro atisbó a través de la rendija, impasible—. La ciencia no abre en canal hombres muertos —insistió Kraken, en un susurro que se hacía más vehemente por momentos—. La ciencia no... —empezó, pero un ruido en la escalerilla a sus espaldas le interrumpió.

—¡Sh! —susurró de nuevo Hasbro, agitando la cubierta lámpara de tal modo que la tela cayera y cubriera por completo la luz. Ambos contuvieron el aliento. Un golpe, roce, golpe, sonó en la escalerilla. Alguien, algo, se acercaba, subía hacia ellos. Hasbro apretó el hombro de Kraken dos veces, como indicándole que era inminente la acción—. Tan silenciosamente como sea posible —murmuró al oído de Kraken.

—Sí —jadeó Kraken.

Apareció una chisporroteante luz, precediendo a una suave risita y una tos ahogada. La luz parpadeó en el rellano arriba de la estrecha escalerilla. Ambos hombres habían medio esperado la aparición de un ghoul, de uno de los muertos andantes, que avanzaría hacia ellos arrastrando los pies por el estrecho corredor. Con un último raspar y un golpe, aparecieron una rodilla y un pie; luego una cabeza se

inclinó a su vista..., la sonriente cabeza de Willis Pule, con la boca abierta, iluminada por la luz innaturalmente blanca de una chisporroteante mecha que se retorció sobre las entrañas de un artilugio infernal. Se volvió y se arrastró hacia ellos, con el círculo de luz arrojado por la mecha acercándose a lo largo del suelo.

Hasbro se acurrucó allí, aguardando, dispuesto a saltar en el momento en que fueran descubiertos. Kraken se agitó a su lado, castañeteando audiblemente los dientes. Pule se detuvo, inclinó la cabeza, frunció los ojos en la casi total oscuridad, suspicaz.

—¡Dios! —aulló Kraken—. ¡Va a hacernos saltar en pedazos! —Y, con esto, se lanzó contra el horrorizado Pule, que hizo ademán de lanzar la bomba directamente al rostro de Kraken. Los dos cayeron al suelo en un amasijo de brazos y piernas, ambos gritando, Kraken montado a horcajadas sobre Pule y golpeándole con ambos puños. La bomba rebotó en las tablas de madera del suelo, y Hasbro la cogió y aplastó la mecha entre los dedos, la cual, pese a sus esfuerzos, siguió chisporroteando.

—Esto no funcionará —dijo en voz alta, y arrojó la bomba a lo largo del corredor. Rebotó, rodó, chocó contra la pared y cayó por las escaleras, bump, bump, bump, desapareciendo de la vista. El corredor quedó sumido en una repentina oscuridad.

—¡Ay! —exclamó Kraken—. ¡Sucio animal!

Hasbro retiró la tela de encima de la lámpara y empujó el panel de roble frente a él. Esperando en cualquier momento una explosión que derribaría literalmente la casa, penetró a un vacío laboratorio, cuya puerta estaba abierta de par en par. Kraken saltó tras él, con el brazo manchado de sangre.

—Ha resultado usted herido, señor —dijo Hasbro mientras avanzaba hacia la abierta puerta.

—Esa sucia bestia me mordió —se quejó Kraken, luchando por recobrar el aliento—. Así que la pateé al pozo.

—¡Bravo! —exclamó Hasbro, subiendo los escalones de dos en dos, en dirección a los pisos superiores.

—¿Fue hacia arriba?

—No tengo ni la más remota idea —dijo Harbro por encima del hombro—. Pero la casa sí puede hacerlo, en cualquier momento.

—¡Oh, Dios, sí! —ululó Kraken, pisándole los talones a Hasbro. En un momento hallaron la puerta del tejado, y sin disminuir el paso saltaron al tejado de la casa de al lado, sin hacer una pausa para preguntarse si debían tomarse las cosas con más calma, sino saltando a un tercero justo en el momento en que la esperada explosión resonaba en la calle. Ambos hombres se dejaron caer instintivamente de bruces; luego, tras comprobar que el tejado en el que estaban seguía siendo sólido, se arrastraron por él y miraron entre las chimeneas. En el centro de Pratlow Street había un humeante cráter. Media manzana más abajo, corriendo hacia Holborn como si le persiguieran todos los

duendes del mundo, huía un desesperado Willis Pule, fracasado una vez más.

—Debe haber salido por la puerta —observó Kraken.

—Creo que tiene usted razón. Realmente, es una lástima que no destruyera el laboratorio.

—Podemos ocuparnos de eso nosotros mismos —exclamó Kraken; evidentemente, la idea le atraía—. ¡Podemos destrozarlo y destrozarlo y destrozarlo!

Hasbro consideró la sugerencia de Kraken, recordando, quizá, el roto Kepler.

—Se está haciendo un poco tarde —empezó, sólo para interrumpirse bruscamente y dejar escapar un grito. Porque allá, a media docena de tejados de distancia, brotando bruscamente de su escondite, apareció el doctor Ignacio Narbondo, con una bolsa en cada mano.

Los dos echaron a correr tras él sin una palabra, sin saber qué era lo que harían con él si conseguían atraparlo, pero notablemente ansiosos de hacerlo.

Resultó claro sin embargo, cuando la persecución llevaba menos de seis minutos, que el doctor había recorrido aquellos mismos tejados más de una vez en el pasado, porque parecía que cruzaba dos en el tiempo que ellos cruzaban uno, deslizándose por los aguilonos, haciendo resonar los revestimientos de cinc, escabulléndose por entre el bosque de desmoronantes chimeneas y dejándoles cada vez más atrás.

Finalmente se detuvieron, a un par de manzanas de Old Compton, escuchando lo que a todas luces parecía una distante risa resonar por entre los tejados. Por un breve momento el doctor apareció en lo que parecía ser una distancia imposible, de pie delante del frente de ladrillo de una empinada buhardilla, con el sol naranja a sus espaldas hundiéndose en el cielo de la tarde. Luego desapareció.

En Wardour Street

Langdon St. Ives y William Keeble permanecían agachados en la oscuridad de un mal iluminado pasillo en el segundo piso de la casa de Wardour Street. Su corto viaje a través de las cloacas había sido a la vez desagradable y libre de incidentes. De hecho, había resultado un asunto tan fácil conseguir el acceso a la casa, que la canción y el baile de la semana pasada con el reloj parecía ahora una idea estúpidamente mala. Dónde tenían que ir ahora que estaban dentro, sin embargo, era otro asunto.

El aire era casi innaturalmente tranquilo y silencioso. Tendría que haber un número indeterminado de personas dentro del alcance de sus oídos, pero en la pesada y soñolienta atmósfera parecía como si todo el mundo estuviera durmiendo..., Cosa no improbable, dado que la mayor parte de sus negocios tenían lugar durante la noche. Hubo algo de agitación y sonido abajo, probablemente en la cocina. Podían oírse voces ahogadas, una de las cuales sonaba como si pudiera ser la de Winnifred Keeble que, vestida de lavandera, tal vez hubiera conseguido entrar por la puerta de atrás. El pensamiento de Winnifred enfrentada a la cocina de la cara enharinada era preocupante, pero ella había insistido. Y, cuchillo o no cuchillo, la cocinera descubriría que Winnifred Keeble era un caso difícil.

St. Ives y Keeble avanzaron de puntillas por el pasillo, Preguntándose en qué habitaciones mirar. Abrir la puerta equivocada podía ser desastroso. Kraken había supuesto que Dorothy estaba en alguna parte del tercer piso, custodiada, sin duda, por los esbirros de Drake, quizá por el propio Drake. Así que no había una auténtica necesidad de empezar a mirar las puertas del segundo piso, excepto que las puertas se revelaran por sí mismas. ¿Quién podía decir lo que había al otro lado?

Se acercaron a la balaustrada de madera que daba al gran salón que St. Ives no había podido ver en su anterior visita. Allí, había dicho Kraken, estaba la astronave. ¿Sería simplemente un casco vacío, despojado de todo y oxidado por los siglos? ¿A qué lo habría destinado Drake? ¿Era simplemente para poseerlo, o existía, como decían los rumores, algún propósito más horrible y tenebroso? St. Ives pensó momentáneamente en el temido Pellizco Marsellés, envuelto en un chal, tendido en el vehículo del Capitán en la calle. Al parecer, no había límite a las perversiones maquinadas por los hombres desesperados. ¿Qué podían hacer tales hombres con el vehículo espacial del homúnculo? St. Ives era incapaz de imaginarlo.

Un repentino sollozo brotó del otro lado de una puerta a su derecha, seguido por una grave risotada. Keeble se enderezó, con los ojos muy abiertos.

—Dorothy —exclamó, medio en voz alta, tendiendo la mano hacia el pomo.

El intento de St. Ives de detenerle fue en vano. Aferró los faldones de la chaqueta de Willis, susurró:

—¡Espere! —y fue arrastrado al interior de la habitación junto con el juguetero. En una estrecha y revuelta cama se sentaba una mujer de rostro descolorido que llevaba lo que parecía ser un borde frutas por sombrero. Arrastrándose sobre manos y rodillas en el suelo había un hombre con pantalones cortos y un sobretodo a rayas, este último echado sobre su cabeza, los faldones recogidos y atados con una ancha tira de cinta a lunares. En sus pies llevaba los zapatos de la mujer, puestos del revés y retorcidos de una forma extraña. Era el hombre en el suelo el que sollozaba con tonos de muchacha.

Ante la repentina entrada de Keeble y St. Ives, la mujer en la cama chilló y, sin un momento de vacilación, cogió un jarro de cristal lleno de rosas marchitas y lo arrojó, flores incluidas, contra Keeble, paralizado por el horror. El hombre en el suelo se inmovilizó ante el sonido el chillido y gritó:

—¿Qué? ¿Qué es esto? —Se debatió, aferrado impotente en su sobretodo y sus zapatos y bombardeado por las frutas que caían en cascada del sombrero de la mujer. Ésta chilló de nuevo, pese a que su primer grito había empujado a Keeble de vuelta en medio del pasillo.

Buscando desesperadamente algún lugar donde esconderse, St. Ives arrastró consigo al juguetero. Se oyó ruido de puertas en el piso de abajo. Dos hombres barbudos a medio vestir asomaron sus cabezas a través de una puerta bruscamente abierta, luego huyeron hacia las escaleras, tal vez suponiendo que St. Ives y Keeble, que corrían hacia ellos por el pasillo, eran agentes de la policía. Otra puerta se abrió de golpe y por ella salió a toda prisa un enorme caballero vestido con unos ventilados pantalones de cuero y con una hoja de periódico aplastada contra su rostro. Él también huyó escaleras abajo hacia la calle.

Al cabo de unos momentos pareció que el grito había dado la vuelta a toda la casa, y el aire estaba lleno de exclamaciones y golpear de pies y resonar de puertas. Detrás de St. Ives pasó a toda prisa el hombre con el sobretodo encima de la cabeza, gritando maldiciones, amenazando por entre el tweed. Sus ridículamente retorcidos zapatos quedaron abandonados en la alfombra, detrás. Una cabeza, gritando una temerosa retahíla de venenosas maldiciones, asomó por el atado sobretodo, cuya cinta a lunares y faldones rodeaban su cuello como el collar de un payaso, los brazos doblados hacia arriba, agitándose como si llevara una camisa de fuerza de fabricación casera. Era Kelso Drake.

Al ver a Kraken y St. Ives, Drake palideció. Su boca se crispó. Se alejó, encerrado en los confines de su prisión de tela. Keeble se detuvo por un instante, asombrado. Vaciló un cuarto de segundo, ponderando el estado de indefensión de Drake, luego pasó precipitadamente junto a St. Ives y golpeó fuertemente al industrial en la nariz. Drake fue impulsado hacia atrás, debatiéndose contra su sobretodo, ahora tan asustado como furioso. Keeble le golpeó de nuevo. Lo agarró por el frente de su

sobretudo, abofeteó a Drake tres o cuatro veces en las mejillas, luego le retorció salvajemente las orejas. Keeble saltó y aulló delante de su indefensa víctima, mientras St. Ives, ansioso por concluir los asuntos que les habían traído allí y marcharse, arrastraba al juguetero por el cuello.

Con un rasgar de material cediendo, Drake se vio de pronto libre de la prenda que lo retenía y, con un grito de loco, se lanzó contra Keeble, propinándole una lluvia de puñetazos y golpes, ante la cual, con una deliberación y una sobriedad que sobresaltó a St. Ives, el juguetero extrajo de su chaqueta una cachiporra de cuero, con la que propinó un tremendo golpe al industrial en la sien, derribándolo sobre la alfombra. Keeble volvió a guardarse la cachiporra, aparentemente satisfecho, y volvió hacia St. Ives un rostro pálido y perlado de sudor.

—Supongo que no le habré matado —dijo lentamente.

—¡No! —exclamó St. Ives, tirando de nuevo de Keeble a lo largo del pasillo hacia las escaleras. Subiendo a toda prisa desde la planta baja avanzaban dos hombres, evidentemente no clientes. Uno de ellos, se dio cuenta St. Ives con un estremecimiento de horror, era el hombre con el sombrero en tubo de chimenea, que sujetaba en su mano un cuchillo de trinchar. Su compañero trasteaba en su chaqueta, quizá buscando una pistola.

—¡El banco! —gritó St. Ives, agarrando un extremo del tallado banco jacobino de caballete que había en el descansillo. Keeble fue hacia el otro lado. Los dos hombres lo balancearon en un rápido arco, luego lo soltaron, Keeble un segundo o dos antes que St. Ives. Tubo de chimenea se aplastó contra la balaustrada cuando el extremo de Keeble del banco pasó por su lado, rozando su frente y golpeando el cuello y el pecho de su compañero, que en aquellos momentos, para su desgracia, estaba rebuscando en su chaqueta. El hombre lanzó un grito y cayó hacia atrás, y él y el banco rodaron juntos escaleras abajo. Tubo de chimenea siguió tras ellos, blandiendo el cuchillo.

St. Ives echó a correr escaleras arriba, con Keeble a su lado, y ambos hombres casi chocaron de frente con una sorprendida Winnifred Keeble, que sostenía a Dorothy por los hombros con su brazo izquierdo. En su mano derecha aferraba un revólver.

—¿Qué demonios...? —empezó a decir, antes de ver al asesino tubo de chimenea—. ¡Te tengo encañonado! —gritó, apuntando el arma en la dirección general del individuo.

Esto frenó momentáneamente al hombre; inclinó la cabeza hacia un lado, como si evaluara la extensión de la amenaza, luego se lanzó de cabeza hacia delante. Winnifred empujó a Dorothy en dirección a William, sujetó el revólver con ambas manos y disparó tres o cuatro veces, una tras otra, con los ojos cerrados. St. Ives se dejó caer de bruces al suelo y rodó contra la pared de la escalera, mientras observaba a Billy Deener retroceder y lanzarse por encima de la barandilla al piso de abajo;

luego rodar sobre sí mismo hacia el centro de la habitación, con las manos cubriéndose de la cabeza, antes de levantarse y echar a correr hacia la cocina. La puerta trasera resonó en su estela. Kelso Drake se tambaleó en la habitación de abajo luego desapareció bruscamente tras mirar hacia arriba y ver la humeante pistola en las manos de Winnifred Keeble.

Los Keeble empujaron a una vacilante y desconcertada Dorothy a lo largo de la ahora vacía habitación, todos ellos atentos solamente a alcanzar la calle.. Temeroso de que no fueran lo bastante: rápidos, Keeble se inclinó y cogió en brazos a la drogada muchacha, tambaleándose peligrosamente por un momento antes de moverla un poco entre sus brazos y recuperar el equilibrio de su peso. St. Ives se acurrucó a medio camino de las escaleras del segundo piso, observando al juguetero y su esposa desaparecer abajo. Luego se volvió hacia el descansillo superior y se metió en un desierto pasillo, débilmente iluminado por lámparas de gas con la forma de cupidos de bronce sujetas a intervalos a la pared.

Seis metros más adelante el pasillo se abría al gran salón cuya vista le había sido negada a St. Ives diez días antes. Avanzó hacia allá, apretándose contra la pared para mirar desde encima la alta habitación abierta, temeroso de ser visto desde abajo. Sin embargo, en la habitación no había nadie excepto Kelso Drake; que cojeaba cruzándola, con la cabeza envuelta ahora en vendajes. De él brotaba un murmullo bajo, como si estuviera maldiciendo para sí mismo. Luego le gritó a alguien invisible que trajera la berlina. Sonó otro grito como respuesta, luego un gruñido de Drake, luego otro grito acerca de que Deener había «cogido la otra caja».

—¡Bien! —exclamó Drake, forcejeando por abrir una bolsa de cuero, cuyo cierre se negaba a cooperar. El millonario la arrojó contra el respaldo de un sillón de terciopelo, con una furia que sorprendió a St. Ives, y se puso a patear la bolsa por toda la habitación como si fuera una pelota, danzando encima de ella hasta que el cierre se rindió. Entonces abrió la bolsa, se dirigió hacia un amplio aparador acristalado con espejos y sacó de él una caja de Keeble, que dejó caer en la bolsa antes de desaparecer apresuradamente. Un momento más tarde la puerta delantera resonó al cerrarse, y reinó el silencio. La casa, sin duda, contenía aún un número indeterminado de personas, ocultas de la luz del día y la actividad como murciélagos en sus cuevas.

St. Ives no perdió tiempo. No sentía ningún deseo de enfrentarse a asesinos o de ocultarse detrás de plantas en macetas. Hallaría un camino hasta el interior de la extraña nave que estaba posada como un sapo en el centro de la habitación de abajo. Aparentemente no era más que un curioso ornamento, como un jarrón de porcelana o un cupido de mármol, la excentricidad peculiar de un millonario, pulida, sin duda, por una mujer de la limpieza con un trapo, que suponía que era alguna especie de sucio e inexplicable adminículo puesto allí para gratificación de los aborrecibles apetitos de

los clientes ricos. Se creía que era una especie de gigantesco Pellizco, quizá, cuyos usos quedaban velados a la luz de los no corruptos.

St. Ives contempló la máquina durante un largo minuto, observando los pequeños dientes a lo largo de sus aletas, sus portillas pintadas de esmeralda, el brillo plateado de su masa globular. En líneas generales no era muy diferente de su propia nave..., no eran hermanas, por supuesto, pero tenían un inconfundible parecido familiar. Curioso, pensó St. Ives, cómo dos vehículos que procedían de galaxias tan inmensamente distantes la una de la otra podían tener una afinidad tan evidente. Había allí una metafísica que requería una contemplación más detenida, pero parecía una buena idea dejarla para otra ocasión. Se volvió y bajó las escaleras, cruzando dos puertas y pasando por debajo de un tremendo arco hasta el salón. Agarró la cuerda que colgaba detrás de las corridas cortinas y le dio un tirón; las cortinas se descorrieron, y la habitación se llenó con la luz del sol de media tarde. La enorme ventana, con las contraventanas abiertas, daba a Wardour Street, y quedaba oscurecida en parte por unos grupos de enebros y bojés que crecían junto a las paredes de la casa, enmarañados con los zarcillos ascendentes de higueras trepadoras. Era muy fácil que hubieran pasado años desde que el follaje había sido podado por última vez, y casi el mismo tiempo desde que las cortinas habían sido descorridas para iluminar la oscura y enfermiza sala con la luz del sol.

Al sonido de algo que caía arriba y lo que parecía el rumor de voces furtivas, St. Ives manipuló apresuradamente lo que le parecía ser una escotilla..., un panel circular que se abrió con un pop como la puerta de piedra de la cueva de Aladino, emitió un pequeño chirrido, como sorprendida, quizá, por el tacto de la mano del científico.

St. Ives se dio cuenta de que estaba temblando de tal modo ante la repentina visión del interior de la nave que apenas podía dominar sus manos y pies. Intentó escalar el costado de la nave, pero su pie resbaló de la protuberancia de metal pulido y sus manos no pudieron hallar ningún asidero en el resbaladizo borde arqueado de la escotilla abierta. Su aliento brotó explosivamente, dejando vacíos sus pulmones. Se sintió de pronto débil y mareado, enfrentado como estaba al objeto de una larga y a veces desesperada búsqueda e inflamado por el dedo de que en cualquier momento pudiera oír el clic del percutor de una pistola al ser echado hacia atrás y el estruendoso disparo de uno de los hombres de Drake. Agarró el brazo de un sillón cercano y lo atrajo hacia la espacionave; se subió al asiento, y casi se hundió hasta el nivel del suelo en el blando acolchado de cedidos muelles. Se subió a uno de los brazos, se bambaleó, y se deslizó la cabeza por la escotilla. Tras cerrar ésta de un golpe, se aposentó en un asiento acolchado y observó el interior de la nave.

Ante él había una plétora de diales e indicadores. Creía ser capaz de adivinar la naturaleza de media docena de ellos, pero otros eran un misterio. Los diales estaban

montados bajo cristales herméticos, llenos, al parecer, con un líquido violeta. Dispersos entre ellos y por todas partes había botones que uno podía apretar, hechos con lo que parecía marfil y ébano. St. Ives sintió la repentina urgencia de empezar a apretarlos, del mismo modo que un hombre sin preparación musical empezaba a aporrear las teclas de un piano. Pero el discordante resultado podría significar muy fácilmente su condenación..., probablemente significaría su condenación. Hizo cálculos, confiando en sus anteriores conclusiones acerca de la peculiar pero reveladora afinidad de objetos relacionados en el universo. Sus dedos vagaron de un botón al siguiente. Había que aventurarse se dijo a sí mismo, deteniendo la mano delante de un botón marfileño al lado del cual había una especie de jeroglífico describiendo un sol. Lo apretó. Los diales brillaron repentinamente a través del líquido violeta. Envalentonado, apretó otro, éste de un pequeño dibujo de un soplo de viento con rostro de Eolo. Se produjo un zumbido. St. Ives hizo de tripas corazón, y sintió en su nuca un pequeño soplo de aire. Un oxigenador, pensó, sonriendo ante su par de éxitos. Pulsó otro botón, y la escotilla se abrió.

—Maldita sea —dijo, medio en voz alta. Se inclinó, agarró la escotilla para cerrarla de nuevo, y se encontró mirando fijamente al arruinado rostro de un ghoul, que permanecía precariamente de pie encima del sillón. St. Ives lanzó un chillido, cayó dentro del aparato, volvió a levantarse para aferrar de nuevo la escotilla, mientras el ghoul intentaba sujetarla a su vez. Su odioso rostro con la boca abierta, el pelo colgando sobre su frente, gravitó encima de St. Ives, que apretó su mano derecha contra la nariz y la frente de la cosa, empujando con todas sus fuerzas, con los pies clavados en el suelo del aparato. El ghoul miró estúpidamente por entre los dedos de St. Ives, con las manos testarudamente agarradas en los bordes de la abertura circular. St. Ives golpeó aquellos dedos con el puño de su mano libre, luego tendió la mano más allá, agarró la escotilla y la cerró contra la nuca de la cosa.

Cayó hacia delante, con los ojos muy abiertos, luego volvió a alzar la cabeza, abriendo de nuevo la escotilla con ella. Una tercera mano se unió a las dos que seguían aferradas a la nave..., otro ghoul intentando entrar. St. Ives dejó caer la escotilla contra los dedos, aplastándolos una vez, luego dos, luego tres, haciendo una mueca con cada golpe, esperando una lluvia de dedos cortados. Cerró los ojos y golpeó de nuevo con la escotilla. Ésta encajó en su sitio. Fuera estaban los dos ghouls, examinando sus manos con expresiones desconcertadas en sus rostros, como si hubieran olvidado ya cómo se habían producido aquello. Más allá de ellos había otro ghoul. Dos más entraron tambaleándose por la puerta.

St. Ives rechinó los dientes y pulsó un botón de ébano. La nave se estremeció y siguió inmóvil. Pulsó otro. No ocurrió nada en absoluto. Dos ghouls empujaron un sofá hacia la nave.

Otro se subió a un secreter de roble. Tres más recorrían la habitación; agarraron

un piano y lo empujaron hacia adelante, con la intención de... ¿qué? ¿Impedir la marcha de St. Ives y la nave enterrándola en mobiliario? El científico siguió con su trabajo. El extremo de una pesada cuerda colgó al otro lado de la portilla. Estaban atando el aparato a la pata del sillón, luego enrollando la cuerda a la pata del piano. Se había equivocado de nuevo respecto a la mujer de la limpieza. Al parecer era del conocimiento general, incluso entre los ghouls, que el aparato era una nave de algún tipo..., lo cual no era mala señal, pensó St. Ives. Eso significaba que la nave funcionaba, que Drake había dado órdenes de impedir que fuera secuestrada. Cuando apretó un botón contiguo a un dibujo de una flecha espiralada, la nave empezó a girar repentinamente sobre su eje, arrastrando consigo el sillón y arrancando la cuerda de las manos de un deshinchado e inclinado zombi que se estaba arrastrando debajo del piano. St. Ives pulsó el mismo botón de nuevo, y el movimiento se detuvo. Lo pulsó de nuevo, y el aparato reanudó sus revoluciones. Cuando se orientó directamente a la ventana, lo pulsó de nuevo. Luego, con cuidado, pulsó una sucesión de otros botones.

La nave se estremeció, saltó, se deslizó medio metro hacia delante: La silla en la que estaba sentado se inclinó hacia atrás y estuvo a punto de arrojarlo al suelo. Un salvaje zumbido vibró todo su alrededor mientras la nave saltaba de nuevo, se deslizaba por el suelo y, en medio de una avalancha de cristales rotos y lianas arrancadas, se alzaba en un repentino impulso, arrastrando consigo el sillón y a un único y colgante ghoul, cuyo rostro, carcomido por la sorpresa y la confusión, se apretó contra una de las portillas de estribor por un breve segundo o casi antes de deslizarse hacia abajo y desaparecer.

St. Ives, con las manos volando sobre los controles en un alocado esfuerzo por estabilizar la nave, no tuvo tiempo de preocuparse por zombies agarrados a ella. La nave estaba dando volteretas. St. Ives observó en una girante confusión la trastornada cúpula de St. Paul pasar girando junto a él, seguida por un breve atisbo del no menos girante sillón, que se perdió casi inmediatamente de vista y dio paso a lo que era casi con toda seguridad una visión de décimas de segundo del Kennington Oval, La nave se alejó a toda velocidad hacia el sudoeste, camino; parecía, del Canal.

Se estaba moviendo prodigiosamente aprisa en un vuelo absolutamente incontrolado, clavado a su silla por las leyes de la física en un viaje que, estuvo repentinamente seguro, estaba dándole ganas de vomitar. Todo aquello podía terminar en un auténtico desastre. Lo sabía. Era capaz de imaginarse a sí mismo siendo catapultado impotente al mar. De hecho, no podía imaginar ninguna otra cosa. Era evidente que la más ligera manipulación de un par de curvadas palancas en el centro mismo frente a él podían ocasionar que la nave girara o diera volteretas o saltara o de algún modo se volviera loca. Vacilante, accionó con delicadeza una. Pero sólo consiguió empezar a dar vueltas de nuevo sobre sí mismo. Allí estaba el mar, y el sillón volante, y lo que le dio brevemente la impresión de ser la pernera de un

pantalón con un pie sin zapato colgando de ella, este último enredado en la oscilante cuerda. Un ligero toque a la otra palanca lo envió en picado, sin aliento, hacia el mar, con el estómago repentinamente en su garganta, y el sillón se elevó alocadamente más allá de las portillas, seguido por el rostro de ojos desorbitados del zombi, cuyo tobillo se había enredado en la cuerda. La gris extensión del Canal avanzaba endemoniadamente hacia él cuando volvió la palanca a su posición inicial, tan cuidadosamente como le fue posible. El aparato giró en redondo en un lento arco, nivelándose, luego volvió a ascender. Lo que necesitaba era una lenta deliberación..., la simple consideración de que apretar una palanca era casi suficiente para un cambio de rumbo.

Su estómago volvió a su posición correcta, la sangre en sus venas dejó de correr atropelladamente y reanudó su ritmo normal, y, con una tensa deliberación, templado por una visión de los asombrados rostros reunidos de los miembros de la Real Academia cuando pasara por entre ellos a una velocidad prodigiosa, y animado por la vasta tela del cada vez más oscuro cielo vespertino, St. Ives movió la palanca hacia delante con una sutil presión de su mano derecha. Estabilizó la nave con la izquierda, satisfecho con la controlada respuesta. Picó bruscamente, niveló el aparato, y sonrió, girando a creciente velocidad hacia el estrecho de Dover. La nave se inclinó hacia arriba en la tenue atmósfera, en dirección a la bóveda púrpura. El cielo sobre su cabeza se oscureció, brillando repentinamente con parpadeantes lámparas esmeraldas a través de las teñidas portillas, como si estuviera contemplando un profundo pozo estelar, medio lleno de oscura agua y estrellas reflejadas.

En el Heath

Desde Hampstead Heath, las luces de Londres parpadeaban y resplandecían en la oscuridad, un contrapunto terrestre a las estrellas entre las que St. Ives avanzaba en su nave robada a kilómetros y kilómetros de altura. Theophilus Godall estaba junto al capitán Powers y Hasbro, observando alternativamente la extensión de luces y el cielo, lo primero sin ninguna razón práctica excepto su belleza, lo último en busca de la aparición de la oscura masa del dirigible de Birdlip.

El pueblo de Hampstead estaba atestado de gente chapoteando por el barro de las calles, invadiendo las tabernas, perchada en los árboles. Las jarras de ale y los vasos de ginebra eran llevados de un lado para otro por apresurados muchachos, incapaces de dar más de media docena de pasos fuera de sus puertas antes de que el contenido de sus manos les fuera arrebatado y consumido y un centenar de voces pidieran más de lo mismo. La mitad de la población del Gran Londres parecía hallarse en las inmediaciones de Hampstead, aunque una buena parte de ellos no iban más lejos del Hampstead Village o Camden Town antes de aposentarse, demostrando tener muy poco interés en la aproximación de dirigibles o, más probablemente, tener muy poca idea de lo que se aproximaba, sintiéndose satisfechos con participar de un cálido atardecer en una atmósfera de carnaval.

Godall indicó al capitán Powers que esperaba que la ale y el espíritu se mantuvieran. Y, justo cuando acababa su frase, un gran estruendo resonó al otro lado del prado donde estaban, y un edificio bajo se derrumbó en un montón de revoloteantes restos. Sonaron gritos y gemidos de una docena de personas que momentos antes se habían subido a él y estaban cantando un tumultuoso himno. Un grupo de embozados fieles, dos de los cuales sostenían entre ellos un agotado pero animoso Shiloh, se apresuraron hacia el desastre, repartiendo puñados de folletos a las entusiastas multitudes que encontraban en su camino.

La Real Academia estaba agrupada en los límites de un rectángulo del prado delimitado con cuerdas, dentro del cual se habían dispuesto hileras de sillas plegables. El perímetro del rectángulo se veía amenazado por todos lados por la creciente multitud. Parsons, con su empolvada peluca ladeada en su cabeza, gritaba por encima de una hoja de papel a sus compañeros, pero sus palabras se mezclaban con el tumulto general, y ninguno de los científicos que le rodeaba tenía ojos más que para las estrellas.

Godall se sintió ligeramente sorprendido al ver al evangelista. No parecía haber fin a la perspicacia de un fanático. El viejo, sin embargo, parecía deshinchado, como si le hubiera sido arrebatado todo el viento de sus velas. En el cubo de cristal, aún aferrado bajo su brazo, estaba la cabeza de Joanna Southcote, muda ahora y tumbada

de lado. Era difícil imaginar que el evangelista pudiera causarles problemas. Era en el dirigible en lo que estaba interesado. Cuando aterrizara, entonces tendrían que ser rápidos y activos. Pero no veía la posibilidad de que les atacara directamente, pese a la afrenta de haber sido maltratado por Godall unas horas antes.

Kelso Drake, sin embargo, era otro asunto. Había aparecido unos minutos después de la llegada del carro del Capitán, luego había desaparecido de inmediato..., algo ominoso, bien mirado. Godall hubiera preferido tenerlo a la vista. Era imposible decir cuántos ghouls acechaban en el prado, ya fueran de Shiloh o de Drake..., posiblemente de ambos. Kraken estaba perchado en las ramas superiores de un aliso particularmente alto, con un silbato entre los dientes. Vigilaba especialmente la aparición del hombre con el sombrero en tubo de chimenea. Los Keeble estaban ocultos en el carro, puesto que ni Jack ni Dorothy estaban en condiciones de aventurarse entre la multitud. Dorothy, sin embargo, estaba empezando a mostrarse inquieta, puesto que el apresuramiento de su retirada de Wardour Street había eliminado parte de los efectos de las drogas. William Keeble miraba furtivamente a todos lados, con la mano derecha en la pistola en su chaqueta, completamente seguro de que Drake intentaría vengarse de los golpes recibidos en el pasillo. Envuelto en un chal entre sus pies estaba el notorio Pellizco Marsellés.

En un momento de su camino, mientras el carro botaba y resonaba colina arriba desde Hampstead, giraron una esquina, se abrieron camino entre una multitud de alegres celebrantes, y entre ellos un hombre con un sombrero de ala ancha llamó su atención. Willis Pule había seguido lenta y obstinadamente su camino. Había alzado la vista, como para unirse al resto de la multitud en sus maldiciones contra el carro, y sus ojos hubieran podido ser muy bien girándulas. Si alguna vez Keeble había visto a un loco, éste era Pule, sin ningún error posible. Su rostro estaba bañado por una mortal palidez verde, como si su cabeza fuera una bola de queso verde llena de cráteres arrancada de la luna.

A la vista del carro que pasaba por su lado, con la rueda trasera escupiendo barro a sus pantalones, Pule comprendió de pronto quién era el que lo conducía, y su boca se crispó espasmódicamente, y sus ojos rodaron violentos bajo el ala de su sombrero. Se inclinó hacia delante para aferrar la rueda, como si deseara detener el carro de un tirón. Pero la multitud, finalmente, había menguado, y los caballos avivaron el paso en el medio kilómetro que se abría libre por delante. Pule fue arrastrado hacia delante y dio una voltereta y terminó caído de espaldas como una cucaracha en el barro, gruñendo maldiciones irrepetibles.

El episodio había desconcertado a Keeble. ¿Qué demonios, se preguntó, le había ocurrido a Pule para traerlo hasta allí, y por qué la visión del carro lo había enfurecido de aquel modo? Evidentemente, había muchas cosas en el mundo que Keeble no comprendía..., mucho que prefería no comprender.

Parsons se paseaba arriba y abajo por el prado..., diez pasos en una dirección, diez pasos en la otra. Se detenía ocasionalmente a media zancada para dirigir comentarios a sus colegas, observaciones acerca de la dirección de los vientos dominantes, la posibilidad de que el cálido aire del valle creara una peligrosa corriente ascendente que empujara el dirigible más allá hacia Chingford o Southgate o más lejos todavía. Los vientos, al fin y al cabo, eran cosas traicioneras. Como dientes, en realidad. Pero, si uno conocía sus peculiaridades, sus hábitos, podían revelar un conocimiento monumental, y podían ser leídos y descifrados, de una forma muy parecida a como los vientos internos del organismo humano pueden ser descifrados para descubrir peculiaridades gastrointestinales. Si tan sólo Birdlip, se lamentó Parsons, hubiera pertenecido a una raza distinta de científico..., ¿qué no hubiera podido aprender el hombre, a la deriva por las mareas celestes durante cerca de quince años! Ah, pero podían confiar poco, esperar aún menos. Calcula lo peor, insiste, y raras veces te sentirás decepcionado. Y seguía caminando arriba y abajo, sacando a intervalos su reloj del bolsillo y volviendo a guardarlo tras comprobar la hora.

Una docena de barbas grises se agitaban tras él, y no pocos telescopios de cobre eran apuntados al vacío cielo..., vacío, es decir, excepto por una constelación de estrellas y una luna creciente alzada en lo más alto del cielo. Brotó un grito, y uno o dos dedos señalaron hacia la curva marfileña de la luna, pero, fuera lo: que fuese lo que había despertado el grito, había desaparecido ya. Al parecer, algo se había silueteado brevemente allá arriba, pero inmediatamente se había sumido en la oscuridad. Parsons dictaminó que el misterio no era más que un murciélago, cuyos hábitos de alimentación nocturna hablaban de su hábil y sorprendente sistema digestivo. Sin embargo, seguía sin haber ninguna señal del dirigible.

Parsons deseaba de todo corazón que la gente se fuera a sus casas. Los gritos y los cantos y la embriaguez general eran en el mejor de los casos una distracción, y ciertamente no tenían ningún lugar en una función de aquella magnitud. Su presencia era debida principalmente a las estúpidas afirmaciones de aquel charlatán evangelista, cuyos apocalípticos folletos habían despertado a un millón de londinenses a un malsano éxodo. El hombre debería estar en un manicomio. Sin embargo, allá estaba, con un pie clavado firmemente en la espalda de dos fieles arrodillados. Lo que le gritaba a la noche se perdía en la cacofonía general, y Parsons no podía descifrar nada de ello. Las pocas frases que arrastraba el viento por el prado eran una maraña de fuegos del infierno, trompetas del juicio final, ángeles vengadores y —notablemente— criaturas de las estrellas. Esto último, bajo circunstancias más calmadas, hubiera podido despertar la atención de Parsons, pero estaba mezclado con tanta charlatanería que escuchar durante más diez segundos seguidos se convertía en algo aburrido.

Las manos del viejo evangelista se alzaron lentamente sobre su cabeza, y en ellas,

sujetándolo para que todo el mundo pudiera verlo, había un cubo de algún tipo. Estaba demasiado oscuro, pese a las dispersas fogatas hechas con ramas secas que se habían encendido a lo largo del prado, para que Parsons pudiera ver claramente de qué se trataba..., un objeto sagrado, sin duda. La gente se apretujaba alrededor del evangelista, escuchando. El estrellado cielo y las distantes luces de Londres parpadeando y brillando en la llanura más abajo dotaban a la noche de un espíritu de misticismo.

El evangelista exhortaba a la multitud. Hubo un grito de respuesta, una confirmación, al parecer. Siguió otro grito, más agudo e inarticulado. Varias manos señalaron hacia el cielo. Un grito generalizado. Los anteojos fueron apuntados hacia el lugar donde una pequeña luz, como una cabeza de alfiler, trazaba un arco en el cielo, cayendo hacia el Heath y haciéndose más brillante a medida que caía. El tumulto general dio paso a un maravillado silencio, roto por el grito del evangelista:

—¡Y el nombre de la estrella es... Fatalidad!

Pero la pronunciación de la última sílaba fue seguida por un repentino chillido cuando el evangelista fue catapultado hacia delante y cayó de las espaldas de sus suplicantes. La caja que sostenía sobre su cabeza salió volando unos metros por encima del prado, hasta que fue atrapada en pleno aire por una figura que corría, cubierta con un sombrero de ala ancha, y que se alejó entre la multitud, apartando a la gente como si fueran bolas de billar y corriendo como un poseso hacia donde estaba Parsons delante de los reunidos científicos.

—¿Qué demonios es *ésto*? —exclamó Parsons, una pregunta que podía ser aplicada fácilmente a cualquier misterio..., a la resplandeciente esfera que caía en picado hacia el suelo, o hacia el tembloroso lunático cubierto por una máscara de miedo que saltaba ante él, aullándole a la cosa en sus manos, y que se detuvo en seco a menos de tres metros de la Real Academia en pleno. Contempló el cubo como estupefacto, traicionado. Parsons pudo ver ahora que estaba hecho de cristal y que contenía un objeto resonante. La boca del loco se agitaba, murmurando algo en silencio. Con un sollozante gemido, como si el extraño cubo fuera quizá la cosa más inconcebiblemente descorazonadora con la que se hubiera tropezado en los últimos años, la arrojó al suelo, luego siguió corriendo sin que nadie le persiguiera. Porque los secuaces del evangelista, junto con el propio viejo, observaban fascinados, con creciente maravilla, la cosa en el cielo..., una resplandeciente nave esferoide caída de las estrellas.

Parsons parpadeó. Miró al loco que se alejaba. Miró a la nave que se acercaba. Miró la descompuesta cabeza, dentada y marrón, que rodaba hasta detenerse a sus pies, y que alzaba la vista hacia él a través de unas vacías órbitas. Sus mandíbulas cliquetearon una vez, como en un cansado intento de morder sus zapatos o de emitir un último lamento. Luego quedó inmóvil.

—¿Qué diablos...? —murmuró Parsons.

St. Ives pudo ver de nuevo el Gran Londres abrirse bajo él, pero esta vez no estaba girando como una peonza. Se extendía a sus pies como enjorados puntos de luz retorciéndose a lo largo de la serpenteante franja negra del Támesis. Hacia el oeste el cielo estaba teñido de rojo con el muriente sol, que se oscurecía rápidamente a púrpura, luego a un negro azulado, mientras su aparato caía hacia Hampstead Heath. Tras él se extendían los océanos no cartografiados del espacio profundo..., océanos atravesados por cometas y lunas y planetas y asteroides, las enormes y solitarias naves que recorrían los caminos comerciales entre las estrellas, y entre las cuales, por unos breves minutos, St. Ives había maniobrado su pequeño bote espacial.

Pero ahora se dirigía a Hampstead Heath. Las maravillas de los cielos podían aguardar, de eso había pocas dudas. Pero las maquinaciones de la villanía terrestre no. En aquellos momentos sus amigos estaban enfrentados a Dios sabía qué tipos de peligros e intrigas. St. Ives sonrió mientras disminuía la velocidad de su vehículo, deslizándose hacia los fuegos que salpicaban las colinas como faros sobre las luces de Hampstead.

El gran prado ovalado estaba lleno de gente que se agitaba y se apartaba y retrocedía. Allí, pudo ver, había un grupo de gente en sillas en medio de una zona acordonada..., la Real Academia, sin duda. Y, delante de todos ellos..., aquél tenía que ser Parsons. St. Ives se desvió hacia él, buscando en vano a sus propios compañeros. Pero había montones de carros, y cualquiera de ellos era idéntico a todos los demás desde aquella altura. El suelo ascendió hacia él. Rostros vueltos hacia arriba, bocas abiertas, cuerpos retrocediendo para dejar un claro. St. Ives manejó las palancas, jugueteó con ellas, las movió hacia este lado y ese otro, y finalmente se posó en el prado, en el centro mismo entre dos rugientes fuegos, sin más sacudida que si se hubiera posado montado en una pluma.

Se levantó, abrió la escotilla, asomó la cabeza, y se sorprendió al ver, posado directamente delante de la nave, con su respaldo vuelto hacia él, el sillón de la casa de Wardour Street, aún sujeto a la nave, con el infortunado ghoul atado a él por tres vueltas de cuerda de cáñamo. El pelo de la cosa estaba erizado, puesto de punta por el exceso del rápido viaje a través del espacio..., y su rostro era pulposo y retorcido, como apretado y deformado por las presiones atmosféricas. El ghoul parecía estar mirando directamente hacia el boquiabierto Parsons, que sujetaba en su mano derecha, de entre todas las cosas del mundo, la desgajada y disminuida cabeza de Joanna Southcote.

St. Ives sonrió e inclinó la cabeza hacia Parsons, que, al parecer, estaba a punto de echarse a llorar. Evidentemente se había sentido muy afectado por la gloriosa aparición del aparato. St. Ives había subestimado a Parsons: eso era cierto. Más cierto

aún era que todos los miembros habían subestimado a St. Ives. Sus actitudes los traicionaban.

—¡Caballeros! —exclamó Langdon St. Ives, que había preparado un pequeño discurso mientras daba vueltas por las capas superiores de la atmósfera. Pero su discurso terminó tan bruscamente como había empezado, porque inmediatamente brotó un furioso grito procedente de la dirección del pueblo de Hampstead, un grito que trepó por la colina como un gigante que se aproximara. Y allí, surgido de entre las estrelladas distancias, flotando majestuoso, apareció el dirigible del doctor Birdlip, bamboleándose lentamente en la brisa, en dirección a Hampstead Heath.

Por maravillosa que hubiera sido la llegada de St. Ives, la aproximación del maravilloso dirigible la anuló. La Real Academia echó a correr más allá de la nave estelar como un solo hombre, dejando a St. Ives para que dirigiera su discurso a la nuca de la cosa sentada en el sillón. El deber, pensó St. Ives, recordando el motivo de su viaje al Heath. Sus amigos estaban en alguna parte cerca, al igual que sus enemigos. Birdlip se acercaba, trayendo consigo la herencia de Jack Owlesby..., la independencia para Jack y Dorothy, el único legado respetable de Sebastian Owlesby. Y había villanos sin fin con los ojos vueltos hacia él.

St. Ives se sintió desgarrado por pensamientos conflictivos. No se atrevía a dejar el aparato sin vigilancia. ¿Quién podía decir qué fechoría podía cometerse contra él? Drake, evidentemente, intentaría recuperar su posesión. Pule hacerlo saltar en pedazos, Shiloh proclamarlo como el carro de algún dios peculiar. ¿Qué podía hacer? ¿Quedarse sentado en él? ¿Dejar que la multitud asaltara el dirigible, arrancara la joya casi de entre sus manos? Se inclinó sobre la escotilla y se deslizó fuera por el remachado casco de la nave, aferrándose a un par de protuberancias de cobre para izarse libre.

Los gritos aumentaban de volumen. St. Ives se dejó caer de cabeza sobre la húmeda hierba del prado, luego se puso en pie, tironeando de sus arrugadas ropas. Un fuerte crac sonó a sus espaldas, junto con el golpe y el zing de algo rebotando contra el casco de la nave. Otro crac le siguió, y St. Ives se halló de nuevo en la hierba, arrastrándose como una langosta en torno a la nave, mirando por debajo de la curva inferior de la cosa a un hombre con un sombrero en tubo de chimenea —Billy Deener— agazapado debajo de las amplias ramas de un oscuro roble. Una pistola humeaba en su mano. A su lado había un caballo y un carro, vacío, atado al árbol. Deener apuntó de nuevo con su pistola y avanzó unos pasos, con la intención de acercarse a St. Ives y obligarle a salir de allí. No había ninguna duda de que pretendía matarle. Y allá, en medio del tumulto del Heath, era muy fácil que lo consiguiera. Hallarían a St. Ives rígido como un pez en su anzuelo allá en el prado, con medio millón de londinenses como posibles sospechosos de su asesinato.

St. Ives se dirigió hacia el otro lado de la nave. ¿Era prudente echar a correr,

confiar en poner distancia de por medio para dificultar la puntería de Deener? Asomó la cabeza, y un disparo rebotó contra el casco de la nave, y la bala pasó silbando junto a su oreja. St. Ives se contrajo como un caracol asustado. Quizá pudiera volver a subir a la nave, cerrar la escotilla y despegar de nuevo, pero el hombre estaría sobre él como un perro en unos instantes..., St. Ives podía ser hallado asesinado, colgado de la escotilla, exterminado en su lamentable intento de huir. Era o correr o nada. En zigzag..., eso era. Se dirigiría hacia quel lejano grupo de árboles. Mantendría la nave entre ellos, de modo que Deener tuviera que sortearla para dispararle. St. Ives se levantó de un salto y echó a correr.

—¡Hey, hey, hey! —gritó, sin otra finalidad que la de alertar a la noche del criminal que le perseguía. Miró por encima del hombro apenas hubo puesto algo de tierra por medio, incapaz de soportar la idea de no saber dónde estaba el asesino.

Pero no había ningún asesino..., no de pie, al menos. Un hombre estaba inclinado colgando del árbol como un mono encima de Deener e, incluso mientras St. Ives miraba, golpeó el sombrero en tubo de chimenea con lo que parecía un palo de criquet. El sombrero salió despedido dando volteretas, mientras Deener se derrumbaba hacia delante de rodillas. El hombre saltó del árbol, y su propio sombrero cayó al suelo, y, agarrando el palo con ambas manos, golpeó a Deener de nuevo. El secuaz de Drake cayó de bruces como un saco sobre la hierba.

El hombre con el palo lo alzó para dar otro golpe. St. Ives volvió cautelosamente hacia la nave. Eso está bien, pensó. Después de todo, todavía seguía existiendo algo parecido a la decencia. El palo de criquet descendió de nuevo, golpeando el cráneo de Deener, y luego otra vez, y otra, como si el hombre que lo manejaba estuviera ciego de furia.

—¡Hey! —gritó St. Ives, echando a correr. El hombre tiró torpemente el palo que mantenía alzado en el aire, se volvió hacia St. Ives, que se le acercaba, y se inclinó para recoger algo de, entre la hierba. Era la pistola. La apuntó hacia St. Ives, que se detuvo en seco, dio media vuelta, y echó a correr en zigzag por la hierba, tentado de dirigirse hacia el pie de la colina, donde se había congregado la multitud, pero temeroso de que algún londinense inocente pudiera recibir la bala dirigida contra él.

St. Ives se agazapó de nuevo detrás de la nave, preguntándose alocadamente acerca del extraño curso de acontecimientos que habían conducido a Willis Pule a salvarle del asesino Billy Deener, porque había sido Pule, completamente loco, quien se había colgado del árbol con el palo de criquet para pulverizar la cabeza de Deener. Pero ¿por qué? A fin, parecía, de poder extraer el insano placer de matar personalmente a St. Ives. Pero Pule parecía habérselo pensado mejor. Se dirigió hacia el caballo atado al árbol y uncido al carro, rebuscó entre los efectos de Deener, y extrajo algo...; una de las cajas de Keeble. Incluso desde aquella distancia no podía haber ninguna duda al respecto.

Olvidada la pistola, St. Ives saltó de su escondite y corrió hacia Pule. Desconocía cuál de las cajas era la que Pule intentaba llevarse consigo. Pero la visión del cohete arrojando chispas mientras estallaba a través del techo del silo, y de Willis Pule vandalizando su estudio, haciendo pedazos el busto del pobre Kepler, condujo a St. Ives a un repentino desprecio del peligro. La locura, sin embargo, le había dado alas al estudiante de alquimia, porque no prestó la menor atención a St. Ives y desapareció en la noche, charloteando consigo mismo mientras corría, medio sollozando, sus palabras completamente indescifrables. Billy Deener, descubrió St. Ives, estaba muerto.

El dirigible oscilaba en el cielo nocturno a impulsos de vientos que parecían estar soplando hacia las estrellas. La luna actuaba como ancla, formando como una especie de pozo que iba del cielo al suelo, rodeado por un halo radiante de luz estelar, como si las estrellas fueran lámparas de la propia nave que iluminaran la invisible avenida hacia abajo que conducía al aparato de Birdlip, con su góndola crujiendo hacia uno y otro lado en un experimentado ritmo. St. Ives se preguntó cuánta gente estaba hipnotizada allá en el prado; cuántos había perchados en los árboles, cuántos mirando hacia el cielo a través de ventanas abiertas, o de pie con el cuello doblado a lo largo de los oscuros y lodosos caminos que ascendían desde el neblinoso Londres. ¿Centenares de miles? Y todos ellos silenciosos..., ni siquiera la voz de un aleteante murciélago o el chirriar de un grillo en el vecino bosque rompían el repentino silencio. Estaba simplemente la noche perfumada por los arbustos, pesada, quieta, expectante, y el lento crujir, crec, crec, crec, de la oscilante góndola, iluminada ahora por el plateado de la luna. Allá al timón estaba de pie el esqueleto de Birdlip, el indomable piloto, su chaqueta un entrelazado de jirones, susurrando sobre el otro entrelazado de su caja torácica. La luna brillaba directamente a través de la chaqueta como la luz de una lámpara a través de muselina..., parecía aumentada, si eso fuera posible, como si la chaqueta fuera un maravilloso trozo de cristal tejido de seda y plata que arrojara tras él la acumulada luz de los cielos.

St. Ives no podía moverse. ¿Qué significaba este zumbante dirigible que, tras años de errar por la atmósfera, había decidido regresar finalmente a su hogar? ¿Cuál era su mensaje? Birdlip lo sabía. Había perseguido algo..., un demonio, un fuego fatuo, el reflejo de una luna fantasma que hacía señas en el viento nocturno y retrocedía hacia inimaginados horizontes. ¿La había atrapado Birdlip? ¿Se había visto engañado por ella? ¿Y qué, en nombre de todo lo que era sagrado, podría hacer el pobre Parsons con ello? Dentro de poco se vería enfrentado a otro rostro sin carne. ¿Qué, se preguntaba St. Ives, significaba todo aquello?

El dirigible flotó a quince metros sobre el suelo, dio la impresión de elevarse de nuevo, siguiendo la curva natural de la colina, con la intención de aterrizar no en cualquier lugar, sino en algún punto predeterminado, un punto absolutamente

necesario, como si de hecho siguiera siendo pilotado por el doctor de arqueadas piernas. Su ladeada gorra se asentaba baja sobre su frente, oscureciendo sus vacías órbitas, cuyos globos oculares se habían fundido hacía mucho tiempo, quemados por un implacable sol y picoteados por las aves marinas. ¿Qué extraña visión retenía Birdlip? ¿Cuán claramente veía aún?

Birdlip

Bill Kraken, sentado a horcajadas sobre la rama de un roble a unos cinco metros por encima de las cabezas de la multitud a sus pies, se preguntaba más o menos lo mismo. En ninguna de las investigaciones de Kraken sobre las ciencias había encontrado algo tan grande, tan mayestático, como el vuelo de regreso al hogar de Birdlip y su sorprendente aparato. Algo, estaba seguro Kraken, estaba a punto de ocurrir. Podía sentirlo en el aire..., una carga estática que temblaba a través de las masas que aguardaban mudas con anticipación.

El dirigible en pleno descenso osciló bajo sobre sus cabezas. La gente se tendió en las ramas más altas de los árboles, intentando tocarlo. Kraken tuvo la impresión de que el cielo no era más que el dirigible. Miró hacia atrás por encima del hombro, observando orgulloso a Langdon St. Ives, de pie delante de su propia e increíble nave. La noche, realmente, estaba llena de maravillas. Y él, Bill Kraken, comerciante en calamares, vendedor de guisantes, participaba en ella. El hombre a su lado en las ramas, un tipo sin afeitar de rostro fruncido, con una gorra de tela con una borla, no. Kraken le sonrió benévolamente. Después de todo, no era culpa suya que no tuviera relación con los genios. El hombre le lanzó una hosca mirada, desdeñando la familiaridad. Alguien encima agitó los pies sobre la cabeza de Kraken, en un esfuerzo por izarse más arriba. Bajo él, en el prado, tambaleándose de sombra en sombra como si se abriera discretamente camino hacia donde el dirigible parecía predestinado a aterrizar, se agazapaba un hombre que parecía enfermo o borracho. Kraken lo miró con el ceño fruncido, incrédulo. Era Willis Pule.

Kraken dejó colgar una pierna a lo largo del tronco, buscando la unión de dos grandes ramas que se bifurcaban a unos dos metros por encima del suelo. Al parecer, las cosas se estaban caldeando. Pule desapareció entre las sombras, luego reapareció de nuevo más allá de una fogata, cuya danzante luz naranja parecía intensificar la oscuridad tras él.

A menos de veinte pasos detrás de Pule, poseído por una determinación que desmentía su edad, cojeaba Shiloh el Nuevo Mesías, acompañado por un rezagado grupo de conversos, en fila como codornices, como si intentara atrapar medio al desaparecido Pule, medio el aparato de Birdlip. El dirigible flotaba ahora sobre el prado, suspendido por la magia, quizá, de su motor de Keeble. El evangelista quedó iluminado por un momento por la misma luz de la fogata que había iluminado a Pule y que ahora traicionaba en el viejo un rostro retorcido en un rictus de odio, el mesías persiguiendo al gusano, al diablo que se había alejado con la cabeza de su madre y que ahora llevaba una de las fabulosas cajas, muy concebiblemente la misma caja robada hacía horas por el embaucador en el carro.

Y allí también, deslizándose por el borde de la multitud, estaba Theophilus Godall, llevando con él, Kraken se horrorizó al verlo, un objeto redondo y metálico que no podía ser otra cosa que el Pellizco Marsellés, reluciente a la luz del fuego. Evidentemente no había sido visto ni por Pule ni por el viejo. Pero Bill Kraken sí lo vio, y también lo hizo St. Ives. La canción había empezado a sonar, y era hora de que Kraken bailara a su ritmo. Se deslizó al suelo y echó a andar, y tropezó de bruces con Kelso Drake, con cuatro centímetros de cigarro asomando de su boca como una ennegrecida lengua.

Si hubiera tenido tiempo de pensar, Kraken hubiera retrocedido rápidamente a su árbol, hubiera escalado su resbaladizo tronco como un mono. Pero no tuvo ese tiempo. Se dirigió directamente al millonario.

—¡Esto por el Ashbless! —exclamó, una obtusa referencia a la bala con la que Billy Deener había perforado su atesorado volumen. Y golpeó a Drake directamente en la barbilla, arrancándole la caja de Keeble de sus manos mientras Drake caía farfullando, estupefacto por la sorpresa, y su sombrero volaba hacia un lado, revelando una vendada cabeza.

Kraken se volvió y echó a correr, sujetando la caja ante él como si fuera una jarra de agua que no se atreviera a derramar. Drake echó a correr detrás, llenando la repentinamente tumultuosa noche con maldiciones, ahogadas cuando un centenar de miles de voces se alzaron en un repentino clamor monumental. El dirigible, llegado finalmente su momento, se inclinó hacia delante y se posó en el prado, a menos de ocho metros del vehículo espacial de St. Ives. El grueso de la multitud subió la colina tras él. El ghoul en el sillón permanecía plácidamente sentado frente a él, como un hombre tomando el té. La Real Academia, dirigida por el indomable Parsons, se arracimó a su alrededor, ansiosa de echar una mirada al esquelético marinero, vuelto finalmente a casa desde procelosos mares.

Kraken se desvió por entre la apresurada multitud. Allí estaba el Capitán, avanzando pesadamente, con William Keeble a los talones de su robusta mujer, todos ellos cargando hacia el dirigible, hacia la cuarta y última caja que viajaba en él.

—¡Capitán! —gritó Kraken, lanzándose tras él, empujado precipitadamente por la cada vez más densa multitud. Un mar de cabezas cortó su visión. Alguien le pisó. Tropezó. Una docena de personas le empujaron. Cayó de rodillas, luego de bruces, casi pisoteado, encima de la caja de Keeble.

—¡Sucia basura! —siseó una voz en su oído, y, mientras se apoyaba sobre las manos en un intento por levantarse, fue empujado de nuevo de bruces por el peso de Kelso Drake, desaparecido el cigarro, las mandíbulas trabajando como si estuvieran llenas de discursos demasiado abominables para pronunciarlos.

Kraken clavó su codo en la nariz de Drake. Una mano se cerró sobre su rostro, echando su cabeza hacia atrás. Cerró sus maltratados dientes en un dedo y masticó

hasta que los dientes se cerraron sobre hueso. Un chillido estalló en su oído, y la mano fue echada hacia atrás, casi arrancándole los preciosos dientes que le quedaban.

Kraken se tambaleó hacia delante, medio se levantó, y fue empujado de lado de un codazo hacia un grupo de gente, cuya marcha había sido frenada por la propia multitud. Sin embargo, había conseguido ponerse en pie. De hecho, era difícil volver a caer, encajado como estaba entre la gente. Por encima del hombro pudo ver a Kelso Drake, maldiciendo a todos los que tenía a su alrededor..., gente que no estaba de humor para ser maldecida. Un primer puñetazo alcanzó a Drake en la oreja. Fue sacudido hacia un lado. Kraken sonrió. Drake estaba poseído evidentemente por la idea de que los millonarios no podían ser amenazados de aquel modo. Maldijo al hombre que supuestamente le había golpeado..., que resultó ser el hombre equivocado, un hombre que tenía el aspecto general de un tonel y la consistencia facial de un saco de piedras.

—¡Hey, usted! —gritó el hombre, sin deseos de malgastar palabras, y golpeó a Drake en plena nariz, entre los ánimos generalizados de los que le rodeaban. Kraken se abrió camino por entre el tumulto que se iniciaba, gritando feliz cuando vio el color de la sangre de Drake. El industrial se agitaba como un molino de viento, chillando inútilmente, tan perdido estaba en su furia y su odio.

Kraken esperó poder atizarle él también uno o dos golpes, pero sus esperanzas adquirieron un nuevo sesgo cuando, movido por una repentina inspiración, gritó, con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Ése es el hombre que asesinó al chico! —y señaló por encima del círculo de torturadores de Drake hacia el rostro del millonario. De la multitud brotó un grito de disgusto y rabia, y, antes de que Kraken pudiera decir algo más, Drake desapareció bajo una lluvia de agitantes puños—. ¡Agarradle! —gritó Kraken, pero la sugerencia, pensó en seguida, era innecesaria. Se abrió camino hacia el dirigible, apretando fuertemente su caja.

Delante de él, dos docenas o así de hombres se apresuraban a atar cuerdas en torno al aparato, acordonándolo contra una posible invasión de las masas. Pero la población de Londres, al parecer, albergaba sospechas, temores y quizás incluso hasta reverencia hacia el dirigible, porque se detuvieron en torno al perímetro oblongo de terreno delimitado por el dirigible, el cadáver en el sillón y la nave espacial. Parsons dirigía los esfuerzos con las cuerdas, discutiendo mientras tanto y al mismo tiempo con el Capitán y con St. Ives. El capitán Powers se iba acalorando por momentos, gritando que Parsons no tenía «jurisdicción». Parsons intentaba ignorarle, pero arrojaba miradas significativas hacia St. Ives, como animando al científico a calmar a su aullante amigo.

St. Ives, sin embargo, estaba distraído por una serie de movimientos y gritos a su derecha, más allá de la fogata, que ardía ahora con incrementada ferocidad,

alimentada por los montones de ramas y hojarasca arrojados por la entusiasta multitud. St. Ives se dirigía ya hacia el tumulto cuando vio en él la cabeza y los hombros de Theophilus Godall. Bill Kraken apareció a la vista justo entonces, apresurándose hacia St. Ives y llevando su caja de Keeble como un trofeo.

Willis Pule se agitaba y gruñía en medio de una maraña de aferrantes fanáticos que incluían a Shiloh el Nuevo Mesías. Godall daba vueltas a su alrededor, atento a la caja que aferraba Pule. Jack Owlesby se movía animosamente a su lado, en busca de una oportunidad. Pule chilló; la caja fue arrancada de sus manos por un joven con aspecto de buey vestido con una manchada túnica. Shiloh le cogió la caja al hombre y se dirigió hacia terreno más despejado, charlotteando excitadamente consigo mismo, sin tener ni la más remota idea de cual de las muchas extrañas cajas poseía, pero seguro de que todas ellas eran de alguna forma sagradas y de alguna forma suyas por derecho.

Jack Owlesby echó a andar tras él. Los distintos fieles que intentaron detener a Kraken se hallaron enfrentados a la redonda boca del cañón de la pistola de Godall. Jack alcanzó al viejo y le arrancó la caja, y saltó hacia el dirigible. Shiloh se volvió, con el inicio de un grito tensándose en su boca. Godall, sonriendo calmadamente, arrojó el Pellizco en las manos tendidas del viejo.

—¿Qué? —exclamó el evangelista, preparándose para arrojar la cosa a un lado. La vio claramente por primera vez en el momento en que lo hacía. Sus ojos, amarillos a la luz del fuego, parecieron expandirse como globos. Por un momento contuvo su gesto, barbotando un pequeño grito deshinchado. Pero ya era demasiado tarde. El Pellizco emitió un rosario de chispas que giraron en torno a la agitante cabeza de caucho y volaron en un torbellineante arco hasta un grupo cercano de oscuros helechos y retama, que ahogaron los extraños ruidos y luces emitidos por la esfera.

El evangelista se envaró, y su boca colgó bruscamente flácida. Jack estaba más allá de su alcance. El pájaro que había tenido momentáneamente en sus manos había volado. Pero había otro en los matorrales. Se volvió, ignorando a Godall, que no hizo ningún movimiento por detenerle. En un segundo había desaparecido, arrastrándose sobre manos y rodillas por entre los oscuros arbustos; tan ajeno al apocalíptico giro de los acontecimientos en el Heath a su alrededor como cualquiera de los ghouls de Narbondo.

El anochecer, en el espacio de cinco minutos, se había vuelto muy satisfactorio para St. Ives. Allí estaba Jack Owlesby, sujetando una caja de Keeble recuperada. Allí estaba Bill Kraken, sujetando otra. Allí estaba Theophilus Godall, con otra más. St. Ives sonrió a Jack y tendió la mano para estrechar la del muchacho. Resultaba claro que el mal había sido literalmente aplastado. Jack sonrió, las llamas rugieron, el Capitán gritó, y Bill Kraken, con una alarmante brusquedad, saltó hacia el borde del fuego.

Tras él, con el rostro ensangrentado, el ojo derecho cerrado, el brazo izquierdo colgando inútil, se agazapaba un lunático Kelso Drake. Kraken gritó y adelantó las manos. La caja de Kraken salió disparada, como si hubiera sido arrojada por una catapulta. St. Ives saltó a por ella, la golpeó de lado en pleno vuelo, salvándola del fuego, pero enviándola girando sobre sí misma hacia donde estaba el enigmático ghoul reclinado en su sillón. La caja lo golpeó en la barbilla, hizo caer su cabeza contra su pecho, y aterrizó sobre su regazo.

Con una maldición, Drake cojeó hacia delante, con una sonrisa asesina en los labios. Pero allí estaba Godall, sonriendo también en el círculo de luz de la fogata, su pistola lista y apuntando al pecho de Drake. El millonario se detuvo en seco y alzó las manos.

Un grito brotó de la multitud. St. Ives se volvió hacia el dirigible, esperando una revelación. Pero el dirigible permanecía inmóvil, silencioso y oscuro en el Heath, rodeado de científicos escribiendo apresuradamente en sus blocs de notas, arrojando miradas al insistente Capitán, que tenía al farfullante Parsons agarrado por el cuello.

Otro grito. Multitud de manos señalaron. Era el cadáver en el sillón, que se agitaba. Su espalda se enderezó; sus puños se cerraron; el aire siseó por entre sus cerrados dientes. El Capitán soltó a Parsons, que miró con ojos desorbitados tras sus gafas al cadáver que se ponía en pie, soltando las cuerdas allá donde se habían enredado entre los muelles del sillón. Sujetaba la caja ante él, casi con reverencia.

—Dios tenga piedad de todos nosotros —murmuró Kraken.

Jack estaba mudo. El ghoul avanzó, arrastrando los pies, llevando entre sus manos la caja de Keeble.

—¡El homúnculo! —susurró St. Ives. Godall asintió a su lado, desaparecida la pistola. En su mano derecha estaba ahora el aireador de St. Ives, en su izquierda agarraba a Pule por la pechera de su chaqueta, y el asesino estudiante de alquimia permanecía flácidamente desmoronado a su lado, como un hombre relleno con harapos, la boca colgando. Miles de pares de ojos observaban el extraño espectáculo en el prado.

El ghoul avanzó espasmódicamente hacia Parsons, que retrocedió, lamentando bruscamente haberse librado de la cabeza sin cuerpo que había llegado antes a sus manos. ¿Acaso ese ghoul se la exigía ahora? ¿O tenía intención de entregarle a Parsons algún otro artículo inexplicable? Por el amor de Dios, ¿qué había en la condenada caja?

Pero el ghoul pasó por su lado sin siquiera mirarle, en dirección a la góndola donde permanecía el estridente Birdlip. Sólo el capitán Powers tuvo la temeridad de seguirle. Parsons no dijo nada. El Capitán mantuvo el paso, mientras oía la incesante y exigente voz que brotaba de la caja de Keeble en las manos del ghoul.

El doctor Birdlip, repentinamente, pareció estremecerse. Aquéllos que estaban al

frente de la multitud jadearon. ¿Era el viento? ¿Un truco de la luz de la luna? Birdlip soltó sus manos de la rueda del timón..., que había mantenido sujeta sin pausa durante una década. Los huesos de sus dedos trastearon con las podridas cuerdas que lo ataban a la góndola. Las cuerdas cayeron. Birdlip se volvió y avanzó con pasos envarados hacia la puertecilla abatible, que cayó sobre sus bisagras. La luz de la fogata danzaba y parpadeaba. Parsons contemplaba toda la escena boquiabierto. St. Ives apenas respiraba. Godall permanecía absorto. El Capitán saludó educadamente al esqueleto del doctor Birdlip, luego se inclinó bruscamente y recogió algo del suelo de la góndola. St. Ives sabía lo que era. Birdlip no parecía prestar atención a nada..., a nada excepto a la ofrecida caja que el ghoul le entregó, tras lo cual pareció casi deshincharse y tambalearse ligeramente hacia atrás, antes de dar media vuelta y regresar al sillón, como si se sintiera repentinamente cansado, al borde del colapso. Parsons empezó a ir tras él, interrogándose sobre la naturaleza del cadáver animado que abría y cerraba la boca como una anguila.

—¡Habla, hombre! —exclamó el biólogo. El cadáver se derrumbó en el sillón.

Birdlip descendió al prado con un rápido y sincopado bamboleo, andando con articulaciones rígidas, sujetando la caja de Keeble, el cráneo inclinado hacia un lado, como perplejo. El absoluto silencio fue roto por un inmenso sollozo cuando Willis Pule, tomando al abrumado Godall por sorpresa, se arrancó de su presa y echó a correr hacia Birdlip, esquivando un golpe asesino lanzado por el recio Capitán. Pero, al parecer, el motivo que tenía en mente Pule no era el robo. Había abandonado ya todas esas finalidades prácticas; era la mutilación y la ruina lo que ansiaba, la farfullante destrucción, el deseo automático y babeante de hacer pedazos todo el molesto mundo.

En un instante había arrancado la caja de manos de Birdlip, que se tambaleó en medio del prado, bruscamente enervado. Pule alzó la caja por encima de su cabeza y la estrelló contra el suelo. La hábil ebanistería de la caja de Keeble voló en pedazos cuando la cosa chocó contra una piedra. La tapa salió disparada hacia la asombrada multitud. Diez mil bocas colgaron maravilladas al ver a un diminuto hombrecillo —el fabuloso homúnculo— dar varias volteretas y saltar en pie sobre el prado, libre finalmente de su prisión. Pese a que llevaba sombrero, no podía tener más de veinte centímetros de estatura.

¿Qué?, se preguntó la gente subida a los árboles y la multitud que miraba en el prado, ¿qué era aquella cosa que corría a toda la velocidad de sus pequeñas piernas hacia el esqueleto de Birdlip, más allá de Parsons y sus gafas y sus desorbitados ojos, por entre la hierba de primavera que se agitaba junto a sus orejas, diminuto paso tras diminuto paso? Evidentemente, tenía en mente un destino muy definido. ¿Qué podía conceciblemente desear?

Willis Pule se aferró la cabeza, olvidado completamente su alocado odio. Se había

visto reducido a una cosa tan vacía como la abierta góndola posada allí como los huesos blanqueados de un dinosaurio en el prado detrás del oscilante Birdlip. Theophilus Godall observó a Pule alejarse arrastrándose hacia las sombras. Permitted que la exhausta cosa se marchara sin perseguirla, para llevar una vida, quizá, de mendigar o de presentarse como fenómeno en alguna feria miserable. Un gran viento empezó a soplar desde el sur, agitando el oscuro dirigible, que osciló sobre sus amarras apresuradamente tendidas, amenazando con volcarlo de lado como una bestia herida. La multitud jadeó y se retiró, temerosa de ser aplastada. El homúnculo se enfrentó al doctor Birdlip, le dijo algo, señaló, al parecer, hacia el cielo. Se quitó su pequeño sombrero y gesticuló animadamente con él. Luego, con una sorprendente celeridad, saltó hacia el oscilante esqueleto, trepó por él hasta la caja torácica del doctor, y miró a través de ella como si fueran los barrotes de la prisión de Newgate. Birdlip dio un paso tentativo hacia delante, animado de nuevo, y, en el grado que un cráneo puede reflejar emoción, pareció embargado por una repentina ansia, quizás el florecimiento de la pasión hacia los viajes que había motivado su largo periplo a través de los cielos.

Una serie de vítores brotaron de aquéllos que estaban lo suficientemente cerca como para percibir su repentina iluminación. Jack Owlesby, quizá, vitoreó más fuertemente que todos los demás, pero sus vítores se vieron cortados en seco cuando, inesperadamente, fue golpeado en la nuca, y la caja que sujetaba voló de sus manos. Kelso Drake, tras recorrer el mismo tortuoso camino que Willis Pule, pasó chillando junto a Godall en dirección al fuego y se dedicó a bailar sobre la caja, en un intento de reducirla a astillas. Fue detenido en seco, sin embargo; por el esfuerzo simultáneo de Godall y St. Ives, y por el curioso comportamiento de la caída caja.

Se estremeció allá frente al bamboleante Birdlip, frente al sorprendido Parsons, claramente iluminada por el resplandor del fuego. El doctor Birdlip se volvió en redondo y se inmovilizó. Kelso Drake retrocedió un paso hacia el fuego. La parte superior de la caja saltó con una brusquedad que despertó un grito de todos los que estaban en las copas de los árboles. Y, muy lenta y mayestáticamente, de las profundidades de la caja surgió el caimán devorador de pájaros, que se lanzó sobre uno y luego otro y luego otro y luego otro, antes de volver a sumergirse en su tumba.

—¡Hurra! —gritaron un centenar de voces, un millar. Los vítores recorrieron la multitud, la mayor parte de la cual no tenía la menor idea de qué era lo que vitoreaba. Y, con el saludo de los gritos alimentando su partida, el doctor Randal Birdlip, él mismo pilotado ahora por el hombrecillo en su interior, cliqueteó rígidamente por la hierba, con Parsons a sus talones. Se detuvo al costado de la astronave, se volvió, y miró durante un último y largo momento las enjoradas luces de Londres, se inclinó y desanudó la cuerda que rodeaba uno de los pequeños pies de la astronave, y subió envaradamente hasta la abierta escotilla. La escotilla se cerró a sus espaldas. Unas

luces esmeraldas brillaron repentinamente dentro de la nave. El suelo pareció estremecerse por un momento, y en el espacio de un parpadeo la nave no fue más que una chispa de fuego en el enorme cielo, con el intrépido doctor Birdlip pilotando el aparato del homúnculo entre las incontables estrellas que colgaban suspendidas sobre las esquinas del espacio como farolas de gas.

Epílogo

St. Ives no lamentó ni por un momento la pérdida de la astronave. Había tenido su viaje. Y el futuro, estaba seguro, contenía la promesa de más. Aquí estaba Dorothy Keeble, recuperada, aferrando el brazo de Jack, ambos sonriéndole al Capitán, que tenía ante él, abierta, una de las cajas de Keeble en cuyo interior yacía una tremenda esmeralda, grande como un puño y que parecía arder verde e inmensa a la luz del fuego.

Un gemido llenó la noche. Las ramas de los árboles se agitaron. La alta hierba tembló en sucesivas olas. El dirigible se inclinó de lado, las amarras restallaron, y la gente se alejó como insectos en todas direcciones, corriendo para salirse del camino. Lenta y mayestáticamente, el dirigible volcó y se hizo pedazos, dejando escapar silbando sus gases por los desgarrones que se produjeron en su tela. El costillaje de la góndola, arrastrada de lado, se rompió como un barco de madera golpeado contra las rocas por el embravecido mar. Y primero uno, luego veinte, luego un centenar de espectadores, corrieron hacia él para apoderarse de un fragmento como recuerdo. La madera se partió. La tela se desgarró. Grandes trozos del deshinchado dirigible se soltaron, fueron aferrados por incontables manos y reducidos a fragmentos. Al cabo de unos momentos el hasta hacía poco imponente dirigible no era más que un aplastado montón de restos que desaparecían bajo un enjambre de hormigas londinenses. Una hora más tarde, cuando la multitud abandonó finalmente su persecución de reliquias y se dirigió de vuelta a casa, agotada, ni un solo fragmento, ni una astilla del aparato de Birdlip quedaba en el suelo.

St. Ives y sus compañeros echaron a andar por la hierba, observando el lugar donde había aterrizado el dirigible. Bill Kraken dijo que su pérdida era una vergüenza. William Keeble se preguntó acerca del destino de su motor, disperso alegremente en sus diversas piezas por tenderos borrachos y verduleros y mendigos que no tenían ni la más remota idea de la magia que en su tiempo había contenido. Jack y Dorothy se miraron el uno al otro con una intensidad de expresión que parecía muy alejada de toda pregunta acerca de dirigibles desaparecidos, una expresión muy parecida a la compartida por el capitán Powers y Nell Owlesby, que permanecían cogidos de la mano al lado de Jack y Dorothy.

Diez pasos más allá se sentaba Parsons, a horcajadas en el brazo del sillón, con el cadáver derrumbado a su lado, descansando por fin ahora y negándose a responder a la voz de Parsons.

—Las ovejas —insistía el biólogo— no son como usted y yo. Producen enormes cantidades de gas metano. Muy inflamable, se lo aseguro...

St. Ives se acercó a él y apoyó una mano en el hombro del pobre hombre. Parsons le sonrió.

—Le estaba contando a este amigo los misterios gaseosos de los animales que se alimentan de hierba.

—Estupendo —dijo St. Ives—. Pero parece que se ha quedado dormido.

—Sus ojos, sin embargo... —empezó a decir Parsons, contemplando la caja del aireador que St. Ives sujetaba en el hueco de su brazo. Se estremeció, como afectado por un repentino soplo de viento frío—. Supongo que no querrá usted abrir esto, ¿verdad?

St. Ives negó con la cabeza.

—En absoluto —dijo—. Ni pensarlo.

Parsons pareció aliviado.

—Dígame —murmuró lentamente, mirando de reojo a la cabeza de Joanna Southcote, que yacía ahora sobre sus inexistentes orejas en la hierba al lado del sillón —, ¿a usted también le parece que esta noche está desusadamente llena de hombres muertos y cabezas sin cuerpo?

St. Ives asintió, buscando las palabras adecuadas para responder a la ansiosa pregunta de Parsons. Su búsqueda, sin embargo, llegó a un brusco final con la repentina aparición de Shiloh el Nuevo Mesías, con el rostro extraviado, la capa manchada y hecha jirones, el fantasmal Pellizco Marsellés bamboleándose entre sus manos, la cabeza de caucho agitándose y arrojando chispas como una girándula y oliendo a caucho quemado y a inidentificable descomposición. Con un grito loco, el viejo cayó de bruces y permaneció inmóvil, sus manchadas y desgarradas ropas en abanico sobre él. Aparentemente muerto, saltó una o dos veces cuando el Pellizco, atrapado bajo su cuerpo, siguió escupiendo chispas y girando antes de liberarse.

St. Ives agitó la cabeza. Parsons se levantó y, muy lentamente, se dirigió hacia donde el Pellizco giraba sobre sí mismo sobre la hierba, con la cabeza de caucho bamboleándose en un burbujeante silbido final. Parsons agitó fuertemente la cabeza y se alejó hacia la oscuridad, navegando hacia Hampstead como un bote sin timón.

St. Ives lo observó en silencio, preguntándose si su propia reputación como científico no se habría visto cimentada de algún modo por los extraños acontecimientos de aquella noche, y decidiendo finalmente que en realidad no le importaba un pimiento ni una ni otra cosa. Todos aquellos sucesos se habían cobrado su precio, evidentemente, tanto en los buenos como en los malvados. Sus compañeros se dirigieron hacia el carro, en cuyo pescante se sentaba un plácido Hasbro. St. Ives se sintió de pronto mortalmente cansado. La mañana siguiente amanecería para él en Harrogate. Tenía trabajo por delante; eso era seguro.

—Bien —le dijo a Godall—, de modo que así terminan los dedicados esfuerzos del Club Trismegisto. Y con un cierto éxito, también.

—Por el momento —dijo enigmáticamente Godall—. Posiblemente no hemos visto lo último de nuestro millonario. Pero más bien creo que la suya es una fuerza

agotada. Iré a visitarle dentro de uno o dos días.

—¿Qué cree que será de Willis Pule? —preguntó St. Ives—. Estaba completamente loco cuando se fue.

Godall asintió.

—La locura, estoy seguro, es el premio de la villanía. De hecho, fue encontrado por un viejo amigo.

—¿Quién? —preguntó St. Ives, sorprendido.

—El jorobado.

—¡Narbondo!

Godall asintió.

—En un carro lleno de carpas. Pule estaba tendido de bruces entre ellas, comatoso.

—Pobre diablo —dijo St. Ives—. No creo que Narbondo acudiera en su rescate.

—No es probable, no —dijo lúgubrementemente Godall, y los dos hombres se subieron al carro y se sentaron con los pies colgando por la parte de atrás, de modo que podían ver frente a ellos toda la extensión de la colina donde, dos horas antes, se había posado el tan esperado dirigible.

Ante ellos, a una cierta distancia, avanzaba de vuelta medio Londres, sin que ningún hombre o mujer comprendiera en absoluto los misterios que les habían proporcionado diversión aquella noche. ¿Qué comprendemos ninguno de nosotros?, se preguntó St. Ives. Ni un penique, nada en absoluto. Ni siquiera Godall, pese a todas sus proezas intelectuales. El intelecto no tiene respuestas aquí, no puede explicar por qué el frío y mensurado hilo de la ciencia se ha desviado de los caminos cartografiados y ha vagado insospechadamente bajo la curiosa luz lunar de Hampstead Heath. Pobre Parsons. ¿En qué convertirá el dirigible ahora? ¿Despertará al mediodía tras reunir todos los fragmentos de todos estos sucesos, y los habrá reagrupado en un esquema más tolerable, como un hombre que se abre camino silbando a través de una noche oscura y solitaria, y luego abandona sus miedos a la luz del sol del mediodía?

St. Ives contempló con soñolienta maravilla el vacío prado que se alejaba mientras el carro avanzaba botando por el lodoso camino hacia Hampstead, silencioso y oscuro ahora. Intentó evocar una imagen del dirigible lanzando el ancla, del doctor Birdlip visible más allá de las tablas de madera de la góndola, con las piernas abiertas para contrarrestar el balanceo del aire. Pero el Heath estaba vacío allí delante, el dirigible había sido fragmentado, había desaparecido. Y parecía como si el extraño aparato nunca hubiera sido más que un fantasmal fuego fatuo, un fragmento de soñoliento encantamiento tejido de la nada, que giraba y se desvanecía ahora en la parte de atrás de sus cerrados ojos, hasta que pareció que había viajado en él por encima del nublado paisaje de un sueño.



JAMES P. BLAYLOCK. James P. Blaylock (20 de septiembre de 1950) es un autor estadounidense de novelas de fantasía.

Blaylock es famoso por su peculiar estilo humorístico. Por ejemplo, cuando uno de sus personajes se queja (en una máquina voladora) de que volar es imposible, los otros personajes se muestran de acuerdo y le indican por qué está en lo cierto.

Blaylock nació en Long Beach (California). Estudió inglés en California State University, Fullerton. Actualmente vive en Orange, California, enseñando escritura creativa en Chapman University. Tanto él como sus amigos Tim Powers y Kevin Wayne Jeter fueron pupilos de Philip Kindred Dick.

Blaylock y Powers han colaborado a menudo, especialmente en la creación del poeta William Ashbless.